traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otros órdenes de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

útiles 1

Útiles es un tren en marcha que anima la discusión en el seno de los movimientos sociales. Alienta la creación de nuevos terrenos de conflicto en el trabajo precario y en el trabajo de los migrantes, estimula la autorreflexión de los grupos feministas, de las asociaciones locales y de los proyectos de comunicación social, incita a la apertura de nuevos campos de batalla en una frontera digital todavía abierta.

Útiles recoge materiales de encuesta y de investigación. Se propone como un proyecto editorial autoproducido por los movimientos sociales. Trata de poner a disposición del «común» saberes y conocimientos generados en el centro de las dinámicas de explotación y dominio y desde las prácticas de autoorganización. Conocimientos que quieren ser las herramientas de futuras prácticas de libertad.



*Este libro ha sido realizado gracias a la financiación de la Dirección General de la Mujer de la Comunidad Autónoma de Madrid al Instituto de Investigaciones Feministas de la Universidad Complutense de Madrid.

Febrero de 2004
Título:
A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina
Autor:
Precarias a la deriva
Maquetación y diseño de cubierta:
Traficantes de Sueños.
Edición:
Traficantes de Sueños
C\Hortaleza 19, 1º drcha.
28004 Madrid. Tlf: 915320928
http://traficantes.net
e-mail:traficantes@traficantes.net
Impresión:
Queimada Gráficas.
C\. Salitre, 15 28012, Madrid
tlf: 915305211
ISBN:84-932982-
Depósito legal:

a la deriva

por los circuitos de la precariedad femenina

precarias a la deriva

traficantes de sueños
útiles

En la elaboración de este libro han colaborado con sus energías e inspiración Marisa Pérez, Andrea Aguilar, Cristina Vega, Maggie Schmidt, Paulina Jiménez, Nerea Fillat, Silvia López, Sania Samichec, Kathrin Herold, Sylvia Degen, Gabriela Molina, Mari Paz Carrizo, Gloria Núñez, Julia Martín, Inés Valcarce, Raspa, Liad, Carolina Junco, Sandra Gil, Nuria García, Belén Macías, Irene García, Soraya González, Toña Medina, Jazmín Beirak, Marina Orfila, Paloma, Cristina, Amaia P. Orozco, Sira del Río, Arantxa Zaguirre, María Paredes, Luzmar Quiroga, Gracia Romasanta, Laura Cortés, Ángeles Oliva, María Ruido, María Gómez, Fernanda Rodríguez, Rosa Delgado Pascual, María Serrano, Ruth Rivero, Cristina Peñamarín, Marta Malo y los hombres y mujeres del Colectivo Estrella y del Colectivo Traficantes de Sueños, así como todas las mujeres que participaron en el piquete encuesta del 20j/2002, todas las mujeres que habitan y construyen la Eskalera Karakola cotidianamente y todas las mujeres que han participado en el *Gran Chow*, en nuestros talleres y en cada una de nuestras derivas.

Índice

Advertencia

El libro que tienes entre manos es (junto con un dvd de edición limitada) la primera criatura, polifónica y en proceso, de una trayectoria de investigación-acción sobre la precarización de la existencia (dicha en femenino) emprendida por un conjunto de mujeres con la huelga general del 20 de junio de 2002 y todavía en marcha. Un *frankenstein* coral hecho de remiendos y encuentros en una búsqueda de nombres comunes, singularidades a potenciar, formas de cooperación, resistencia, fuga y espacios de organización desde la multiplicidad.

No es, pues, el resultado de una investigación tradicional, con sus números y su objetualizadora objetividad, ni tampoco siquiera una cartografía exhaustiva de los terrenos afectados por una tendencia inexorable a la precarización laboral y existencial. Se trata más bien del conjunto dislocado y abierto (como dislocado y abierto está nuestro «nosotras») de relatos, diarios y apuntes nacido de una interrogación mutua y crítica sobre nuestros cotidianos, que se interpela a sí misma e interpela a aquellas que encuentra por el camino: ¿cuál es tu precariedad? ¿Cuál es tu huelga? ¿Cuál es tu guerra?. La consigna: partir de sí, para no quedarse en sí (como querría el capital y el patriarcado); desobedecer las segmentaciones y fronteras del capitalismo global integrado para estar juntas y revueltas; aferrar la ciudad-empresa como terreno común y de conflicto: situarse dentro y contra (la precarización, la movilidad forzada, el acceso desigual a los recursos, la explotación, el miedo, la soledad…). Algunas herramientas fundamentales: la deriva, como dispositivo de desconexión del espacio-tiempo enloquecido y rutinizado de la movilización total y de redescubrimiento, con nuevos ojos, ojos comunes, de los circuitos de la precariedad; el taller, como lugar de puesta en común y profundización; y las asambleas, como espacio de autoanálisis, detección de problemas y formulación de algunas hipótesis de trabajo y acción.

El libro está organizado en 5 apartados: en *El proceso* aparece descrita la trayectoria recorrida desde los comienzos de Precarias a la deriva hasta el momento, sus puntos de partida y sus hallazgos, así como algunas reflexiones y lecturas que han ido espoleando nuestros andares. A continuación, *Diarios de viaje* recoge las narraciones de algunas de las principales derivas que hemos

realizado en común. *Conversaciones* incluye cuatro entrevistas realizadas para profundizar en una serie de temáticas que habían aparecido de manera recurrente en las derivas y conversaciones posteriores: la crisis y privatización de los cuidados, las familias transnacionales, el continuo crecientemente capitalizado cuidado-atención-sexo, el trasvase de sexo y afecto en dirección sur-norte, la precarización y cadenización del trabajo de servicios, la movilidad forzada, las prácticas de cooperación contra la precarización de la existencia… En *Relatos precarios* publicamos todos los relatos escritos a raíz de una invitación a narrar la propia experiencia de precariedad en nuestra lista de trabajo, que agrupa a medio centenar de mujeres. Por último, bajo el título *Apuntes de un pensar en proceso* hemos reunido tres textos de inspiración heterogénea que aspiran a hacer algunas contribuciones teóricas: dos de ellos son fruto de un largo proceso de elaboración colectiva (uno sobre la globalización del cuidado, otro sobre una experiencia de autoencuesta de un colectivo juvenil de barrio); el último es una valiosa aportación individual sobre la precariedad en un mundo, como es el del arte, en el que puede parecer tan obsceno hablar de pasta .

Hubo cosas que se quedaron en el tintero, por falta de tiempos. Otras que están por escribir. Puedes seguirnos la pista en http://www.sindominio.net/karakola/precarias.htm y en la casa okupada de mujeres la Eskalera Karakola (c/ Embajadores 40; Madrid).

el proceso



Precarias a la deriva
(Tránsitos entre trabajo y no trabajo)

(No te pierdas su próximo estreno
el viernes 11 a las 16h en la Eskalera Karakola)

Sinopsis: somos precarias. Lo que significa decir alguna cosa buena (acumulación de múltiples saberes, conocimientos y capacidades a través de unas experiencias laborales y vitales en construcción permanente), muchas malas (vulnerabilidad, inseguridad, pobreza, desprotección social) y la mayoría ambivalentes (movilidad, flexibilidad). Pero nuestras situaciones son tan diversas, tan singulares, que nos resulta muy difícil hallar denominadores comunes de los que partir o diferencias claras con las que enriquecernos mutuamente. Nos resulta complicado expresarnos, definirnos desde el lugar común de la precariedad. Una precariedad capaz de prescindir de una identidad colectiva clara en la que simplificarse y defenderse, pero a la que urge una puesta en común. Necesitamos comunicar las carencias y excesos de nuestra situación laboral y vital a fin de escapar de la fragmentación neoliberal que nos separa, debilita y convierte en víctimas del miedo, de la explotación o del egoísmo del sálvese quien pueda. Pero, sobre todo, queremos hacer posible la construcción colectiva de otras posibilidades de vida a través de una lucha conjunta y creativa.

El proyecto

Para empezar a «salir del armario» (como se gritaba el otro día al salir de la iglesia de San José), las trabajadoras inmateriales, del sexo, las empleadas del servicio doméstico, de la hostelería, las huelguistas del Ramón y Cajal,… vamos a empezar a hablar(nos) de nuestras precariedades singulares

¿Cómo? Pues en vez de sentarnos estáticamente alrededor de un círculo, hemos optado por una alternativa más dinámica y móvil, como nosotras: la deriva. Derivas como itinerarios a través de nuestros modos de vivir, pensar y sentir el tiempo (estrés, exceso, intensificación, aceleración), el espacio (movilidad, territorios de vida), la renta (precariedad material, inestabilidad), la comunicación, las redes relacionales y de cuidado, el conflicto, la jerarquía, el riesgo (inseguridad, vulnerabilidad) y el cuerpo (disciplina, maltrato del cuerpo, placeres). Estos serán los hilos conductores de pequeños viajes guiados por los distintos territorios de la precariedad. A cada uno de ellos iremos armadas de nuestras capacidades afectivas y comunicativas, pero también de una cámara de fotos y otra de vídeo para grabar los recorridos. Porque, como el tiempo no nos sobra y queremos que nuestros esfuerzos vayan dando resultados aferrables, nos hemos puesto un primer objetivo muy concreto: producir, a partir de las derivas, un material audiovisual que sirva para un debate que pueda abrir el proceso a nuevas mujeres y darle una nueva proyección.





Primeros balbuceos del laboratorio de trabajadoras

El proyecto de «Precarias a la deriva»

Trabajo flexible ¿Es que somos invisibles?
Trabajo inmaterial ¡Ay que estrés mental!
Trabajo de jornalera ¡Eso es la repera!
(Cancioncilla de *Precarias a la Deriva* para la Huelga General del 20 de junio de 2002)

El piquete-encuesta

Precarias a la Deriva es un proyecto de investigación-acción que estamos llevando a cabo distintas mujeres que o bien ya habían iniciado una trayectoria de reflexión y práctica en torno a las transformaciones del mundo laboral individualmente o en grupo (*TrabajoZero* o *Sexo, Mentiras y Precariedad*), o bien deseaban comenzarla. Las inquietudes de las integrantes de este proyecto abierto convergen el 20J de 2002, día de la Huelga General convocada por los sindicatos. En este día y en los precedentes, nos juntamos para pensar una intervención «acorde a *nuestros* tiempos», conscientes de que la huelga laboral, como expresión más importante de lucha, no nos satisfacía fundamentalmente por tres motivos: (1) por no recoger (y esto no es ninguna novedad) la experiencia de explotación y reparto injusto del trabajo doméstico y de cuidado mayoritariamente realizado por mujeres en el ámbito «no productivo» de las unidades de convivencia, (2) por la marginación a la que, desde los presupuestos y formas de acción que generalmente la animan, se condena a determinados trabajos cada vez más extendidos y comunmente agrupados bajo la etiqueta de «precarios» y (3) por no conceder atención alguna al trabajo precario, flexible, invisible e infravalorado específicamente feminizado y/o migrante (sexual, doméstico, atención, escucha, etc.). Tal y como ha vuelto a señalar recientemente una compañera a propósito de la convocatoria de huelga «política» contra la guerra del 10 de abril de 2003, «¿cómo inventar nuevas formas de huelga cuando la producción se fragmenta y se deslocaliza, cuando está organizada de tal modo que dejar de trabajar por unas horas (aunque sean 24) no afecta necesariamente al proceso de producción, y cuando nuestra posición contractual es tan frágil que una huelga supone poner en riesgo la posibilidad de seguir trabajando mañana?».

Entendíamos que muchos de estos trabajos «en los márgenes» (trabajos invisibles, desregulados, desanclados) no se veían interrumpidos o alterados mediante una huelga de este tipo y que la precarización del mercado laboral se había ampliado, de tal modo que la mayor parte de las personas trabajadoras ya ni tan siquiera se veían afectadas por las nuevas reformas contra las que se celebraba la mencionada huelga. Tratamos entonces de pensar en un nuevo modo de transitar ese día de lucha, un modo que sirviese para ponernos en comunicación con esas nuevas realidades, y decidimos transformar el clásico piquete de cierre por un piquete-encuesta. Francamente, no nos veíamos con cuerpo para increpar a una precaria contratada por horas en un super o para cerrar el pequeño comercio de frutos secos de una inmigrante porque, al fin y al cabo, a pesar de los muchos motivos que existían para parar y protestar, ¿a quién se había convocado en esta huelga? ¿En quién se había pensado? ¿Existía un mínimo interés sindical por la realidad de los precarios, de los inmigrantes, de las amas de casa? ¿Acaso el paro detenía el proceso productivo de las trabajadoras domésticas, de las traductoras, diseñadoras, programadoras, de todas las trabajadoras autónomas cuya interrupción, o no, ese día no haría más que duplicar su trabajo del día siguiente? Nos pareció más interesante, dado el desfase entre experiencia de trabajo y práctica de lucha, intentar abrir un espacio de intercambio con algunas de las mujeres que trabajaban o consumían durante ese día y con las que circulaban por la calle. Este pequeño y discreto esbozo de investigación fue el punto de inicio del proyecto de las derivas.

El intercambio de aquel 20J resultó muy fructífero. No tanto por lo que nos iban contando aquí y allá, por lo que íbamos haciendo visible para nosotras, para otras, sino por el espacio de apertura que vislumbramos, por las potencialidades de encuentros no codificados que se avecinaban, por el placer de un diálogo en lo social-no-catalogado y sin la mediación de aparato alguno, al margen de la grabadora, de la cámara, del bloc de notas.

«En los márgenes»

Estas y otras preguntas surgían, como hemos dicho, de reflexiones que de uno u otro modo ya llevaban tiempo circulando en nuestro entorno. En primer lugar, también nosotras nos situamos ante algunas líneas de continuidad y cambio en los procesos productivos y ante el nuevo contexto laboral en el que éstos tienen lugar, un contexto fuertemente marcado por el neoliberalismo.

Una tendencia dominante señalada por buena parte de las reflexiones neomarxistas es la emergencia del llamado *trabajo inmaterial* (trabajo afectivo, comunicativo, creativo, de manipulación de códigos…).[1] Este trabajo, que tiene que ver con procesos cognitivos, de producción de saberes, lenguajes y vínculos no es, a pesar de lo que se desprende de muchos análisis, homogéneo y esto se debe fundamentalmente al valor social que se le asigna, que es lo que establece una diferencia irreductible entre hacerle una paja a un cliente y diseñar una página *web*.

Bien, esto es importante para el debate, sobre todo porque las cuestiones que atañen a la «reproducción» en un sentido estrecho, es decir, como trabajo doméstico y de cuidado (pagado o no) y en un sentido amplio, como comunicación, gestión, socialización, producción de bienestar, de estilos de vida, etc. en el entorno doméstico ampliado, es decir, de acuerdo con una formulación que va más

[1] Véanse, en este sentido, las obras de A. Negri, por ejemplo, *El trabajo de Dionisos*, Madrid, Akal, 2003 y sus artículos en la revista *Futur antérieur*: «Valor y afecto», junto a M. Lazzarato, «Trabajo inmaterial y subjetividad» o, de este último, «El “ciclo” de la producción inmaterial»; todos ellos en www.nodo50.org/cdc/textos.html. Véase también M. Hardt, «Affective Labor», *Boundary* 2, 1999, en www.iade.org.ar/imperio/4.7.html.

allá de la «producción y la reproducción de la vida inmediata» de Engels,[2] quedan habitualmente a la sombra. En su concepción más estrecha, esto se justifica debido a que estos trabajos no responden a la denominada «tendencia hegemónica», sino que se interpretan simplemente como el legado de un desequilibrio histórico que establece una continuidad e interrelación entre el trabajo con y sin salario, en casa propia y en casa ajena, que desarrollan las mujeres y que, por extensión, determina la posición de éstas en el mercado laboral (¿o es a la inversa?), tanto en lo que se refiere al tipo de puestos de trabajo que desempeñan (trabajo de oficina, de atención al público, de enfermería y cuidados, modelo, etc.) como en lo que respecta a las diferencias salariales y laborales en general. El surgimiento del Tercer Sector, con una transferencia precarizada de algunos trabajos reproductivos de unas mujeres a otras, introduce aquí un elemento novedoso que conviene tener presente. En su concepción más amplia, si es que aceptamos esta distinción, la reproducción de la vida inmediata como vínculo afectivo resulta un campo extremadamente difuso que rápidamente se confunde con la vida («la vida puesta a trabajar», «reapropiación del tiempo de vida»…), desdibujando los aspectos de dominación que hacen de la vida, la cooperación, las relaciones afectivas, los gustos, el saber y la sexualidad un terreno extremadamente resbaladizo cuya «naturalidad» sigue sin ser cuestionada.

En este sentido, entendemos que algunas de las orientaciones que inciden sobre el trabajo inmaterial hacen oídos sordos o no toman verdaderamente en serio la cuestión de la reproducción y su vinculación con la dominación patriarcal y racial. Frente a esto, nos reclamamos parte de un debate de largo recorrido en el feminismo que justamente sí elabora la idea marxista de la reproducción en un sentido amplio, atravesado por múltiples relaciones de poder. Esta orientación entronca con las ideas de Foucault sobre el poder y los procesos de subjetivación, es decir, sobre las formas modernas de la dominación, que no están basadas en el ejercicio directo de la violencia sino en la producción activa de sumisión; una idea que ha sido ampliamente desarrollada bajo distintos enfoques por pensadoras como Butler o Pateman. Entronca también con muchos de los enfoques radicales, materialistas y psicoanalíticos en el feminismo, desde los que se da un peso importante a cuestiones como la división sexual del trabajo, el control de la sexualidad, la heterosexualidad normativa o la socialización en la familia.

Los debates en torno a la reproducción, que salpicaron toda la década de 1970, cuentan hoy con nuevas aportaciones que es preciso sacar a la luz.[3] De ellas rescatamos un análisis sobre la reproducción, sobre la articulación del capitalismo, sobre el patriarcado, sobre la dominación basada en la raza y, ahora más que nunca, sobre la historia del colonialismo, de las asimetrías geográficas de las que también son producto las desigualdades que tienen atenazados los desplazamientos de la población de las últimas décadas. Rescatamos también un pensamiento y una práctica política que tematizan el cuerpo como lugar y expresión de la dominación y la explotación, y pensamos el «cuerpo productivo» o la «producción de cuerpo (sexuado)» como un proceso continuo de encarnación de subjetividades que se encuentran simultáneamente sujetadas y en pugna por determinar sus condiciones de desarrollo. Rescatamos, asimismo, la teorización feminista sobre lo público y lo privado como una forma de abordar las continuidades y discontinuidades entre lo que sucede en el entorno de las relaciones y los hogares y lo que sucede en el ámbito socialmente más valorado del empleo, el Estado y la política. La creciente integración de estos ámbitos, por ejemplo, de la vida y el empleo, pero también de la formación y el empleo o de lo

2 F. Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Madrid, Fundamentos 1982.

3 Véase, entre otras, D. Haraway, *Ciencia, cyborgs y mujeres*, Madrid, Cátedra, 1991; C. Sandoval, *Methodology of the Opressed*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2000; G. A., Jónasdóttir, *El poder del amor ¿Le importa el sexo a la democracia?*, Madrid, Cátedra, 1993; R. Braidotti, *Metamorphoses. Towards a Materialist Theory of Becoming*, Polity Press, Cambridge, 2002; C. Carrasco (ed.) *Mujeres y economía. Nuevas perspectivas para viejos y nuevos problemas*, Icaria, Barcelona, 1999; J. Flax, *Psicoanálisis y feminismo. Pensamientos fragmentarios*, Madrid, Cátedra; C. Morini, C. *La serva serve. Le nuove forzate del lavoro domestico*, Roma, Derive Approdi, 2001.

personal y el empleo, como proceso histórico que produce diferenciaciones y como crítica política a las segmentaciones de la modernidad, nos parece una vía de indagación fundamental.

En segundo lugar, las elaboraciones sobre el trabajo inmaterial, a cuya homogeneización nos resisitimos, dan cuenta de otros modos de organización del trabajo que se nutren de las propias características de las actividades que se agrupan bajo esta etiqueta, pero sobre todo de las estrategias de la reestructuración neoliberal, que consisten básicamente en recortar costes y derechos y en acrecentar el ejercicio del mando sobre una fuerza de trabajo cada vez más fragmentada y móvil, que en la actualidad trabaja (acaso haciendo lo mismo) bajo un régimen de sobra conocido por muchas mujeres: por obra, con horarios flexibles e imprevisibles, con jornadas extensivas y periodos de inactividad sin renta, por horas, sin contrato, sin derechos, como autónomo, en casa, etc. Así pues, su desarrollo tiene que ver con cuestiones claves sobre las que volveremos más adelante como la reordenación del tiempo, el espacio, el contrato, la renta o las condiciones. Las consecuencias de estas modalidades son de todas conocidas: aislamiento e incapacidad de organizarse la vida «como dios manda», estrés, cansancio, imposibilidad de desarrollar una sociabilidad autodeterminada, de protestar, control social, miedo a «salir del armario» y a expresarse libremente en todo tipo de cuestiones, etc.

En tercer lugar, todo esto ha de vincularse, además, a otros aspectos de la vida social que favorecen que determinados sujetos ocupen determinadas posiciones de desventaja, siendo su movilidad muy limitada o incluso nula. Esto es lo que sucede cuando alguien carece de papeles, decide embarazarse, es madre o sencillamente mujer, tiene una presencia «inapropiada/ble», por ejemplo, por ser transexual, de color, tener pluma, por su constitución física, etc. La articulación de todos estos elementos resulta una fuente constante de diferenciación y jerarquización que hace que determinados grupos sean sistemáticamente más pobres y tengan menos oportunidades y posibilidades de elección. De modo que la llamada «feminización del trabajo» como dimensión servil cada vez más extendida o como generalización de la precariedad se produce sobre un terreno tremendamente irregular que refuerza, reproduce y modifica las jerarquías sociales ya existentes en el patriarcado y el orden racista legado del colonialismo. Es precisamente en este transfondo en el que hoy se dirimen simultáneamente los cambios en las formas de los hogares y las familias, la reestructuración global de los cuidados o las actuaciones y retóricas del género.

Del laboratorio de trabajadoras a las derivas

Aquel primer piquete-encuesta del 20J, que valoramos como limitado aunque muy inspirador, dio paso a un nuevo proyecto de interpelación basado en el desplazamiento, es decir, en la posibilidad de preparar y llevar a cabo una serie de recorridos que atravesaran los distintos circuitos metropolitanos de la precariedad femenina. Así, frente al corte empleo/vida, un corte muy cuestionado desde el feminismo, optamos por una práctica de investigación que atendiera al *continuum* espacio-temporal de la existencia y a la experiencia de la doble, más bien múltiple, presencia[4] como transposición subjetiva o, como dirían los situacionistas, como técnica de paso ininterrumpido a través de ambientes diversos, en este sentido, de ambientes psíquicos.

4 Véase L. Balbo, *La doppia presenza*, Inchiesta, 32, Bari, 1978 y F. Bimbi, «La doppia presenza: fattori strutturali e processi sociali nella diffusione di un modello complesso di lavoro femminile dalle economie centrali a quelle periferiche» en Mariella Pacifico (ed.) *Lavoro produttivo, lavoro riproduttivo. Contributi sulla divisione sessuale del lavoro*, Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 1989.

Podíamos haber dedicado más tiempo a asentar, sentadas las bases teóricas de nuestra investigación, las hipótesis que barajábamos o la perspectiva feminista desde la cual la abordábamos. No obstante, lo que nos impulsaba, por encima de todo, era el deseo de conocer en el trayecto, de comunicarnos por el camino, de conocer aquellas nuevas (y no tan nuevas) situaciones y realidades del mercado laboral precarizado y de la vida puesta a trabajar.

Decidimos, además, que este tránsito hacia la deriva debíamos realizarlo en primera persona, es decir, contándonos cada una a las demás y caminando hacia una aproximación prudente, pero sostenida, de las diferencias entre nosotras, y entre nosotras y otras cercanas. Hablamos entonces, en este sentido, de buscar lugares comunes y, simultáneamentente, de singularidades a potenciar, una aproximación que ha ido creciendo a partir de debates posteriores que nos han hecho modificar el enunciado inicial «somos precarias», por otros menos interesados en la identidad de partida y más atentos a los procesos de (des)identificación.[5]

Lo cierto es que nuestras situaciones son tan diversas, tan parciales, que nos resulta muy difícil hallar denominadores comunes desde los que trabar alianzas y diferencias irreductibles con las que enriquecernos mutuamente. Nos resulta complicado expresarnos, definirnos desde el lugar común de la precariedad; una precariedad capaz de prescindir de una identidad colectiva clara en la que simplificarse y defenderse, pero a la que urge una puesta en común. Necesitamos comunicar las carencias y excesos de nuestra situación laboral y vital a fin de escapar de la fragmentación neoliberal que nos separa, debilita y convierte en víctimas del miedo, de la explotación o del egoísmo del sálvese quien pueda. Pero, sobre todo, queremos hacer posible la construcción colectiva de otras posibilidades de vida a través de una lucha conjunta y creativa. La insistencia en la singularidad proviene del deseo de desarrollar una política que no vuelva a reproducir falsas homogeneidades. Pensábamos, en relación con esto último, en la situación específica de algunas compañeras migrantes en el servicio doméstico y en las consecuencias de un vínculo que exigía, que exige, formas de compromiso distintas a las que algunas estamos habituadas.

En términos generales, se trataba de producir una cartografía del trabajo precarizado de las mujeres a partir del intercambio de experiencias, de la reflexión conjunta y del registro de todo lo visto y contado, en un intento de materializar al máximo (por medio de fotografías, diapos, vídeo, grabaciones, relatos escritos, etc.) estos encuentros, con el fin de poder comunicar los resultados y las hipótesis que se derivaran de los mismos, de tomarnos en serio la cuestión de la comunicación no sólo como herramienta de difusión, sino también como nuevo lugar, competencia y materia prima de la política. Nuestro punto de partida: la casa okupada de mujeres La Eskalera Karakola, el de llegada; desconocido. Es el pasaje lo que ahora nos ocupa.

Las derivas

La idea de la deriva, una idea que algunas ya habíamos experimentado en otros contextos de investigación y cuya fuente fundamental es el situacionismo,[6] no siempre resultaba fácil de explicar. No obstante, el propio curso de los acontecimientos fueron aclarando el sentido de sustituir las entrevistas estáticas por recorridos urbanos. Al plantear a algunas compañeras esto de preparar

5 «Si –como observa Braidotti– la única constante en los albores del tercer milenio es el cambio, entonces el desafío reside en pensar sobre procesos y no sobre conceptos [...] la cuestión no es saber quiénes somos, sino más bien, por fin, en qué queremos convertirnos, cómo representar mutaciones, cambios y transformaciones, y no al Ser en sus modos clásicos»: Rossi Braidotti, *Metamorphoses*, Polity Press, Cambridge, 2002 p. 1-2.

6 «Teoría de la deriva», en http://www.sindominio.net/ash/is0209.htm

una deriva, insistíamos especialmente en el hecho de no llegar sólo a los sitios de trabajo actuales o pasados, sino en la posibilidad de entrelazar los sitios y ver qué pasaba. Así, acabamos incorporando en nuestros recorridos calles, casas, empresas, transporte, supermercados, bares, comercios, sedes sindicales, etc. Optamos por el método de la deriva como forma de ir hilando esta red difusa de situaciones y experiencias, con vistas a producir una cartografía subjetiva de la metrópoli a través de nuestros recorridos cotidianos.

En la versión situacionista de la deriva, los investigadores se dedican a vagar sin rumbo por la ciudad, permitiendo que las conversaciones, interacciones y micro-aconticimientos urbanos les sirvan de guía. Esto les permite establecer una psicocartografía fundada en las coincidencias y correspondencias de los flujos físicos y subjetivos: exponiéndose a la gravitación y repulsión que ejercen ciertos espacios, a las conversaciones que surgen por el camino y, en general, a la manera en que el entorno urbanístico y social influye e interviene en los intercambios y los estados anímicos. Esto significa andar atentas al cartel que asalta, al banco que atrae, al edificio que ahoga y a la gente que va saliendo al paso. En nuestra particular versión, optamos por cambiar la deriva aleatoria del *flaneur*, tan propia de un sujeto varón, burgués y sin compromisos, por una deriva situada que recorrería los espacios cotidianos de cada cual manteniendo el carácter multisensorial y abierto del acontecer. La deriva se convierte, así, en una entrevista en movimiento atravesada por la percepción colectiva del ambiente.

¿Cómo se hace una deriva? Partimos de sectores precarios feminizados; para empezar elegimos cinco:

- doméstico,
- *telemarketing*,
- traducción y enseñanza de idiomas,
- hostelería y
- enfermería social[7]

Dejando para una fase ulterior otros igualmente importantes: prostitución, becarias, publicistas, comunicadoras, mediadoras, educadoras. Las mujeres que nos guiaron (en ocasiones, alguna de nosotras, en otras, compañeras, amigas, conocidas) eligieron una serie de localizaciones relevantes: la casa, el lugar de trabajo, el súper, el parque, el cibercafé… que fuimos uniendo a modo de puntos de un itinerario cargado de significación, como el mapa de redes de azar y simultaneidad que compone nuestro cotidiano. Así, de mano de una profesora de inglés, pudimos conectar, en parte de forma fortuita y gracias a la espontanea visita guiada de uno de sus alumnos y jefe de NCR (multinacional de instalación y mantenimiento de cajeros automáticos) la realidad del trabajo flexible de nuestra compañera en la nueva fábrica recompuesta según las exigencias del mercado globalizado.

La deriva posibilita contemplar la cotidianidad como dimensión de lo político y fuente de resistencias, primando la experiencia como categoría epistemológica. La experiencia, en este sentido, no constituye una categoría preanalítica, sino una noción central para comprender la imbricación de las actuaciones diarias y, lo que es más importante, los modos en los que damos sentido

[7] Para nosotras, cualquier texto, cualquier reproducción, resulta demasiado plana con respecto a lo que fueron las derivas; de todos modos, hemos pretendido acercarnos a ellas a través de algunos relatos, publicados a continuación, en este libro, pero también consultables vía web en http://www.sindominio.net/karakola/precarias.htm.

a la cotidianidad localizada y corporeizada. No se trata exactamente de una técnica de observación; no pretende, por lo tanto, «reproducir» o acercarse a la experiencia tal y como sucede habitualmente (un ideal de la antropología clásica difícilmente realizable) sino producir un movimiento simultáneo de acercamiento y distanciamiento, visualización y extrañamiento, tránsito y narración. Así pues, nos interesa el punto de vista de quienes nos guían (cómo definen y experimentan la precariedad, cómo se organizan diariamente y cuáles son sus estrategias vitales a corto y largo plazo, cuáles sus expectativas) sin obviar, en este proceso, el diálogo y la complicidad que se produce durante nuestro encuentro. Ya no hay vuelta atrás. Una vez en casa, la cabeza sigue bullendo hasta la próxima cita.

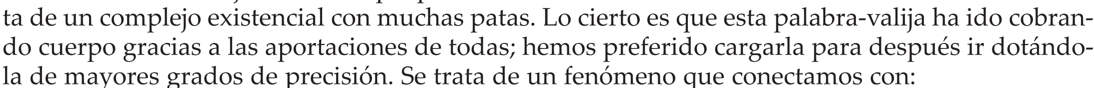
De todos estos pasajes pretendemos extraer los nombres comunes de esta dispersión de singularidades desconocidas entre sí, ajenas incluso, que componen la nueva realidad laboral precarizada. Porque soñamos con ir sustituyendo, aunque sea un poco, la debilidad de la dispersión por la fuerza de las alianzas, por la potencialidad de las redes. Pero la dificultad de ambos objetivos sale a la luz durante las derivas. Las realidades del trabajo precario son muy, muy diferentes: los recursos de los que disponemos unas y otras, los apoyos materiales y afectivos, los salarios, los derechos, el valor social de lo que hacemos, las distintas disponibilidades y sensibilidades.





La precariedad como proceso

Partimos, que conste, de una definición rudimentaria de precariedad y precarización como proceso, y definimos una serie de ejes iniciales que podían dar cuenta de un complejo existencial con muchas patas. Lo cierto es que esta palabra-valija ha ido cobrando cuerpo gracias a las aportaciones de todas; hemos preferido cargarla para después ir dotándola de mayores grados de precisión. Se trata de un fenómeno que conectamos con:



– las nuevas formas de empleo (muchas de ellas vinculadas a la externalización y a la deslocalización, a la extensión del trabajo autónomo y de los contratos por obra o servicio, a la estructura empresarial descentralizada y miniaturizada o a la multiplicación incesante de las variaciones en los tipos de contrato);

– la dislocación de los tiempos y los espacios del trabajo (en los horarios flexibles, a tiempo parcial, en el teletrabajo y en los talleres domésticos), cuyos efectos sobre las unidades de convivencia y las redes de cuidados están todavía por estimarse;

– la intensificación del proceso de producción (resultado del *just in time* con horas extras que han perdido ya esta consideración, tanto en lo que se refiere a la no obligatoriedad como al salario);

– la incorporación de cualidades imperceptibles inherentes a la fuerza de trabajo, difícilmente estimables/retribuibles o asimilables en términos de cualificación y, por lo tanto, difícilmente desagregables en unidades de trabajo simple a las que correspondería determinado valor (la atención personalizada, las capacidades comunicativas, la empatía, la buena presencia, etc. Se espera que las *au pair* sepan idiomas, aunque esto no forme parte de sus cualificaciones formales para el puesto de trabajo);

– el recorte de los salarios y la pérdida de los derechos que han caracterizado tradicionalmente el trabajo «típico» del fordismo y del pacto social keynesiano (derechos que van desde los permisos de maternidad hasta la regulación de las pagas, las vacaciones o las bajas por enfermedad).

Pero también con otras condiciones, a las que se suele aludir con menor frecuencia, como:

– la inexistencia de salario (en el caso de las amas de casa);

– la ausencia de regulación laboral por mínima que ésta sea (como continúa siendo el caso del trabajo doméstico asalariado –especialmente aquél en régimen interno–, por no hablar de la situación general de las personas que carecen de permiso de trabajo y residencia);

– la ambigüedad del vínculo entre quienes emplean y quienes son empleadas.

Cabría aventurar una definición de la palabra precariedad, suficientemente amplia para dar cuenta del alcance y la multidimensionalidad del fenómeno, pero también lo bastante concreta como para que el término no acabe perdiendo toda fuerza explicativa: llamaríamos entonces precariedad al conjunto de condiciones, materiales y simbólicas, que determinan una incertidumbre acerca del acceso sostenido a los recursos esenciales para el pleno desarrollo de la vida de un sujeto.[8] Esta definición permitiría superar las dicotomías público/privado y producción/reproducción y reconocer y dar visibilidad a las interconexiones entre lo social y lo económico que hacen imposible pensar la precariedad desde un punto de vista exclusivamente laboral y salarial.[9]

Los ejes

Dedicamos unas cuantas reuniones a definir los ejes de nuestra aproximación, que más tarde, en el curso de las derivas, han ido cobrando cuerpo. Los ejes que fueron saliendo de nuestros debates partieron de nuestras distintas vivencias del tiempo (estrés, exceso, saturación, imposibilidad de planificación, inestabilidad,…), del espacio (movilidad, territorios de vida, fronteras, desplazamientos y sedentarismos…), de la renta (trabajos muy mal remunerados, falta de recursos, adelantos por parte de amigas y familiares del sector garantizado, reducción o limitación total del acceso a los servicios públicos y malversación de tarjetas varias…), de las relaciones y cuidados (comunidades laborales, afectivas, sociabilidades), del conflicto (posibilidades y procesos de lucha…), de la jerarquías (en muchas ocasiones difusas y dolorosas), del riesgo (inseguridades, vulnerabilidad) y del cuerpo (disciplina, maltratos varios, cuidados arrebatados, sexualidades

[8] Nuestras compañeras, Sira del Río y Amaia Pérez Orozco explican todo esto y mucho más en «La economía desde el feminismo: trabajos y cuidados», *Rescoldos. Revista de diálogo social*, n. 7, 2002. También en www.sindominio.net/karakola/precarias/cuidadosdossier.htm

[9] Habitualmente, en las definiciones y clasificaciones del precariado, se suelen obviar los aspectos sobre los que nosotras tanto insistimos. Una de las clasificaciones con las que nos hemos topado, pensada exclusivamente a partir del empleo y al margen del problema de quién ocupa qué posición, distingue entre trabajo migrante, sujetos con relaciones laborales totalmente desreguladas, con frecuencia ilegales, con gran probabilidad informales; *permatemp* industriales (personas permanentemente temporales), trabajadores atípicos dependientes ligados a la producción material flexible, que viven condiciones de chantajeabilidad continua impuesta por la incertidumbre respecto a la renovación del contrato de trabajo; *chainworkers*, todos los trabajadores atípicos que trabajan en los servicios y en las cadenas fordistas del terciario comercial privado y público; y *brainworkers*, todos aquellos que, con salarios ínfimos y horarios de trabajo cada vez más largos, prestan sus saberes y conocimientos en las empresas del trabajo inmaterial (comunicación, internet, producción semiótica, actividades relacionales, logística, etc.). Véase el texto de valoración del *MayDay* milanés de 2002, escrito por Andrea Fumagalli, en http://www.pescarafree.org/news/mayday_2002.html

obligatorias…). Después de varias derivas, los ejes cobraron forma y existencia más allá de nuestras propias intuiciones iniciales.

La cosa quedó finalmente así: (1) movilidad, (2) territorios fronterizos, (3) corporeidades, (4) relaciones y saberes, (5) lógica de empresa, (6) renta y (7) conflicto. Los ejes no agotan la experiencia pero ayudan a interpretarla. Lo que sigue son algunas reflexiones entrecortadas e insuficientes al hilo de nuestras primeras cinco derivas. Las siguientes páginas son un batiburrillo de descripciones, apuntes y testimonios para hipótesis incipientes, encontronazos con la forma-texto para hablar de la forma-deriva y enunciados que aspiran a expresar la alegría e insatisfacción que sentimos ante lo que apenas son nuestros primeros balbuceos. Una suerte de balance sobre la primera fase del proyecto.

La movilidad

La movilidad es la cualidad que mejor describe la maleabilidad actual de la fuerza de trabajo en los tres ejes: tiempo, espacio y tarea (o sujeto). Movilidad en la disposición de los ritmos y horarios, movilidad en el puesto de trabajo y, más allá del mismo, en el ámbito geográfico, en las decisiones vitales, en las formas de vida, y movilidad en las funciones o *unit acts* y en la forma de desarrollarlos, siempre sujeta a mutaciones, a procesos de evaluación y ajuste, a una auditoría constante. La movilidad se opone al viejo estatismo, a la burocratización y a la rutina y, sin lugar a dudas, a la capacidad de organización de los sujetos que en cualquier momento pueden ver modificadas o recombinadas sus funciones y desconocen los límites de lo que han de hacer y, en general, de lo que son.

Si en el pasado la gente luchó contra la reificación de la vida cotidiana, encarnada fundamentalmente en el trabajo, pero también en la familia y el consumo de masas, determinando un cambio de rumbo en las políticas empresariales y, en particular, en la gestión de los recursos humanos,[10] hoy la seguridad y la continuidad se han convertido, nominalmente al menos, en valores en alza, aunque el precio que haya que pagar por ellas sea con frecuencia demasiado alto y se acabe asumiendo la propia movilidad y disponibilidad, sin restricciones, como posibilidad de ir componiendo un destino que, por lo menos, no está prefigurado. Lo único estable es el estar de paso permanentemente, la «costumbre de lo imprevisto»[11] que caracteriza el trabajo por horas, por obra o «hasta que una encuentre algo mejor». Algo que, como nos comentaron nuestras guías por el misterioso mundo del *telemarketing*, no acaba de ocurrir, de modo que una vuelve, una y otra vez, a rebotar entre las distintas campañas que las empresas virtuales en el sector contratan en condiciones cada vez más competitivas con las grandes multinacionales de la comunicación.

Durante la deriva de enfermería social, Mari Paz nos explicó con detalle cómo la falta de expectativas laborales aceptables en España y la demanda de este trabajo en otros países está determinando un flujo de jóvenes enfermeras que, además de trabajar en lo suyo, aspiran a aprender idiomas y a vivir en otros lugares.[12] El tránsito por los trabajos pasados y presentes (un centro de salud al que se accede haciendo sustituciones, un centro de atención a toxicómanos con bastante caos

10 L. Boltanski, L. y E. Chiapello, E., *El nuevo espíritu del capitalismo*. Akal, Madrid, 2002.

11 P. Virno, *Virtuosisimo y revolución. La acción política en la era del desencanto*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2003.

12 Véase H. Beneker y E. Wichtmann, «Plan de servicio sin fronteras. Sobre la migración de enfermeras» en *Extranjeros en el paraíso*, Virus, Barcelona, 1994.

organizativo y falta de recursos, vuelta al centro de salud, un curso de formación para trabajadores sociales del IMEFE al que hay que incorporarse de un día para otro) da una idea de la imprevisibilidad sostenida en un diseño vital, que además del empleo (del interés, la seguridad y el salario) valora otro tipo de cuestiones: la relación con los demás como algo que nunca está determinado de antemano y como algo que se estima en su singularidad, o esa idea misma de «lo social» como un bien público que excede el trabajo porque es socialización, aprendizaje, intercambio, toma de conciencia, contexto vital pero que, como insiste Mari Paz al comparar sus visiones a las de su madre, también trabajadora en lo social, hay que aprender a dosificar, a utilizar a favor de una misma. El dilema de este ámbito de acción, formulado en el agenciamiento con su madre, «trabajar para la gente» *versus* «trabajar para el sistema», es importante porque pone de manifiesto cómo opera la absorción de la vida por el trabajo y del trabajo por la vida. Trabajando para la gente una pierde los propios límites con respecto al trabajo y funde sus energías y sus emociones en un ejercicio de sociabilidad continua y comprometida que presta una importancia menor a la mediación, en este caso, estatal, que existe en el centro de salud, donde la tendencia privatizadora y empresarial se ha disparado en los últimos tiempos y donde el sistema de incentivos alienta un trato y unas pautas perversas de medicalización y dejación.[13] Trabajar para el sistema, por el contrario, regula este ejercicio de fusión entrando en una relación que pone en primer plano la mediación institucional (normalmente no desde un punto de vista crítico), acota el vínculo y lo amarga al despojarlo del carácter abierto, experimental e ilimitado de la relación con los otros. Estamos hablando también de la diferencia entre un enfoque estrictamente médico, ajustado, eso sí, a la «viabilidad» de mínimos de la salud como recurso y otro social, necesariamente entrelazado a los hábitos y a las historias de todas y cada una de las personas que vemos en nuestro viaje al centro de salud de Alcobendas.

La movilidad como condición existencial, subjetiva, nos enfrenta constantemente a la ambivalencia de unos efectos entre los que cabe destacar el desarraigo y la falta de una identidad estable, una práctica desequilibrada de fuga, nostalgia y sumisión... Hemos cogido el tren en Atocha y una vez sentadas, escuchamos atentas estas reflexiones, previamente escritas por una compañera, mientras nos dirigimos veloces hacia el extrarradio.

> *A la desarraigada se le compadece o repudia culpándola de falta de identidad, raíces y costumbres. Pero construir la identidad con elementos culturales autóctonos es absurdo en el mundo cambiante en que vivimos, de dislocaciones, hábitats temporales, migraciones, y mestizaje.*



[13] Los ejemplos de esta implicación son múltiples: la delicada «captación» de las chicas con fines anticonceptivos durante una consulta fijada con otro propósito o la propia labor que desarrolla su madre, al margen de sus obligaciones, con un grupo de mujeres maltratadas o con otro compuesto por personas diabéticas.

Territorios fronterizos

El segundo eje es la frontera, tanto en su sentido más pegado al terreno (el cierre de fronteras y la precarización que esto conlleva), como en un sentido más general de construcción de fronteras que determinan el acceso interior y las jerarquías en terrenos mucho más difusos, como pueden ser el domicilio en el que se trabaja y las relaciones personales que se establecen con las personas empleadoras y sus familias. Quizás la imagen más nítida de todo esto nos la proporcionó Ismucané, una compañera ecuatoriana que trabaja en el servicio doméstico, cuando nos habló de las barreras que van erigiéndose en el trabajo de las internas, especialmente en el de las extranjeras. Como ha señalado A. Macklin, este trabajo está marcado por una serie de ambigüedades que sitúan a las que lo realizan simultáneamente dentro y fuera: dentro de la nación y fuera del Estado, dentro de la economía y fuera de las relaciones laborales, dentro del hogar y fuera de la familia.[14] El espacio del hogar y de la familia, que en principio se conforma como un espacio liso, va revelando sus estrías: sus lugares prohibidos, sus hábitos (alimenticios, de limpieza, de ocio, de orden, de compra, de vacaciones, etc.) convertidos en auténticas reglas que se van instituyendo en la práctica,[15] sus formas de tratamiento, etc. El uniforme, explica Ismucané, es la primera frontera, la que establece en el cuerpo y ante los demás, el lugar que ocupa cada cual en un espacio autocontenido.

> *Realmente es algo muy desagradable, además que es una imposición, no te preguntan si te lo quieres poner o no te lo quieres poner, o cómo te sientes, si te queda bien o no te queda bien. Nada. Te lo imponen en algún momento para hacer esa diferenciación, o para sentirse mejor, sentirte que tú estás arriba y que esa persona, que tiene sentimientos, que tiene sus ideas, que quizá ha venido para hacer un montón de cosas diferentes, para mantener a su familia, o sea, no piensan en nada de eso, solamente en que en ese momento las personas que te visitan o el medio de familia en el que están vean que esta persona es inferior, es inferior a ti, nada más»* (Deriva con trabajadoras domésticas).

La comida (el acceso a determinados alimentos o los horarios y lugares para comer) constituyen otro territorio fronterizo fuertemente sexuado. Las reglas de la hospitalidad que rigen en el hogar garantizan aparentemente el acceso igualitario a los alimentos que hay en la nevera. Sin embargo, las jerarquías existentes determinan unos límites cada vez más estrechos y arbitrarios («¿quién se ha bebido el zumito del niño?»). La asistenta y la *baby sitter*, como el ama de casa, experimentará un régimen alimenticio severo que la «obligará» a comer a saltitos, de pie en un momento perdido, como si estuvieran a dieta, o de las sobras.[16]

14 «Labour of love? The migration of women as domestic workers», *Regina*, special issue ifu, 2000.

15 Nunca hagas, nos explicaba Viki, nada extra, nada más que lo que te han pedido, porque si lo haces, a partir de ese momento, se habrá convertido en una regla y cuando no lo hagas te pedirán explicaciones.

16 Véase, S. Bordo, «El hambre como ideología», en C. Luke (comp.), *Feminismos y pedagogías en la vida cotidiana*, Morata, Madrid, 1999.



También las teleoperadoras nos han hablado extensamente de la ropa de trabajo como exteriorización de la posición, aunque en este caso, ésta opere en un sentido inverso, puesto que de lo que se trata es de producir indiferenciación entre trabajadores que en ocasiones disfrutan de condiciones laborales diferentes, pero que también pueden coincidir en una determinada campaña. Durante la deriva con teleoperadoras y frente a un edificio anónimo, de esos de cristal opaco, Teresa y Bea nos contaron cómo las trabajadoras de Uni2, que cobraban más y a las que se les recomendaba acudir «muy bien vestidas», debían servir de modelo, sin saberlo, para otras trabajadoras con salarios más bajos y peores condiciones.

> *(…) y les habían dicho que podían vestirse todos igual para que no hubiera diferencia, y eso la gente lo ve bien, o sea, no protestaban, nadie se quejó de que eso estuviera ocurriendo, y nosotros nos enteramos por casualidad, pues porque no veíamos a nadie que pareciera teleoperador porque al teleoperador parece que le distingues por la calle* (Deriva con teleoperadoras).

La imagen, ya sea para diferenciar ya para igualar, es fundamental, aunque una trabaje a través de la línea telefónica[17]. En realidad, el principio es el mismo: la imagen, especialmente si una es una mujer, es parte de la empresa, pero también es algo propio, algo que atañe a la autoestima y a la percepción que una tiene de sí misma en relación con las demás personas. Por eso nadie quiere identificarse como teleoperadora. Este doble carácter posibilita que los intereses de la empresa, diseñados de acuerdo a una racionalización del «deseo» y la «necesidad» de maximizar los beneficios, pueda resultar indistinto con respecto a los de quienes trabajan en ella: personas jóvenes de paso, universitarias con aspiraciones, chicas preocupadas por su imagen. Esto es lo que les sucede a quienes, trabajando en el *telemarketing*, aspiran a tener una concepción «más elevada de sí mismos» (de cara, por ejemplo, a sus familiares) y se representan y actúan como si trabajaran en una empresa del sector de las telecomunicaciones: «nadie trabaja para Qualytel, nadie trabaja para Iberphone, todo el mundo trabaja o para Gas Natural o para Iberdrola o para Madritel o para Telefónica. O puedes decir que trabajas en Jorge Juan». La teleoperadora, tal y como nos explicó Teresa, ya no se nombrará por su ocupación, ni por su formación y, desde luego no por su profesión, sino por el nombre de la empresa contratante. ¡Lo importante es poder hablar!

Corporeidades

Todo esto nos adentra en el terreno de los cuerpos productivos. Una cuestión que para nosotras tiene hoy una foto fija: la del macro-cartel de Nike en Sol, interpelándonos a cada una de nosotras: «Y tú, ¿quién eres?»: la «diva», la «yoganista», la «luchadora» o qué se yo; una negra sudorosa con guantes de boxeo, otra, rubita ensimismada en posición de loto, otra rockerilla de pastel con pantalones plastificados… Una condensación de identidad que habla de las posibilidades de una experiencia corporeizada o incorporada que ha asumido la sensibilidad que anima a «hacerse un cuerpo (sexuado)», sensibilidad que hace de la anorexia una experiencia extrema de una corporeidad común.[18]

17 En un sentido similar opera la voz, que ha de estar perfectamente adiestrada para producir una efecto de «sonrisa telefónica» o para ocultar la localización desde la que se habla, como es el caso de las teleoperadoras marroquíes, con nombre y acento español que prestan servicios de atención telefónica para España a precios de Marruecos.

18 Véase S. Bordo, «Anorexia Nervosa: Psychopathology as the Crystallization of Culture» *Philosophical Forum* 17 pp., 73-103, 1987.

La fusión, en el cuerpo, de vida y trabajo es un hecho normal para muchas mujeres que trabajan de cara al público, por ejemplo en el comercio, la hostelería y el nuevo trabajo administrativo, en el que se entremezclan papeleo telemático y atención al cliente. El deseo de gustar (a una misma y a las demás), un deseo poderosamente domesticado en las mujeres, es aquí recuperado para el control laboral difuso y la producción de una subjetividad basada en la entrega sin condiciones.[19] La reivindicación feminista de autodeterminación corporal (*our bodies, ourselves*), inspirada en una visión del cuerpo colonizado, y de la colonización como superposición de capas sobre una naturaleza virgen, precisa de una reflexión actualizada.

La creciente abstracción de los productos comerciales y culturales, convertidos en imágenes o estilos de vida, sometidos a los dispositivos de inconsciente óptico y al test óptico de los que hablaba Benjamin, ha dado primacía a un cuerpo en el que productos y atributos llegan a confundirse. Los anuncios de moda, los de Mango, por ejemplo, muestran un cuerpo en el que las prendas resultan imperceptibles o tan perceptibles como otros rasgos físicos: la delgadez extrema, la pose recostada y desvalida (que en ocasiones apenas si alcanza a tenerse en pie), el sombreado de los ojos (que da una idea de evanescencia, enfermedad y maltrato), la carnosidad de los labios (que sugiere una hipersexualización en un cuerpo hipertrófico), el vaciado del fondo que contribuye a resaltar los elementos corporales, etc.

De este modo, la oportunidad de hacerse un cuerpo convive con propuestas corporales en las que la (auto)disciplina, ya sea deportiva ya alimenticia, se convierte en el común denominador. Se trata, en último término, de ganar al cuerpo, saber someterlo frente al estrés, el agotamiento, el envejecimiento, la enfermedad, la depresión o la desidia.

En esta batalla quienes primero pierden son las trabajadoras domésticas.

> – *Y cuando le digo agotamiento físico, ¿qué se imagina?*
>
> – *Ay, el agotamiento, mucho trabajo y mucho de todo, o sea, es como una enfermedad que ya uno no da más*
>
> – *¿Usted siente agotamiento físico a diario?*
>
> – *Sí, sí, sí, a diario, porque una se levanta por la mañana, porque aunque se trabaje medio tiempo uno, se es madre, esposa y además de eso tengo a mi madre aquí, que soy hija, entonces tengo que estar haciendo las cosas, ordenando todo, una madre nunca descansa, es la primera en levantarse y la última en acostarse* [Preguntando a una mujer ecuatoriana en el Parque del Oeste durante la deriva con trabajadoras domésticas].
>
> *El trabajo es pesado. Sí, me canso mucho. A veces me duele la espalda. Pero el doctor dice que es solamente del trabajo. Me dieron unos ejercicios para eso. Ni parece que sirven los dichos ejercicios. Tengo que seguir trabajando, entonces ¿cómo quiere que me pase el dolor? La cabeza también me duele. Y cuando me pongo a pensar en mis hijos siento que me duele el pecho. El doctor dice que es depresión. No tengo nada en el corazón...* [Testimonio de una interna, Anacaona, investigación sobre las empleadas domésticas latinoamericanas en Bélgica, *Las voladoras o de la migración internacional de mujeres lationamericanas*, 2003].

El desgaste físico y los achaques son enormes y a ellos se añaden, además, otro tipo de exigencias referidas a la presencia (algo que también atañe a la raza como algo dado y acentuado), a la salud o a otras cualidades más inmateriales como las actitudes, aspectos todos ellos nada desdeñables para los empleadores.[20]

---

19 «Pensémos, por ejemplo, en la dependienta a la que me he referido anteriormente. Evidentemente, la corporeidad de esta mujer es anterior a su empleo en Zara, no podemos reducirla a un mero efecto de su socialización en el trabajo. Sin embargo, resulta inseparable de la misma desde el momento en el que su empleo demanda una estilización que va más allá de la ropa. ¿Cómo experimenta esta mujer su cuerpo cuando sale de casa camino del trabajo, y a la inversa, cuando regresa a casa sin desprenderse del uniforme? ¿Qué *transposición* tiene lugar en/a través de su cuerpo? No es posible pensar en un fenómeno de estas características sin tener presente un sujeto "intelectualizado" en el sentido de *agente* capaz de fabricar y poner en circulación productos y/o ideas culturales y capaz, asimismo, de subvertir o desplazar su funcionamiento», C. Vega, «La domesticación del trabajo», http://www.sindominio.net/karakola/sexoment.htm.

20 Todo esto lo cuenta con detalle Barbara Ehrenreich en su libro *Por cuatro duros. Cómo (no) apañárselas en Estados Unidos*, Barcelona, RBA, 2003. Sobre la relación de poder empleadora-empleada, véase también los resultados de la investigación de Anacaona anteriormente citada: «La sirviente latina confirma su inferioridad, comportándose con deferencia y adoptando actitudes maternales frente a la patrona: se preocupa por ella, la escucha, la tolera, la comprende; también acepta un trabajo mal pagado, pues no tiene capacidad para negociar su salario; y por último –en múltiples ocasiones– se presenta físicamente de manera deplorable. La falta de seducción en estas mujeres se debe al tipo de trabajo que hacen, pues luego de horas de limpiar, de utilizar productos fuertes, todo su aspecto es lamentable. Esto

acrecienta el sentimiento de desvalorización, haciendo que se sientan feas, deterioradas y envejecidas antes de hora. Algunas mujeres decían que antes de los 40 años su vida se había terminado».

21 En el *telemarketing*, la mayor parte de la gente que trabaja son mujeres (80 o 90%) y de los hombres que hay, la mayoría son *gays*, aunque depende también de las campañas. Por ejemplo, en la campaña de la declaración de la renta prefieren coger hombres, porque da una imagen mas técnica, pero para atención al cliente, para dar largas, prefieren a las mujeres, porque tienen mas desenvoltura. En cuanto a la edad, la media es de unos 22 años y la mayoría son estudiantes. Aunque ahora se empieza a percibir que están entrando mujeres de 40 o 50 años.

22 También en este campo del *telemarketing* funciona la división sexual del trabajo: la información sobre reparaciones se asigna habitualmente a hombres (al igual que la campaña de declaración de la renta), mientras que la persuasión en la venta y el apoyo emocional en la atención recaen en manos de mujeres.

23. *«[…] te dan un curso de cómo atender al cliente, típicas palabras negras, no puedes decir que "no", no puedes decir "problema", un montón de cosas que no se pueden decir. No sé si alguna vez habéis hablado, las empresas no tienen "problemas", tienen "incidencias" […] y luego algunas palabras que son las que tienes que decir habitualmente, entonces te enseñan eso, y luego es con la práctica. Si estás además en una empresa muy estricta, con las escuchas y demás, como puede ser (-atento) pues sí que tenían mucho en cuenta esas cosas […] bueno, pues ya te acostubras, y ya hablas así en tu vida privada, porque yo me acuerdo cuando empecé a trabajar de teleoperadora y cogía el teléfono*

Nada en el trabajo doméstico, incluso en el de cuidado y la enfermería, pasa por el autocuidado, nada que no sea la capacidad de la trabajadora para aguantar y preservar su herramienta más necesaria, que es su propio cuerpo, y la entereza ante la enorme tristeza de lo que se dejó atrás («Migración –nos dice una mujer en el parque– es estar lejos de la tierra de uno»). El tiempo libre, en definitiva, es tiempo para trabajar más. La insistencia de Ismucané en hablar de la necesidad de sentirse tratada «como una persona», como «un ser humano», tiene que ver con esta fabricación de la sumisión, de la reducción de su ser a mero cuerpo para la reproducción de otros, pura fuerza de trabajo despojada de toda cualidad.

El estrés y el agotamiento físico para unas y el cansancio, los achaques y la depresión para otras dan forma a las experiencias de clase, genero y migración que se imprimen en la intimidad de los distintos cuerpos productivos.

Relaciones y saberes

«Escucha y relación, sobre todo relación con la gente». Así describe Mari Paz lo que pone a trabajar en el desarrollo de sus funciones como enfermera social. Algo que comparte con las teleoperadoras[21] (así como con las trabajadoras domésticas, con las prostitutas y con otras mujeres en trabajo precario feminizado). La capacidad de atención y empatía, la anticipación a los deseos de las otras personas, no tanto el facilitar soluciones, como hacer que el otro se sienta bien en un sentido más general, la paciencia y la capacidad de reproducir una «sonrisa telefónica» son herramientas fundamentales que se apoyan en una sensibilidad común alabada por algunas feministas en el marco de la ética del cuidado. Los conocimientos técnicos,[22] pero sobre todo relacionales, algo que la empresa pasa rápidamente por alto mediante un cursillo de tres días (sin sueldo ni garantías de entrar en la campaña) y la asistencia sobre la marcha de trabajadoras más experimentadas, son la clave del éxito. En estos cursillos y dependiendo del tipo de servicios prestados –asistencia técnica, información, urgencias, venta, encuestas, etc.– se establecen pautas comunicativas sobre la duración de la llamada, los modos de retener, diferir o cortar la comunicación, la argumentación a desarrollar, la entonación, las palabras prohibidas y potenciadas[23] o la activación del célebre «mute» o «túnel negro» mediante el que se deja la llamada en espera con distintos fines y al que las teleoperadoras en lucha han contrapuesto el «Sin el Mute», expresión que da título a una revista de elaboración propia que aborda los problemas laborales del *telemarketing*.

> *«Normalmente, durante el primer año, la gente sí que ve que su carácter se hace mucho más seco, está más a la defensiva porque, además, en atención al cliente tú eres la primera barrera, la gente llama para decir que no le funciona algo y tú no estás ahí para solucionárselo sino para aguantar la bronca, luego ya, si se lo puedes solucionar, ya pasas la llamada o lo que tengas que hacer, pero tú estás para aguantar la bronca. Entonces es muy importante diferenciar, saber que cuando sales de tu trabajo, cambiar y poder poner una sonrisa, pero cuesta muchísimo […] Yo cuando cojo una llamada, yo sé, primero, que el hombre no está enfadado conmigo, que no es personal de ninguna manera y que si él me grita y yo le grito la vamos a liar, con lo cual, yo, con mucha paciencia y toda la tranquilidad del mundo, pero, no porque me lo impongan, sino porque de verdad me lo tomo así, porque a mí me da igual. Yo comprendo que él tiene un problema pero a mi plin, porque no es mi problema, entonces,*

yo voy a hacer lo que pueda, esto algunas veces se lo puedes decir, otras no, pero tú tienes que mantener la idea de que yo voy a hacer lo que pueda y aunque me diga que yo soy una incompetente, yo no lo soy, y tengo que aguantar el chaparrón, y mentalizarte así. El problema que se suele tener en este trabajo es que empiezas a hacer las cosas lo mejor que puedes, pero no puedes, si es que no lo puedes hacer bien, porque no es tu trabajo arreglar nada, sólo es aguantar, entonces, eso sí que es duro porque, pues eso, que alguien te esté contando algo que realmente te da pena que el hombre lleve sin teléfono dos días, y no poderle decir, pues mire, dése de baja porque no se lo vamos a solucionar. Entonces simplemente es darle largas, decirle que vas a hacer todo lo que puedas y plantearte tú que eso que tú estás haciendo tu trabajo» [Deriva con teleoperadoras].

Las trabajadoras más avezadas o con mejor carácter serán capaces de poner coto a las tensiones produciendo auténticas escisiones subjetivas. No obstante, la integración de saberes y disposiciones genera dolorosas contradicciones. Esto es lo que sucede, por ejemplo, con el teléfono de atención a mujeres maltratadas contratado por el Instituto de la Mujer, en el que es preciso gestionar sobre la marcha una orientación comunicativa densa –escuchar, comprender, tranquilizar, consolar, informar, derivar, decidir, consultar, etc.– en una situación de fuerte tensión emocional.

«Sí, yo llego a este servicio y me dicen, tienes que derivar, pero, claro, la persona me dice (…) por ejemplo, en un caso de violación, era muy claro, le dices tiene que ir a una policía de éstas que tienen servicio a la mujer y te dicen, ya, pero es que en mi pueblo no hay, porque trabajas para toda España y si viven en un pueblo -, ya, pero está a 200 km, pues nada, la mandas a su comisaría, y no va a ser lo mismo, entonces tendrás que darle unas pautas de decirle, pues tiene que hacer esto, esto y esto, pero yo eso lo digo porque quiero, y la empresa quiere que yo lo diga, pero sin embargo no me obliga a hacerlo, no me ha dado formación, con lo que si yo lo hago mal ¿qué responsabilidad tengo? Tengo una responsabilidad personal, pero la empresa te puede decir esto lo has dicho tú y no estás obligada a decir eso y, de hecho, no lo puedes decir…» [Deriva con teleoperadoras].

Éste es un elemento clave en el cuidado, que nos sitúa nuevamente ante la tesitura que representa trabajar para la gente y no quemarse, dar con un modo de autopreservación subjetiva, de entereza en el contacto. Tal y como nos explica Ismucané, aunque las cosas vengan mal dadas y,

«por muy dura que sea la situación, no se puede llenar de rencores y malos sentimientos, entonces, esos sentimientos afloran y enseñas, si es cuidado de niños, enseñas a esos niños, enseñas todo lo que sabes. ¿Entiendes? Todo, todo lo que arrastra tu vida y que te ha transformado en una persona especial o una persona determinada, que te hace que tú transmitas a esas personas todo lo que eres. Pero por eso no te pagan» [Deriva con trabajadoras domésticas].

Otro elemento interesante en lo relacional que merecería una mayor indagación es la importancia del vínculo con las personas con las que se trabaja, algo a lo que aludieron tanto las teleoperadoras como nuestra guía en la enfermería social. En el caso de las primeras, las empresas tratan por todos los medios de reducir el contacto entre las empleadas, ya sea dedicando poco espacio físico para el descanso, como tuvimos ocasión de comprobar *in situ* todas apretujadas en el *office* de Qualytel, ya utilizando estrategias orientadas a fomentar la competencia y el individualismo, como la llamada «promoción horizontal»[24] o los incentivos,[25] también empleados en la sanidad pública.

en mi casa y decía "telefónica buenas tardes" y además te despides diciendo "muchas gracias por su llamada", es inconsciente, porque es una cosa que estás acostumbrada a decir durante ocho horas al día, no sé cuántas llamadas puedes atender al día, con lo cual la llamada en tu casa puede ser una de ellas» [Deriva con teleoperadoras].

24 *«Respecto a la promoción interna, antes era por antigüedad, ahora se hace con la gente que lleva poco tiempo porque están poco quemadas. Hay una promoción vertical y una promoción horizontal (te pasan de una campaña a otra...), la promoción horizontal, aunque no mejoras en lo que se refiere al dinero ni a la categoría, representa un aumento en el prestigio, ya que se pasa por un nuevo proceso de selección, la empresa lo comunica a los compañeros, es una demostración de que le gustas a la empresa. El trabajo está más ligado a las campañas que a las empresas, eso aumenta la sensación de inestabilidad, aunque lleves años trabajando en el sector del* telemarketing, *un día puedes estar trabajando en una empresa y al día siguiente en otra»* [Deriva con teleoperadoras].

25 Dependiendo de las campañas se cobra una cosa u otra en forma de incentivos, además es algo difícil de controlar porque, por ejemplo, en las campañas de ventas, es algo que depende de que luego el comercial vaya a hacer la venta y esto crea mal ambiente. El pago de incentivos también crea muy mal ambiente (en el 061 se pretendió pagar incentivos por conseguir que no se tuviera que enviar una ambulancia a la persona que llama para solicitar los servicios, pero se paró; Bea y Teresa creen que fue un globo sonda).

No obstante, la empresa sabe que buena parte del trabajo se desarrolla gracias al intercambio entre las trabajadoras, que es el que asegura la transmisión del *savoire faire* acumulado gracias a la veteranía de quienes llevan más tiempo y, ¡atención!, están más quemadas,[26] y de la información necesaria en el curso de las llamadas, algo que no reside en las escasas carpetas que pudimos ver en las salas, tampoco en los ordenadores, sino justamente en el cerebro de quienes se comunican. El control de este proceso descansa en un *management* modulado que emplea técnicas de vigilancia (escuchas y grabaciones), jerarquización (personal de operaciones –teleoperadores/as, coordinadores/as y supervisores/as– y personal de estructura, de confianza), deslocalización y asincronías temporales (la pauta de trabajo es la campaña y algunas trabajadoras estarán ubicadas en la sede de la empresa operadora, mientras que otras estarán en la empresa contratante y así se irá cambiando constantemente) y diferenciación basada en el salario o el valor (de la campaña, del sexo de quien la ejecuta, del vestuario, de la empresa, etc.). La sensación de estar de paso es permanente, la organización científica del trabajo, es total.

A pesar de todo, las relaciones se establecen, las trabajadoras en rotación vuelven a encontrarse, la experiencia y la resistencia se acumulan y la socialización se proyecta fuera del espacio de trabajo, primero en el Dunking Donuts al que nos conducen, el único lugar asequible en el barrio de Salamanca, donde se ubica Qualytel en una clandestinidad casi completa,[27] y lejos de las opulentas calles de esta zona, en las casas, en los bares, en los parques, en el transporte, en la ciudad. Las relaciones, constreñidas por los ritmos laborales intensivos o por la aceleración de la vida urbana, buscan espacios interiores y exteriores de desahogo. Bea y Teresa siguen manteniendo contacto con muchas de sus compañeras y compañeros anteriores. Mari Paz, en nuestro paso por su antiguo trabajo en un centro de atención a toxicómanos, queda para esto y para lo otro con sus antiguos camaradas de noche.

> *«Quien más me ha ayudado es el equipo. Yo a veces tenía ganas de ir a trabajar simplemente para poder estar con mis compañeros, porque yo no tenía vida social. Mis amigas de la carrera se han pirao fuera a trabajar, muchos de mis amigos, pues igual, Madrid vas a un ritmo de trabajar que te cagas y es que no les puedo ver, si yo tuviera mucha más de mi gente aquí me agobiaría porque no puedo verla. Entonces, mucho de mi sustento afectivo está en mi trabajo»* [Deriva con una enfermera social]

La fuga de la sociabilidad con respecto al comportamiento pautado del trabajo es un hecho común cuya concreción más interesante la encontramos en los parques, donde se reúnen migrantes compatriotas y donde se traban todo tipo de contactos. La fragmentación de la casa donde se sirve, la invisibilidad de los papeles y el anonimato de la extranjería se recomponen en un espacio público que se resiste a la dinámica posmoderna del «no lugar». Y pensamos, si existiera hoy un lugar específico para la lucha contra la precariedad, ese sería la ciudad en toda su extensión;[28] este parque, aquel bar, la escalera del edificio, toda la manzana, el metro, los cruces, los portales, el solar… Esto nos da importantes pistas para idear el conflicto a partir del *continuum* espacial que se despliega en el tránsito existencial y no exclusivamente laboral (Qué hacer, por ejemplo, con el aislamiento de lo doméstico? ¿Podemos seguir la pista? ¿Encontrarnos en otros ámbitos? ¿Inmiscuirnos?) y en las figuras y posiciones que hoy encarnan estos flujos situados (¿las eventuales compañeras del *call-center*? ¿Las usuarias del internet café, del Lidl, del 36?).

26 Al principio, nos cuentan las compañeras, escogían a los coordinadores entre la gente con más experiencia. Es lógico: si conocían más el trabajo podrían, también, coordinarlo mejor. Pero enseguida se dieron cuenta de que esa gente estaba demasiado quemada, que precisamente haber sufrido el trabajo les hacía más refractarios a convencer a sus compañeros de que agilizasen sus llamadas o de que no se escaqueasen. Así que han terminado captando a los coordinadores entre los nuevos empleados, más manipulables, gente recién llegada y más ingenua a la que todavía se le puede vender las historias de la empresa.

27 El anonimato de estas empresas es un hecho común…

28 A propósito de la ciudad como espacio de lucha, véase www.hackitectura.net/osfavelados/txts/geografias.html.

La lógica de la empresa

> *«Digamos que hemos caído en la misma productividad que el capital espera de un trabajador, que esperaba de un trabajador en la fábrica, sólo que ahora en la fábrica de la vida y casi nunca hacemos nada que no sea con una intención clara, digamos, cuyo fin, casi cuya duración, haya sido predeterminada con antelación»* [Deriva con traductoras y profesoras de idiomas].

Cuando las diferencias salariales son realmente una cuestión de matiz porque todo el mundo gana una mierda, el valor de lo que se hace y de lo que se es producido dentro y fuera del trabajo, pasa a un primer plano. Lo que decíamos antes: los estilos, las señas corporales, los lenguajes, las tradiciones culturales, los recorridos existenciales, las competencias informales y su reinterpretación en el seno de la empresa social. Para la gente, en su mayoría universitarios, que vienen de la hostelería, del Tele Pizza o del buzoneo, este trabajo de oficina, comentan las teleoperadoras, supone una mejora. Hablamos de una «movilización total» en lo que se refiere al diseño en la que intervienen desde los elementos medioambientales (el barrio, la presencia, la disposición de los distintos objetos en el propio puesto…) hasta la difuminación del ejercicio del poder. No negarse, no irritarse, todo es posible de un modo diferido…

> *«En la empresa nunca dicen que no, claro, pero siempre han de hacer unos estudios de viabilidad, y el de los cascos, en concreto, duró dos años y al final del mismo se resolvió dar únicamente almohadillas individuales»* [Deriva con teleoperadoras].

El poder, además, se asume, se hace propio, se reproduce mediado por el aditamento que se da en cada uno de los nodos de la red. Lo hacen los médicos bajo la presión de los incentivos y las farmacéuticas, lo hacen las trabajadoras sociales acosadas por la falta de recursos, lo hacen las teleoperadoras incentivadas por una diferencia de estatus, lo hacen los editores seducidos por el brillo de la proyección pública, lo hacen las encargadas de sección alentadas por la responsabilidad y la pertenencia a una gran firma. El chantaje afectivo, las prebendas inmateriales, las promesas intangibles, las promociones potenciales, las oportunidades que se generan, los proyectos viables, el acoso psicológico o los beneficios en clave de favores y compromisos constituyen una gramática afectiva bien estudiada en algunos ámbitos, como el doméstico, donde ir al médico es siempre una concesión que obliga a una contrapartida traducible en tiempo, labor o pleitesía. Las relaciones radicalmente femeninas entre la señora y la asistenta son, en este sentido, un complejo juego asimétrico de dependencias mutuas en el que se negocia la intimidad que proporciona el acceso al cuidado y al aseo, la culpa, la responsabilidad para con los tuyos/suyos y la dependencia total que genera organizar una vida en torno a otras personas.

El lugar de negociación se ha disuelto, el momento contractual es indeterminable, el sistema de derechos y obligaciones se establece *as we go along*, de modo que el simple hecho de formular esta gramática es una tarea ardua, si no imposible. El convenio, para quienes lo tienen y para quienes lo tienen en su propio sector, es una anécdota que choca una y otra vez con la racionalidad de la actividad.



«Depende de las empresas, en algunas te dan un caramelito, a unos les pagan más si trabajan un festivo, a otros si trabajan por la noche les dan un plus de nocturnidad, entonces, más o menos todo igualado, incluso en el ámbito de todas las empresas, yo creo que la patronal lo tienen así establecido para que se dé una cosa mejor y otra peor. Esto del convenio, bueno, en el comité de empresa estamos luchando habitualmente nada más que por eso, porque se cumpla el convenio a rajatabla. Ahora han puesto una cosa muy buena, que es el que halla descanso por visualización de pantallas, porque antes lo que había es el descanso de 10 minutos o 15, dependiendo de las horas que trabajes normalmente, pero ahora lo que hay es cada 2 horas de trabajo, 5 minutos para relajar la vista, eso es importante que la gente lo sepa y que si nos presionan les dé lo mismo y sigan saliendo, tienen derecho, pero lo que ocurre en ese trabajo es que tú tienes tu descanso, pero es que si en ese momento hay muchas llamadas, el coordinador esta ahí para decirte «espérate un poco que hay muchas llamadas, no salgas al baño». La función de coordinador no se sabe muy bien cuál, pues eso que alguien le pueda decir a otra persona que no vaya al baño, y lo de los descansos pues eso, si entras en el ritmo que entra todo el mundo, cuando llegas dices, bueno, voy a hacer las cosas bien y me da lo mismo salir 5 minutos antes o después al baño, pues eso se va creando así y entonces te puedes quedar sin descanso.... Cumplir el convenio en general, sí, pero claro no es en general, es cada día de trabajo, entonces como son llamadas que entran, pues con lo de atender bien el servicio y el tema de la profesionalidad, te lo venden muy bien» [Deriva con teleoperadoras].

Lo importante, como comentan las teleoperadoras, es lograr que lo que realmente se hace se parezca, o una crea que se parece, a lo que se esperaba hacer.

Renta

La renta es habitualmente el criterio clave para comprender el trabajo precario, la renta y la condición de permanente temporalidad a la que ya hemos aludido y que hemos tratado de complejizar a partir de algunas cosas que han ido saliendo en el curso de las derivas. La importancia del salario con respecto a otros valores como el prestigio, los recursos, la conectividad, las oportunidades de proyección estratégica o los intereses personales varía en función de las posibilidades que cada una, como individualidad, pero sobre todo por la posición social que ocupa de un modo más o menos fijo. Para algunas, las trabajadoras domésticas, el trabajo es exclusivamente eso, dinero, lo inmediatamente necesario para cambiar las cosas, para transformar «este infierno de inestabilidad en que vivíamos».

Las palabras de las mujeres con las que hablamos en el Parque del Oeste, además de su tono de voz, su entonación, que no podemos reproducir mediante la mera transcripción, lo dice todo.

– Si yo le digo «trabajo», ¿qué le sugiere?

– Trabajo es un oficio para tener dinero porque aquí todo es a base de dinero y, algo para conseguir trabajo, digamos, dinero. [Preguntando a una mujer ecuatoriana en el Parque del Oeste, Deriva con trabajadoras domésticas].

La renta va indisociablemente unida a los papeles y a la condición de ser mujer migrante. Ambos forman el circuito cerrado del trabajo doméstico en el que se ven atrapadas muchas mujeres que no pueden desarrollar sus profesiones o intereses. También en este circuito se pone de manifiesto la dimensión servil que señalábamos más arriba, una dimensión que encuentra su más clara expresión material en la transformación de la propia forma salarial: «por un lado, el salario aparece cada vez más como una variable de ajuste de la política económica, es decir, corresponde al salario absorber los *shocks* macroeconómicos, los altos y bajos coyunturales; por otro, experimenta un fuerte proceso de individualización: el salario base (aquél que se calcula contractualmente, que se basa en la cualificación del obrero y que constituye un elemento irreversible) determina apenas una parte de los ingresos salariales, mientras que una parte creciente se fija en función del grado de implicación, del celo y del interés demostrado durante el proceso de trabajo, es decir, después del momento de la contratación. Así pues, el salario es cada vez menos el resultado de una relación contractual (y de fuerza) y cada vez más pura remuneración individual por un servicio prestado».[29]

Caminamos por las calles, atravesamos la ciudad en autobús desde la zona de Embajadores hacia el barrio de Salamanca, una superficie discreta pero repleta de marcas, de transiciones, de cambios medioambientales inscritos en los comercios, en los edificios, en el mobiliario urbano, en las gentes. Subimos por Velázquez en dirección a Jorge Juan, la nariz pegada al escaparate navideño de Loewe, un derroche de luces, burbujas doradas, purpurinas y copos arremolinándose al otro lado del cristal.

> *«Por aquí pasamos todos los días para llegar a casa y a trabajar, entonces lo significativo es eso que tú al pasar te encuentras con tiendas como ésta. ¡Qué maravilla de escaparate! Y eso, un bolso de 100.000 pts. Sí, llama mucho la atención estar en este barrio, incluso para la hora de descanso, si quieres bajar a tomar una caña sabes que no te va a costar como en el bar al lado de tu casa, entonces es muy significativo, tú vienes aquí a trabajar, lo dices en tu casa y dicen «vas a trabajar al barrio de Salamanca», parece que es lo que ellos hubieran querido, ya que no pueden vivir aquí, pero les hubiera gustado trabajar aquí. Muchas empresas de telemarketing están en la Moraleja y pasa lo mismo, la gente se va a la Moraleja a trabajar. Además, si van de traje, imagínate, la máxima perfección»* [Deriva con teleoperadoras].

Seguimos por la misma acera y nos detenemos asombradas ante la imagen perfecta, la metáfora más elaborada de lo que nos sugieren estas calles en nuestro transitar por el trabajo precario. Se trata de un escaparate de alguna firma, completamente oculto, recubierto con una lámina que sólo deja libre, aunque no a la vista, un pequeño recuadro, demasiado elevado para nuestra estatura. Al encaramarnos, podemos ver una prenda exclusiva en un maniquí. La conjunción visual de la inaccesibilidad y la interdicción de ese gesto obsceno de meter la nariz (en donde no te llaman, porque si te llamaran no la meterías): ésa es la mejor descripción de lo que nos pasa.

29 C. Marazzi, *El sitio de los calcetines. El giro lingüístico de la economía y sus efectos en la política*, Akal, Madrid, 2003.

Conflicto

Para nosotras la investigación es, por encima de todo, un pensar para la acción colectiva, un hallar los lugares desplazados del conflicto, saber nombrarlos, inaugurar otros anteriormente inexistentes con los que ya estamos experimentando: en la búsqueda de empleo, en la entrevista de trabajo (¡esa gran máquina de humillación cotidiana!), en la red, en los centros comerciales, en el teléfono, en el parque, en el centro social… Después de este primer ciclo de derivas, cuyos recorridos y reflexiones tratamos de recoger en este texto, de la huelga del 20J y, más recientemente, de la frustrada huelga contra la guerra en Irak el pasado 10 de abril, hemos lanzado dos preguntas, en primera y segunda persona: «¿cuál es tu guerra? ¿cuál es tu huelga?».[30]

El objetivo primero del Laboratorio de las Trabajadoras consistía en la creación de un espacio de comunicación permanente que no estuviera constreñido por el lugar de trabajo, que no se limitara a lo laboral, como si esto pudiera separarse de otros aspectos de la vida, o que no quedara restringido a la singularidad de tal o cual empresa, de este conflicto concreto, de aquella reivindicación, y pudiera rehacerse como una práctica dirigida a contaminar y provocar reacciones en cadena. Un laboratorio que nos permitiera estar al tanto de lo que acontece e improvisar movimientos conjuntos de apoyo y de revuelta (intervenir ante el despido o situación de maltrato de una trabajadora interna, participar en momentos de paros y luchas de las trabajadoras de la salud, del *telemarketing*…).

Tanto en el curso de las derivas como después, en los dos talleres de Cuidados Globalizados, apenas hemos tenido ocasión de atravesar experiencias de lucha reseñables: la huelga de las trabajadoras de la limpieza del Ramón y Cajal, la lucha de las teleoperadoras en Qualytel y otros gestos, brotes, protestas o procesos de levantamiento en ciernes. A algunas compañeras les resultó extraño el encuentro con las compañeras de la limpieza durante nuestro breve paso por el hospital. Nos las veíamos con un conflicto localizado, aún atravesado por la influencia de sindicatos como CCOO, al que tanto se han enfrentado las trabajadoras de la contrata Eurolimp-Ferrovial en el Ramón y Cajal para salvaguardar su autonomía y su funcionamiento de base, o por los rasgos de un conflicto en el que la precariedad reside fundamentalmente en la creciente pérdida de derechos, en la difuminación de las funciones de las trabajadoras con vistas a intensificar su actividad, o en la absoluta represión de cualquier brote de protesta.[31] Hemos reconocido la cercanía de la relación que han buscado con los pacientes y sus familiares, con otros grupos sociales siempre más allá del entorno sindical, su discurso sobre los cuidados como algo que atañe a la ciudadanía y su crítica a la privatización de la sanidad.

Quizá el conflicto de las teleoperadoras nos resulta más próximo, sobre todo por la absoluta inexistencia de estructuras de representación, por la movilidad extrema (el constante trasvase de trabajadoras) y el aislamiento al que se ven sometidas, o por unas prácticas de lucha híbridas en las que se juega con el anonimato, la acción en red, la clandestinidad del proceso organizativo, la utilización de herramientas simbólicas para romper el aislamiento y el miedo, etc.[32] Su experiencia de comunicación «con quien tienes al lado» y poco a poco para poder ir construyendo un sentido común, la necesidad de reconocerse, porque los nombres comunes no son obvios, o el poder

---

30 http://acp.sindominio.net/article.pl?sid=03/04/09/1234246&mode=thread

31 http://www.nodo50.org/limpiezasramonycajal.

32 En este sentido, la experiencia de las luchas de hace unos años en el censo de Madrid o en el Circo del Sol con personal contratado por Manpower han sido otras importantes fuentes de inspiración: http://www.sindominio.net/labiblio/archivo.htm#prec.

cortocircuitar la lógica de la empresa produciendo otras nuevas nos da algunas pistas interesantes para futuras intervenciones.

Al indagar en la naturaleza íntima y paradójica de los rasgos del trabajo feminizado, descubrimos algunos puntos de ataque: hacer de la movilidad nuestra fuerza (como se decía en el debate del Gran Chow), apropiarnos de los canales comunicativos para hablar de otras cosas (y no cualquier cosa), modificar la productividad semiótica en momentos estratégicos, hacer del cuidado y de las redes invisibles de apoyo mutuo una palanca para subvertir la dependencia, convertir el «trabajo bien hecho» en algo ilícito y contrario a la productividad, convertir la práctica de habitar, de estar, en derecho creciente.

Nuestras incursiones en los espacios del no-trabajo o, para ser más exactas, en los tránsitos existenciales y subjetivos, tienen antecedentes aislados en los que hemos ido zambulléndonos, por ejemplo, en la campaña contra Inditex llevada a cabo por distintos grupos de mujeres (y de forma entrecortada desde 1998[33]) o en la reapropiación de compresas de hace ya más tiempo. Transformar las luchas laborales en luchas ciudadanas que actúen sobre las asimetrías de sexo y sexualidad, de procedencia y papeles, de raza y de edad que atraviesan los circuitos metropolitanos de la precariedad constituye un recorrido que algunas hemos iniciado desde diversos lugares; las unas, desde el empleo propio o ajeno; las otras, desde lo social indistinto; las de más allá, desde un sindicalismo en experimentación, desde el movimiento feminista o desde los encuentros personales.

33 http://acp.sindominio.net/ article.pl?sid=02/05/20/0131215&mode=thread, http://acp.sindominio.net/ article.pl?sid=02/05/27/ 2159245&mode=thread y http://acp.sindominio.net/ article.pl?sid=02/05/27/ 229240&mode=thread

To be continued...

Al cierre de esta primera fase queríamos que nuestro esfuerzo de cartografiar sobre el terreno pudiera expresarse, multiplicarse y entablar un diálogo con otros. ¿Pero cómo poner en común un proceso tan íntimo y complejo? ¿Cómo expresar, en una sola tarde, en un solo lugar, la particularidad de los espacios y las vidas hacia las que hemos derivado? Todo esto nos llevó a lo que dimos en llamar el «Gran Chow»: una *performance*, lo más animada que pudimos, de las derivas, compuesta por una teatralización y una reproducción ficticia de los lugares (pasos de cebra, escaparates, pantallas, hogares, obras, salas de hospital y de enseñanza, transeúntes, etc.) que recorrimos y las gentes con las que hablamos protagonizada por… ellas mismas, vídeo, diapos, audio, un debate para el que ya estábamos demasiado cansadas y, para terminar, un piscolabis en La Eskalera Karakola.

En la casa, una traductora nos habla entre llamadas y catástrofes informáticas de su aislamiento, del agobio y del placer en la intimidad del texto. En el aula, una profesora da una clase de inglés a ritmo de consigna. En la casa nuevamente, una empleada de hogar nos explica sus horarios y la gestión de una familia a distancia. Salimos, paseamos, reflexionamos, vemos el vídeo de una deriva virtual con una arqueóloga que chupa mucha carretera, preguntamos a una trabajadora del Ramón y Cajal. Nos dejamos contagiar del ritmo frenético del teclado, de las llamadas, de las cacerolas, de las broncas.



Y ya ubicadas y desubicadas, ya juntas y revueltas, vemos un montaje que recoge voces e imágenes de nuestros recorridos y debatimos. Hablamos de la precariedad, todo el mundo habla de la precariedad. Pero, ¿se puede? ¿Es útil? ¿Cómo definimos una categoría que contiene tantas diferencias, tal variedad de experiencias y condiciones? Surgen dudas. ¿No es juntar el trabajo precario de una investigadora y el de una interna sin papeles bajo el mismo nombre una forma de obviar una diferencia bestial de poder social? ¿Cómo delimitar la precariedad más allá de lo laboral? Y con estas y otras preguntas nos vamos al piscolabis y a tramar futuros itinerarios de lo común singular.

Indypiquete contra la precariedad y la guerra
(huelga del 10 de abril de 2003 contra la guerra en Irak)

Ayer, el ejército estadounidense tomaba la ciudad de Bagdad. Con esta incursión masiva, se anunciaba el fin de la campaña bélica contra Irak. Pero no de esta guerra. Porque esta guerra va más allá del ataque a Irak o a Afganistán (¿quién se acuerda ya de Afganistán?). Desde el 11 de septiembre, la guerra se ha convertido en la forma de gobierno imperial. Guerra como mecanismo de legitimación de un poder que, tras haber desmantelado los sistemas de bienestar, necesita afirmar su capacidad de dominio, por más vacío y arbitrario que éste pueda resultar.

Como todas las guerras, esta guerra (global y permanente) tiene también sus frentes internos: creación de enemigos ubicuos y con ellos, extensión del pánico difuso; recorte de derechos y libertades justificado por una situación excepcional; medidas de austeridad y flexibilización laboral ante las exigencias de la guerra. Frente a esta guerra y frente a su lógica delirante, miles y miles de personas nos lanzamos espontáneamente a las calles. Nuestros cuerpos desafiantes desbordaron las ciudades del mundo por cuatro días consecutivos. El grito que los recorría: «NO NOS REPRESENTAN».

Hoy, jueves 10 de abril, algunos sindicatos han llamado a la huelga, respondiendo al grito generalizado de «o paran la guerra o paramos el mundo» y colocando la identidad de trabajador en el centro. ¿Pero qué huelga podemos hacer las que tenemos la identidad de trabajador dislocada, pese a ser ya tantas, cada vez más: las cuidadoras, las trabajadoras del sexo, las asistentas sociales, las *freelance* precarizadas (de la traducción, del diseño, del periodismo, de la investigación), las profesoras, las limpiadoras, las estudiantes-trabajadoras del Telepizza,

las vagabundas y deambulantes por un mercado laboral cada vez más pauperizado?

Podemos invadir las calles, como lo hicimos aquel jueves 20 de marzo en el que comenzaron los bombardeos, afirmando un deseo de vida otro, ajeno al absurdo de un poder que ha decidido gobernar y ordenar por medio del terror.

Podemos recorrer ese territorio móvil, que es el nuestro, pero también el de la guerra y el de la precarización, situarnos dentro y contra ese paisaje saturado de vallas publicitarias, maniquíes con vestimenta militar, tallas estandarizadas de normalización anoréxica y contratos basura en todas sus variantes, que tantas veces hemos atravesado (en busca de empleo, de vestimenta, de ocio, de identidad), y desde ahí interrumpir el flujo (de consumo, de comunicación productiva, de invasión propagandística del imaginario, de control y cuidadosa reglamentación de la desviación, de criminalización de todo lo que no encaje en el cuadro), subvertirlo, volverlo caótico, convertirlo en algarabía y en grito de «no a la guerra».

Podemos probar a parar, si no el mundo, algunos de los circuitos productivos y de las conexiones clave de la economía-red, aliándonos a las máquinas y poniéndolas en huelga. A nosotras nos pueden despedir, pero a ellas no.

Contra la guerra y sus múltiples frentes:
jam their lines!

Indias metropolitanas contra la precariedad y la guerra.


¿Qué tipo de currículum tenéis?
trabajado de dependienta en tiendas?
No me traigáis un currículum artístico...
...porque no interesa
o sea...yo no quiero saber nada de vuestra vida personal


simplemente, los datos vuestros, todos.
DNI, teléfono, dirección, DNI, etc.
código postal... todo
y luego la experiencia laboral que tenéis
de edad... ¿tenéis algún tipo de tope?
¿No? porque yo tengo 29
y como estoy a punto de 30...

Encuentros en la segunda fase

El continuo comunicativo: sexo, cuidado y atención

Ya, desde el famoso 11s estamos
Ya, en guerra global permanente
Yo, que vivo en guerra cotidianamente
Yo, salgo a las calles y digo que ¡NO!
(A la huelga en do mayor, música de
«yo te amo con la fuerza de los mares»)

1. Punto de partida

En los meses que siguieron al «Grand Chow», diciembre de 2002, comenzamos a dar forma a lo que todas concebimos como una segunda fase de nuestra exploración en torno al trabajo precario femenino. Algunas compañeras se desplazaron a otros lugares y dejaron de compartir el cotidiano de *Precarias a la deriva* desde Madrid, otras se fueron vinculando y proponiendo iniciativas puntuales: la publicación de un texto en un libro o en una *web*, la participación en unas jornadas, la colaboración en un vídeo, el acompañamiento en un proceso organizativo o en una movilización, etc.[1] Todo esto está dando lugar a un modo de cooperación en red que no pasa tanto por la pertenencia, en este caso al grupo de *Precarias*, cuanto por la apertura de un terreno de comunicación y acción fluido, en ocasiones, excesivamente difuso, que en adelante esperamos se convierta en una herramienta para construir un nuevo espacio de agregación: el *Laboratorio de las Trabajadoras*.

Nuestras idas y venidas habían iluminado ya una serie de problemas, tanto en el plano teórico (el concepto de precariedad sin ir más lejos) y metodológico (¿Cómo acercarnos? ¿Cómo, estando a veces tan cerca y a veces tan lejos?) como en el modo de generar conflictos en entornos invisibles, frágiles, privados... o en entornos más o menos codificados, como el que se abrió en Madrid al calor de las movilizaciones (también laborales) durante la invasión de Irak… o en entornos difusos como el área comercial, los almacenes, el transporte público, etc. Contábamos con testimonios importantes, muchos de ellos registrados y transcritos y habíamos generado una serie de útiles, modestos eso sí, como el piquete-encuesta, la lista de correo precariasaladeriva@sindominio.net, los relatos de campo y, en general, una práctica minuciosa de registro dirigida a materializar y

1 Hemos colaborado con http://www.centrodearte.com/plantillas/Revista/Proyectos/plt_portada_proyecto_5.asp?id_proyecto=9&id_revista=13; con la vídeo artista María Ruido en http://www.sindominio.net/karakola/cuerpos_de_produccion.htm y «Totalwork», http://www.sindominio.net/karakola/precarias/totalwork.htm; hemos apoyado, asimismo, un encuentro entre colectivos de mujeres inmigrantes en Europa (MAIZ, Austria; Anacaona, Bélgica; AMDE, España y Punto di partenza, Italia), http://www.servus.at/maiz/oeffentlichkeit.html y participado en las jornadas «Pensar en Precario», http://euskalherria.indymedia.org/eu/2003/01/3501.shtml, así como en el segundo Foro Social Europeo que este año se celebró en París.

preservar nuestras reflexiones y nuestros recorridos. El conocimiento experimental/experiencial que propugnamos por medio de las derivas nos había puesto sobre la pista y había permitido expandir el punto de mira de un modo casi vertiginoso. Por otro lado, la concreción de la red de relaciones que se había abierto con el proyecto de las derivas y la invitación a la huelga, el proto-Laboratorio de Trabajadoras, seguía en ciernes, así como muchos de los enunciados, consignas e hipótesis que queríamos producir a partir de estas incursiones. Algunas derivas importantes, en particular una con trabajadoras de la producción mediática y otra por la industria del sexo, no habían llegado a realizarse por motivos diversos y, desde luego, no queríamos dejarlas en suspenso.

En enero de 2003 participamos en las jornadas *Pensar en Precario*, organizadas por CGT, y volvimos a coincidir con otras personas y colectivos que, como nosotras, llevan tiempo dándole vueltas a la cuestión de cómo pensar y organizar lo que algunos han dado en llamar el *precariado* o *precariado social*.[2]

Diseñamos entonces lo que sería esta segunda fase y hablamos de dar continuidad a este proyecto por tres vías diferentes (pero no desligadas): (1) un segundo ciclo de derivas, (2) una serie de talleres de reflexión colectiva abiertos a más gente y (3) algunas intervenciones que nos permitieran indagar en las formas posibles del conflicto.

De algún modo, las derivas se habían revelado como un contacto apasionante, una forma de contagio y reflexión a la que no queríamos renunciar, un método que, además, aún no había dado todos sus frutos. Un método infinito dada la singularidad intrínseca de cada recorrido y su capacidad para abrir y enrarecer los lugares.[3] Los talleres eran una apuesta por un encuentro más pausado, también un modo de afianzar las relaciones que íbamos trabando y una llamada al delirio colectivo, eso sí, planificado. Los talleres, de algún modo, nacían de contactos o necesidades que habían surgido en el curso de las derivas: ¿por qué en femenino? ¿qué gira en torno a la denominada crisis de los cuidados? Algunos pasaron sin pena ni gloria, otros, en particular el *Taller de Cuidados Globalizados*, se consolidaron y nos han permitido profundizar en un campo tan complejo como es el de las condiciones en las que hoy se desarrolla la reproducción a escala global. Por último, el espinoso asunto del conflicto, plagado más de intuiciones que de otra cosa, permanecía ahí, irreverente, haciéndonos un guiño desde la esquina. La infiltración, el espionaje (¿industrial?), el travestismo, la rebelión de las máquinas, el etiquetado defectuoso[4] y, claro, el *reclaim the streets* o el dispositivo móvil de encuesta especialmente diseñado para dar al traste con una movilización clásica, se revelaban como pálidas tentativas de lo posible.





---

2 «El precariado es al postfordismo lo que el proletariado fue al fordismo: trabajadores flexibles, eventuales y a tiempo parcial, autónomos, son el nuevo grupo social que requiere y reproduce la transformación neoliberal posindustrial de la economía. Es la masa crítica que emerge del vortex de la globalización capitalista, mientras fábricas y barrios demolidos se ven reemplazados por oficinas y áreas comerciales. Son l@s trabajador@s de servicios en supermercados y cadenas; l@s trabajador@s cognitiv@s que operan en la industria de la información, la gente cuyo trabajo autónomo empuja a formas extremas de autoexplotación. Nuestras vidas devienen literalmente precarias por imperativo de la flexibilidad» http://www.chainworkers.org

3 De hecho, en una ocasión, diseñamos una deriva, que luego no llegamos a realizar, en la que seguíamos los pasos de la deriva guiada pero introduciendo algunos componentes de la acción: la idea básica era la de sentarse en grupo y en unas sillas plegables en distintos espacios públicos (en el metro, en una terraza bar, en una plaza, en un almacén, etc.) convirtiendo así cada uno de estos espacios en una extraña estancia.

4 Este sencillo método tuvo ya su momento de ensayo durante las acciones de mujeres en el célebre, por raquítico, Foro Social Trasatlántico convocado durante la presidencia española de la Unión Europea en 2002. Pues bien, en aquella ocasión retomamos una campaña impulsada por *La Eskalera Karakola* en 1999 y nos lanzamos a reetiquetar las prendas de Bershka (Inditex) con frases del tipo «talla estandarizada de normalización anoréxica» o «100% trabajo explotado».

La cosa, evidentemente, se ha ido complicando por el camino y hemos acabado involucradas en un acompañamiento a las salidas que realiza Hetaira en el centro de Madrid y la Casa de Campo, en una serie de autoentrevistas y diálogos con compañeras con las que nos hemos ido encontrando y, por encima de todo, en una iniciativa editorial y audiovisual que ha centrado nuestros esfuerzos durante los últimos meses de 2003 y que hoy se plasma parcialmente en este artilugio que tienes entre las manos. ¡Qué aproveche!

2. Derivas y algo más... El embrollo del trabajo sexual

2.1. ¿Una vez más?

Las derivas, tal y como explicábamos en «Primeros balbuceos del Laboratorio de trabajadoras» no se limitan al recorrido guiado por el transcurso de una experiencia de precariedad. No son ni mero deambular, ni actividad planificada. De modo que, cuando nos propusimos acercarnos al trabajo sexual, teníamos muy claro que no podíamos reproducir el rol de «mironas» como nos decía una prostituta en la Casa de Campo, ni tan siquiera el de simples simpatizantes. Por eso, salimos pensando, más que en ningún otro encuentro, en un intercambio que fuera más allá de la futura deriva con trabajadoras del sexo. De momento, el intercambio se ha plasmado en nuestra participación en algunas actividades de Hetaira,[5] lo que nos han permitido acercarnos a la prostitución de calle, tan desconocida para nosotras, y establecer un vínculo donde no lo había. Esperamos que éste se vaya estrechando y, de paso, avancemos en una forma de cooperación que contribuya a conectar este sector del trabajo femenino tan estigmatizado y acosado con otras realidades precarias con las que, en ocasiones, puede incluso llegar a solaparse.

Pero, antes, ¿cabe preguntar por primera o última vez por qué el trabajo sexual? Sabemos, de primera o segunda mano, de las polémicas que giran en torno a la prostitución. Las internas al movimiento feministas[6] y las que surgen habitualmente en los discursos públicos, por ejemplo, en los medios de comunicación, tan proclives al prohibicionismo. El debate entre abolicionistas y defensoras de los derechos de las trabajadoras sexuales que, para las que no lo sepan ha costado grandes peleas, escisiones y mucha mala baba, parece estar en un punto muerto y no vamos a ser nosotras las que lo reproduzcamos aquí. Algunas activistas y estudiosas que están trabajando en



5 www.hetaira.info

http://. Sobre LICIT otro colectivo de defensa de los derechos de las trabajadoras del sexo, pero éste afincado en Barcelona : http://www.ub.es/geocrit/sn-94-100.htm.

6 Como algunas recordarán, las *Jornadas Estatales Feministas de Santiago de Compostela* de 1989 representaron uno de los hitos en el surgimiento de un enfrentamiento que giraba en torno a la pornografía, las fantasías sexuales, la prostitución y el trabajo sexual en general. Un debate que, en último término, y tal y como sugieren algunas teóricas, remite a las concepciones feministas en torno a la sexualidad y a la violencia. Ya a comienzos de la década de 1980, simultáneamente al arranque del movimiento feminista en España, surgen en distintos países europeos iniciativas dirigidas a la legalización de sindicatos de prostitutas, pero no existe en este momento ninguna conexión real entre feministas y putas en el Estado Español, donde el punto de vista dominante entre las primeras había sido el de considerar a estas últimas como víctimas del sistema patriarcal y por tanto objeto de reinserción. La conexión de algunos sectores del movimiento con las prostitutas llegará más adelante. En 1990 se celebraron las *Primeras Jornadas sobre Prostitució, Sexualidad, Pornografia y dependencies afectives* organizadas por la Coordinadora de Catalunya, con la asistencia de la trabajadora sexual italiana Carla Corso. También en Madrid, en 1990, se celebraron unas jornadas de debate en torno a estas cuestiones que fueron publicadas posteriormente. «Lo que está emergiendo en este nuevo enfoque es un incipiente, a la par que extremadamente sugerente, movimiento a favor de los derechos de las prostitutas, con organizaciones locales y

vínculos internacionales. El nuevo entendimiento se basa en la noción de una problemática común, plena de solidaridad pero exenta de paternalismos… «porque las prostitutas plantean las mismas demandas que las feministas (y que el conjunto de las mujeres): aspiran al derecho al trabajo, a recibir protección contra la violencia, a una vida sexual en la forma en que cada cual prefiera, y éstas son cuestiones importantes para el feminismo, así que la lucha es la misma», Marjan Sax en Osborne, R. (ed). *Las prostitutas: una voz propia. (Crónica de un encuentro)*, Barcelona, Icaria, 1991. Véase también el volumen *Debates Feministas*, editado por la Comisión Antiagresiones y la Coordinadora de Mujeres de Barrios y Pueblos del Movimiento Feminista en 1991. Tras este apasionante periodo de debates y conflictos, se abre otro más anodino repleto de pronunciamientos institucionales de corte integrador y contra el tráfico de personas y la violencia, ajenos, en cualquier caso, a la posición de reconocimiento de los derechos de las trabajadoras sexuales. De este modo los congresos de las prostitutas van por un lado y las declaraciones institucionales y de los grupos de mujeres, salvo algunas excepciones, por otro. En la Comunidad de Madrid, y bajo el gobierno ultraconservador del PP, se han sucedido distintos acontecimientos públicos de orientación claramente abolicionista (es decir, que propugna la prohibición de la prostitución). A comienzos de 2000, se celebraron algunos talleres y jornadas más o menos a favor de los derechos de las prostitutas. Entre tanto, la labor reivindicativa y de apoyo a las prostitutas realizada por Hetaira y otros colectivos como Licit en Barcelona se ha consolidado y han surgido nuevos grupos y alianzas en este sentido, a la par

este campo, putas o no, afirman estar hartas de pelear contra unas posiciones excesivamente estrechas, deterministas y victimizadoras, y sentirse solas ante la renovada ola de criminalización que se nos viene encima y que golpea, en primer término, a los sectores tradicionalmente más perseguidos y marginalizados de la sociedad. La piedra de toque siguen siendo los derechos de las trabajadoras o, dicho de otro modo, la consideración de esta actividad como trabajo y, por consiguiente, como generadora de una serie de derechos (hoy en curso de ser desmantelados en casi todos los sectores laborales) equiparables a los que se desprenden en otros trabajos; y no como violencia o esclavitud sexual, como algo sobre lo que ninguna mujer puede tener pleno poder de decisión o epítome de la dominación patriarcal y capitalista.[7]



Esta última posición ha sido tradicionalmente defendida, con distintos matices, tanto por las feministas burguesas como por las socialistas, para las que la prostitución era equiparable a otros contratos desiguales que, como el matrimonio, debían ser abolidos y cuya abolición quedaba supeditada a la revolución socialista. Mientras muchas mujeres afirman su derecho a prostituirse y ser consideradas «como el resto de los trabajadores» (horizonte ya de por sí borroso y cambiante), los argumentos que tratan de inscribir la prostitución (junto a otros hechos sociales) en el orden patriarcal pierden centralidad en el seno de una polémica estancada.[8]

Lo que introduce la consideración pública del trabajo sexual es un argumento de tipo moral. La prostitución, se dice, atenta contra la dignidad de las mujeres, convirtiendo sus cuerpos en objeto de comercio (y violencia). Sin embargo, cuando la actividad es consentida, nos hallamos ante un *delito sin víctima* que no se sabe muy bien a quién protege… ¿a *la* sociedad?, ¿a *la* moral pública? Cualquier consideración del punto de vista de las profesionales queda, desde esta perspectiva, fuera de juego y quienes afirman proteger acaban siendo victimizadas.[9]

Por otro lado, el pragmatismo que domina el discurso regulacionista (del que participan de modo diverso las prostitutas, los empresarios de locales y algunas organizaciones feministas) se limita a considerar la gestión de esta actividad, algo que las feministas aliadas de las prostitutas vinculaban hace unos años a un debate más amplio al que se sumaban otras cuestiones que, poco a poco, han pasado a un segundo plano. Entre ellas, estaban los sentidos y

---

que se ha desatado, aún tímidamente, en España, el debate en torno a la regulación, con la constitución de una comisión en el Senado a la que han sido invitadas algunas feministas (M. J. Miranda y R. Osborne) que han manifestado la imposibilidad de abrir cualquier tipo de debate que no incluya a las protagonistas. Las intervenciones en esta comisión pueden consultarse en: http://www.izquierda-unida.es/actividades/mujer/actualidad/actosenado.pdf, 2002.

7 Algunas han querido ver aquí una confrontación entre reclamar derechos como trabajadoras o hacerlo como mujeres.

8 Carole Pateman ha abordado el *contrato* (temporal) *de prostitución* revisando algunos de los argumentos más relevantes. Para esta autora se trata de determinar la singularidad del mismo en el seno de las sociedades patriarcales, algo que tiene que ver con el hecho de que quienes prestan este tipo de servicios son mayoritariamente mujeres y que éstos van unidos a la identidad sexual, es decir, a la construcción de la feminidad y la masculinidad (y no ya al sexo o al cuerpo). Según ella, conforman un tipo específico de subordinación (diferente a otros contratos de venta de la fuerza de trabajo o a los que tienen lugar en otros sectores laborales feminizados). También es específico en relación con el matrimonio o con las «madres de alquiler», aunque mantiene una relación con estos contratos sexuales. La clave, según ella, reside en que estos servicios encarnan significados patriarcales ya que lo que se adquiere es la sujeción sexual o derecho de mando sobre la prostituta (algo que incluye la sexualidad, pero no sólo). Lo cierto, y aquí reside nuestra diferencia con Pateman, es que lo que se adquiere en la mayor parte de los casos no es una sujeción, como si dijéramos, real, sino una ficción (una representación de la sumisión, del deseo, de la debilidad o de tantas otras cosas diferentes) que está sujeta a negociación. Y, como en toda negociación, los términos de la misma están en relación directa a la fuerza que, en cada momento, tenga cada una de las partes. De momento, retengamos la idea de que para esta autora la prostitución establece una relación amo-súbdito y un modo de acceso, en este caso mercantilizado, al cuerpo de las mujeres. En su revisión de los argumentos de Pateman, Fraser distingue entre un nivel social y otro cultural o simbólico. En el primero, resulta más que dudoso que el contrato selle el control del cliente y la anulación de la mujer que, más bien, detenta un control considerable sobre la transacción sexual y goza de total autonomía fuera de ella (a diferencia de lo que ocurre en el matrimonio). Es más, si revisamos los argumentos de Pateman a la luz de nuestras reflexiones sobre la precariedad femenina, veremos que muchas de sus explicaciones no nos sirven y que la presunción de dependencia y sometimiento en los trabajos sexuales, en realidad, no es tal o, por lo menos, es menor en relación con otras áreas. Para Fraser, la dificultad no está en la relación contractual, sino en la esfera de lo simbólico, y es en ella donde la prostitución revela hoy la fragilidad del género. «Sugiero [sostiene Fraser] que aquello que con frecuencia se vende ahora en las sociedades del capitalismo tardío es una fantasía masculina del «derecho sexual masculino», fantasía que implica su precariedad en realidad. Lejos de adquirir poder de mando sobre una prostituta, lo que obtiene el cliente es la representación escenificada de dicho poder» (p. 307). De modo que estas fantasías chocan, por un lado, con la práctica contractual y, por otro, con una amplia gama de asociaciones diferentes que no se agotan en el modelo amo-súbdito, masculinidad-feminidad, sexo-violencia, y es aquí donde nuestra exploración puede abrir nuevos caminos. Lo que sí nos gustaría rescatar de Pateman es su encono para con los contractualistas liberales, en la actualidad encarnados por los empresarios a favor de la regulación, para los que la libertad contractual desatiende las condiciones sociales; entre otras, la dificultad de establecer contratos justos (no ya libres o voluntarios) en el contexto de un mercado laboral profundamente jerarquizado según el sexo, la raza y la procedencia. Pateman, C., *El contrato sexual*, Barcelona, Anthropos, 1995. Fraser, N., *Iustitia interrupta. Reflexiones críticas desde la posición «postsocialista»*, Santa Fé de Bogotá, Siglo del Hombre ed., Univ. De los Andes, 1997.

9 Tal y como explica Elena Larrauri, a partir de la década de 1980 asistimos a una expansión de la figura de la víctima en el derecho penal, algo que contaba ya con una importante tradición en la criminología crítica que hablaba de los «delitos sin víctima». «Surgían víctimas por doquier […], la víctima de las drogas era el propio consumidor, la víctima del tráfico sexual entre adultos, la prostituta, la víctima de la pornografía, las mujeres, etc. Se produjo una especie de consenso en la necesidad de "intervenir" y se rechazaba la imagen de sujetos "libres"» (p. 231). Uno de los resultados de esta expansión fue el «robo del conflicto a la víctima». La misma argumentación válida para la consideración de delito puede ser empleada al hablar de la consideración del trabajo: si el trabajo es una forma de retribución dirigida a garantizar una existencia digna, entonces, la prostitución no es un trabajo.

las prácticas sexuales, su transformación histórica y su contribución estratégica al género. Esto, que se podía pensar muy bien desde la prostitución y las prostitutas, no sólo concernía a las mujeres directamente implicadas, que ya es mucho, sino a todas. Los derechos de las prostitutas (la invención de nuevos derechos), que, como sucede también con los derechos de las trabajadoras domésticas, han permanecido al margen de la legalidad y, consecuentemente, de la regulación estatal,[10] y su visibilidad como sujetos han de situarse en el centro del debate. Pero es que, además, la prostitución o, mejor, el trabajo sexual, es un lugar privilegiado para hablar del valor y de las dimensiones cambiantes del sexo en la sociedad patriarcal.

Lo cierto es que, hoy por hoy, el trabajo sexual constituye una estrategia para lograr ingresos (superiores a los que se obtienen en otras actividades), que muchas mujeres eligen entre opciones casi siempre malas y limitadas (sobre todo en el caso de las inmigrantes) y que lo único que han logrado las propuestas prohibicionistas o redentoras es socavar la oportunidad de generar una posición de fuerza de las mujeres que realizan estos servicios, sometiéndolas a una presión extra y contribuyendo a su estigmatización y a la invisibilidad. Los controles sanitarios especiales y policiales forzados, la segregación en áreas concretas de la ciudad y la implantación de distintos niveles de tolerancia, el registro obligatorio, la penalización de proxenetas y clientes o las multas por el ejercicio en la calle acrecientan este efecto.

Cuando han tenido ocasión de hablar, muchas prostitutas han afirmado su capacidad de elección o al menos su capacidad de buscarse la vida del modo mejor para ellas, dadas las circunstancias, y coinciden en que lo peor no es la supuesta indignidad del intercambio sexual, para el que han desarrollado mecanismos adecuados de implicación (tan adecuados que, como observa Pateman, molestan profundamente a los hombres que aspiran a obtener sexo «de verdad»), sino, precisamente, las condiciones bajo las que lo realizan y el modo en el que son tratadas por ello. Esto, como apuntan los testimonios de Mary-Loly, no es nuevo:

> «Muchas veces he podido dejarlo y nunca me he decidido. ¿Por qué? Pues porque creo que después de tantos años de moverte con toda libertad, de hacer lo que te da la gana, de tener dinero en el bolsillo con cierta facilidad, resulta bastante penoso meterte a trabajar con un horario fijo, con un patrón que te explota y un sueldo que nunca te sirve para llegar a fin de mes decorosamente. Lo he visto también en algunas mujeres casadas que recurren a hacer algunos [servicios] para sacar algo del dinero que el marido no trae a casa.»[11]

En definitiva y tal y como explica Cristina Garaizábal.

> «[S]i no tenemos en cuenta las decisiones que toman las prostitutas, si las victimizamos pensando que *siempre* ejercen de manera obligada y forzada; si consideramos que son personas sin capacidad de decisión... todo ello implica no romper con la idea patriarcal de que las mujeres somos seres débiles e indefensos, necesitados de protección y tutelaje.»[12]

10 Tal y como explicó M. J. Miranda en su intervención en la comisión del Senado, la regulación parte de la categoría de «derecho sin víctima», definida por E. M. Schur: «transacción o intercambio voluntario entre adultos de bienes y servicios con fuerte demanda y legalmente proscritos». Esta definición excluye, como es obvio, la prostitución infantil y la prostitución forzada y está en la base de la legislación vigente en España y en la mayor parte de los países europeos. Quienes se autodenominan «trabajadores/as del sexo» (como por ejemplo el *International Commite for Prostitutes' Rigths*), apoyadas por grupos feministas y empresarios del sexo, solicitan, sin embargo, un paso más: en cuanto actividad económica y laboral «con fuerte demanda», requiere una regulación que garantice: (1) la descriminalización de la prostitución libre entre adultos, (2) la regulación de las relaciones entre terceros (clientes y empresarios) de acuerdo con las leyes de comercio, laborales, fiscales, y otras regulaciones de las actividades económicas en general, (3) la aplicación estricta de las leyes penales contra el fraude, la coacción, la violencia, el abuso sexual de los niños, el trabajo infantil, los delitos contra la libertad sexual y el racismo, se produzcan donde se produzcan, tengan carácter nacional o internacional e impliquen o no la prostitución, (4) el respeto de sus derechos humanos y libertades civiles, incluyendo la libertad de expresión, de viajar, de emigrar, de trabajar, de casarse, de tener hijos, y cobertura de riesgos de desempleo, salud y vivienda, (5) derecho de asilo para todos aquellos a los que se acuse en su país de un «crimen de estatus», como prostitución u homosexualidad, (6) libertad para elegir el lugar de trabajo, dentro de las regulaciones



administrativas aplicables a otro tipo de actividades económicas y (7) derecho de asociación y trabajo colectivo. Evidentemente, la agenda de los empresarios no es idéntica a la de los colectivos en defensa de las prostitutas. La referencia electrónica aparece en la nota 7.

11 Saiz Viadero, J. R., Conversaciones con la Mary-Loly. Cuarenta años de prostitución en España. Barcelona, Ediciones 29, 1976.

12 Sobre este particular citaremos, entre otros, los siguientes textos: Osborne, R., *Las prostitutas: una voz propia, op.cit.* y Garaizabal, C., http://www.pensamientocritico.org/crigar0703.htm, 2003.

2.2. Circuitos alternativos

En cualquier caso y a pesar del estado de la cuestión en el feminismo, lo cierto es que el escenario en el que se debate el trabajo sexual se está modificando rápida y profundamente, y que esto debería provocar una reapertura del diálogo en otros términos. He aquí algunos elementos para el mismo.

El consumo de bienes y servicios de carácter sexual ha aumentado y se ha diversificado.[13] Por otro lado, va siendo progresivamente aceptado, también por parte de las mujeres. Tal y como insisten las profesionales, el mundo de la industria del sexo es muy diverso y, en estos momentos, es difícil generalizar. Los lugares, los servicios, el régimen y las condiciones de trabajo, etc., varían y dependen, como en otras actividades, de la situación (de papeles, raza, lugar de origen, sexo, edad, situación familiar, etc.) de quienes lo realizan.

Otro hecho significativo es que las prostitutas españolas y de Europa Occidental en general están siendo sustituidas progresivamente por inmigrantes de países del Este, Latinoamérica y el Caribe, el Sudeste asiático y el África subsahariana. El trabajo sexual es una estrategia femenina de supervivencia indisociablemente unida a las migraciones actuales y a otras salidas que, como el matrimonio o el turismo sexual, dan forma a los nuevos *circuitos de la globalización*.[14] El trabajo sexual es un trabajo flexible que podría, en algunos casos puede, desarrollarse de un modo más autónomo, desregulado e intermitente. En este sentido, constituye una oportunidad para muchas personas que ven restringidas desde el Estado (leyes de extranjería) y desde el mercado laboral sus posibilidades para acceder a recursos e ingresos dignos. No obstante, esta misma condición flexible y alegal contribuye a profundizar, además del estigma, la precariedad que pesa sobre este trabajo.

Existe una interacción restrictiva entre las leyes de extranjería y el trabajo sexual que tiene el efecto de bloquear las posibilidades de regularización y favorecer aún más las extorsiones y presiones de todo tipo, incluidas las que atentan contra la libertad sexual y la libertad de movimientos, que pesan sobre las migrantes en el trabajo sexual.

Se ha incrementado la trata de personas para la actividad sexual, algo que sucede en contra de la voluntad de las mujeres, acudiendo a la extorsión y a la violencia y que, querámoslo o no, cohabita en muchos contextos con el libre ejercicio.[15] Es preciso, en este punto, afinar la distinción entre: (1) trabajo coaccionado (esclavo), (2) trabajo embridado por deudas (semiesclavo), (3) trabajo asalariado (sin deudas relacionadas con la migración) y (4) trabajo «autónomo» (sujeto en mayor medida a la propia organización de los tiempos, actividades, espacios, etc.). Somos conscientes de que estas categorías o regímenes precisan de un desarrollo que, a su vez, resulta tremendamente controvertido.[16]

Otro elemento importante es la incipiente organización de las prostitutas en España, derivada del hecho de que muchas de ellas, latinoamericanas, proceden de países en los que existen sindicatos de las trabajadoras del amor, como allí se denominan. Se ha producido, asimismo, una incipiente organización de los propietarios de locales, movida seguramente por el descenso de sus beneficios ante la competencia de la calle.

13 Colectivo IOE, *Mujer, inmigración y trabajo*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid, 2001; Proyecto Cles, *Barcelona, París, Turín. Intervenciones sobre la prostitución extracomunitaria*, Torino, Edizioni Formazione 80, 2002; Agustin, L. «Trabajar en la industria del sexo», en http://www.nodo50.org/mujeresred/laura_agustin-1.html y «*Cruzafronteras* atrevidas: otra visión de las mujeres migrantes», en Martín, M., Miranda, M.J. y Vega, C. Delitos y fronteras. Mujeres extranjeras en prisión, Madrid, Ediciones Complutense (en imprenta).

14 Sassen, S., *Contrageografías de la globalización*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2003 y Gregorio, C. y Agrela, B (eds.), *Mujeres de un solo mundo: globalización y multiculturalismo*, Granada, Universidad de Granada, 2002.

15 «Pero, a no ser que consideremos mafiosos a banqueros, patronos, mercaderes y tanta gente que se aprovecha de las necesidades de las personas para acumular dinero, es conveniente distinguir entre lo que son las redes que posibilitan la entrada ilegal de emigrantes de lo que son las mafias. El término mafia se refiere a aquellas estructuras organizadas que extorsionan a las personas, mediante chantaje, coacción y violencia, para obligarles a hacer algo en contra de su voluntad. Y esto, aunque se da en algunos casos, no puede hacerse extensible a la forma como mayoritariamente entran los inmigrantes en nuestro país», Miranda, M.J., *Las prostitutas: una voz propia, op. cit.*. En cuanto a la actividad, nos remitimos al siguiente fragmento: «"Las cosas han cambiando mucho", me asegura. "Ahora no hay más que delincuencia. Antes se pagaba entre siete y ocho mil en cama. Ahora

2.3. De salidas y derivas

Con algunas de estas reflexiones y transformaciones en mente, iniciamos nuestro acercamiento al trabajo sexual. Nos sumamos durante el verano de 2003 a las salidas de Hetaira por la Casa de Campo y la zona centro,[17] apoyamos alguna de sus movilizaciones e ideamos una serie de entrevistas y una primera deriva, realizada a primeros de noviembre, que nos ayudaran a abrir el campo del trabajo sexual (telefonía erótica, *peep shows*, casas de citas, etc.) y fueran una modesta contribución a la labor que Hetaira realiza desde hace años en relación con la prostitución de calle.

Con respecto a estas salidas hay que decir que tienen lugar en un momento especialmente difícil, alentado por las protestas vecinales, por el clima securitario que anima la actuación de los responsables políticos y de la policía, y por el sensacionalismo (sexo, mafias y extranjería, ¿qué más se puede pedir?) promovido por la prensa en los últimos tiempos.[18] Los relatos de las salidas ponen de manifiesto la complejidad de la prostitución de calle, además de nuestros descoloques y fantasías (demasiado lúgubres o exóticas, demasiado ingenuas o voluntaristas, demasiado correctas e inútiles), teñidas, en cualquier caso, por los imaginarios del placer y del peligro.

La prostitución de calle se complica. La organización del trabajo está sometida a las presiones de mafiosos, mirones, clientes, policías, vecinos y proxenetas.[19] Los precios están bajando y se diferencian en función de la raza, la edad y los papeles. Las que hacen la calle representan el escalafón más bajo y, en muchos casos, el más dependiente, sometido y perseguido.

La prostitución, como el trabajo doméstico, no hace sino poner de manifiesto las escalas sexuales y raciales que existen en un momento dado. Pero ¿cómo funcionan estos mecanismos? ¿Por qué las subsaharianas son «más baratas»? ¿Por qué está bajando el precio del servicio en la calle? ¿Por qué sube la demanda y los precios de las españolas? ¿Por qué no se van todas a las casas de citas? Para responder a estas preguntas tendríamos que referirnos a fenómenos tan dispares y de escalas tan distintas como la nueva división internacional y sexual del trabajo, la ley de extranjería y las políticas de control de los movimientos migratorios (y callejeros), la erotización de la jerarquía, el racismo y los complejos mecanismos que se desatan cuando el sexo se vende como servicio. Este análisis de encrucijada cuesta, pero pensamos que ahora, más que nunca, resulta imprescindible.

Uno de los elementos del placer, sostiene una compañera, es sentirse deseado, esto desaparece cuando compramos el sexo, pero puede ser sustituido, si podemos imaginar que la prostituta de algún modo elige y nos elige, que lo hace «porque quiere», no porque «no tiene más remedio», que existe, de hecho, un afecto.[20] Cuando se dispara todo este batiburrillo, nos vuelve a asaltar la posibilidad de pensar el sexo y las prácticas de sexo en una dimensión histórica; como lo hace Foucault y las feministas que tanto nos inspiran, es decir, como producción (y no como mera dominación), lugar de regulación y de gobierno. Entonces pensamos cómo se ha transformado la sexualidad en relación con la feminidad y la masculinidad, cómo se están especializando y sofisticando los servicios del sexo y cómo todo esto va unido a la invención de derechos en un contexto general dominado por la desarticulación y en otro particular, el del trabajo sexual, caracterizado por el desequilibrio y el estigma.[21]

---

estas niñas (hace un gesto señalando a las ecuatorianas y rumanas que están en la acera de enfrente) no cobran más de quince euros. Así no puede ser." Sin embargo, le molesta mucho que se hable de mafias. "Aquí no hay mafias. Hay delincuentuchos, que andan por aquí. Pero no hay mafias, ni de rumanas, ni de rusas, ni de nada. Y si queréis ver bien qué es lo que hay, estaos aquí, pero en distintas horas, no en un ratito, para que veáis lo que va y lo que viene."Estas mujeres, me dice señalando a las rumanas, no están utilizadas por ninguna mafia. Tienen sus chulos, como todas." "Tienen sus 'maridos'", añade M». (notas de una salida con Hetaira, II).

16 Sobre esto, véase por ejemplo, el último trabajo audiovisual de Ursula Bieman, *Remote Sensing*, en el que se establece un vínculo en ocasiones difuso entre las estrategias de migración, las políticas de extranjería, las condicionantes del mercado y las organizaciones mafiosas: http://geobodies.org/video/sensing/sensing.html.

17 Hetaira cuenta con una unidad móvil que es una vía para establecer una red de contactos en la que se compagina apoyo, asistencia, sociabilidad y agitación. Desde esta unidad se contacta con las mujeres, se disemina información y recursos, se visibiliza un punto de referencia para afrontar dificultades o promover reivindicaciones de forma colectiva, etc. Las ventajas de esta práctica organizativa son evidentes cuando las condiciones de vida y trabajo resultan extremadamente inestables y cuando las mujeres se ubican en diferentes áreas de la ciudad. En realidad, las conexiones están ahí, existen como un producto del propio trabajo en la calle; pero, como sucede con otros sectores, no son suficientes,

En nuestra perspectiva feminista, el ejercicio de la prostitución reproduce una teatralización del poder; el hombre negocia y compra el derecho de acceso al cuerpo de la mujer y… a algo más, algo que no se puede separar de lo primero: una *performance* de sexo con amor, una sexualidad normalizada o aberrante, igualitaria o jerarquizada, voluntaria o forzada, la compensación de un déficit de sexo o afecto, una compañera, una madre, etc. Se pueden comprar muchos tipos de *performance*, no hay más que ver los anuncios del periódico. Las putas siempre han hablado de la chapa que les pegan sus clientes, de su papel de terapeutas o sujetos deseados, desmitificando así la generalización de la violencia y el desprecio como pauta del servicio sexual. Fantasías de dominio, de guerra, de inversión del poder, de secreto y desvelamiento…Como decía un cliente por la tele: «nadie da tanto por tan poco». El trabajo sexual, decíamos antes, es un lugar estratégico para revelar la sexualidad (la normal y la desviada) en un periodo histórico determinado, así como el modo en el que está vinculada con otras dimensiones de la identidad social. Las putas y las trabajadoras del sexo en general ponen de manifiesto las actuaciones de género y las fronteras del ser mujer.

Por lo que han contado algunas compañeras del sector, la estratificación depende en gran medida del efecto de realidad o verosimilitud de la ficción, es decir, de lo que se acerque a un encuentro sexual no mercantil. A algunos hombres les gusta pensar que la trabajadora no trabaja, que está en ello y se entrega en cuerpo y alma, como si dijéramos. La ficción del piso de estudiantes para publicitar las casas de citas, la mujer independiente o la azafata que recibe o acompaña a caballeros en la prostitución de alto nivel, los migrantes que quieren estar con españolas, el anonimato de los pisos o el *party line* en la telefonía erótica son manifestaciones de esta ficción de igualdad, de normalidad si se quiere. Ser de raza blanca es otro indicador de igualdad alejado del orientalismo que prometen las mujeres de otros colores y procedencias o del horizonte de pobreza y extranjería que puede llegar a intuirse en el caso de las mujeres inmigrantes. El cybersexo es un fenómeno interesante en este sentido, sobre todo por la dislocación de la identidad que posibilita la red y otros interfaces como el teléfono.[22] La oportunidad de disfrazar el sexo por dinero a través de mensajes telefónicos registrados en un contestador contribuye a desmaterializar el intercambio y a asegurar una representación menos carnal, pero de una exterioridad más abierta a la simulación. Pero entonces, ¿qué significa todo esto?

Esto es precisamente lo que nos gustaría seguir explorando. En cualquier caso, no sabemos si esta tendencia a la «disolución» de los trazos de asimetría (de sexo, origen social, raza, procedencia, edad, estándares corporales e identidad sexual) es dominante. Evidentemente, convive con otras que valorizan las fantasías de dominación y sumisión o se inspiran en jerarquías de sexo, raza y procedencia.

Lo que sí resulta evidente es que estas fantasías (ya sean de igualdad o dominación/sumisión) se producen en el contexto de un sistema social jerarquizado de acuerdo con distintos ejes. La estratificación resultante abarca (1) el régimen de trabajo (coaccionado, embridado, asalariado sin deudas y autónomo); (2) la movilidad social, laboral y geográfica; (3) el grado de exposición del cuerpo (directo en la prostitución, semidirecto en el masaje o indirecto en el *peep show* o en la telefonía), y (3) la organización del trabajo (empresa flexible y en red como en los *chats* o en las casas de citas, familiar como en algunos burdeles, autónoma como las prostitutas por cuenta propia,

---

puesto que conviven con la competencia y, aquí más que en ningún otro lado, con el estatuto alegal de la prostitución de calle, con la desconfianza y con el acoso ejercido por la policía y por extorsionadores varios.

18 Dada la situación en la Casa de Campo y la zona centro, Hetaira ha solicitado en repetidas ocasiones del Ayuntamiento que convoque un *Foro para la Prostitución*.

19 «Y entre las dos comienzan a contar y contar, a mucha más velocidad de lo que mi cabeza es capaz de procesar: que no hay casi ninguna puta independiente, que casi todas, también las españolas, tienen chulos y las rumanas están metidas en mafias rusas y bosniokosovares y ucranianas que tienen proxenetas mujeres (que estás con ellas en la casa de campo y las vigilan y las controlan y les pegan y maltratan si hace falta). Parece que se les exige que hagan un dinero al día impresionante, un dinero que «no se hace en la casa de campo» dice E. Y ayer pegaron a una chica, a una que siempre la están maltratando, siempre le obligan a estar al sol y ayer la pegaron le empezaron a pinchar con un palo y todo en el vientre. Hoy no ha venido a trabajar S. Intentó intervenir en la paliza ayudar a la chica y la amenazaron con cortarle las piernas por meterse donde no la llaman, pero ella no tiene miedo, dice y llamó a la policía, pues que no se peguen delante de ella al menos. E. sí tiene miedo, cuenta como las mafias han matado a bocajarro a un policía nacional y si le hacen eso a un policía qué no les pueden hacer a ellas […] Nos lo cuenta en un caudal de palabras imparable acompañado de mil gestos, le va en ello el cuerpo el alma y todo. Habla de cómo ya no hay relaciones limpias, de que las rumanas no exigen los condones, pero bueno que pasa el otro día un

mafiosa, etc.). Si cruzamos todas estas categorías de posición y régimen tendremos un mapa de ejes bastante complejo.

Este mapa en curso empieza a mostrar algunas singularidades y lugares comunes. Muestra, por ejemplo, la similitud entre ciertas formas de trabajo sexual y otras en el campo de las comunicaciones, del comercio (en las grandes cadenas o el pequeño comercio) o en el servicio doméstico (igualmente frágil en lo que respecta al estatus legal). Hablamos de empresas muy similares. Con sus instrumentos publicitarios, su sistema de *controllers*, su recepcionista en el papel de contactadora, supervisora, presentadora, diseminadora y contable, sus instalaciones descentralizadas, sus horarios flexibles, su inclinación a acaparar todo el tiempo de la vida de las trabajadoras (como sucede con las domésticas internas), etc. Aunque el estigma social sea compartido por todo el sector de la industria del sexo, también tiene algo que ver con la feminización de la actividad, la invisibilidad y la falta de estima, rasgos que el trabajo sexual comparte con otros trabajos de cuidado y atención.

Otra dimensión para los nombres comunes y las singularidades a potenciar es la identidad de las mujeres. Como ha sugerido Laura Agustín, muchas no se piensan como «prostitutas» o «trabajadoras del sexo», sino como migrantes de tal o cual lugar «que se dedican de forma temporal al trabajo sexual como medio para alcanzar cierto fin. Esto significa que están menos interesadas en cuestiones de identidad que en que se les permita seguir ganando dinero de la manera que quieran, sin que se las agreda o violente, por un lado, o sin que se las tenga lástima y se las someta a proyectos para "salvarlas", por otro».[23] Esta indefinición o ambigüedad profesional, que ya veíamos en las teleoperadoras, no es aquí el producto de la desregulación, sino la condición misma de un «oficio» que se confunde con la naturaleza misma de la mala mujer. A ella contribuye el carácter expansivo y diversificador de la propia industria (hoy resulta difícil distinguir algunos servicios eróticos de otras actividades «sensuales» dirigidas a fomentar la salud o de las que se desarrollan en el terreno del arte y/o del entretenimiento) y el flujo de entrada y salida de muchas mujeres, sobre todo migrantes, que hoy cuidan niños y mañana hacen una semana en la Casa de Campo.

Los apuntes, de momento, son muchos y dispersos. Los relatos e impresiones que hemos ido reuniendo recientemente sugieren más preguntas que respuestas. Hemos abierto bien los oídos durante las salidas, las entrevistas, en una primera deriva guiada por una compañera de la telefonía erótica y una recepcionista telefonista de una casa de citas; esperamos poder seguir abriéndolos en los próximos meses. En cualquier caso, esto nos parece un buen punto de arranque en un lugar que ya pensábamos sobredeterminado por el *impasse* en los debates feministas.

---

un cliente para un completo, casi se quita el condón a traición, pero que no todas somos iguales, dice, que pasa eso, no puede ser que se la chupen sin condón. Lo que termina de alterarla es el tema de la reunión con el alcalde. Ella se expresa con una claridad incomparable, tiene las cosas muy claras, lleva muchos años trabajando allí, pero es que se pondrá nerviosa y ya ha dado la cara otras veces y está harta de dar la cara sola y es que las putas todas tienen chulos o mafias y ella no quiere ir otra vez sola. No, pero bueno, están las demás de Montera, está C. que sí la conoce, bueno, se empieza a animar y dice que ella llevaría a Gallardón a dar una vuelta por la casa de campo y que viera lo que hay, ella le enseñaría, sí, cómo está lleno de mirones y entre los mirones […], algunos son chorizos y esperan a verte hacer algunos coches para luego merodear a tu lado sin perder tu bolso de vista. Y los policías que llegan patrullando y detienen los coches donde ellas trabajan impidiéndoles trabajar así. Y las mafias ucranianas, encima ahora se han puesto a robar los coches de lujo de los clientes cuando la chica termina su servicio […]. Y a las chicas rumanas las violan los de las mafias y los municipales y la policía también violan a los trans y a los travestis, y si no se dejan, amenazan con lo papeles o la detención […]. Sí, ella va a ir a la reunión, esperará ver lo que se dice, que hablen los demás, porque hay que oírlo todo para después hablar claro. Y entonces dirá que policía sí pero en moto, que dé seguridad pero sin molestar y es que ahora se venden los sitios en la casa de campo, se venden a algún chulo…» [Relato «Ver, recordar y cinco dedos», notas de una salida con Hetaira, I].

20 «En el banco de enfrente unas africanas están arreglándose. Se colocan unas a otras el tirante, se ajustan las minifaldas, y se maquillan durante largo rato. Un chico de unos veinte años pasea con su perro cerca de ellas. Al cabo de un rato se acerca y habla con una. Parece que se conocen. Charla también con el grupo, y después vuelve a hablar con la primera. Pasado un rato el chico se va como enfadado. Camina rápido y tira de su perro para marchar más deprisa. Se para un momento a hablar con el guarda jurado. La chica africana se acerca de nuevo. El chico se separa para hablar con ella. Al cabo de un rato se separa con violencia. "¡Das mucho por culo – eh morena! ¿No me hablas y ahora me pides fuego?" Ella se aleja y se sienta. Él se acerca de nuevo. Se agacha y se apoya sobre las rodillas de ella. Veo una historia que se ha repetido en estos días. La de un hombre, normalmente joven, que va buscando en realidad una pareja. La quiere hermosa, pero también la quiere disponible, a ser posible que no plantee muchos problemas. Lo que está claro es que la busca. Y se engancha con facilidad. Es la historia de aquel chico que se acercó a L., la albanesa, es la historia de este chico, y son las múltiples historias que me contaron aquella noche» [notas de una salida con Hetaira, II].

21 Todo esto está muy bien contado en «No hay polla que le calce» y otros relatos de campo por Montera y la Casa de Campo: http://www.sindominio.net/karakola/precarias.htm.

22 Esta perspectiva ha sido explorada por el ciberfeminismo y el posgénero; en relación con la telefonía erótica: http://www.echonyc.com/~women/Issue17/boon.html.

23 L. Agustín. «Cruzafronteras atrevidas», op. cit.


talleres_Precarias_a_la_deriva presenta:
Cuidados globalizados
(amas de casa, chachas, señoritas y cuidadoras en general)
>> dom 2 marzo 18h
Eskalera Karakola
[c/ Embajadores 40 <m> Lavapiés]

3. Amas de casa, chachas, señoritas y cuidadoras en general. El taller de cuidados globalizados

3.1. Hablamos de crisis

Las reflexiones de este taller se exponen en un texto incluido en este volumen, de modo que procuraremos que estas páginas sirvan a modo de invitación para situarnos en los orígenes del mismo y pensar a partir de una encrucijada: ¿crisis? ¿Conflicto? ¿Tránsito?

El Taller de Cuidados Globalizados se celebró a lo largo de tres sesiones en las que participaron mujeres que eran una mezcla de alguna de estas cosas: trabajadoras domésticas y cuidadoras, migrantes, estudiosas, activistas, abogadas, mediadoras sociales, etc. La primera sesión fue una suerte de acercamiento al panorama actual de los cuidados (transformaciones sociales, planteamientos feministas, papel de las migrantes y de las leyes de extranjería, legislación sobre trabajo doméstico, situación del mercado laboral), después nos pusimos a pensar en las «cuidadoras en pie de guerra», en las experiencias existentes y en otras posibles.

La discusión, como siempre, se lió de buena manera, porque es verdad que son demasiadas cosas: (1) la historia de la división sexual del trabajo y su configuración en el presente, (2) la feminización de las corrientes migratorias y el «trasvase de desigualdades», (3) el marco legal que fija el estatus del trabajo doméstico como subempleo y el de las mujeres como subalternas, (4) el contenido de este trabajo: sus pautas temporales, espaciales, subjetivas, etc. y (5) los frentes de lucha.

En cierto modo, nuestro interés por los cuidados globalizados es el mismo que anima toda la temática institucional de la «conciliación de la vida familiar y laboral», aunque parta de premisas distintas y conduzca a conclusiones diferentes.[24] De momento vamos a llamarle «crisis»:

> «[E]l esquema reproductivo mayoritario entra actualmente en conflicto, por un lado, con la presión que ejercen los modos de desregulación del empleo (masculino y femenino) y la carencia de servicios públicos y, por otro, con las expectativas que el acceso a la educación, al empleo más o menos estable, a la autodeterminación sexual y, en general, al feminismo como planteamiento sobre la liberación de las mujeres han generado a partir de la década de 1970».[25]

O:

> «Con la quiebra del modelo de familia fordista, en la que la infraestructura social doméstica y de cuidados se resolvía mediante la dedicación exclusiva de las mujeres a este trabajo gratuito, nos encontramos ante un nuevo escenario, que supone también la quiebra de la antigua estructura de cuidados en la que la reciprocidad diferida garantizaba que las personas que eran cuidadas en su infancia y en su juventud, serían en el futuro cuidadoras de sus mayores».[26]

---

24 Sobre conciliación: Consejo de la Mujer, *Conciliar la vida. Tiempo y servicios para la igualdad*, CAM, 2003; en particular, Tobio, E. «Conciliación o contradicción: cómo hacen las madres trabajadoras» y García C., «Organización del trabajo y autonomía personal. Apuntes para un debate sobre flexibilidad y conciliación» en este volumen.

25 Marugán B. y Vega, C. «Gobernar la violencia. Notas para un análisis de la rearticulación del patriarcado», *Política y Sociedad*, vol. 39, pp. 415-435, 2002.

26 del Río, S. y Pérez Orozco, A. «La economía desde el feminismo: trabajos y cuidados», *Rescoldos*, n. 7, 2002.

Pero, vayamos por partes. Por *esquema reproductivo* mayoritario entendemos la familia nuclear patriarcal con una fuerte división sexual del trabajo que determina la división entre lo público y lo privado, la producción y la reproducción; se trata indudablemente de una familia de clase media y blanca, legítima heredera de la familia burguesa del XIX, y extendida como modelo (ojo, no necesariamente como experiencia) a casi todas las demás capas sociales a lo largo de la primera mitad del siglo XX. Este esquema maximiza la reproducción, en el sentido de Bourdieu, biológica y social, tanto en lo que se refiere a la transmisión de la herencia, como en lo que respecta al cuidado de la descendencia en íntima colaboración con el Estado y al mantenimiento del orden moral. En la España franquista, este modelo tiene tintes especiales fuertemente marcados por un Estado del bienestar autoritario,[27] el predominio moral e institucional de la religión católica y la propaganda sobre el papel de las mujeres como «ángeles del hogar». La crisis de este modelo se inicia en el postfranquismo y se agudiza en las últimas décadas.[28] Crisis no significa aquí, que la división sexual no siga produciéndose, que con anterioridad las mujeres de clase baja no estuvieran sometidas a un esquema intensivo de trabajo fuera y dentro del hogar, o que este modelo se realice del mismo modo en distintos contextos (por ejemplo, en el ámbito rural), o que suceda lo mismo en todas partes y en las mismas fechas. Los matices son importantes y, sin embargo, nos parece pertinente hablar de un modelo hegemónico y aclarar que cuando hablamos de división sexual del trabajo no asumimos que las mujeres no trabajaran fuera de casa, pero sí que la reproducción deja de tener lugar mayoritariamente en el seno de la familia extensa y que, a partir del XVIII, en Europa se establecen una serie de servicios colectivos que, apoyándose en la familia y en las mujeres, están dirigidos a formar, pacificar e integrar a la población y a concitar los peligros que en aquel periodo, y en otros sucesivos, representaban las clases populares.[29] Ni que decir tiene que este esquema ha sido objeto de sucesivas crisis y readaptaciones; por ejemplo, tras las dos Guerras Mundiales.

Uno de los elementos de la crisis actual, la *desregulación*, atañe, por una parte, a la pérdida de empleos masculinos durante la década de 1980 y, por otra, a la creciente expansión, fragmentación y diversificación de los nichos de trabajo femenino, no ya en la administración o en la manufactura, sino en el sector servicios: limpiadoras, sirvientas, cuidadoras, camareras, dependientas, comerciales, teleoperadoras, esteticiens, trabajadoras del sexo, acompañantes, etc., un sector, para qué decirlo, cada vez más precario.

El segundo aspecto de esta crisis, la ausencia de servicios públicos, tiene que ver con el desarrollo del llamado Estado del bienestar «mediterráneo», que se llama mediterráneo por no llamarlo rudimentario o familiarista. Esto quiere decir que la reproducción está en manos de las mujeres, muchas veces en régimen de «doble jornada» y que sólo en ausencia de una mujer intervendrá el Estado. Los servicios son, especialmente en el campo de los cuidados, un complemento a la acción de las mujeres. Los hogares con recursos acudirán a la contratación de otra mujer, probablemente migrante, para externalizar parte del trabajo. Y aquí entran ya en juego otras dimensiones, como las regulaciones de extranjería: el hecho, por ejemplo, de que la extranjería se apoye en un fenómeno discriminatorio injustificable desde cualquier punto de vista eurobienpensante como es la preasignación por ley de determinados empleos (servicio doméstico) a determinados grupos de población (mujeres extranjeras) en función de su sexo y su condición de *alien*. De verdad que si tanta declaración no fuera más que papel mojado, esto sería un atentado contra los derechos humanos.

---

27 Sobre el Estado del Bienestar español: Giner, S. Y Sarasa, S. (eds.) *Buen gobierno y política social*, Barcelona, Ariel, 1997 y Adelantado, J. (coord.) *Cambios en el Estado del Bienestar. Políticas sociales y desigualdades en España*, Barcelona, Icaria, 2000. Para una visión general con cifras de los cambios en la familia: del Campo, S. Y Rodríguez-Brioso, M. «La gran transformación de la familia española durante la segunda mitad del siglo XX», *Reis*, 100, 2002, pp. 103-165.

28 Algunos datos comparados para el debate: (1) crece la longevidad de los europeos (la esperanza de vida es de 75 años para los hombres y 81,2 para las mujeres, 82,7 para las españolas); (2) desciende la tasa de natalidad, especialmente en España (aunque hay que señalar que ha aumentado ligeramente en los últimos dos años); (3) disminuyen los matrimonios (2,2 millones en 1980 y sólo 1,9 en 2000); (4) crecen los divorcios (de 0,5 a 0,7 millones para las mismas fechas); (5) aumenta la natalidad extramatrimonial (hace veinte años menos de uno de cada diez nacimientos era extramatrimonial, ahora lo son casi uno de cada tres, aunque las tasas más bajas se dan en España, el 14% frente al 27,2%), E. L. De Espinosa, «España y la población europea», *EL PAIS*, 6 de Diciembre de 2001.

29 Jaques Dozelot explica cómo se produce la crisis de la familia del Antiguo Régimen. La interrelación entre los poderes estatales y familiares cambia; la familia se organiza de un modo más flexible y se afirma en ella un sentido sobre la autonomía y la protección de sus miembros… (p. 51-96); *La policía de las familias*, Valencia, Pre-Textos, 1998.

El tercer elemento, la *generalización del feminismo*, forma parte del horizonte subjetivo de las españolas y constituye una herramienta popular y populista de la mayoría de los partidos y de algunas marcas. La aceptación de la autonomía de las mujeres como idea se ha diseminado e individualizado.[30] A pesar de lo cual, choca con los sentimientos de estrés y con la dificultad a la hora de plantearse la independencia (jóvenes en el hogar de los padres, casadas insatisfechas con sus parejas o mujeres a cargo de personas dependientes), la maternidad, la formación, la equidad en el reparto de tareas o la promoción. La autonomía, a pesar de sus efectos para la autoestima, acaba siendo poco más que un ideal al que apenas se puede tender, algo para las «superwomans», algo que puede llegar a agobiar en la medida en que no se alcanza. A estos aspectos hay que añadir otro factor clave: el *envejecimiento de la población,*[31] que, junto al descenso de la tasa de natalidad, está provocando una situación de incertidumbre y, como dicen y hacen los medios, de alarma social que en los próximos años puede modificar o al menos matizar los discursos criminalizadores sobre la extranjería en beneficio de otros que hagan más hincapié en el carácter beneficioso de los migrantes como fuerza de trabajo y, lo que es más peligroso aún, como fuerza procreadora necesaria en su justa proporción. Probablemente, asistiremos a una combinación de ambas orientaciones.

Todos estos elementos forman parte de nuestros debates, pero además, en los últimos meses, algo ha cambiado en nosotras. Será que nos estamos haciendo mayores o que ponernos a hablar sobre estas cosas del cuidado en primera persona nos sitúa ante la perspectiva de que también nosotras seremos cuidadoras y eventualmente cuidadas. ¿O no? Algunas ya cuidamos en distinto grado a otras personas con las que convivimos, a nosotras mismas y, de un modo aún laxo, a otras personas de nuestra familia. Casi ninguna tenemos críos ni pensamos o podemos tenerlos. Alguna los tiene al otro lado del charco y gestiona uno de sus hogares en la distancia con toda la incertidumbre que esto representa. Pero, a ver, ¿qué opciones tenemos? A muchas nos horripila el tener que vivir con nuestros familiares, incluso la perspectiva de tener que cuidarlos; ya vemos cómo lo hacen nuestras mayores. Rehuimos el chantaje afectivo y afirmamos nuestro deseo de mantener relaciones libres, es decir, basadas en el afecto. Sin embargo, estas mismas relaciones (más inseguras en la medida en que no producen garantías o están sujetas a contratos formales) no incluyen marcos (recursos, espacios y vínculos) para el cuidado. Vale, no nos hemos casado o hemos constituido otro tipo de unidades de convivencia, pero… ¿cómo será la necesidad del cuidado en estos entornos? ¿Volveremos a la familia? ¿A qué familia, cuando nosotras figuramos entre las mujeres más jóvenes de la misma? ¿A la pareja quién la tenga? ¿Tendremos pareja? Hablar en primera persona y juntas tiene sus riesgos. También nosotras volvemos la mirada hacia la familia, cuando ésta no nos agarra de la barbilla y nos voltea la cara, y nos cuesta pensar en las otras como cuidadoras y en las escasas instituciones que generamos como facilitadoras del cuidado; al loro, el *hardcore* del cuidado no es tomarse un té con pastas en una tarde de depresión.

3.2. Testimonios desde la orilla

Mientras comenzamos a hablar de estas cuestiones, nos enfrentamos a la situación de algunas compañeras migrantes en el servicio doméstico y en los cuidados. En «Primeros balbuceos del Laboratorio de trabajadoras», nos referimos a la transferencia de parte del trabajo reproductivo a

30 Vega, C. «Interroger le féminisme: action, violence, et gouvernementalité», *Multitudes. Féminismes, Queer, Multitudes*, Exils, Paris, 2003. En http://www.sindominio.net/karakola/textos.

31 Actualmente, en España, unos 7 millones de personas (17,1% de la población) tienen más de 65 años y, según los escenarios de proyección elaborados por el INE, podrían llegar a ser 9,4 millones (21,7%) en 1025 y 12,8 millones (31%) en 1050.

las migrantes. Esto tiene distintas consecuencias y parte de un mismo problema: el trabajo reproductivo no se ha repartido y las condiciones de los empleos hacen más difícil la labor de las mujeres autóctonas. Que los hogares no tengan «esposa» no significa que las cosas no tengan que hacerse; es más, se dice que en los hogares modernos y a pesar o, en algunos casos, precisamente por todos los avances tecnológicos, la carga de trabajo es mayor. Aunque los ingresos no sean a menudo especialmente elevados, muchas parejas heterosexuales, y homosexuales imaginamos, evitan el conflicto: se contrata a alguien (por horas) y *en paz*. Si, además, hay criaturas y dos salarios, aunque sean flexibles y/o precarios, la solución, además de la abuela, está cantada. Esto origina una «demanda», un nicho para el empleo femenino precario que encaja perfectamente con una «oferta»: la de mujeres migrantes que buscan alternativas laborales y/o vitales en los centros del capitalismo global y que no pueden optar por otros empleos.[32] Ya tenemos el *pull* y el *push*. Y, desde nuestro punto de vista, hay que insistir en el *pull* (la estructura del mercado laboral español con la explosión del trabajo sumergido, del subempleo y del desempleo), sobre todo ahora que el empobrecimiento en el Tercer Mundo se contempla, bajo el prisma neoliberal, como incapacidad para el desarrollo y como algo que hay que solucionar donde corresponde.

La capacidad adquisitiva de los hogares de clase media ha bajado y, con ella, los salarios de las trabajadoras por horas o externas: las que recogen al niño del colegio, cuidan del bebé, limpian y cocinan, hacen la casa, la oficina o el portal, pasean con la abuela o hacen de *baby sitting*. Quienes tienen más recursos o quieren servicios especializados (familias de clase alta, empresas, instituciones) se aprovechan de las condiciones generales de un sector prácticamente al margen de la legalidad o, lo que es peor, con una legalidad que ampara el abuso. La demanda de internas y externas, según muestra L. Oso, depende de si la familia tiene hijos pequeños; para los sectores de clase media, la interna cuesta casi lo mismo y hacen mucho más; los hogares unifamiliares de las áreas residenciales de las grandes ciudades tienen espacio suficiente para albergar a una interna; así los han diseñado los arquitectos. Las parejas profesionales sin hijos, en aras de la intimidad y la paz afectiva, optarán por la asistenta.[33]

> *«[L]os trabajos que más salían eran de interna, más cuidando niños, con cuatro, cinco niños en unas condiciones tremendas. Lo que más sale es trabajo de internas, claro, porque imagínate que están solicitando externas, solicitan externas y les pagan 80.000 pesetas, por ejemplo y de interna pagan 90.000 y tienes una esclava ahí, porque claro, el trabajo de interna en la mayoría, no sé si hay excepciones, porque no se puede generalizar todo, pero en la mayoría de los casos se creen que son dueñas de la persona que está interna. Quien te contrata piensa que te está pagando bien, te está dando casa, te está dando comida y un trato familiar, usando uniformes, tratándote como muy inferior… Entonces ven el caso: ¿qué me compensa, tener una persona externa o tenerla interna? Tener una persona interna. Entonces ya el trabajo de externa se reduce totalmente y casi no hay trabajo de externa. Son poquísimos, son unas condiciones de que hay gente que dice: yo no quiero tener a una persona, porque no me apetece, no tengo la libertad, pero por esas condiciones, no porque las condiciones de explotarla, que digan: no puedo hacerlo, sino porque las condiciones personales, de intimidad y eso no les permiten hacerlo, no tienen el espacio para tener una persona interna. Pero por lo general ahorita, es el trabajo interna lo que hay, sea de personas mayores o de niños.»* [trabajadora doméstica, Taller de cuidados globalizados I]

---

32 Esto ha sido ampliamente analizado en la literatura a partir de la interacción entre la estructura del mercado laboral en España y las leyes de extranjería. Por ejemplo en Gil, S. «Políticas públicas como tecnologías de gobierno. Las políticas de inmigrantes y las figuras de la inmigración» en Aguirre, M. y Clavijo, C. (eds.), *Políticas públicas y Estado de bienestar en España: las migraciones. Informe 2002*, FUHEM, Madrid, 2002. Tal y como explica S. Parella Rubio, «[E]l propio "marco institucional" no sólo delimita legalmente la denominada "etnoestratificación"', sino que, además, es copartícipe en la configuración de un mercado de trabajo sexuado para la fuerza de trabajo inmigrante, relegando a las mujeres a las actividades típicamente "femeninas" más proclives a la invisibilidad y a la explotación. Esta situación repercute claramente en la composición de los flujos migratorios y en las estrategias migratorias, ejerciendo un efecto de atracción (*pull*) que sirve de estímulo para que las mujeres migrantes sean pioneras de la cadena migratoria, a sabiendas de que la política migratoria española les ofrece mayores posibilidades que a los hombres para regularizar su situación jurídica» (p. 286), «El trasvase de desigualdades de clase y étnicas entre mujeres: los servicios de proximidad», *Papers*, nº 60, 2000.

33 C. Catarino y L. Oso, «La inmigración femenina en Madrid y Lisboa: hacia una etnización del servicio doméstico y de las empresas de limpieza», *Papers* 60, 2000.

Este nicho, especialmente en el caso de las trabajadoras por horas, españolas sobre todo, pero también extranjeras con permiso de trabajo, ha sido claramente percibido por las empresas de servicios. Muchas trabajadoras, ante lo frágil e imprevisible de su situación, optan por vender parte de su salario a estas compañías en expansión.

Se trata, indudablemente, de una situación complicada, como nos contaron algunas mujeres durante las sesiones del taller:

> *«[E]l otro día una compañera de mi curro, bueno yo trabajo en un sitio que, bueno, pues de gente trabajadora, que ha tenido una época de salarios medianamente decentes y un estatus como, en fin, de clase media fundamentalmente, entonces, claro, ella es una mujer que tiene dos hijos su marido que trabaja en una empresa viajando, los hijos con catorce y dieciocho que la traen loca, y ahora su madre que está sola y se ha caído el otro día, pues ya no la puede dejar sola. Mujer que se quedó viuda y por eso ha tenido una autonomía muy alta desde que era muy joven... entonces me decía mi amiga, "claro es que no sé que hacer..." y yo le digo, "es que esto es espantoso, esto no hay quien lo viva". Entonces se plantea tomarse vacaciones para estar con su madre en julio y su madre con su otra hermana en agosto, pero claro, eso es como que explota, ¿no? Entonces se plantea la cuestión de la teleasistencia. La teleasistencia no mola porque ella dice, es que a mi madre lo que le hace falta es compañía. Es decir que no solamente el problema es cuidar a una persona mayor que en un momento determinado le pueda pasar algo y venga un señor del Samur, sino que lo que se está sufriendo y lo que en cierta medida se busca es compañía y afecto. Entonces, ella se plantea el problema, y hará una contratación donde se paga un salario de mierda, o sea que eso es así, pero que hay un sector de personas trabajadoras que se encuentran con ese cruce cuando los hijos todavía no son mayores, los padres que ya son mayores, y ellas en medio con hombres que no colaboran, y yo veo que aunque colaborasen, la presión que hay en el mercado laboral es de tal envergadura que tampoco solucionaría el problema, entonces, cuando no hay una resolución colectiva de "vamos a hacer esto para no sé qué", entonces como cada quien se busca la vida como puede, una de las alternativas es la contratación de otra mujer»* [activista del Movimiento Feminista, madre trabajadora, Taller de Cuidados Globalizados III]

A esto hay que añadir una cuestión central que ya señalábamos en nuestros «Primeros balbuceos del Laboratorio de trabajadoras» y que se entremezcla en todos y cada uno de los aspectos que hemos recorrido más arriba y que seguiremos recorriendo a lo largo de este libro: el *afecto*. La literatura sobre las «cadenas mundiales de afecto», a las que nos referiremos más adelante, reconstruyen los lazos del cuidado, en los que participan las familiares y personas cuidadas en el país de origen, las familias para las que ahora se trabaja y las relaciones afectivas que se establecen en el lugar en el que se habita. No se trata exactamente de un corrimiento (las que son madres siguen actuando de madres aunque de otro modo, siguen siendo licenciadas aunque ejerzan de domésticas) sino, más bien, de una reordenación o renegociación de los papeles y, en este sentido, de las identidades.[34] Algo que ha sucedido y sucede en el contexto español con las abuelas cuidadoras, de las que poco se habla.

Todas las cuestiones que se derivan de este reajuste global nos interesan. No desde la perspectiva del enfrentamiento entre mujeres o desde la culpabilización (la liberación de unas a costa de la opresión de otras), como se entrevé en algunos enunciados feministas que han interpretado la crítica postcolonial como una entonación del *mea culpa* que acaba por apelar a la buena voluntad individual. O,

34 L. Agustín lamenta que esta perspectiva no sea desarrollada al hablar de trabajo sexual, en su artículo «cruzafronteras», op. cit.

a la inversa, como motores de la ansiedad y la venganza de las legítimas cuidadoras descuidadas frente a las extranjeras sádicas (véase el reciente escándalo que ha montado la prensa sobre el maltrato de una interna *ecuatoriana* a unos rubios mellizos de madre blanca ausente). Nos interesan, más bien, como dinámica que contribuye a la reconfiguración de los hogares, las familias, el sentido de la intimidad y de lo privado y los modos de amar, cuidar y gestionar los afectos. Nos interesan también en su trabazón con la sexualidad, con un continuo afectivo que siempre ha estado presente y que distribuye funciones de esposa, amante, cuidadora, servidora sexual, compañera, madre, esposa contratada, etc. Nos interesa, en definitiva, porque la capacidad para plantear negociación y conflicto por parte de los sectores femeninos más vulnerables y la capacidad para trazar alianzas es lo que asegurará mejores condiciones para todas. Se trata de desterrar definitivamente del imaginario la idea de la competencia leal o desleal, las cláusulas de prioridad nacional como una excusa para fomentar la precarización y la etnización y la diferencia sexual como un argumento para una «especialización» a la baja. El capital fragmenta lo social para restar valor, nosotras agregamos para elevarlo y desplazarlo hacia otros lugares. Indudablemente nos hallamos en un campo de fuerzas, de creación simbólica y prácticas de vida en el que es preciso intervenir. Al fin y al cabo, de uno u otro modo, estamos hablando del cotidiano de todas nosotras.

3.3. Guerras cotidianas

En cuanto a la estrategia, ¿qué decir? Hemos discutido por aquí y por allá largo y tendido. En realidad, tal y como afirma una compañera de la Asamblea Feminista de Madrid, llevamos ya tiempo dando vueltas a esto de poner la vida, la sostenibilidad de la vida, en el centro, aunque no logramos dar con las respuestas o, más bien, con las formas de poner en lo público este conflicto soterrado.[35] Igual nos vamos acercando. Cuantificar, valorizar, visibilizar, retirar, mercantilizar, abolir, industrializar, compartir, salarizar en la economía social, conciliar, pugnar por un salario doméstico, social…

El escenario que vamos esbozando se aparta evidentemente del que plantean las políticas conciliadoras que ven en el feminismo institucional y en las medidas diseñadas a tal efecto una herramienta inscrita en un relato progresivo de liberación de la mujer. Nuestro análisis es otro. Es primeramente global, en el sentido de contemplar la realidad de las mujeres (amas de casa, espo-

35 Para algunas aportaciones a estos debates en el Movimiento Feminista en el Estado Español, véase el material de las Jornadas Feministas de Córdoba, recogido en *Jornadas Feminismo. Es... y será: ponencias, mesas redondas y exposiciones*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2001.



sas, desde las dos orillas, asalariadas y no, en matrimonios y fuera de ellos, legales o ilegalizadas, en uniones homologadas/ables y en otras, etc.), de las más posibles, en conjunto y en sus interrelaciones, por todo lo ambiguas y conflictivas que éstas puedan ser. De nada nos sirve hablar de conciliación o incluso de valorización si no hablamos de distribución, de reparto, o mejor, de cooperación y de conciliación para todas y en condiciones justas. De nada, si cuando hablamos del hogar, no hablamos de la precarización de la existencia y del empleo y a la inversa. Como se ha señalado desde las posturas críticas, el debate sobre la conciliación en el empleo y en los hogares parte de premisas inadecuadas (son las mujeres quienes tienen que conciliar), además de evitar cuestiones cruciales (como la del trabajo migrante, la de las formas jurídicas de las uniones y la ciudadanía o la de las condiciones en el empleo precario y femenino) o reconducir los conflictos hacia posiciones de pacificación y justificación de las desigualdades.

La situación de los servicios sociales y su privatización progresiva, tal y como se explica en una entrevista incluida en este libro, no sólo no augura bonanzas, sino graves retrocesos. El reparto se ha producido en una escala muy limitada y con muchas dificultades, dadas las resistencias de los hombres, la falta de recursos y la flexibilización en el empleo. Las mujeres que trabajan en el sector doméstico y de cuidados no han asistido a la reforma de una legislación cuasi-feudal,[36] han visto, en cambio, cómo empeoraban sus condiciones de vida con la irrupción de las empresas de servicios, las políticas de extranjería y la dificultad tradicional de forzar la capacidad de negociación colectiva en estos sectores.

La estrategia de visibilizar, valorizar y hasta cuantificar[37] es imprescindible y a ella hay que incorporar el análisis del trabajo precario y la migración, ya que hasta hace no mucho ésta se fundaba sobre un modelo de mujer, hogar y empleo «típicos» y autóctonos. Además, no siempre van acompañadas de reflexiones que favorezcan una politización de nuestras vidas que articule conocimiento, cambio y conflicto colectivos. La llamada economía social (el tercer sector), en ocasiones, se acopla perversamente con las oportunidades de acumulación que ofrecen los ya no tan «nuevos yacimientos de empleo» y las recientes formas de subcontratación, y esto se acentúa aún más en el caso de las mujeres. El salario social, del que ya hablamos en las jornadas feministas estatales de Córdoba en 2000 y en otros encuentros, es una oportunidad para reencuadrar los debates sobre el trabajo y la vida, sin embargo, puede dejar indemne e igualmente invisible la cuestión del valor, del salario y las condiciones (que viven las empleadas de hogar) y las pautas de cooperación (que vivimos todas en nuestros hogares).

36 Sobre legislación en el contexto europeo y otras cuestiones relacionadas con el sector doméstico: H. Lutz, «At your service Madame! Domestic Servants, Past and Present. Gender, Class, Ethnicity and Profession», http://www.vifu.de/new/areas/migration/projects/lutz.html También pueden consultarse los artículos publicados en los dos volúmenes de la International Women's University (IFU): VVAA, *Crossing Borders and Shifting Boundaries. Gender on the Move* y *Gender, Identities and Networks,* Leske + Budrich, Opladen, 2002.

37 En esta línea se sitúan aportaciones tan importantes como las de Cristina Carrasco, Soledad Murillo o Arantxa Rodríguez, entre otras. Recientemente en las Jornadas «Cuidar cuesta: costes y beneficios del cuidado», 2003, http://www.sare-emakunde.com



Por otro lado, hablar de afecto implica superar necesariamente el marco del empleo e incluso del trabajo e introducirse de forma especial en el ámbito de la relación, algo indisociable en cualquier actividad pero esencial en la que nos ocupa. Somos cuidadoras, todas y algunos todos, pero además necesitamos que nos cuiden, nos gusta y tenemos derecho a ello. Pero el afecto que buscamos no debería ser de mínimos, de obligación o culpa, de dependencia, sino que tiene que ser un afecto libre, aunque (hoy por hoy) pueda estar vinculado a un salario y, para que sea libre, tiene que ser justo. El afecto, bien lo sabemos, no es la panacea, por eso no basta hablar de él sin nombres ni apellidos. El amor tiene cualidades y es parte de relaciones sociales que hay que construir y deconstruir: amor, servicio, trabajo, solidaridad, etc. De modo que las luchas que estén relacionadas con los afectos, como lo son la mayoría de las que se libran en el terreno de la salud y la educación, no serán estrictamente laborales, sino ciudadanas a la par que personales. Serán luchas en contra de las guerras cotidianas. Y el reto al que nos enfrentamos en estos talleres es justamente ése: transformar el cuidado en una reivindicación social que modifique los afectos y los convierta en un bien común y abundante. Algo que ha sido un desafío constante para el feminismo y que la ofensiva neoliberal de las últimas décadas ha convertido en una urgencia.

Las luchas de las cuidadoras (de las amas de casa en los países empobrecidos, de las migrantes empleadas de hogar, de las trabajadoras sociales, de las limpiadoras …) están en ciernes y algunas experiencias apuntan a un futuro de agregación que pudiera hacer estallar la atomización y precarización que se da en los servicios personales, la degradación de los públicos y las angustias y malabarismos de las componendas familiares.[38] Las luchas de las personas (des)cuidadas, relevantes en otros países del Tercer Mundo, no así en Europa, a excepción quizás de Francia, son la otra cara de los mismos problemas: recursos, calidad y cooperación. En este sentido, los conflictos migrantes y los que giran en torno a los cuidados, que se dirimen en el plano laboral, pero, sobre todo, en el ciudadano y en el del imaginario y las formas de vida, precisan de un mayor grado de elaboración y confluencia.

38 Algunas referencias sobre las reivindicaciones migrantes en el terreno doméstico son: http://www.solidar.org, http://www.kalayaan.org, http://www.cfmw.org. También habría que destacar aquí las luchas por la supervivencia de las mujeres en América Latina o luchas ciudadanas emergentes que tematizan cuestiones de recursos y cuidados como las del movimiento de las mujeres de la periferia en Francia bajo el lema «Ni putes ni soumises» o las de la red de mujeres migrantes y autóctonas en Italia «Punto di partenza».

4. «El impulso creativo». Deriva por la producción mediática

4.1. Hacer *LOGO*

En abril de 2003 derivamos por los circuitos de la precariedad mediática. Medios: diseño gráfico, empleos ligados a la producción mediática y cultural, trabajillos en la industria del espectáculo, personal llamado «creativo», en publicidad, diseño corporativo, promoción y campañas de marca… sí, sí, elaboración del LOGO. Trabajo sobre el código: traducción, idiomas, corrección de pruebas y edición, investigación, consultoría desde el ordenata de casa, *free-lance* en medios, artistas sin ringo rango, asidua a los *castings* en condición de intermitente del espectáculo, etc. Palabras clave: creatividad, vocación, conectividad, autonomía, flexibilidad, mérito, prueba, realización, profesionalidad, movilidad, (auto)formación, estrés, horario «libre», proyecto… Algunos hablan raro y dicen «tener unos temas sobre la mesa» o «monitoreado» o «píldoras culturales» y otras

cosas por el estilo. Si os fijáis, las personas que trabajan en la producción «creativa» no son teleoperadoras ni *chainworkers*, sin embargo, en ocasiones, las tareas de comunicación, control de los flujos semióticos y gestión se solapan y lo único que queda son los rastros, simbólicamente poderosos, de un cierto prestigio y de una cierta satisfacción que proporciona la creación, si no «de autor», sí al menos de «colaboradora», eso sí, eventual.[39]

Así pues, establecemos una línea de continuidad entre nuestra primera deriva con las traductoras y profesoras de idiomas y esta nueva deriva con trabajadoras de la comunicación, en concreto junto a unas precarias de Radio Nacional: una con contratos «en prácticas» (hoy recién despedida) y otra con contrato «por obra», producto en ambos casos de un *master* en el que participa el Ente. Fuimos también de la mano de una estudiante de imagen que trabaja a salto de mata en el ámbito del audiovisual y participa en proyectos cooperativos poco alimenticios y, finalmente, de una joven promesa en una productora *masiva* y precarizada: Sogecine, pertenciente, junto a CNN +, Canal +, Canal Satélite Digital, Sogepack y un largo etcétera, a Sogecable.

Transporte público con Ángela y Toña hasta RTVE, pasillos ministeriales de otra época, nada que ver con las redacciones que aparecen en las pelis de Hollywood; transitamos por la red pasando por varias empresillas del sector audiovisual a las que Alejandra había ido a parar y en las que apenas la dejan las manos libres, y nos colamos en un céntrico edificio de filial de empresa líder para charlar con Carolina sobre el *backstage* del cine taquillero. De vuelta, paramos a tomar una caña y dar vueltas a esto de la producción de signos para acabar enfrascadas en una conversación con una forofa de una Jennifer López que trabaja haciendo habitaciones en un hotel de lujo en Manhattan y conoce a un ejecutivo agresivo disfrazada de gran dama y tal y tal.

Estos trabajos en este campo no son específicamente femeninos, aunque sí «feminizados» en el sentido que da Haraway a este término. Nuestro interés por ellos tiene que ver con tres cosas: (1) su componente de atención (algo que comparten, por ejemplo, con las teleoperadoras, con las trabajadoras sociales y con las cuidadoras) e imagen/*performance* (algo que los acerca, dejando a un lado el *glamour*, a la dependienta, también a la dependienta de cadenas), (2) su capacidad de generar imaginario y, en este sentido, de conformar el género o, dicho en palabras de Teresa de Lauretis, su carácter de *tecnologías de género* y (3) el creciente número de mujeres que trabajan en estos sectores. Evidentemente, aquí hay diferencias claves en el cara al público, el carácter de exposición o presentación que tienen los medios o la industria cultural frente a la traducción, por ejemplo. Estamos hablando de un campo muy vasto que tendremos que aprender a delimitar en nuestras indagaciones.

En nuestros «Primeros balbuceos del Laboratorio de trabajadoras» hablamos someramente de estos puntos. De las condiciones de trabajo en las pequeñas nuevas empresas en red, que no es que externalicen y contraten a otras empresas, sino que directamente crean compañías filiales a partir de sus antiguos departamentos, sin que esto implique en absoluto la posibilidad de respetar los convenios. Hemos hablado también de la maximización de conocimientos, de recursos afectivos y, en el caso de la industria cultural, mediática y publicitaria, más que en ningún otro lugar, de conectividad, sin que esto se traduzca necesariamente en renta o estabilidad. Hemos hablado de los tipos de contrato mayoritarios en los escalafones más bajos: becas, prácticas, por obra o ninguno. De la flexibilidad de horarios, de los escasos salarios y derechos, de la falta de delimitación de las tareas, de la polivalencia, de las jerarquías difusas orientadas a promover la autorregulación, etc.[40]

39 Tampoco son técnicas en sentido estricto -montadoras de redes, programadoras, especialistas en hardware o software, etc.-, sin embargo, una vez más, no siempre resulta fácil o conveniente distinguir, como bien muestra la experiencia de los HackLabs o de Indymedia, las tareas vinculadas a la comunicación, la información y la tecnología.

40 En este sentido, las palabras que Toña nos dijo hace unos meses se han convertido en providenciales ahora que vuelve a estar en la calle: *«Sí, duramos poco. Porque sustituyen el tiempo de vacaciones de los otros y luego ya está ¿no? En ese sentido yo soy una privilegiada porque presento un programa a mi edad, que eso es muy raro, pero también todo lo que he tenido que sudar para estar ahí. Yo no me lo creo, a veces digo "ha merecido la pena el esfuerzo" y a veces digo "por qué tanto", más que esfuerzo, porque soy trabajadora y me esfuerzo como cualquier persona, pero además la preocupación de tener un nudo en el estómago, de qué va a pasar mañana, además, das un paso en la escalera, y la escalera se hace más gigante, el siguiente paso es dos metros más grande. El tema de que he conseguido algo que muy poca gente ha conseguido que es tener un contrato. Pues ahora me tengo que enfrentar a que me hagan el siguiente contrato, y ya la prueba.»* [Deriva con trabajadoras de la comunicación, primera parada]

4.2. Conexionismo y mediación en el semiocapitalismo

Además de todo esto, hay algo específico en este tipo de trabajos, aunque esto se dé en distinto grado y manera en todas las actividades: el valor social y el valor relacional. Este tipo de trabajos se realizan por vocación y como una inversión en una misma. Por eso, el proceso de aprendizaje (gratuito) no acaba nunca y el resultado, la obra, es en muchos casos un conjunto de posibilidades y contactos que hay que saber maximizar. Están asociados a la técnica y a la (auto)formación (como en la programación o el diseño), a las tareas inventivas, intelectuales y performativas (como en la moda o el mundo del arte) y a los ámbitos de poder e influencia pública (como en el cine, los medios o la publicidad). La conectividad, la cartera de clientes y contactos abiertos para futuros proyectos, constituye el elemento central, de lo que Ève Chiapello y Luc Boltanski, han caracterizado de un modo exhaustivo como la *ciudad por proyectos*, cuyos precedentes son la *crítica artística* y la investigación científica. A esta ciudad oponen otras como la *doméstica*, la *comercial*, la *inspirada*, la del *renombre* o la *industrial*, con las que ésta primera puede llegar a convivir.

> *«En un mundo reticular, la vida social se compone en lo sucesivo de una multiplicación de encuentros y de conexiones temporales, pero reactivables con grupos diversos, realizadas eventualmente a distancias sociales, profesionales, geográficas y culturales muy elevadas. El* proyecto *es la ocasión y el pretexto para la conexión, reuniendo temporalmente a personas muy dispares y presentándose como un* extremo de la red fuertemente activado *durante un periodo relativamente corto de tiempo, pero que permite forjar vínculos más duraderos que, aunque permanezcan desactivados temporalmente, permanecerán siempre disponibles»* [El nuevo espíritu del capitalismo, *Madrid, Akal, 2002, p. 155*]

La retórica de los proyectos introduce una base para la evaluación: el mérito, y una práctica para medirlo: la prueba.

> *«Yo lo que veo en la radio y en los medios de comunicación en general es que trabajas como en un escaparate, no sé, imaginaros una persona que trabaja en una oficina y le ponen una cámara dos horas al día, pues esas dos horas estará haciendo como que hace algo, y esmerada. Entonces yo veo que nosotras al tener dos horas al día que nuestro trabajo se expone, que realmente te lo están evaluando, entonces ahí tienes que poner toda la carne en el asador, no es como, por ejemplo, tener unos papeles que en otro trabajo puedes decir "bueno, ya lo haré mañana", en este trabajo no puedes, es que a las seis de la tarde yo tengo que salir en directo y decir algo, entonces sí que te llevas trabajo a casa, yo las revistas me las llevo y me las subrayo en el metro, antes de dormir. Hace mucho que no leo libros porque me leo todas las revistas de música en la cama y luego me duermo, ahora ya sí porque por mi cumpleaños me regalaron un libro y he dicho "voy a dejar las revistas y a leerme un libro"».* [Deriva con trabajadoras de la comunicación, primera parada].

La orientación hacia el proceso de comunicación es un aspecto fundamental. No se trata ya del viejo esquema sujeto-objeto o emisor-mensaje-receptor, sino de otro mucho más sofisticado inspirado en la pragmática, la semiótica, la etnometodología y el interaccionismo simbólico. En él se ponen en juego los códigos compartidos y no compartidos, los sinsentidos y malentendidos, los

implícitos, los performativos y la fuerza elocutiva, la mediación o traducción de unos signos a otros, la gestualidad y, en general, la encarnación, las expectativas, los gustos y los hábitos. Así, los rasgos del régimen informacional[41] (fragmentación, preeminencia de lo visual, ensamblaje modular y sinopsis, des/recontextualización, intercambiabilidad, integralidad, estimulación sensomotriz…) no conforman unidades funcionales estáticas y discretas como en el periodo industrial, sino reversibles y recombinables, también en función de los procesos de retroalimentación: estudios de mercado, sondeos, llamadas al programa, nivel de audiencia y de venta de los productos asociados, etc.

Todo esto nos lo contó Carolina en relación con su trabajo en el departamento de producción en Sogecine con otras palabras. Hablando, por ejemplo, de cómo proyectar un hipotético público femenino:

> *«[D]e hecho creo que Sogecine tiene esa fama de ser muy machista, machista y masculina. Luego, es que tengo ejemplos tan graciosos... te llaman de vez en cuando para que veas un* trailer*; eres lo que llaman "target", público objetivo… entonces, eres mujer de 18-35 años, te voy a poner un* trailer *donde se supone que tienes que llorar como mujer de 18-35 años (no te lo dicen, pero lo doy por hecho) y te ponen una cosa que me parece una cursilada horrible, y les digo, a mí es que me parece feísimo, me parece una cursilada y ellos responden: "Tú eres una machota, fuera, que venga otra".»* [Deriva con trabajadoras de la comunicación, tercera parada].

Y nos dio con este pequeño ejemplo de *feedback* personal y condicionado algunas claves para pensar las pautas de la reproducción simbólica (montaje sí, pero de lo mismo) y los dispositivos de autorregulación que desarrollamos quienes nos dedicamos a la manipulación de códigos masivos.[42] Carolina comenta que puede incluso producirse un desfase en las tareas de mediación, entre la película y la traducción que hace la productora en el *trailer*, por ejemplo. Y como éstas, otras tantas en el interior de la industria cinematográfica. Esta labor de mediación se resuelve, aclara Carolina, en beneficio de la *media*, las mayorías, lo comercial, lo que sabemos que funciona y tenemos controlado. Y, lo que es más importante, no las resuelve un jefe, en Sogecine hay más jefes que empleados, la resuelve cualquiera: desde el autor del guión hasta la desarrolladora, la que diseña el cartel u organiza el estreno…

Pero la cosa va más allá: es una tarea de invención de mayorías, de conversión de minorías en mayorías, de codificación de la diferencia como mercancía.[43] Hablamos de un circuito, no de una relación unidireccional.

> *«[A] ellos les interesa que yo esté aquí, si no, no estaría y yo no soy en eso demasiado comercial, también les interesa justamente, y además, aquí yo creo que es más radical, pero en Canal + , por ejemplo, Canal + Televisión, está produciendo un montón de programas diferentes, dirigidos hacia un público muy diferente y donde sí que se busca un montón la innovación, mucho más que aquí, porque éste es un negocio muchísimo más arriesgado de por sí, entonces tienes que cubrirte muchas veces las espaldas y no ser tan arriesgado como en un programa que no te cuesta mucho hacerlo, que no funciona, lo quitas y ya está, aquí si no es un éxito en taquilla estás corriendo el riesgo de que esto lo cierren el año que viene ¿sabes? Yo creo que en este terreno no se puede, desde aquí, explorar tanto, quizá desde la televisión sí se puede crear mucho más. Y luego no nos engañemos, la televisión no tiene nada que ver con el público del cine, es muchísimo más mayoritario, además es una consumición mucho más inmediata. Una película, desde que tú la empiezas hasta que la haces, pasa un año. Si en ese momento se está buscando*

---

41 Gonzalo Abril, *Teoría general de la información*, Madrid, Cátedra, 1997.

42 La totalidad de este debate está recogida en la transcripción de la Deriva con trabajadoras de la comunicación, publicada íntegramente en nuestra página *web*: http://www.sindominio.net/karakola/precarias.htm.

43 Como se observa en un reciente libro sobre los medios: la expectativa de la declaración de identidad está incorporada en el proceso general de la globalización; Sampedro, V. (ed.) *La pantalla de las identidades. Medios de comunicación, políticas y mercados de identidad*, Barcelona, Icaria, 2003.

eso, pero dentro de dos años, que es cuando la terminas, ya no funciona o sí.... es mucho más difícil desde ahí ver el efecto que tienen. Los lunes al sol, *por ejemplo, nadie suponía que iba a ser ese éxito. Nadie. De hecho, cuando se estrenó, las previsiones, que lo distribuyó* Sogepack, *la distribuidora de aquí, las previsiones eran de doscientos, trescientos millones en taquilla y lleva 1500. Es que no se puede saber».* [Deriva con trabajadoras de la comunicación, tercera parada].

Pero, entonces, si hablamos de circuito, ahí tenemos también a las audiencias que, en ocasiones, se escapan o producen auténticas innovaciones que más tarde podrán ser mediadas, como ha sucedido con la cultura híbrida del rap o con las telenovelas, cuyas claves culturales latinoamericanas han sido recodificadas en el mercado global. La concentración de los medios, con sus tendencias a la centralización del mando y la gestión, convive, primero, con la multiplicidad y el desmenuzamiento de los procesos productivos,[44] incluidos los puntos de fuga; segundo, con formas de colaboración e intercambio entre las entidades dirigidas a facilitar la coproducción; y, tercero, con el carácter a menudo ambivalente de la movilización de las audiencias. Éstas interpretan y utilizan los medios en distintos contextos locales y acuden para ello a diversos marcos de referencia. De modo que no está todo dicho.

Así pues, las experiencias del universo informacional son contradictorias. Quienes leen la globalización únicamente en términos de homogeneización e imperialismo cultural olvidan con frecuencia las tendencias, eso sí, contradictorias, hacia la diversificación, la hibridación, la deslocalización y descentralización de los referentes, la formación de nuevas comunidades transnacionales y virtuales, la facilidad, si no la igualdad, en el acceso y la manipulación de las herramientas y códigos informacionales, la relevancia de los medios locales y alternativos o las pautas de interactividad.[45]

Indymedia proporciona un buen ejemplo de la orientación que, en adelante, adquiere la confrontación: «*don't hate the media, become the media*» dicen quienes habitan la experiencia digital y logran burlar las restricciones del cable. El impulso creativo y la intimidad tecnológica producen crisis notables en las manipuladoras de códigos: de esto nos hablaron extensamente nuestras cuatro guías a lo largo de la deriva.[46] La posibilidad de poner la creatividad en otra parte, desincrustarla y reincrustarla en otro circuito, es un deseo y una frustración que hay que tener muy presente.

4.3. Tecnologías del género: «cuando lo personal es digital»

A pesar de la insistencia en el acceso y la proliferación y diversificación de los puntos de emisión, recepción, circulación y reproducción, los problemas atañen también a las representaciones y, en este sentido, nuestra política, tal y como sugiere Stuart Hall, ha de ser (de)constructiva, sobre todo cuando nos enfrentamos a las imágenes hegemónicas del género.[47]

Aclaremos entonces que este dilema no tiene nada que ver con la dicotomía forma-contenido, hoy excesivamente rudimentaria. Estamos hablando de la articulación de conocimientos, *techné*, discursividades y sociabilidades en el régimen informacional. El ciberfeminismo ha captado esta reformulación del problema al analizar los vínculos materiales y simbólicos entre la tecnociencia y

44 Carolina nos contó que una práctica habitual por parte de las productoras consiste en comprar guiones por un cierto periodo y los derechos de adaptación, pero también ideas sueltas o tratamientos de determinado personaje o determinada escena que luego se reescriben, en una desarticulación intelectual sin fin que nos trae a la mente la caducidad del concepto tradicional de arte o autoría.

45 Jesús Martín Barbero, en sus reflexiones sobre la televisión, lo explica del siguiente modo: «El malestar en la cultura de la modernidad que expresan las generaciones de los más jóvenes en América Latina, su empatía cognitiva y expresiva con los lenguajes del vídeo y el computador, enlazan con el estallido de las fronteras espaciales y sociales que la televisión introduce en el hogar deslocalizando los saberes y deslegitimando sus segmentaciones. Ello modifica tanto el estatuto epistemológico como institucional de los lugares de saber y de las figuras de razón. No es extraño que el imaginario de la televisión sea asociado a las antípodas de los valores que definen a la escuela: larga temporalidad, sistematicidad, trabajo intelectual, valor cultural, esfuerzo, disciplina. Pero al ser acusada por la escuela de todos los males y vicios que acechan a la juventud, la televisión desvela lo que ésta cataliza, los cambios en la sociedad: desde el desplazamiento de las fronteras entre razón e imaginación, entre saber e información, naturaleza y artificio, arte y ciencia, saber experto y experiencia profana, a la conexión de las nuevas condiciones del saber con las nuevas formas de sentir y las nuevas figuras de la socialidad», «Televisión: entre lo local y lo global», 1999, http://www.uc3m.es/inst/mu/fr-publicaciones.htm. Para una crítica

la tecnocultura y las retóricas del género.[48] Algunos relatos de este libro se refieren a esta cuestión. Además de apuntar determinados límites de las utopías informacionales, las ciberactivistas están señalando, sin hacer concesiones a la nostalgia, las trampas de las reencarnaciones múltiples y polimórficas en el espacio virtual. La *informática de la dominación* promete nuevos monstruos y relatos, sin embargo, esto, al igual que la propia mediación tecnológica, está lejos de asegurarnos una humanidad posmoderna. Y si no, que se lo digan a Tríniti.

Siguiendo con esta cuestión de las tecnologías del género, hemos hablado, también en nuestros encuentros fortuitos, de Jeniffer López, joven humilde, habitualmente de origen italiano o latino, que limpia habitaciones y fantasea con un ascenso social abrupto y por amor; la misma historia que la de *Pretty woman* (de puta a señora de copete) y la de esa desgraciadísima película, *Oficial y caballero*, en la que una obrera industrial sueña y finalmente se convierte en prometida de un tipo de *West Point*, con el que sale cogida del brazo de la fábrica en la última escena. Bien, podríamos citar otras tantas representaciones de los medios de masas, sexuadas, sexualizadas y racializadas, cortadas por el mismo patrón. Nosotras, además, nos hemos topado con el nuevo espíritu constructivista de la Nike y con otras tantas fantasías de género (las que cuentan las trabajadoras del sexo sin ir más lejos), cuya materialidad está en relación directa con el valor social y económico que ponen en juego. La visibilidad tecnificada (sobreexposición y disolución de las fronteras de la privacidad), la inmediatez y la creciente autonomía de la comunicación y la cultura con respecto a los hechos



al imperialismo cultural: Chris Barker, *Televisión globalización e identidades culturales*, Barcelona, Paidós, 2003

46 El impulso creativo se resuelve de distintas maneras. Carolina sale por un barrio de la periferia, cámara en mano, para hacer un documental. Hace cursos y, a diferencia de sus compañeros, frecuenta el cine no comercial. Alejandra participa de un colectivo de producción audiovisual implicado en los movimientos sociales, *Deyavi*, que hoy por hoy no le soluciona lo del sustento. El programa de radio *Pingüina*, obra original de Ángela y Toña que ganó el premio CCCB a la creatividad y a los nuevos lenguajes artísticos y en el que, por cierto, se entrevista a *La Eskalera Karakola*, no está en las ondas, sino en una grabación inédita y en la apasionada mente de sus autoras. Acerca de la explotación del impulso creativo, Carolina comenta la sensación de desgaste, de chupasangres que ella experimenta y como, piensa su propia creatividad, se agotará en algún momento si no bebe de distintas fuentes.

47 Otro de los problemas de la comunicación comunicativa es el de la propiedad intelectual y los nuevos cercamientos. Otro, no menos importante, se refiere a los límites que hoy por hoy tiene la circulación de «otros mensajes» y sus dificultades a la hora de traspasar la concentración económica y de mando de los grandes medios y de la industria del entretenimiento. Otro más, tiene que ver con la constitución misma de esos mensajes otros. Sobre todas estas cuestiones, véase http://sindominio.net/biblioweb.html. También Berardi, F. *La fábrica de la infelicidad. Nuevas fomas de trabajo y movimiento global*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2003.

48 Ahí van algunas referencias inestimables: Haraway D. *Modest_Witness@Second_Millennium. FemaleMan©_Meets_OncoMouse™*, Nueva York, Routledge, 1997; Featherstone, M. y Burrows, R. (eds.), *Cyberspace/Cyberbodies/Cyberpunk: Cultures of Technological Embodiment*, Londres, Sage Publications, 1995; Catherine, N. Hayles, *How We Became Posthuman: Virtual Bodies in Cybernetics, Literature and Informatics*, Chicago, University of Chicago Press, 1999; Chris Hables Gray (ed.), *Cyborg Handbook*, Londres, Routledge, 1995, y la propia Sadie Plant. El material que circula en la red es apabullante; se puede entrar en castellano desde http://ciberfeminista.org, con links a otras páginas, entre ellas, http://www.cybergrrl.com, http://www.webgrrls.com y http://www.geekgrrl.com.au. En inglés, http://www.cyberfeminism.net.

registrables, contables o noticiables[49] tiene mucho que ver con un nuevo modo de objetualizar el cuerpo de las mujeres en el *close up*, la fragmentación o en los mecanismos de *shock* y anestesia. Las mutaciones del *sensorium*, que ya analizara Benjamin refiriéndose a la reproductibilidad técnica y a las posibilidades del montaje,[50] se han intensificado y ahora entramos en una nueva fase; en palabras de nuestras gurús: «*When the digital is political*».

Las transformaciones históricas de las identidades y de las relaciones de género en los medios no dejan lugar al optimismo, aunque sepamos ya que lo que sucede en el ámbito de la recepción sea harina de otro costal, y que sobre la producción, incluida la feminista, habría mucho que decir. En paralelo, la introducción de discursividades paródicas, con Madona a la cabeza, a lo largo de los últimos años, ha abierto nuevos horizontes que han despertado un gran entusiasmo entre algunos sectores feministas.[51] El posfeminismo, la teoría *queer*, la pospornografía, el feminismo prostético, al reclamar el carácter reflexivo y constructivo de las identidades de género, pone de manifiesto el artificio, la inscripción y subversión de los códigos. Nuestra capacidad.

5. Políticas feministas

Como os explicamos al comienzo de este texto, nuestras idas y venidas han iluminado algunas vías para la acción política. Intentaremos poner algo de orden en este hablar desde el proceso.

En primer lugar y gracias al Taller de Cuidados Globalizados, hemos ido delimitando nuestros *puntos de ataque*. La crisis de los cuidados o, más bien, la articulación política de este hecho que desde una u otra orilla nos afecta a todas y a todos, es uno de ellos. No pensamos que exista una manera sencilla de plantearlo, una fórmula única del tipo salario social, salario para el ama de casa, reparto o lo que sea. Tendremos que actuar por combinatoria. Hablamos de un conflicto soterrado con muchas patas, entre ellas, la extranjería, la concepción de los servicios públicos, las condiciones laborales, la familia y el afecto, que tendremos que abordar de un modo conjunto pero en su singularidad.

Frente a los discursos securitarios y criminalizadores de izquierda y derecha tenemos que tematizar la seguridad como un bien colectivo centrado en la sostenibilidad de la existencia. Los medios no hablan de esta cuestión, los políticos menos. De vez en cuando aparece algún sociólogo aludiendo a la pirámide poblacional o a los cambios en las formas de la familia. Otros, progresistas, empiezan a sostener frente al gobierno que en efecto necesitamos a los migrantes, pero no son capaces de desmarcarse de la instrumentalización que se hace de los mismos. Los necesitamos sí, pero como fuerza de trabajo y como úteros para la procreación.

A todo esto, hay sectores que se están pertrechando. Entre ellos, las empresas de servicios, pero también las de seguros, que están viendo cómo encajar las pólizas de dependencia como una alternativa, para quienes puedan pagarla, al sistema público de pensiones. De todo esto poco se habla y de la sobreexplotación de las mujeres en uno u otro régimen (familiar o salarial) de cuidado tampoco. Los términos del contrato sexual están en juego y nos gustaría contribuir a su explicitación y, por encima de todo, a su politización.

49 Más allá del lema de la CNN, «está pasando, lo estás viendo», asistimos en estos momentos a una auténtica mutación de la supuesta relación de mediación: «está pasando *porque* lo estás viendo». En este mismo sentido, otro rasgo interesante del régimen informacional se refiere a cómo los medios están dejando ver, o directamente convirtiendo en objeto de visión, lo que hasta el momento había sido el *backstage* de la producción mediática o incluso cinematográfica: el protagonismo de la cámara, los traspiés del directo convertidos en arte y parte de la retransmisión, la incorporación de los media como agentes en programas como *Operación Triunfo*, ¿el fin de la transparencia del signo? ¿Del fetichismo de la mercancía? Para una reflexión sobre todas estas cuestiones en relación con la televisión, véase Gérard Imbert, *El zoo visual. De la televisión espectacular a la televisión especular*, Barcelona, Gedisa, 2003.

50 Benjamin, W., «La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica», *Discursos interrumpidos*, Madrid, Taurus, (1936) 1986 y Buck-Morss, S., «Estética y anestesia. Una revisión del ensayo de Walter Benjamin sobre la obra de arte», *La Balsa de la Medusa*, n. 25, 1993, pp. 55-98.

51 «Desde mi punto de vista, el poder que nos puede dar la práctica teórica y política del "como si", radica en su potencial para abrir, a través de sucesivas repeticiones y estrategias miméticas, espacios donde se pueden engendrar manifestaciones de acción feminista. Es decir, a través de la parodia podemos hacernos con algo de poder, siempre y cuando se lleve a cabo con una conciencia crítica enfocada a la subversión de los códigos dominantes. Es por ello que en ocasiones he afirmado que la estrategia de "mimesis" que plantea

Por otro lado, nuestro apasionamiento con el trabajo sexual, del que vamos conociendo sus vericuetos en sectores como el de las líneas eróticas o de las casas de citas, vuelve a situarnos en un mapa complejo en el que también hay que hablar de extranjería, de derechos laborales y existenciales y de imaginario. Advertimos en todo esto un *continuum* que de momento llamaremos cuidado-sexo-atención. El afecto, con sus cantidades y cualidades, ocupa el centro de una cadena que conecta lugares, circuitos, familias, poblaciones, etc. Estas cadenas están dando lugar a fenómenos y a estrategias tan desconcertantes como los matrimonios apañados o contratados en lo virtual, el turismo sexual, los matrimonios «solidarios» como forma de trasvasar derechos, la etnificación del sexo y de los cuidados o la formación de hogares múltiples y transnacionales.

En nuestro encuentro-valoración (y torneo futbolístico) de octubre de 2003 esbozamos un cuadro con casillas en las que figuraban categorías y ejes del trabajo. El cuadro era inmenso y tan sólo acertamos a rellenar una fila que tuvimos que dividir en subcasillas y anotar con miles de matices al margen. En cualquier caso, la intencionalidad del mismo era entrecruzar las realidades del trabajo precario femenino. La complejidad, hay que ver lo «postmo» que somos, atenta contra cualquier impulso estructuralista; aún así, seguimos pensando en elaborar hipótesis, enunciados que, sin renunciar a la complejidad, expresen de forma ajustada lo que nos está pasando.

En segundo lugar, hemos conversado sobre la necesidad de *producir consignas*, en plural, que aglutinen todos estos puntos calientes. Claro, «hagamos de nuestras necesidades, afectos y deseos un desorden global» o «acortando distancias, aumentando desigualdades» se nos han quedado cortas: demasiado generales, demasiado vagas. Durante la última sesión del Taller de Cuidados derivamos o, más bien, deliramos sobre este particular. Entre otras cosas, nos dimos cuenta de que algunas de estas consignas podían llevarnos a lugares tan ambivalentes, pero necesarios, como reivindicar la posibilidad de tener y criar hijos e hijas y retomar, simultáneamente, los discursos radicales, hoy tan denostados, contra la familia como gran dispositivo de control, dependencia y culpabilización para las mujeres. Impresionante ¿no?

En tercer lugar, se impone la necesidad de construir *puntos de agregación* contra la atomización y la soledad. Curiosamente, nuestro deambular nos ha hecho valorar en mayor medida el derecho negado de territorializarnos, si bien este territorializarnos no tiene lugar ya en el puesto móvil y cambiante de trabajo, sino en un espacio más abierto y difuso de esta ciudad-empresa. El *Laboratorio de las Trabajadoras* sería un lugar/momento operativo para poner en común conflictos, recursos (jurídicos, laborales, telemáticos, de apoyo mutuo y cuidado, vivienda, etc.), información y sociabilidad. Para producir agitación y reflexión. Lo vemos y no lo vemos: de momento estamos perfilándolo, no sólo en sus aspectos prácticos, sino sobre todo en su capacidad de constituirse en atractor, conector o movilizador de sectores tan distintos como las trabajadoras domésticas y las teleoperadoras. Una de las patas de este proyecto sería un centro de documentación sobre la precariedad en femenino.

En cuarto lugar, aspiramos a fortalecer algunas de las *alianzas* locales e internacionales que hemos establecido. Este libro y este vídeo se perfilan como una herramienta útil para este propósito. Nos gustaría llevarlo a los lugares que hemos transitado en este año y pico. Al centro de salud y los locales de la asociación, a la plaza y al ciberespacio, al Foro Social y al centro de enseñanza.

En quinto lugar, subrayamos la importancia de la *enunciación pública* y *de la visibilidad:* si queremos romper con la atomización social, es preciso también intervenir con fuerza en la esfera pública,

---

Irigaray es fuente de poder político, ya que aborda simultáneamente los problemas de la identidad, de la identificación y de la subjetividad política. El registro irónico es una forma orquestada de provocación y, como tal, expone una especie de violencia simbólica de la que las chicas disturbio son máximos exponentes». Rosi Braidotti, «Un ciberfeminismo diferente», http://www.e-leusis.net/Ciberfeminismo/mujeres_ciberfeministas.asp. Véase también http://www.estudiosonline.net/texts/index.htm y http://www.ctheory.net/default.asp.

hacer circular otros enunciados, producir acontecimientos multitudinarios que pongan sobre la mesa la precariedad como conflicto, también en su conexión con los cuidados, con la sexualidad. Una propuesta concreta en este sentido sería construir formas de intervención, tal vez utilizando la guerrilla de la comunicación como ya lo están haciendo algunas compañeras.[52] Actuar en el campo de los cuidados y el trabajo sexual en alianza con otros grupos de mujeres como pueden ser Las Tejedoras, las empleadas de hogar, las teleoperadoras que conocemos, con la Asamblea Feminista, Hetaira y otros grupos. También, más allá, en los confines europeos: con Maiz, con las mujeres en red que se aglutinan en torno a NextGenderation y, en general, con las mujeres a las que nos hemos ido acercando y con las que podamos llegar a confluir. Nuestra deriva de búsqueda de empleo por las grandes cadenas en tiempos de guerra, de la que existe una transcripción de viaje, nos dio algunas pistas en un terreno tan inexplorado como las entrevistas de trabajo o los filtros de selección de personal en las ofertas de empleo.[53] Nuestra puesta de largo de la mano del dispositivo insuficientemente móvil contra la lógica de la guerra de la *Operación Rosa* también hizo lo suyo.[54]

Así, por lo pronto, detectamos tres tipos de conflictos latentes (o que se dan de forma invisible no organizada): (1) el absentismo generalizado en los trabajos no profesionales (*telemarketing*, servicios al consumo en grandes cadenas, etc.), (2) la exigencia de otros contenidos, otros fines y otras formas de organizar la actividad en los trabajos profesionales (comunicación, sanidad...) y (3) la exigencia de reconocimiento en los trabajos tradicionalmente desconsiderados (trabajo doméstico, trabajo sexual). Hay que tener asimismo en cuenta la hibridación de estos tipos e inspirarse, tal y como hicieron las teleoperadoras o tal y como apuntan algunas insubordinadas en la comunicación,[55] de las propias fuentes, recursos, modalidades y oportunidades que nos brinda la acción de indagar sobre la naturaleza misma de los distintos trabajos, sus puntos fuertes y débiles, sus conexiones comunes en una política personal de la ciudad(anía).

Otra propuesta gira en torno a la idea de construir un *MayDay* del precariado social en Madrid, es decir, un momento de irrupción en las calles de Madrid aprovechando el peso simbólico del 1 de mayo, pero dirigido a reapropiarnos de él, trabajado en común con todos los grupos de Madrid que en este momento intentan pensar y actuar desde y contra la precariedad y pensado como forma de expresión de todas esas trabajadoras atípicas, semitrabajadoras y no trabajadoras que, a pesar de todo, tejemos cada día la riqueza social.[56] Algunas iniciativas en este sentido ya se han producido en nuestro entorno más inmediato, aunque, la verdad, no siempre con buenos resultados.[57]

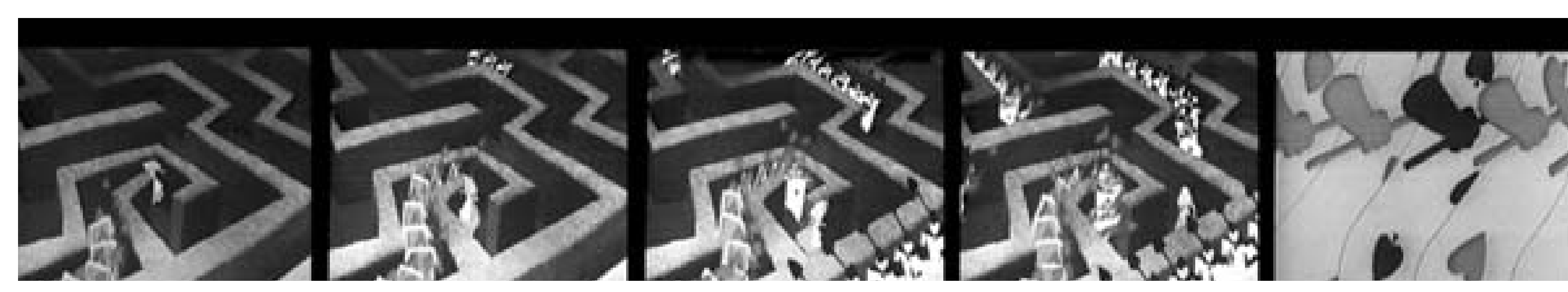
---

52 Entre ellas, las Non Grata Class con su collection parisienne; http://lasnongratasclass.org.

53 http://www.sindominio.net/karakola/precarias/derivacadenas.htm.

54 http://www.sindominio.net/karakola/operacionrosa.htm acp.sindominio.net/article.pl?sid=03/05/27/1839230&mode=thread&threshold=0

55 *«Yo (nos cuenta Carolina a propósito de un conflicto en Sogecable) en teoría no tendría ni por qué haber opinado, se supone que no puedo estar en las asambleas ya que en teoría no soy trabajadora de Sogecable, vamos que es alucinante, estás con CNN, con Lo + Plus, con millones de cosas en las que puedes hacer un montón de actividades y decir: vamos a coger un telediario y soltamos esta noticia, decir que se quiere despedir de Sogecable a no sé cuántos trabajadores, pues esto no se plantea… Pero es que ni siquiera los compañeros se están moviendo para eso, que esté todo el mundo acojonado, es que ni siquiera decir: vamos a parar la carretera de Tres Cantos, aunque sea, pero nada. La gente que no va a las asambleas, los sindicatos con los compañeros... de repente era el planteamiento... es que no somos mineros ¿sabes? Que con ese discurso desde luego aquí no vas a calar, cuando además estáis haciendo lo que estáis haciendo. Era todo bastante soberanista y luego el comité, bueno, vino un tipo de Telemadrid muy majo, y claro, estaba flipado, el pobre. Nos decía, mirad*



En sexto lugar, nos empezamos a enfrentar de forma consciente a la necesidad de movilizar *recursos económicos* e *infraestructuras comunes*. Queremos liberar, tal y como hacen los partidos: liberar de la extranjería y liberar de la precariedad. Para ello podemos montar una agencia matrimonial... Podemos desobedecer, falsificar, piratear, acoger y todo lo que se nos ocurra. De todos modos, tanto la propuesta del Laboratorio como otras muchas que podamos acometer pasan por el dinero y el dinero, ya se sabe. No nos gustaría devenir *star systems* y andar de aquí para allá sin poder desarrollar las redes locales que tanto necesitamos o caer en la dependencia de la subvención. En fin, que estamos dando vueltas a todo esto al grito de ¡Pasta ya!

Los recursos, como vamos entendiendo, son igualmente inmateriales y afectivos. Nuestra apuesta es la de construir el *procomún*. Para ello, es preciso colectivizar el conocimiento y las redes frente a la rentabilización individual y bien cercada a la que tan bien nos han acostumbrado las agencias intelectuales y empresariales de la *ciudad del renombre*.

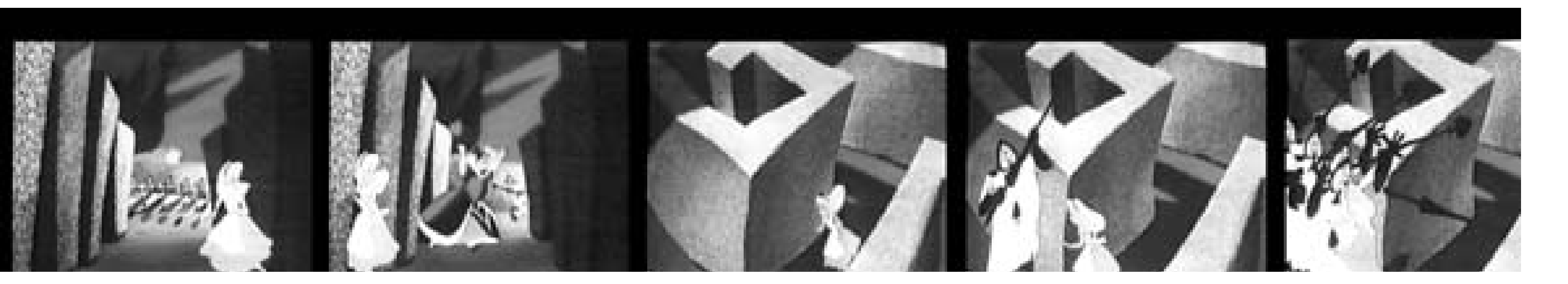
Y ya para acabar. Unas cosas nos llevaron a otras: las derivas a más derivas, a talleres y miles de diálogos y debates, a la manifestación y las grandes superficies, a la posibilidad de acumular (más allá de la política de los gestos, también de los gestos cotidianos) densidad, historia, vínculo, narración, territorio… y en esas andamos.

---

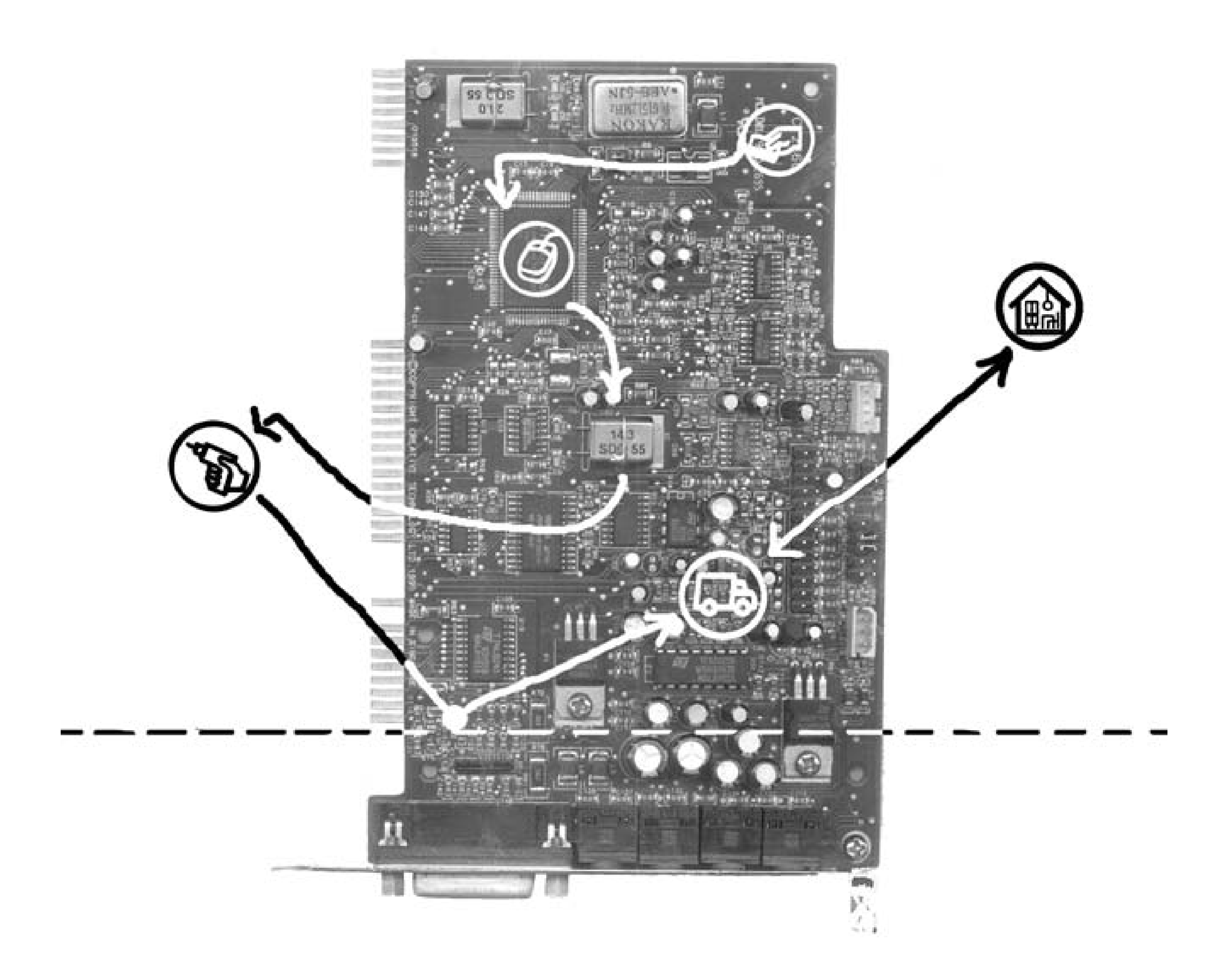
nosotros los de Telemadrid, os decimos dónde estamos para los telediarios y vosotros vais detrás y os ponéis con las pancartas, y la gente: um, no sé...Nada, un desastre.» [Deriva con trabajadoras de la comunicación, tercera parada]. Sobre este conflicto: acp.sindominio.net/article.pl?sid=03/05/27/1839230&mode=thread&threshold=0

56 Esta idea ya ha tenido una concreción en otros lugares; por ejemplo, en Italia; http://www.chainworkers.org/chainw/mayday003/autonomo.htm

57 Nos referimos, entre otras cosas, a la acción de octubre de 2002 en una iglesia del centro de Madrid; véase http://acp.sindominio.net/article.pl?sid=02/10/07/1533210&mode=thread.



diarios



Las manipuladoras de códigos I

Relato a tres voces de una deriva con traductoras y profesoras de idiomas

4:00 pm, La Eskalera Karakola

Nos reunimos a la puerta de la Eskalera Karakola un grupo de mujeres precarias: una traductora-ex ceramista, una traductora que dedica sus ratos libres a la investigación precaria, una traductora que da clases de francés a altos ejecutivos, una traductora a secas, una profesora de inglés ecuatoriana que deambula entre academias y clases a empresas, una arqueóloga itinerante de excavación en excavación (y tiro porque me toca) y una ecuatoriana que a veces limpia casas para sacarse unos cuartos. Dos cámaras de vídeo y dos cámaras de fotos nos acompañan. Emprendemos el viaje.

Primera parada:

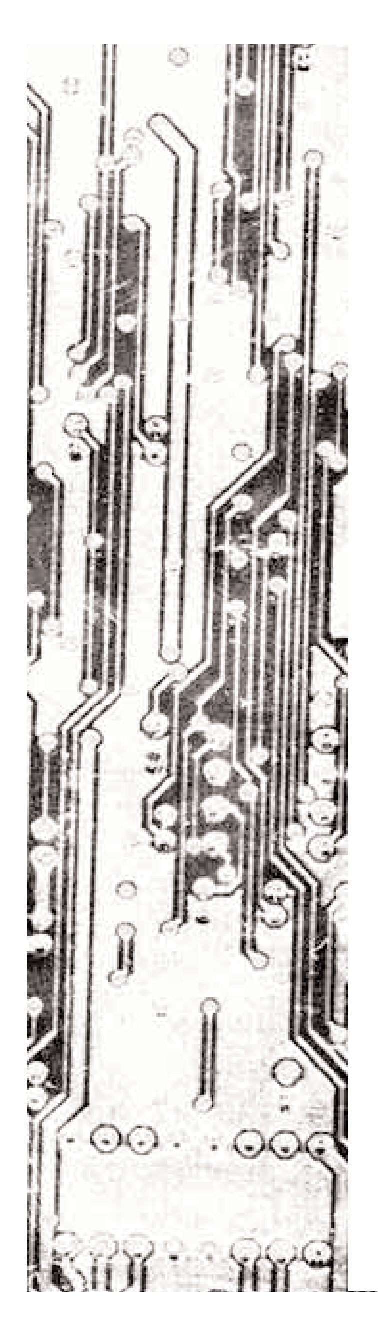
Embajadores - Atocha - San Fernando de Henares – instalaciones de NCR

Reemplazamos nuestro paisaje habitual de asfalto y cemento por el del extrarradio, un poco más despejado y despoblado aunque amenazado por la presencia de grúas. Las traductoras aprecian salir de la ciudad ya que casi nunca se desplazan a un lugar de trabajo, porque la línea divisoria entre sus espacios de trabajo y de vida personal se ha borrado. Mientras el tren avanza, una de las profesoras lee sus reflexiones acerca del desarraigo y la movilidad:

desarraigo

A la desarraigada se le compadece o repudia culpándola de falta de identidad, raíces y costumbres. Pero construir la identidad con elementos culturales autóctonos es absurdo en el mundo cambiante en que vivimos, de dislocaciones, hábitats temporales, migraciones y mestizaje.

Desnudarse de ciertas tradiciones y valores, en mi caso ha sido motivo de celebración (y alivio). Salir de Ecuador por primera vez a los 18 años fue un deseo intuitivo de fuga y de experimentación. Aunque mi adolescencia en Quito está llena de buenos recuerdos, también fue época de un gran desgaste de energía fuese para reprimir deseos y curiosidades como para conquistarlos.



A partir de ese momento la imagen de mi misma con maleta en mano se plasmó en mi historia de vida. Maleta en mano a Brasil con la emoción de lanzarme al vértigo de lo desconocido, y con la misma vuelta a casa. Maleta en mano bajando por las calles empedradas de Beacon Hill con una dirección apuntada en un trozo de papel: la futura casa, la futura cueva, los futuros esclavistas. A la vez el campus universitario se convierte en mi nueva fuga, mi refugio. Un año de explotación en el servicio doméstico disfrazado bajo el nombre de «au pair» *es suficiente. Nuevamente la maleta a espaldas.*

Vuelta a empezar. Entro a una casa de mujeres donde no conozco a ninguna. Entro a mi mitad de habitación, la otra está poblada por desorden y otra chica que ha llegado antes. Dos años de convivencia con 40 mujeres de distintos orígenes es una escuela y una fiesta. Con el tiempo consigo mi permiso de trabajo, petición rara por parte de una estudiante extranjera: «¿tu padre no te manda dinero?» Desempeño trabajos multifacéticos de los cuales el último es el más grato: intérprete médica en el Hospital de Massachussets. Sin embargo, transcurrido los años, nuevamente me invade el deseo de fuga. Renuncio a todo por contrariar a la fiel y perfecta integración a la que me había sometido.

Me marcho lentamente (en coche) hacia mi país y me enamoro rápidamente. Me enamoro mientras vivimos sobre ruedas y la movilidad geográfica impide (o aplaza) la lucha por los espacios. Sin dudas ni vértigos, vengo a vivir a España con él. Llego con el cuerpo agotado, el corazón radiante y la maleta en mano. Empieza mi rompecabezas de escasas piezas que no consigue armar mi cuadro de amor idílico. España me ofrece muros, vallas y miradas hostiles. El muro de la aceptación familiar es irrompible. Los papeles se consiguen casándonos, pero no se quita el estigma. Poco a poco empiezo a conocer las reglas del juego y hasta llega a parecerme divertido.

Ahora, estoy aquí, es éste mi espacio y por eso mi deseo de cambiarlo, hasta que nuevamente me entre otro aire intuitivo y me vaya maleta en mano.

movilidad

4 y 45 de la tarde parada en el andén de la estación de Atocha. Viajar es tan cotidiano que el tren se convierte en una extensión de mi vida y de mis espacios. Habito en el tren y convivo con pasajeros durante media hora. La ventana me distancia de la realidad y ésta me parece absurda. Vivimos en cajas apiñadas. El ser humano se construye su propia jaula.

Jaulas unifuncionales como esta nave diseñada para producir trabajo, sin posibilidad de distracción para dar un paseo, tomarse un café, o conversar con los colegas sobre trivialidades como el tiempo, porque ni siquiera hay ventanas para saber si truena o si ha salido el sol.

7 y media de la tarde: voy y vengo de cajas. Esta caja sobre rieles me gusta porque al menos no es estática. Las ojeras se han marcado en la mayoría de los rostros y los cuerpos se han entristecido. La mayoría de los pasajeros son varones, inmigrantes. Llevados y traídos a la construcción del extrarradio. A la construcción de jaulas que se multiplican.

Mujer Precaria
Deriva de las manipuladoras de códigos

Comentamos. El desarraigo no siempre es un resultado de movilidad geográfica o de migraciones. Podemos desarraigarnos de ciertas cosas, valores socializados, aspectos culturales o tradiciones si lo deseamos, sin tener que ir muy lejos. Al fin y al cabo, la pertenencia no se limita a la cultura dominante de los sitios donde habitamos y coexistimos, sino a lo que hacemos y a las personas con quienes convivimos y compartimos experiencias. Romper con expectativas, ser infiel a nuestros roles, desobedecer los patrones de comportamiento, es una forma de desarraigarse de lo aprendido, de la Tradición. La diferencia es que a las mujeres del sur nos acusan de poco auténticas, de occidentalizadas (con la connotación que esto lleva), perpetuando nuestra culpa de Malinches. Mientras que a las del norte, aunque por un lado se las reprocha, por otro sí encuentran el reconocimiento de valientes, osadas, feministas al fin. De todas formas, si miramos con cuidado nos encontramos con múltiples fronteras que permanentemente todas tenemos que atravesar.

El tren anuncia su parada interrumpiendo nuestra charla. Llegamos a San Fernando de Henares y caminamos por el atajo sobre las vías del tren en desuso. Nos acercamos a las naves industriales mientras algún camión pasa cerca de nosotras. Entramos a la empresa NCR (*National Cash Registers*), lugar donde una de nosotras da clases de inglés a un grupo de trabajadores, y la guarda de seguridad nos advierte que no podemos grabar en el establecimiento. Hablamos con el encargado del departamento de logística y, con lo que nos cuenta, atamos cabos entre los cambios estructurales de la economía y nuestro trabajo precario.

NCR es una multinacional americana dedicada a la instalación y mantenimiento de cajeros automáticos, así como cajeros de grandes establecimientos como Telepizza, Madrid Rock, etc. Nuestra primera pregunta es: ¿Por qué clases de inglés? Ha surgido de repente la urgencia de saber hablar inglés para poder continuar desempeñando el trabajo, para no ser marginalizado, o simplemente para no perder el puesto de trabajo. Desde aproximadamente 1992, cuando fue absorbida por la multinacional AT&T, NCR mantuvo su nombre pero fue sometida a cambios estructurales. La plantilla en España se vio drásticamente reducida un 400% hasta los 400 empleados actuales que se ven amenazados por la reestructuración desenfrenada. Muchas de las funciones de los trabajadores despedidos, jubilados anticipadamente, o descendidos a puestos imaginarios, han sido centralizadas en otras partes de Europa como Holanda o Inglaterra. Esto significa que quienes conservan sus puestos en España tienen que desempeñar buena parte de su trabajo en inglés por teléfono o en correos electrónicos.

La nueva necesidad creada de aprender este idioma (todos los estudiantes tienen más de 45 años) junto con sus inconvenientes es asumida por los trabajadores. El empleado tiene que regalar 3 horas semanales de su tiempo libre para dedicarlas al tedioso aprendizaje del inglés (reciben las clases fuera del horario de trabajo; de 5 y media a 7 de la tarde). La empresa cubre un 80% del coste de las clases, bajo el nombre de «ayuda al trabajador», mientras las clases privadas de los altos ejecutivos son costeadas al 100%. El dinero para pagar esta actividad proviene de un fondo de la empresa para «actividades y recreación»; lo cual explica por qué la profesora no tiene un contrato de trabajo, un salario fijo mensual, ni vacaciones pagadas. En la mayoría de los casos, la compañía contrata los servicios de una academia de inglés, la cual como intermediaria, contrata o no a la profesora, y le paga una parte irrisoria del pago recibido.

Damos un paseo por el «repair department» (todos los sectores y departamentos de la compañía están etiquetados en Inglés.) Vemos una fila de cajeros averiados, algunos desmontados, y nos adentramos en sus entrañas. El almacén es enorme y da la impresión de un exceso de trabajo. Nos informan que solamente hay 14 técnicos en el piso. Algunos son temporales contratados por ETT's que han reemplazado a técnicos con antigüedad. De estos temporales, una es mujer, que aunque le asignan principalmente trabajos de limpieza de las piezas, a veces, «para no desmotivarla», alegran su día asignándola trabajos más desafiantes de reparación.

Se hace tarde y nos queda todavía un largo itinerario. Nos vamos llenas de reflexiones, y apretamos el paso para trasladarnos nuevamente al centro de Madrid. Las prisas nos obligan a arriesgar las vidas sobre los rieles, los cruzamos corriendo mientras la luz del tren se aproxima.

Segunda parada:
San Fernando de Henares – Atocha – Sol - cibercafé de la calle Montera

Una vez en el tren nuestras cabezas no paran de bullir. Lo que iba a ser una visita al lugar de trabajo de una profesora de inglés sin contrato se ha convertido en un paseo por una empresa de alta tecnología reestructurada. A través de una posición atípica (la nuestra, sin contrato y sin derechos, pero también sin nombre), hemos llegado a uno de los nodos de la «*lean production*», la producción que reduce el personal y el capital fijo a un mínimo, que flexibiliza y deslocaliza al máximo los procesos de trabajo. Una gran nave aséptica en San Fernando de Henares, con una plantilla de apenas 40 trabajadores, constituye la materialización concreta y aferrable de todas esas cosas que alguna de nosotras hemos leído sobre la reestructuración capitalista. Pero ¿y dónde nos colocamos nosotras ahí? ¿Qué lugar tenemos en el cuadro? Veníamos buscándonos en la metrópoli y hemos vuelto a perdernos. Veníamos buscando nombres para nosotras, para esas posiciones nuestras que siempre parecen demasiado singulares, demasiado casuales y particulares, fragmentarias, como para permitir una narración común, y hemos encontrado los nombres de otros, trabajadores fijos que poco a poco van perdiendo sus derechos y su posición, que ven cómo sus compañeros van cayendo y nunca saben si les tocará caer a ellos mañana. Y nos hemos sentido en cierto modo extranjeras: NCR no era nuestro territorio, ni siquiera el de aquella de nosotras que se desplaza tres días en semana hasta allí para dar clases de inglés.

No nos hemos encontrado. O tal vez sí que lo hemos hecho, pero no en las naves de NCR, que recorríamos, curiosas y traviesas, sin poder evitar recordar aquellas excursiones que hicimos de niñas con el colegio a la fábrica de leche de moda, de Quito o de Madrid. Nos hemos encontrado en esa alianza temporal que ha emprendido un viaje desde la Karakola, en esa inesperada alegría de estar juntas perdiéndonos por las arterias de la ciudad. Nos hemos encontrado, en el tren, hablando del desarraigo, después de la lectura del relato sobre esa vida vivida como un viaje del cual una desconoce la próxima parada. Nos hemos encontrado en algunas anécdotas: «¿y cómo conseguiste este curro? Pues una conocida de una amiga tenía un contacto…». En suma, siempre por casualidad, por puros azares de la vida; y siempre a través de las múltiples redes de relaciones que una va transitando. También nos hemos encontrado en algunos gestos: escudriñando los

cajeros de NCR en busca de los cajetines del dinero, rascándonos los bolsillos para hacer un bote para el billete del cercanías, colándonos en el metro camino de Sol, saliendo del metro y quedándonos pasmadas ante un inmenso cartel de Nike, con una pregunta «¿quién eres tú? Descúbrete a ti misma» y «6 modelos de mujer» como perversa respuesta siempre reducible a una única mucho más sencilla: *nikewomen.com* (porque tú lo vales). Queridos: valemos mucho más y, sobre todo, podemos mucho más.

Pero seguimos nuestra búsqueda. Y la siguiente parada es un cibercafé de la calle Montera, al que una de nosotras, traductora autodidacta, solía ir a navegar para resolver dudas de traducción cuando andaba sin casa (y por lo tanto sin conexión a internet) y a imprimir textos para el trabajo, impresiones que, *of course*, no cubre la editorial para la que trabaja. Pero si nuestras guías de deriva han elegido traernos a este cibercafé en concreto, en vez de a otros más pequeños, de esos gestionados por migrantes que proliferan en el barrio de Lavapiés, es también porque, en tanto que establecimiento despersonalizado y céntrico perteneciente a una gran cadena, permite visualizar a la perfección la nueva fábrica metropolitana y, tal vez, imaginar las posibilidades de cortocircuitarla: en dos plantas prácticamente diáfanas, hay, colocadas en filas, una al lado de otra, unas 200 terminales .En ellas, cientos de personas chatean, hacen consultas vía web, envían mensajes de correo electrónico… algunas ligan o hablan con familiares lejanos, otras investigan cosas para sus estudios, otras trabajan: todas en el mismo lugar, abierto las 24 horas del día. El ruido de las teclas es imparable, casi infernal.

Cuando nuestra traductora-autodidacta frecuentaba este lugar, había, nada más entrar, un mostrador en el que te vendían unos bonos internautas al módico precio de 1,5 euros. Con ellos podías navegar, chatear y mandar correos electrónicos ,pero si querías hacer cualquier otra transac-ción informática (mandar ficheros, bajar ficheros, imprimir…) tenías que pagar aparte (¡y no podéis imaginar el sablazo!): llevarse la información en otro soporte que no fuera el propio disco duro cerebral tenía un precio. Sin embargo, y para nuestra sorpresa, en los meses que ella lleva sin utilizar este cibercafé, lo han remodelado por completo: el mostrador que había antes en la entrada para comprar bonos y desde el que también se realizaban las impresiones, las descargas de ficheros, etc, ha quedado convertido en una pseudo-cafetería (cuatro mesas altas y cuatro taburetes, una nevera con sandwiches, alguna lata, una máquina de café) de «Fresh and Ready», que pertenece a «Pan's and Company» y vende comida rápida para mentes rápidas y cuerpos todoterreno-mientras-aguanten a europrecios con sabor a aire. Los bonos ahora se compran en unas máquinas naranjas que hay a un lateral, la posibilidad de subir y bajar ficheros e imprimir ha desa-parecido (según nos contará más tarde el empleado, la empresa ha decidido «especializarse» sólo en un servicio para ser más «competitiva») y, de los antiguos trabajadores del cibercafé, no queda más que un polivalente y estresado individuo, que hace las veces de técnico del establecimiento, relaciones públicas de la firma, guardia de seguridad, resuelve-problemas varios y limpiador ocasional. Al principio no conseguimos localizarle: nos hablan de él los empleados del «fresh and ready», todos ellos con contrato temporal y hasta las narices de tener que atender a los clientes del cibercafé con sus mil ciberproblemas porque el otro muchacho no da abasto. Por fin, una de nosotras lo descubre: anda limpiando uno de los baños. Le pedimos que nos hable de su trabajo y nos cuenta encantado la «política de la empresa» «EasyEverything», una multinacional de capital

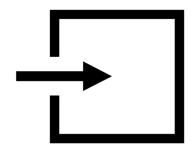


americano): reducción de personal (en este cibercafé, por ejemplo, trabajan ahora sólo tres personas, que se van relevando, con turnos de 8 horas cada una), especialización en unos cuantos servicios mínimos (internet, vuelos baratos, alquiler de mercedes…) e increíbles ofertas de precios (servicios de baja calidad a «precios competitivos», a costa de una mano de obra polivalente e infrapagada). Nos cuenta también encantado cómo funciona el sistema de bonos: «tú compras un bono de 1 euro, pero el tiempo que te durará depende de la cantidad de usuarios que haya en ese momento en el cibercafé; cuantos más usuarios, menos ancho de banda para ti y, por lo tanto, más te durará el bono. Es como la bolsa». Su relato se ve interrumpido por un encuentro con lo que parece ser una persona «non-gratta» en el lugar. Alguien nos contará más tarde que el cibercafé está atravesado por otro tipo de negocios: trapicheos varios, de «sustancias», de tarjetas de móviles y de teléfono, de objetos robados… Montera no es *Beverly Hills*.

Cuando nuestro empleado vuelve de haber resuelto el «encontronazo» (esto es, de haber expulsado a aquella persona, con un móvil por única arma), le preguntamos si no le estresa asumir tantas tareas y tantas responsabilidades y si le merece la pena para el salario que tiene. Su respuesta viene a ser: «gano lo normal», «para lo que hay, este trabajo me gusta», «me exige implicación», «a mí me gusta tratar con la gente». Nos cuenta también muy orgulloso que en el cibercafé hay filtros que impiden la entrada a páginas de accidentes, a páginas con contenidos nazis, racistas, xenófobos, homófobos, etc., al mismo tiempo que se queja de que los clientes de algunas nacionalidades son «más pesados» que los de otras: «por ejemplo, los españoles son más tranquilos, dan menos la lata. Los latinoamericanos son más pesados» (no parece darse cuenta de que en el grupo que lo escucha, hay dos mujeres ecuatorianas…). Concluye su relato diciendo: «yo nací en el barrio de Latina, me gusta trabajar por el centro, y en un trabajo que me exija estar activo, que me pida implicación. Me gusta implicarme con lo que hago». Implicación, compromiso ¿con la gestión de un establecimiento entre mil de una cadena de cibercafés, repleto de cámaras y letreros que rezan «atención, ladrones»? .Salimos impresionadas ante una «movilización total» tan vacía. Efectivamente, hemos hablado con el superviviente de un proceso de selección (del grupo de 6 que antes trabajaba por turno, sólo ha quedado él después de la reestructuración) y sobrevivir en determinados sitios y de determinados modos, qué duda cabe, deja huellas indelebles en la subjetividad. Pero, con todo, la interiorización extrema de la lógica de la empresa encarnada en este individuo nos ha dejado una cierta sensación de desolación: un ansia de ruptura nos invade según nos vamos alejando de ese particular nodo de Matrix.

Tercera parada:

Sol – Tirso de Molina – Supermercado LIDL



El trayecto por los largos itinerarios vitales de las manipuladoras de códigos va derivando en la noche y sus cuerpos, ahora alertados por la materialidad de su fatiga, por el lenguaje de su apetito abierto tras este intenso, afectivo deambular por las estaciones de su precariedad, se dirigen hacia una nueva parada: el «Lidl» de Tirso de Molina.

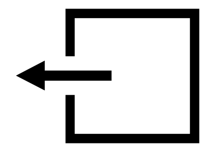
Otro trabajo no remunerado y cotidiano, el de la compra nuestra de cada día, el trabajo de adquirir lo más imprescindible y lo más barato para la supervivencia material de nuestros cuerpos. En Tirso se halla el espacio de consumo l-ideal para clientes sin posibles: allí nos encontramos la lumpenclientela de los márgenes sociales del barrio de Lavapiés (en vías de ser limpiado de tan poco ilustre vecindario), gente mayor, inmigrantes de múltiples procedencias, jóvenes precarios, yonquis de la plaza, guiris asombrados de tan variopinta fauna, haciendo malabares con los escasos euros rascados de los agujereados bolsillos. Pero estos productos de tan renombrada procedencia alemana (tecnología alemana, oiga) sorprenden por sus increíbles precios: yogures a 11 pesetas (la calculadora mental todavía no consigue pasarse al euro), conservas de legumbres de a 40, pero ¿cómo estos precios tan populares? Quizá tenga algo que ver con que no hay prácticamente emplead*s, apenas dos cajas abiertas con unas trabajadoras que pasan horas sin levantar la mirada del teclado de sus cajas registradoras: es el reino del *self service*, te has de buscar la vida para encontrar los productos (ningún cartelito para facilitarte la tarea), para cargarlos (no hay cestas para aliviarte la faena) has de buscar cajas de cartón de partidas de productos ya consumidos para usarlas a modo de cestas y, para colmo, estás continuamente vigilada por unas cámaras que son como de pega, pero que no por ello dejan de recordarte que ya hace tiempo que dejaste de ser la clienta quesiempretienerazón para convertirte en una delincuente potencial. Clientes «delincuentes» atendidos por trabajadores maltratados, demasiado pocos para todo el trabajo que implica reponer, cobrar, atender a las preguntas y enfados de esa clientela masiva.

Las trabajadoras precarias intentamos preguntar a las empleadas del establecimiento y grabar en el interior de esta jungla lidleliana. Pero el encargado nos da un tajante «no» por respuesta y los seguratas, a pesar de su aspecto de colegas del maquinavaja y su gesto de escaso convencimiento, cumplen su cometido y se dedican a perseguirnos.

Nuestras guías de ruta (las trabajadoras de lo inmaterial), inasequibles al desaliento, aprovechan para hablarnos de la renta.

Aclaración previa: no es que existan unas trabajadoras de lo inmaterial, sino que la inmaterialidad es cada vez más la cualidad del trabajo en la actualidad (trabajo afectivo, comunicativo, de interpretación de símbolos, creativo). Dicho esto, las trabajadoras que hemos organizado esta primera deriva nos dedicamos (por el momento) a la traducción y a la enseñanza de idiomas.

Por lo que nos toca, destacaría varios aspectos: trabajo cada vez más cualificado y menos retribuido ,con el cada vez más cualificado nos referimos a que las propias características de tales trabajos exigen unos conocimientos previos (conocimiento de idiomas, manejo de programas informáticos, capacidad pedagógica) y un esfuerzo mental en su desarrollo, que de ningún modo se ven compensados por la ridícula remuneración recibida. Además, nunca se ha pagado la cantidad de trabajo incorporada a una mercancía. Lo único medianamente «calculable» era el tiempo de trabajo incorporado a la producción de la misma, pero ¿qué significado tiene ya eso cuando lo que se incorpora es cada vez más una componente inmaterial? ¿Cómo medir el bagaje cada vez mayor de saber que requieren los trabajos actuales, ese *background* inmaterial del que se extrae todo el valor? ¿Y los conocimientos que se van adquiriendo gracias a la propia variedad de la experiencia laboral? La heterogeneidad en los recorridos de nuestra movilidad laboral (cuántas personas han estado fácilmente en cinco trabajos diferentes en los últimos tres años, cuántas proceden de otros



orígenes, de otras culturas) hace que incorporemos en el desempeño de nuestras tareas «retribuidas» una cantidad de información y de saber-hacer tan valiosa como incalculable. Falta total de cualquier tipo de protección social: en la medida en que no tenemos contratos, carecemos de cualquier tipo de reconocimiento legal de los derechos básicos. Si enfermamos o perdemos el trabajo, pues eso enfermamos (no cobramos) y nos quedamos sin trabajo (¿qué era aquello que llamaban subsidio de desempleo?). Cobertura de las necesidades de infraestructura por parte de la trabajadora: si trabajas como traductora, el espacio es tu casa y el equipamiento es el que tú hayas podido conseguir: eres tú quien ha de poner todas las herramientas materiales necesarias (ordenador, diccionarios) y sufragar los demás gastos (impresión, fotocopias, consumo de electricidad,…) ¿Acceso a los recursos públicos? El transporte público sale cada vez más caro: sobre todo si como profesora *free lance* de idiomas has de desplazarte a puntos muy diversos de la ciudad para dar tus clases. La sanidad pública no cubre para nada nuestras necesidades: el trabajo con ordenadores implica un deterioro de la vista (¿quien pagará nuestras lentillas, nuestras gafas?) y de la espalda (los imprescindibles masajes tras las contracturas, la inevitable piscina para retrasar los males de la espalda). ¿Acceso a la vivienda? Sin palabras.

Más que precariedad, habría que hablar de pobreza de solemnidad, nuestros sueldos están por debajo del umbral de la pobreza y si sobrevivimos es, materialmente, porque llevamos a cabo todo tipo de prácticas legales e ilegales para poner recursos en común (ocupación de la vivienda, redes de apoyo afectivas, familiares, reapropiaciones de comida, de libros, de luz) y «espiritualmente» porque nos sostienen las ganas de luchar y de transformar lo que nos rodea, y porque tenemos demasiadas cosas interesantes que hacer más allá del trabajo remunerado como para tirar la toalla.

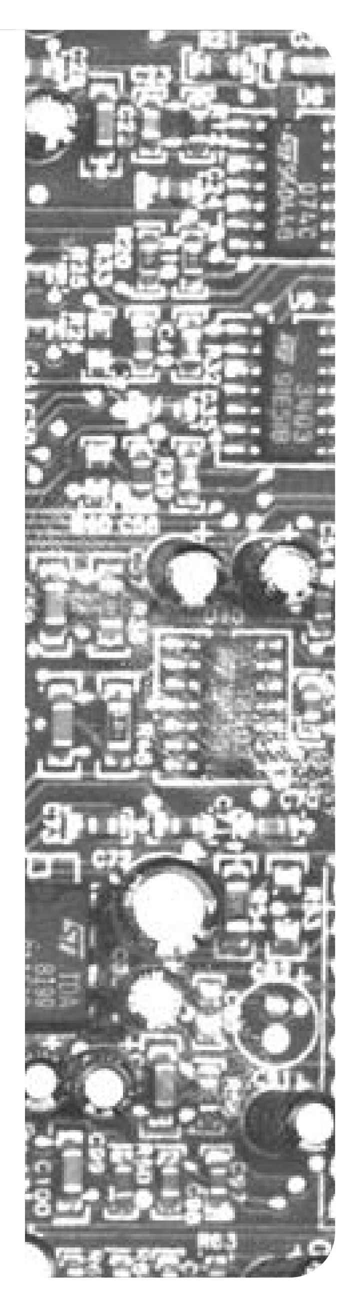
Cuarta parada:

Tirso de Molina – Lavapiés – La Grieta (una corrala okupada del barrio de Lavapiés)

Ahora sí que ya nos puede el hambre y las ganas de sentarnos. Después de tomarnos un pequeño *break* en un banco de la plaza de Tirso y comenzar la valoración de nuestra primera deriva (ya no podemos contener por más tiempo nuestro entusiasmo), nos vamos a comprar algunas chucherías y emprendemos rumbo hacia nuestra cuarta y ya última parada del día: la casa ocupada de Amparo 21, La Grieta, más conocida por el nombre de La Biblio (que es la biblioteca autogestionada de la primera planta, aprovechamos para invitaros a conocerla a quienes no os hayáis pasado todavía por allí).

Así podemos conocer *in situ* el espacio de trabajo de una de nuestras guías precarias y comprobar como un edificio abandonado ha podido recuperar su valor de uso, como ha sido reconvertido en el hogar donde un buen puñado de personas comparten vida, afectos, recursos y carencias.

Allí nos aguarda, bajo la forma de grabación audiovisual, el relato en torno al penúltimo eje previsto en esta deriva: el tiempo.



«Del tiempo precario de una traductora y militante»

Hubo una vez un tiempo atado a la vida laboral, a la centralidad del trabajo, a la identificación con el empleo…

El rechazo de la alienación laboral, de la expropiación del tiempo de vida por parte del capital y las luchas por la recuperación de esos tiempos de vida marcadas por un fuerte rechazo del trabajo heterodeterminado, forman parte del espíritu crítico de todo un período de antagonismo (décadas de 1960-70).

Las formas de acumulación capitalista se han vuelto a reapropiar de esa búsqueda de libertad haciendo del mercado laboral actual, caracterizado por la movilidad y la flexibilidad laborales, un mercado cada vez más injusto: la movilidad y la flexibilidad se traducen en inseguridad y desprotección social, en trabajos cada vez menos remunerados, más temporales e inestables.

Y en medio de todas esas mutaciones y reapropiaciones me encuentro yo, que renuncié a mi trabajo-identidad de ceramista por un arrebato de rechazo del trabajo, de deseo de liberación, de fuga de la identidad definida una apuesta por las derivas colectivas de la autogestión política.

Por eso, el tiempo de la precariedad al que me refiero está fuertemente marcado por la militancia política y por la reapropiación de los recursos: la primera elección me lleva a suplir todas las necesidades imposibles de cubrir con mis ingresos a base de ilegalidades, con la ansiedades y el riesgo que ello implica.

Así, el tiempo de la trabajadora precaria y militante dedicada a la traducción es un tiempo a la vez «liberado» y completamente saturado.

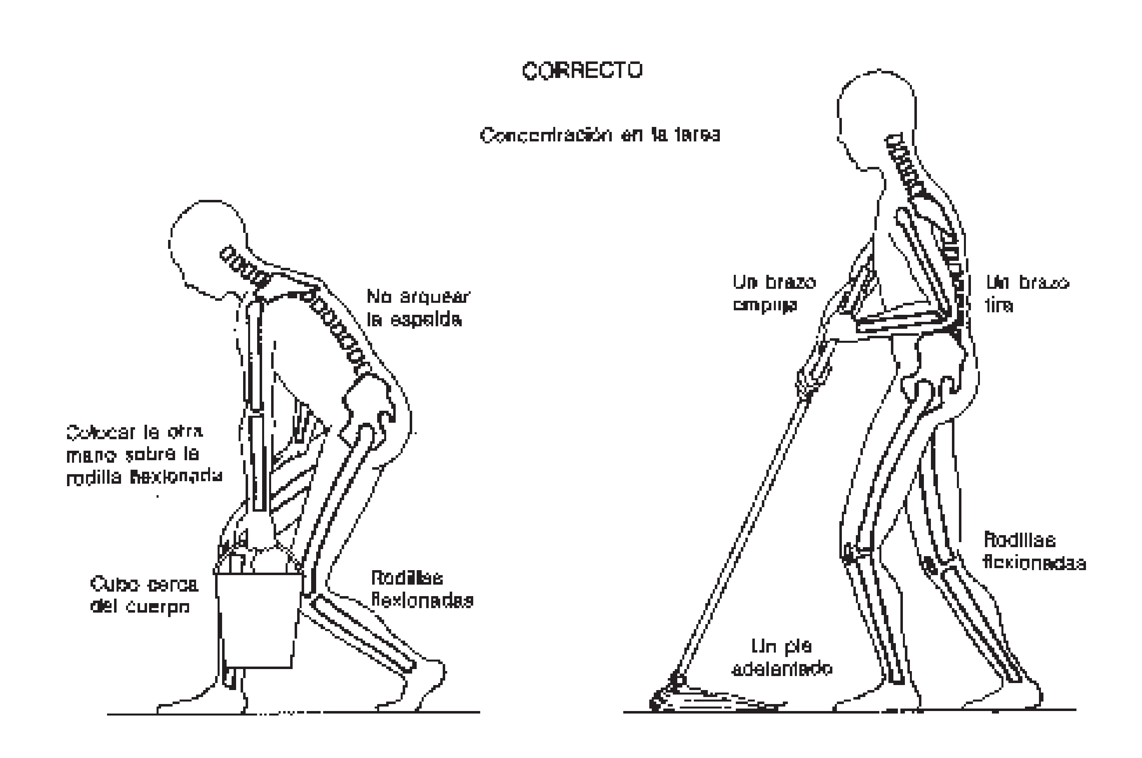
Un tiempo marcado por el horror vacui*: una vez desplazado el trabajo como eje vital, el tiempo parece perder sus propios límites, deviene infinito o infinitamente extensible.*

Un tiempo de goma en el que resulta difícil decir no y en el que todo cabe si se embute bien en la apretada agenda, donde citas, reuniones, trabajos y proyectos se suceden sin aliento, donde la cita con las amigas y la reunión del colectivo aparecen en el mismo plano, donde todo queda organizado con antelación. La aparente disponibilidad se convierte en una planificación total, a riesgo de sofocar las posibilidades de acontecimiento.

Ese tiempo de ansiedad, de estrés, de agotamiento, ese tiempo de productividad al que se intenta sacar el máximo rendimiento posible, permite beber de una fuente inagotable de saberes, aprendizajes, experimentaciones, búsquedas y afectos, pero amenaza, al mismo tiempo, con un abismo de superficialidad, de turismo vital: hay tantas cosas que hacer que ninguna alcanza la categoría de prioridad. La perseverancia, las apuestas que requieren unas mayores dosis de constancia, de pasión, de dedicación (esto es, de tiempo) corren el riesgo de quedar marginadas.

Después de oír el vídeo, nuestros cerebros y nuestros cuerpos sucumben ya al delicioso mareo provocado por todo el ajetreo del día de deriva, por todo lo que hemos ido escuchando, contando y pensando, por todo el afecto compartido (y por la inestimable contribución del hachís).

Lo cierto es que derivar por nuestros tránsitos de trabajo y no-trabajo se ha revelado mucho más que una práctica cotidiana de desplazarse de un punto a otro. Para comenzar, el hecho de optar por andar en la era del coche, es en sí una práctica radical. El desviarnos de nuestros recorridos designados permite una discontinuidad de la situación de nuestras propias vidas. Tenemos la oportunidad de abandonar nuestros roles interiorizados, nuestros lugares habituales para adentrarnos en otras realidades. Realidades que están lejos de convertirse en objeto de estudio, a la vez que nosotras somos mucho más que meras espectadoras. El derivar permite atravesar con nuestros cuerpos, nuestras mentes, tales realidades y hacernos así parte de ellas. Durante nuestra travesía agudizamos nuestros sentidos y empiezan a bullir las ideas hasta que salen espontáneas y las repensamos en colectivo, las reorganizamos, desordenamos, apuntamos en una libreta mientras la otra le sopla al oído. Aquí no hay nada por descubrir, todo está tendido frente a nosotras esperando a ser interpretado, a ser hilado con conexiones.





Las manipuladoras de códigos II

Relato personal de una quinta parada imaginaria en la deriva con traductoras y profesoras de idiomas

Este es el relato de la última parada que no realizamos porque la psicogeografía es eso, un experimento ligero y rico que conducimos y nos conduce. Bueno, que no nos dio tiempo a transitar todos los lugares/lenguajes que habíamos pensado; sin embargo recorrimos otros inesperados como el que nos hizo detenernos delante de un macro-cartel de la nike en Sol que nos interpelaba a cada una de nosotras: «¿quién eres tú?», la «diva», la «yoganistica», la «luchadora», o qué se yo, una negra sudorosa con guantes de boxeo, otra rubita ensimismada en posición de loto, otra rockerilla de pastel con pantalones plastificados… Una condensación de identidad(es) que hablaba justamente de lo que yo quería hablaros, del cuerpo, de la experiencia corporeizada o incorporada, como prefiráis. Yo quería llevaros a la cocina, a la clase de yoga, a la cama. Como no he podido hacerlo, os cuento lo que se me viene a la cabeza.

El cuerpo es uno de los ejes que hemos definido para nuestros recorridos. Se trata de una fuente de apercibimiento y mucho más. A mí me gusta verlo así: el poder se prende del cuerpo condicionándolo, aclimatándolo, domesticándolo, poniéndolo a punto para el desarrollo de una determinada vida. El cuerpo es un efecto material, una materialización de la subjetividad. La diferencia sexual se queda en este punto un tanto corta o quizás habría que estirarla en extremo en tanto elaboración artificiosa del imaginario; medusa, cuerpo de guerrillera, mantis religiosa, etc.

Hoy se ha asentado eso de que hay que cuidar el cuerpo. Existe una enorme industria destinada a hacernos pensar el cuerpo como un soporte para el consumo productivo, desde la ropa hasta la cosmética pasando por el cursillismo, la alimentación, la cirugía estética y el deporte. El cuerpo se machaca, se relaja, o las dos cosas a la vez; como pasa en los gimnasios que hay en NY en los que la gente se mete media hora a sudar la camiseta mientras la masa del exterior circula agitada frente a la cristalera. Ha triunfado la idea de que el cuerpo no es destino ni biología sino construcción, por eso la gente se encarga prótesis, se pone lentillas de colores, se va al balneario o hace bioenergética. En cualquiera de estos casos, el cuerpo se convierte en un lugar para la elaboración de identidad e identificación, y no un mero recipiente; es siempre más que soporte y que el polo opuesto a la mente. No es que el cuerpo haya dejado de dar miedo, en su desorden y en su determinismo

orgánico de enfermedad y muerte, pero es posible ejercer un cierto control sobre él y, más allá del control, cierta organización de sus actividades; esto ya lo vio Foucault con claridad.

Hay muchas mujeres que vivimos con el cuerpo tensionado y/o cansado. Esto una no lo nota hasta que ocurre algo inesperado y de repente te derrites sobre la silla o te da una crisis nerviosa. Lo cierto es que las tensiones son distintas, no es lo mismo el cuerpo que produce el «ama de casa», con su historia, sus achaques y depresiones... que el cuerpo de múltiple jornada materna; que por ejemplo el mío, hecho de retales de comunicación, interpretación y movilidad en la red y en la ciudad, atravesado por el *continuum* trabajo/militancia/sociabilidad; un cuerpo que no cumple horarios que no sean los plazos de entrega o la improvisación de lo que va saliendo, de lo que una va ideando dentro de ciertos márgenes de maniobra. Disponibilidad, adaptabilidad, cambio de registro, simultaneidad y continuidad son rasgos de mi cotidiano. ¡Ay de mí si hiciera un cálculo de a cuánto la hora!.

Yo paso bastante tiempo delante del ordenador, saltando de una ventana a otra. En este entorno hago esfuerzos constantes por desagregar un *continuum* espacial (en la casa y fuera de ella: traduciendo, escribiendo, contestando mails, bajando a por el periódico y el pan, mirando cosas en internet, hablando por teléfono, leyendo, cocinando, improvisando sobre la agenda, acudiendo a una reunión, transitando por el barrio), temporal (según me llaman o escriben, según voy estableciendo prioridades, según los plazos de entrega o las reuniones y entrevistas a las que acudo) y relacional (de la gente entremezclada con la que vivo, con la que milito, con la que hago proyectos varios, nunca sólo ni esto ni lo otro). Desagregar es lo que tratan desesperadamente de hacer algunas feministas con el trabajo doméstico no asalariado, desagregar es lo que creo que hago yo en mis quehaceres.

Para mí la cocina es un punto de ruptura, como lo es el yoga. La cocina ya la utilicé cuando escribía la tesis y no precisamente para cuidarme o cosas por el estilo, sino para cortar el rollo y enfrascarme en una actividad manual que, además, es necesaria y me proporciona placer. A mí me gusta cocinar porque es un modo de maquinar combinatorias, una pequeña parcela de resistencia; y me sale así, de repente no puedo más, me levanto y me pongo manos a la obra. A veces, como hoy, como delante de la pantalla, pero lo que más me gusta es abrir ese pequeño hueco en la cocina, disfruto más cocinando que luego sentándome delante del plato. Lo de comprar no me va nada, es de otro orden de cosas. En primer lugar está la interacción organizada en torno al dinero (he trabajado durante mucho tiempo como dependienta y odio todo lo que implique una relación de compra/venta) y luego el follón de la calle, del paseo, que está muy bien pero es otra cosa que tienes que querer y que supone una ruptura excesiva. Eso sí que es desentenderse.

Yo creo que cocinar me gusta también porque es algo que hago sola, cosa que no ocurre, por ejemplo, cuando estoy en la red donde se me cuelan miles de palabras, de convocatorias, de emplazamientos. En realidad la cocina es, en cierta medida, una parodia de mi curro porque también es discontinua: lo pones al fuego, vuelves a lo que hacías, echas un ojo, remueves, etc... un montón de micro funciones que armonizadas hacen un todo, una suerte de *stand by*; aún demasiada continuidad, demasiada proximidad, demasiadas cosas intercaladas o sobrepuestas, pero también un pequeño quehacer que combina lo mecánico y lo creativo.

El yoga es otra desagregación; está mucho más clara porque salgo de casa y desconecto totalmente. Comencé a ir a yoga por eso del cuerpo que decía antes. Una especie de estrés incorporado, de tensión deslocalizada que me constituye (quede claro que mi horizonte corporal no es el del herbolario). A mí me gusta esa tensión del cuerpo urbano que está alerta, que tiene un ángulo de mirada enorme, que ve por la espalda y se anticipa en todo momento. En fin, que es una encarnación ambivalente. Como la de mi corporeidad femenina que ha asumido un temor intrínseco que me cague en dios, pero que pelea cada palmo e interroga las posturas, los hábitos, los gestos, las miradas. Me revienta, por ejemplo, cuando en el metro el de al lado se abre de piernas instaurando un nuevo centro para el universo espacial; yo me siento y, en el acto elegante y pausado de hacerlo, le junto las piernas; una técnica depurada que pongo al servicio de las lectoras.

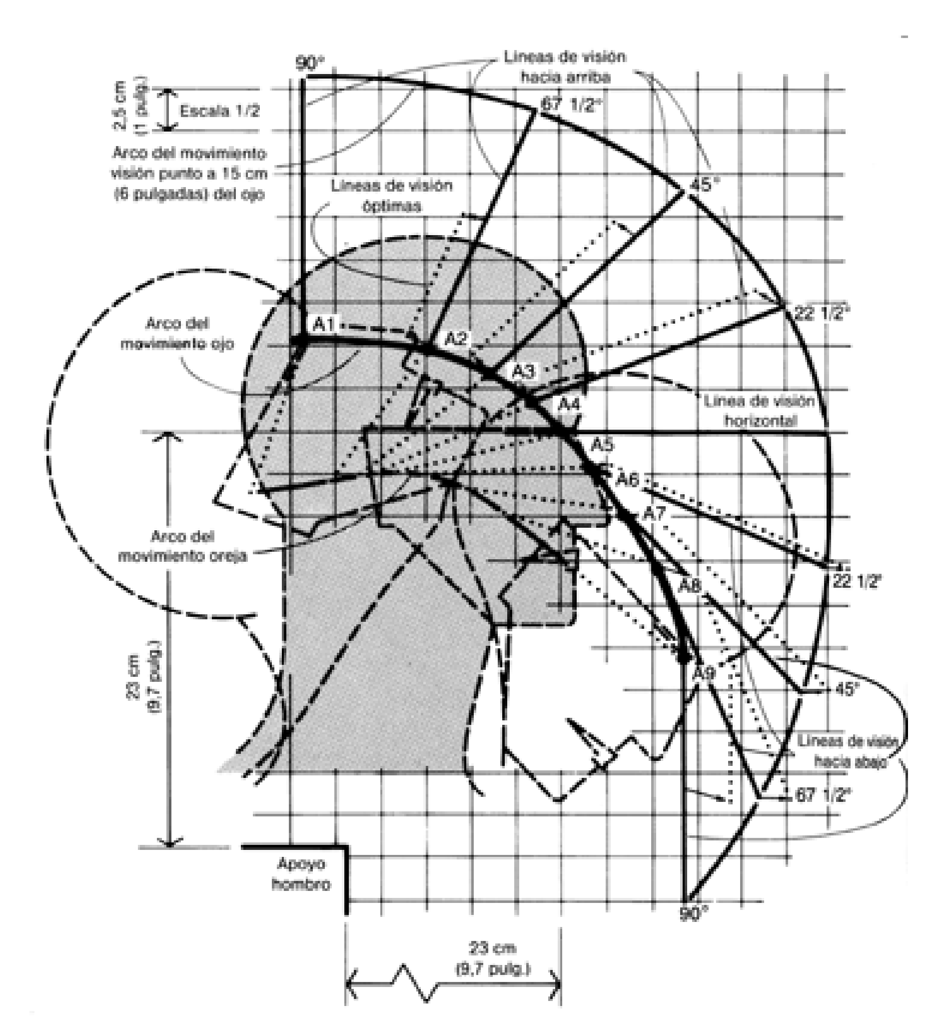
Volviendo al yoga. Yo comencé a ir por una motivación un tanto vaga, eso de la tensión que decía, y con una actitud del todo escéptica. Ahora estoy encantada porque voy viendo cómo extenderlo, incorporándolo a mi forma de caminar, de sentarme… Ya ves tú qué paradoja, desagregar, cortar, fragmentar y luego dar continuidad, extender, entremezclar. Esto mismo le pasa a otra gente que hace flamenco y que echa un taconeo entre una cosa y otra, o hace estiramientos en el bus. Llevo tres años con ello y siento modificaciones muy potentes. Sigo escéptica, sobre todo por lo que atañe al espíritu cursillista (ya veo que lo del misticismo ni siquiera hace amagos de asomar) que me revienta, pero para mí el yoga se ha convertido también en un tiempo/espacio mío. Tendríais que ver la clase; la gente llega como locomotoras y sale como malvarrosas para volver a su estado de locomotoras tras esta pausa que espero vayamos incorporando. Somos sólo mujeres, bueno este año hay un tipo; se te abre el tórax, se te mete el coxis, se te extienden las plantas como a las ranas, etc. Conjunto de cambios infinitesimales que viene con una justa proporción de esfuerzo y *momentum*. Mola.

Bien, existen otras estrategias posibles. Para el trabajo reglado: el célebre fin de semana, la baja por enfermedad. Para el atípico, pues depende, el cansancio difuso, la piscina, las drogas, etc. ¿Qué cuerpo es este que tenemos? me pregunto. Y me viene siempre ese eco de la Haraway, «la intimidad de estos cambios…».

Pensar el cuerpo desde el funcionalismo (por ejemplo, cuerpo estresado que se desestresa por unos minutos para volver a la carga, sexualidad convulsiva, como de desfogue ante una disciplina espacial/temporal/relacional férrea) no basta, aunque en realidad hay mucho de eso. Yo lo llamo «puesta a punto».

Volviendo sobre la cocina, lo cierto es que yo no me voy, no corto, porque si corto y me voy de paseo siento que estoy perdiendo el tiempo (¡al loro!) y prefiero maximizar para luego cortar de verdad; aunque, la verdad, no sé si lo consigo porque soy una máquina de agregación y transferencia. Por eso es que yo combino estos pequeños cortes ¿Con qué? Pues justamente con el trabajo doméstico, con todo aquello que considero necesario, útil y no me obliga a desenchufar totalmente: regar las plantas (eso también me gusta), poner la lavadora, recoger la ropa, etc. En definitiva, soy una mujer orquesta pero sin dependientes.

Mi amante, con la que además comparto casa, dice que yo vivo en una crisis constante, que no hay un momento en el que no me asalte un imperativo de armonización



AMPLITUD DEL MOVIMIENTO DE CABEZA Y OJO EN EL ASENTIMIENTO SERVICIAL

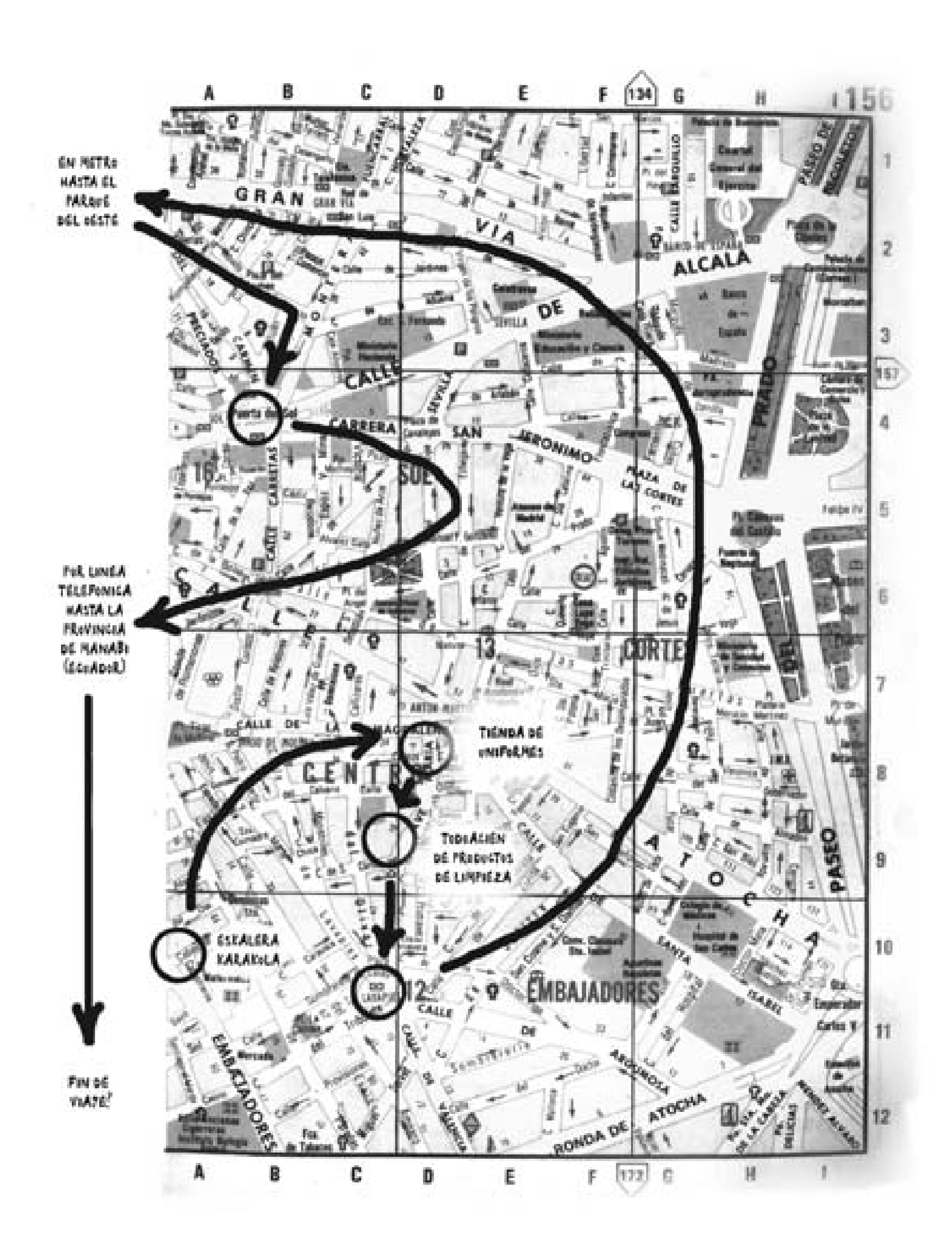
Adaptación de *Human Factors Engineering*,
del U.S. Air Force Systems Command Handbook, DH1-3, P.DN2B11,19

medioambiental, un pequeño gran abismo. Yo pensaba que lo tenía más controlado, que con el tiempo había logrado organizar los tiempos y las tareas con mayor precisión, gestionando mucho mejor mi vida para que no me engulla este ritmo de embragues y desembragues. Incluso la sexualidad se inserta en esta dinámica ininterrumpida como un fragmento que corta *but not quite*. ¡A ver si no por qué te gusta follar durante la siesta! (bueno, tampoco hay que pasarse).

Y es verdad que tengo que violentar mucho la realidad para abrir un auténtico hueco. Tampoco sé si ése es el objetivo: el fin de semana requetereservado, esa obstinación con la literatura o con leer juntas en la cama, ese esfuerzo por parar el dispositivo doméstico integrado o por quedar a no se sabe qué. También es verdad que se producen hechos inesperados a cada momento, pero es precisamente esa eventualidad, ese carecer de horario y fecha en el calendario el que me obliga a «proteger» los momentos de las cosas, a maximizar el tiempo o a poner límites al intercambio. Una operación desesperada que nace de un abuso, del no poder decir no en muchos terrenos porque sé que necesito la pasta, el contacto o la oportunidad, y que soy yo, en todo caso, la que tengo que definir los parámetros y valores de este circuito integrado.

Siento el vaivén pero voy a volver ahora sobre el yoga y sobre el cartel de la nike. Lo de la nike es un cuerpo puesto a punto, un cuerpo disciplinado que ha fundido el cuidado de sí con la imagen de sí en una operación virtuosa. Las imágenes de la nike han reinterpretado la independencia femenina, la valorización del cuerpo y de la sexualidad, la fusión de lo físico y lo psíquico (lo de la materialidad de la subjetividad), la realización personal y el trabajo sobre sí. El producto final de todo ello es una representación femenina que condensa todo esto en seis imágenes de increíbles proporciones. La objetualidad del cuerpo femenino, denunciada por la Beauvoir y tantas otras, se ha hecho sujeto o por lo menos «acciona» (su propio cuerpo, los objetos, los cuerpos de otras personas, etc.).

Esto no ocurre en todos los anuncios, si no vete a ver los de Mango o la hiper-exposición de la Schieffer, pero incluso en uno tan regresivo como el de «todo un veterano» hay algo de esta «pseudo-agencia» que es la que alimenta ese «yo me fabrico una imagen a mi medida». No sé qué decir a todo esto, más que hay que seguir pensando. Definitivamente se nos ha desplazado este problema sujeto-objeto de Beauvoir, y aquí lo que tenemos que pensar es nuevamente esta asimilación o reinterpretación que el mercado está haciendo de las singularidades: singularidad-yogística, singularidad-locaza, singularidad no-global de escaparate florentino. Ya lo dijimos el 28J, «Bollera no es una marca». Dijimos también «Hagamos de nuestros deseos, nuestras sexualidades, nuestros afectos un desorden global». Bueno, hay que pensar todo esto pero para esta parada imaginaria ya está bien.



EN METRO HASTA EL PARQUE DEL OESTE
POR LINEA TELEFONICA HASTA LA PROVINCIA DE MANABI (ECUADOR)
FIN DE VIAJE?
TIENDA DE UNIFORMES
TODACIÉN DE PRODUCTOS DE LIMPIEZA
ESKALERA KARAKOLA
GRAN VÍA
ALCALÁ
CALLE DE SEVILLA
CARRERA SAN JERÓNIMO
PLAZA DE LAS CORTES
PRADO
CORTES
CENTR
CALLE DE ATOCHA
PASEO
EMBAJADORES
RONDA DE ATOCHA
Puerta del Sol
A B C D E F G H
1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12

Cuidado entre dos orillas
Relato a tres voces de una deriva con trabajadoras domésticas

Domingo 27 de octubre: 4:00 pm, la Eskalera Karakola

Intuiciones, preguntas, conocimientos-explicaciones-puestas en común, bocetos, la pasión de pensar a mil, de contextualizar nuestro quehacer, impresiones, grandes ideas sueltas que van integrándose en nuestra comprensión de quienes vamos siendo, andadura. Esta deriva, como las otras, fue un acercamiento a nuestra condición de mujeres precarias y el deseo encarnado en nosotras de ir construyendo la vida que queremos y, claro, destruyendo la vertiginosa precarización de nuestras vidas, con las herramientas de lo que vamos comprendiendo.

La deriva por el trabajo doméstico la planificamos tres mujeres bien distintas, con cosas bien distintas que decir y preguntar: Ismucané, una mujer ecuatoriana cuya migración a España está determinada por los hijos que dejó en su país, por la responsabilidad de garantizarles y garantizarse un futuro que quieren vivir allá, una mujer que trabaja 14 horas de lunes a sábados, a excepción del jueves por la tarde que libra y que aprovecha para limpiar por horas, y que, además, ocupa sus ratitos libres en la venta de cosméticos; Silvia, una joven estudiante española que ha tenido que servir en condiciones de pretendida horizontalidad en casa de la amiga de una amiga; y Andrea, otra ecuatoriana, ésta sin responsabilidades familiares y con cierta estabilidad económica, que eventualmente se dedica al servicio doméstico.

Claro, mujeres con tanto en común y a la vez tan distintas que deciden estar juntas tienen mucho que intercambiar y que decir a las demás; pero también preguntas clave que poner sobre la mesa a la hora de proyectar «precarias a la deriva» como un entramado femenino de producción de conocimientos y acción de conflicto y constituyente. ¿Cómo vamos a pensar nuestras profundas diferencias? ¿Cómo vamos a hacer de este nosotras un complejo armazón-nosotras hecho del despliegue de todas las bisagras, contactos y flujos que somos? Y es que, en la deriva de trabajo doméstico, vimos de manera patente fibras de lo que somos: migración legal e ilegal, condiciones económicas distintas, exigencias vitales diversas, libertades claramente diferentes, con la precarización de la existencia como condición común.

Primera parada:
Uniformes en la calle Ave María, Lavapiés

Nuestra primera parada fue una tienda de uniformes en donde, con varios trajes de sirvientes como telón de fondo, nos dedicamos a hablar un poco de la jerarquía, del cuerpo explotado, del agotamiento, de la vulnerabilidad, del uso del tiempo y de la subsunción al tiempo del capital, pero también de los saberes femeninos de cuidado y gestión del hogar puestos a trabajar sin reconocimiento, que sufren muchas mujeres inmigrantes como Ismucané:

«Los uniformes ¿Son necesarios? ¿Para quién?

Los uniformes han sido creados por los organismos de control para clasificar, distinguir, etc.

Nunca al llegar a España pensé en llevar un uniforme, eso sería mi mayor lucha interior y humillación.

Cuando trabajas de externa no necesitas uniforme, bueno, no te lo exigen como cuando estás interna, más aun si trabajas con gente de mucho dinero.

Las entrevistas de trabajo son terribles, te preguntan muchas cosas, tus estudios, tu vida, tus aspiraciones…, pero en el momento de decir tu sueldo es el más bajo posible, teniendo que trabajar muchas horas y realizando trabajos como si fueras un PULPO.

Se llega de Ecuador con muchas ilusiones, pensando que tu vida va a cambiar, que vas a conseguir todos tus objetivos y aquí te encuentras con una dura realidad. Sin considerar tus sentimientos, que has dejado a tu familia allí, estás aquí en unas condiciones de inestabilidad tanto laboral como social, con desinformación. Es como si fueras alguien diferente a otras personas que viven aquí.

El llevar uniforme es traumático, no se piensa en lo que prefieres, qué conlleva ponértelo: saber que tienes alguien que te ordena a su voluntad sin tomar en cuenta tus posibilidades, estado de ánimo, cansancio... Sólo tienes que cumplir tu trabajo, tienes que ser robot. Que sean eficientes y que no sientan, ni se quejen. Y que cuando los demás te vean sepan que estás al servicio de determinadas personas, dándoles un rango superior y unas ínfulas de grandeza. Tienes que estar siempre dispuesta con una sonrisa, claro, sin tomar en cuenta que estás sin tus hijos, haciendo cosas en condiciones de humillación, con gran cantidad de horas de trabajo y todavía con el temor de perder el sueldo si no están contentos.

Las personas que trabajamos internas estamos incomunicadas del mundo. Las salidas son los jueves o sábados después de la comida, entre las cuatro y las seis de la tarde, y los domingos, teniendo la obligación de regresar a dormir los jueves y domingos. De tal forma que en este tiempo no tienes acceso a realizar ningún trámite, ni contar con posibles trabajos o realizar tus asuntos personales (que nadie te los realiza si no eres tú) pero nada, estamos incomunicadas, desinformadas, nos aíslan para impedir que conozcamos las condiciones en las cuales estamos y podamos organizarnos para mejorarlas.

Las horas de trabajo de interna son en la mayoría de los casos de 12 a 14 horas, y con la obligación de dormir en la casa que trabajas. Realizando un sinnúmero de actividades: limpiar, cocinar, cuidar niños y tolerar toda la presión existente.

No nos pagan por el trabajo intelectual, emocional que ofrecemos, sólo nos pagan, y mal, por el trabajo físico. La experiencia de vida que llevamos cada uno, por eso no nos pagan, ni lo reconocen, pero de ella sí se benefician.

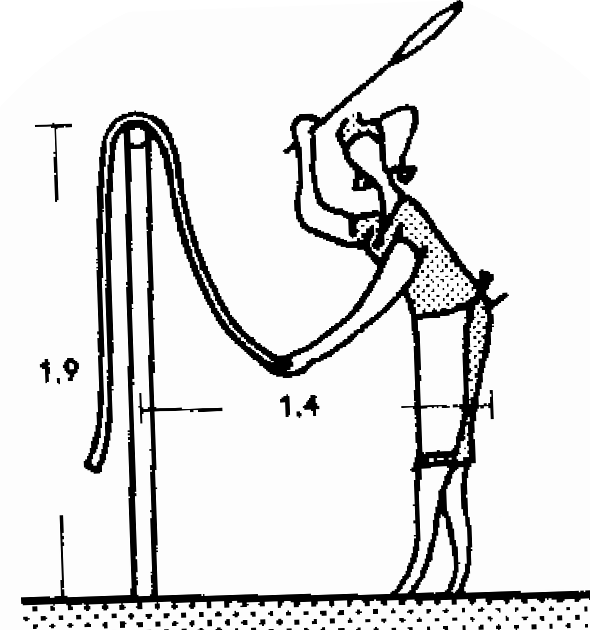
El trabajo que realizamos es muy importante: nos encargamos de cuidar niños y ancianos en su gran mayoría. Miren qué contradictorio: nos tratan muy mal y estamos educando al futuro del país y cuidando a los ancianos, los que han vivido y tienen experiencia. Nos deberían tratar muy bien y pagarnos también para realizarlo de mejor manera.

Tenemos que agregar que en cualquier trabajo que realices no se toma en cuenta el esfuerzo físico, ni el cansancio, ni peor aún, las condiciones en que lo realizas. Unas condiciones de absoluta penuria, muchas veces sin seguridad social, ni apenas dinero. Estamos excediéndonos así hasta límites insoportables, sin importarnos las consecuencias futuras en nuestros países o donde nos encontremos.

Debemos empezar a protestar ante situaciones injustas, recordando que hemos venido a mejorar nuestras condiciones de vida, llenándonos de valor y de fuerza de voluntad para iniciar esta travesía que no es fácil, pero que hay que continuar y luchar por las condiciones en que estamos».

SOMOS PERSONAS IMPORTANTES
TENEMOS MUCHO QUE OFRECER Y EXIGIR
¡HAGÁMOSLO!

Entonces lanzamos una pregunta (inseparable de las que apuntábamos al inicio de este relato) que tenemos que ir respondiendo con toda la seriedad del mundo: estas son las condiciones y la fuerza de muchas de nosotras, ¿cómo son el encuentro y el espacio en el qué quepamos muchas y qué vamos a construir?



Segunda parada:

Ultramarinos del barrio de Lavapiés

Nuestra segunda parada fue un pequeño supermercado. Con productos de limpieza en mano, Silvia nos habló de cómo una suerte de confianza depositada en ella por su empleadora, que le daba dinero para comprar los mejores y más baratos productos del hogar, resultaba, en realidad, un trabajo bastante exigente de búsqueda, comparación, decisión y ahorro, como parte de todo su trabajo de gestión de un hogar ajeno. Su amiga-empleadora daba por sentado que como «buena mujer» sabría hacer



el trabajo o seguramente ni se lo cuestionaba, pero sí, Silvia había tenido en su madre su escuela de quehaceres domésticos.

Por otra parte, la confianza de que gozaba la obligaba al máximo ahorro para evitar suspicacias y al más exhaustivo trabajo: al fin y al cabo, se trataba de una amiga. Silvia nos contó que las relaciones laborales entre iguales y amigas no escapan de la problemática de las contratas más descarnadas en el servicio doméstico.

Es verdad, como comentamos en una discusión sobre lo que fueron nuestras primeras derivas, que la liberación de la gestión del hogar de unas mujeres (las dueñas de casa) por otras (las empleadas domésticas) no puede resolverse con la conversión llana de las primeras en enemigas y opresoras de las otras. Esto lo fundamentó una de nosotras mostrando el valor de que las mujeres se planteen horizontes de vida públicos en sociedades como las nuestras y, cómo, aun así, estas mujeres mantienen una doble presencia entre el lugar de trabajo y el hogar, por ejemplo, por teléfono, como se ve con claridad en las burócratas. Otro argumento en el mismo sentido fueron las redes ilegales de contrata de inmigrantes, que crean ellas mismas a través de anuncios; toda la dureza de la explotación doméstica y todas sus secuelas, que a la vez permite a mujeres «sin papeles» cumplir algo de sus expectativas de viaje y liberarse, de algún modo, de sus machistas hogares de origen. Como decíamos, todo esto es cierto, pero también es cierto que las relaciones asalariadas entre mujeres conllevan inevitablemente cotas de exigencia y desconsideración muy importantes para con las que se han quedado con el «descualificado» trabajo del hogar.

Una de las paradas planificadas, pero a la que por falta de tiempo no pudimos llegar, fue la casa donde trabajo eventualmente. Mi empleadora es una mujer bastante cordial, que no se cuestiona la absoluta *flexibilidad* (que para muchas se traduce directamente como *vulnerabilidad*) de la empleada por horas a la que llama cada vez que necesita. También hay que decir que preferí este empleo porque administro mi vida y el dinero de modo que prácticamente no trabajo. Una situación que contrasta con la de Ismucané, quien, como menciono más arriba, limpia todos los días de la semana para cumplir sus expectativas económicas.

¿Esta mujer es nuestra enemiga? ¿Cómo pensar nuestra flexibilidad extrema? Eran las preguntas que preparamos para esta parada, que arriba ya empezamos a responder.

Hablando de flexibilidad, Marisa afirmó un día que es bastante más deseable que el empleo fijo, diario, de por vida; Carmen nos planteaba que no tenía ninguna intención de ser enfermera toda su vida, con lo que pasa de estudiar para las oposiciones. La clave está, señala Marisa, en pensar y crear las condiciones para administrar nosotras nuestra flexibilidad: en destruir nuestra precariedad; hay que calcular que mientras el mundo sea mundo habrá que limpiar wateres, comenta Cristina; ¡pasta ya! añade Silvia...

De tránsito, en el metro:

Línea 3 rumbo Argüelles

Nuestra siguiente parada fue el trayecto, la especialidad de muchas de nosotras. Elegimos el Metro para tirar de un par de fibras de este nosotras que es «precarias a la deriva»: la migración y la ilegalidad como dispositivo de control, y los trayectos metropolitanos, que son el dibujo que de la ciudad hacen las precarias, como lugar de posible enuentro-intervención.

La lectura de la denegación a la solicitud de residencia laboral de una de nosotras, por «haber suficiente mano de obra en el sector», fue la puerta para discutir sobre el asunto de la migración y el violentísimo, pero inútil intento del poder para controlarla. Sin embargo, no puedo contar ninguna reflexión aquí, no porque este no sea un asunto actualísimo para todas nosotras, sino porque el viaje fue bastante corto y lo que queríamos hacer era seguir escudriñando en el relato que Ismucané había empezado en la tienda de uniformes. Es lo que tienen las derivas, nos llevan a donde vamos sintiendo deseo de ir. Pero también dejan muchos cerrojos clave solamente descandados...

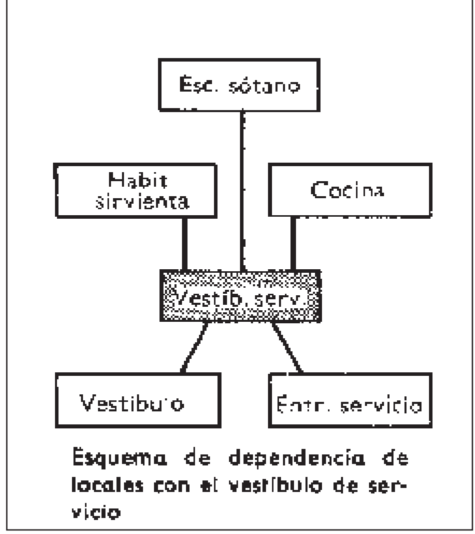
Hablar de y en el trayecto nos remite a un ensayo de Paulina (otra ecuatoriana, otra migrante, otra bisagra) sobre su ser migrante, ya no exiliada sino migrante, una figura solo esbozada que yo me apunto, que necesito construir también para mí. «Desnudarse de ciertas tradiciones y valores, en mi caso ha sido motivo de celebración (y alivio)». Quedan por destruir todo tipo de fronteras a este tránsito que muchas somos: «España me ofrece muros, vallas y miradas hostiles. Resuelvo denegar la exención de visado solicitada. *Notifíquese al interesado que la presente resolución agota la vía administrativa, y con ella puede interponerse recurso potestativo de reposición ante este órgano...* Con tanta humillación en el trabajo a mí han conseguido dañarme, te digo».

Ya dije que también queríamos aprovechar el trayecto para discutir desde la sobreexplotación de muchas, sobre nuestros tiempos distintos, de la vertiginosa movilidad a la que por fuerza estamos abocadas y desde la soledad de tantas, para reconocer que la forma de grupo asambleario con miembros estables no nos sirve a las precarias y para empezar a pensar el trayecto como lugar para ensayar la interpelación a otras y a otros. Aquí dejamos otra pregunta abierta. Ya dije que en aquel momento solo necesitábamos comprender el riesgosísimo salto de Ismucané, otro de esos de los que está hecha la transgresión de las fronteras.

Tercera parada:

El parque del Oeste, rincón ecuatoriano

Nuestra siguiente parada fue el parque del Oeste, un rincón de la metrópoli reapropiado por ecuatorianos necesitados del retorno a su domingo nacional, a su encuentro en el territorio del voleibol, de las hornaderas, el aguardiente y los griteríos familiares. Allí quisimos hablar con otras empleadas domésticas, es decir, con casi cualquiera de las ecuatorianas que nos podíamos encontrar. Queríamos hacer un brevísimo recorrido por sus criterios sobre sus cuerpos trabajadores, sus tiempos, sus descansos y su migración. Para algunas de nosotras, las que somos parte de esto aunque irreversiblemente ya no lo seamos, estos pequeños encuentros fueron



Esquema de dependencia de locales con el vestíbulo de servicio

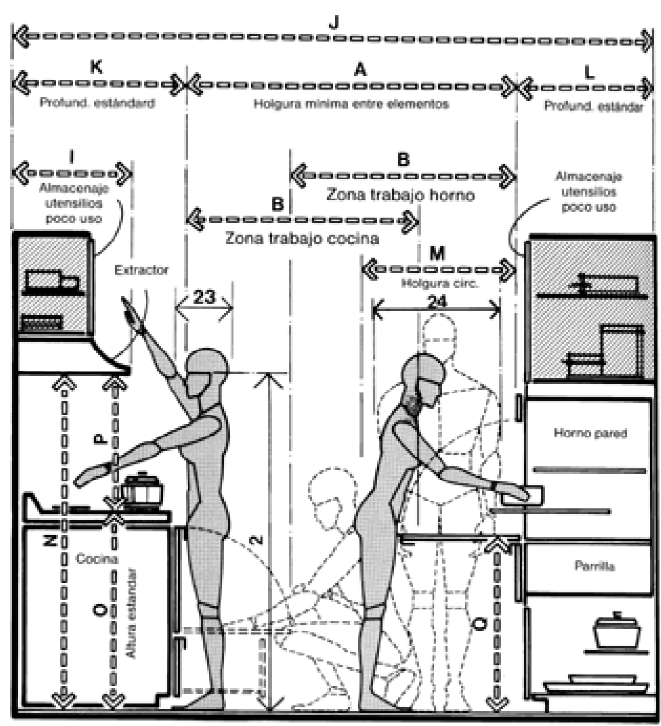
realmente apasionantes; pero para otras, las que no vienen de aquí, el contexto comunicativo era difícil. Y es que somos distintas.

Una verdad de perogrullo. En la asamblea que tuvimos para valorar lo que habían sido las primeras derivas, más diferencias clave se hicieron patentes: explicando situaciones complejas, estábamos mujeres con experiencias laborales muy distintas, feministas de largo recorrido, mujeres con experiencias diferentes frente al trabajo doméstico (unas lo ofrecen y otras de niñas lo recibían, la mayoría nunca lo habían ofrecido), migrantes salidas del cuenco de la migración que transgrede las fronteras con la valentía de llevarse al punto de máxima indefensión.

Es por haber reconocido estas diferencias que hablamos de bisagras y contactos. Es por eso que «precarias a la deriva» podrá ser un entramado femenino complejo, difuso, potente. Posiblemente una clave reside en comprender que cada una puede producir el encuentro de todas con realidades hasta ahora ajenas, que cada una puede ensayar hipótesis para poner en juego en la calle entre todas, que cada una puede arriesgar-aportar explicaciones con las que ir armando la abigarrada figura de quienes vamos siendo, todas, juntas.

Además, en el parque nos encontramos con tres mujeres: abuela, madre e hija, tres generaciones, experimento migrante de tres suertes fuertemente entrelazadas. Es la historia de Rita, una inmigrante ecuatoriana que echó raíces en Madrid haciéndose un esposo, de un trabajo fijo en un centro comercial Día y una hija. Cuando la pequeña nació, Rita trajo a su madre, María, una campesina ecuatoriana, vieja cultivadora de los productos de la tierra, vieja explotada por una vida que no sabe bien cómo vivir de otra manera. Es la historia de tres mujeres que reorganizan su nuevo territorio en función de los saberes femeninos de gestión, cuidado y sacrificio. La pequeña crece bajo el cuidado campesino de su abuela y los ímpetus modernizadores de su madre, que entiende que María, vieja explotada, no podría correr mejor suerte.

De camino a nuestra última parada Ismucané tuvo que hacer una llamada. «Hoola mijita querida... ». Ismucané gestiona su casa en Ecuador por teléfono, aconseja a sus tres hijos que se cuiden, que si hay problemas en la casa no se los escondan; aconseja a su hermana y a su mamá que no le den dinero al padre de sus hijos porque no lo devuelve, recomienda que le recuerden que la luz de la casa nueva corre por su cuenta y que el teléfono ya lo perdieron por impago, les exige que obliguen a comer a Andreita que cree que está gorda, y a ésta le da consejos para mantener la figura y la salud y le recomienda que si su papá pregunta por los envíos de dinero de su mamá, le diga



COCINA

que son escasos; le dice a su padre que hable con el señor de las ventanas y que le diga que el dinero le llegará al fin de la obra y no antes...

Última parada:

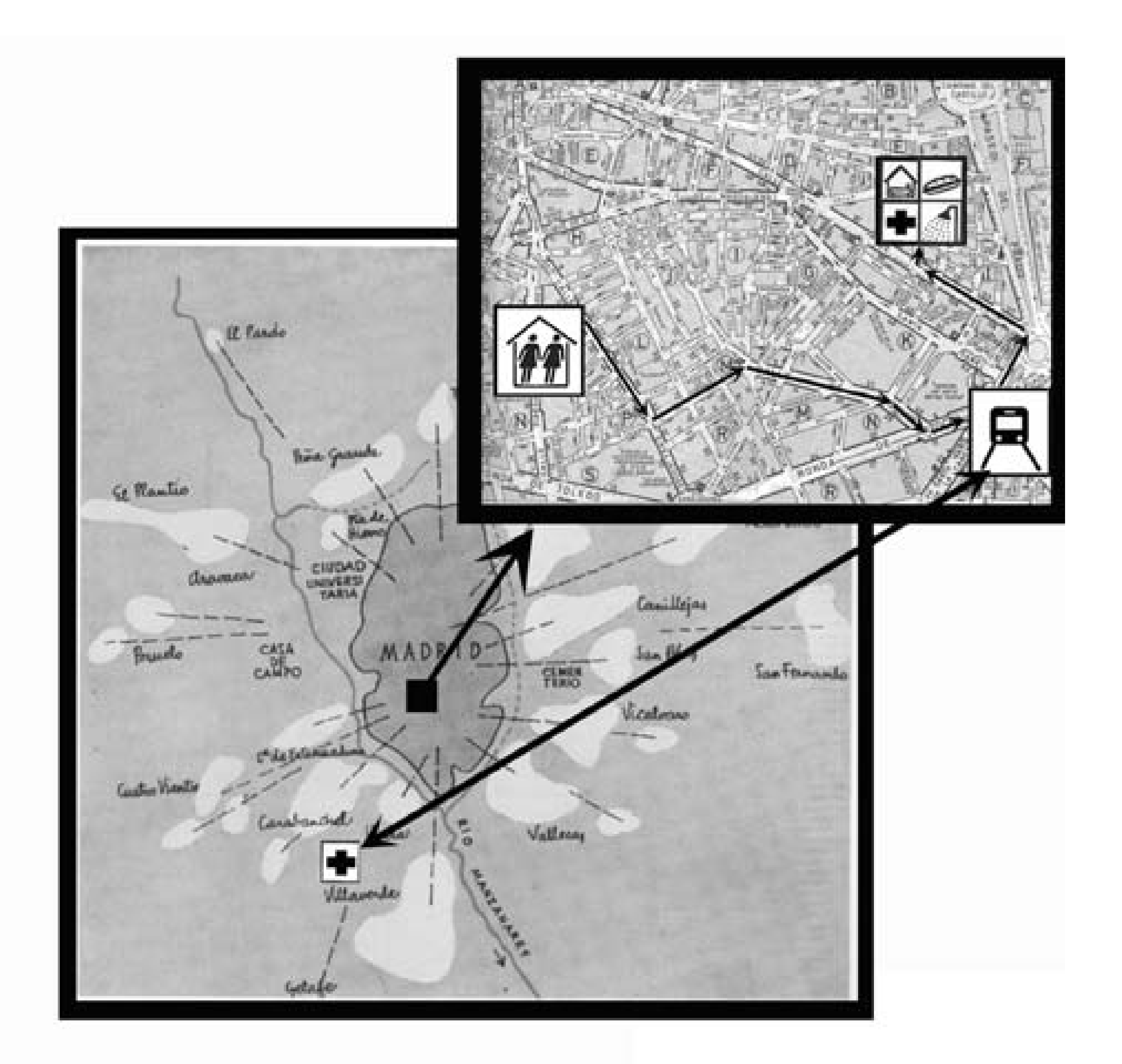
Un audiovisual

En nuestra última parada vimos un vídeo. Trataba las causas perdidas ante los tribunales de varias trabajadoras domésticas que exigían una jubilación que considerara el suyo un empleo como cualquier otro y la invalidez que sufrían como una secuela laboral. Los argumentos de peso para los jueces fueron que el trabajo doméstico no exige el mismo esfuerzo físico que otros, sobre todo con el apoyo de los electrodomésticos ¡achaques de viejas!; es así que un equipo de médicos cuantificó el gasto muscular de una trabajadora doméstica para demostrar que su trabajo es realmente más exigente y nocivo para la salud que muchos otros. Otra situación de invisibilización del trabajo doméstico.

Es interesante anotar, como comentamos en la discusión sobre nuestras primeras derivas, el plus de esfuerzo que implican los electrodomésticos: la exigencia de un trabajo cada vez más exhaustivo, con los más diversos aparatos a los que adecuar el cuerpo. Uff, y la invención de los microbios, qué lío para las amas de casa.

Otro sitio en el que queríamos pararnos y no pudimos fue la casa ocupada de la calle Murcia. El maltrecho edificio alberga en sus apartamentos las más diversas familias inmigrantes: un joven migrante que invita a su casa a compatriotas que no tienen dónde estar, con lo que en el piso viven algunas madres con sus críos, un par de chicas en paro, y algún otro hombre; enfrente varios hermanos y una hermana comparten piso; más abajo hay una familia casi completa... en fin.

Nosotras queríamos hablar con las mujeres de aquel edificio muchas de ellas empleadas domésticas, todas ellas amas de casa, casi todas inmigrantes con expectativas económicas y ocupas en una ciudad donde vivir es un lujo. Aquí sí que quedaron mil preguntas por hacer.



El Pardo
Aravaca
CIUDAD UNIVERSITARIA
CASA DE CAMPO
MADRID
CEMENTERIO
Canillejas
San Fernando
Vallecas
Carabanchel
Villaverde
Getafe
RIO MANZANARES

La salud en el alambre
Relato de una deriva con una enfermera social

Viernes 22 de noviembre:

Nos enrumbamos a Orcasitas acompañadas por una enfermera con experiencia en múltiples trabajos en el sector de la salud y el cuidado. Nos espera una tarde fascinante de oídos atentos, ojos curiosos, y mentes procesando ideas a una velocidad más rápida que la que nos da el boli y el papel. En el camino, nuestra guía nos cuenta sobre sus trabajos: un centro de acogida a drogodependientes ubicado en la calle Fúcar, un ambulatorio en Orcasitas, y el más reciente, profesora de auxiliares de enfermería y cuidado de mayores a través del IMEFE.

El ambulatorio de Orcasitas es el antiguo lugar de trabajo de esta enfermera precaria y el actual de su madre, también enfermera y que además en su tiempo libre ha formado un grupo de mujeres maltratadas con las que se encuentra semanalmente. En la conversación con Carmen, nuestra guía, nos habla de la historia laboral y de la lucha personal de su madre, y la suya propia, y descubrimos que la precarización del trabajo se ha agudizado de una generación a otra. La madre de Carmen, con quién lamentablemente no pudimos contactar, es una mujer con una larga trayectoria de lucha. Migrante de Chile hace 24 años, con una niña en el vientre, volcó su vida en su profesión para convertirse en una enfermera que todas quisiéramos tener; enfermera de total entrega a sus pacientes.

Carmen mantiene un fuerte vínculo con su madre y es evidente la influencia y motivación que ésta ha inspirado en la hija. Sin embargo, existe un salto generacional en actitud y visión sobre la vida. Sabemos que la hija se presentará a oposiciones por consejo de su madre, pero ella nos aclara que no se plantea nada definitivo. Por un lado, las oportunidades de un trabajo garantizado de por vida son prácticamente nulas en el mercado laboral, pero por otro, esta nueva generación precaria rehuye del concepto *trabajo-vida* como una unión inseparable. A diferencia de antes, cuando nos preguntaban quienes eran nuestros padres y contestábamos nombrando su trabajo, ahora la asignación de la identidad según la profesión es imposible y absurda. Somos mucho más que

teleoperadoras mal pagadas, cajeras explotadas, traductoras sin contratos.... Nos identificamos con una complejidad de cosas que no se limitan a lo laboral.

Mientras que la madre trabaja para el Insalud como funcionaria, Carmen trabajaba allí como enfermera interina para cubrir suplencias. Aparte de este salto en las condiciones laborales, descubrimos una vez más que el acceso al trabajo se da a través de nuestras propias micro redes de cooperación que creamos con el tiempo, por el boca a boca, y algún que otro elemento de suerte que, si no aparece, nos produce gran ansiedad. Es así como Carmen entró a trabajar en el ambulatorio de Orcasitas: tras el aviso de su madre de una plaza libre de suplente para cubrir bajas por enfermedad, maternidad, o días de asuntos personales de las enfermeras.

Los diferentes tipos de contratación jerarquizan a las trabajadoras y esto produce un complicado y burocrático sistema promocional. Una enfermera contratada que aspire a convertirse en funcionaria debe pasar por un largo, estrecho, y complicado camino. O bien oposita junto con otros cientos de enfermeras, en caso de que hubiese oposiciones o, con paciencia y perseverancia, se dedica acumular puntos hasta tener la puntuación requerida para «ganarse» un puesto fijo. Este sistema de puntos provoca una gran competitividad, como en cualquier juego donde el marcador determina quién gana y quién pierde. Se añaden puntos por formación, por asistencia a congresos y seminarios, por matrículas de honor, publicaciones, docencias, y más méritos acumulables. Someterse a esta competencia de puntuaciones puede implicar someterse a más precariedad, ya que entregas el tiempo de tu vida para conseguir la suma necesaria de estas ecuaciones matemáticas que nunca cuadran.

Al hacer un recuento de su historia laboral, nuestra guía reconoce haber podido abrirse un camino en su campo profesional. Comenta que todas las demás enfermeras de su promoción optaron por migrar y buscar trabajos en otros países. Existe una fuga de enfermeras hacia países de la Unión Europea y Estados Unidos donde consiguen un puesto de trabajo que está, además, mejor remunerado. Carmen nos cuenta que hay una gran demanda de enfermeras españolas porque el rumor de que aquí las enfermeras son hiper-veloces-multifacéticas-trabajadoras de largas horas-ingeniosas-con capacidad para despachar a pacientes con pocos recursos, se ha escapado de los muros del Insalud del barrio y ha cruzado fronteras.

El proceso de privatización que sufre el sector de la salud también ha precarizado el trabajo de enfermeras, especialmente de aquellas que dan servicio a domicilio. Esto implica que trabajadoras contratadas por empresas como Eulen, por mencionar una, tienen contratos temporales, mal remunerados, y que además cubren un número excesivo de pacientes. Curiosamente, vemos que la privatización es un factor común en muchos sectores que aparentemente son gubernamentales. Por ejemplo, el centro de acogida de drogodependientes en la calle Fúcar, (antiguo centro de trabajo de esta enfermera), también es gestionado por una empresa de contratación: Alma Ata. Poco nos debería sorprender si, al fin y al cabo, todos los centros de asistencia a drogodependientes de Madrid son gestionados por empresas de servicios intermediarios. Esto explica el contrato por obras que tenía Carmen durante el tiempo que trabajó en la calle Fúcar; un contrato con fecha de caducidad a voluntad de la empresa.

La privatización va reduciendo cada vez más el espacio de los recursos públicos, y esto, como nos muestra Carmen, es terrible a la hora de tener que trabajar con la gente. Ante las necesidades,

por ejemplo, de los drogodependientes, los límites entre los recursos que se disponen en este servicio de atención y tu propia entrega como trabajadora se desdibujan: una se acaba convirtiendo en el propio recurso, porque, ¿quién y cómo le explica a la persona que busca pasar la noche en un sitio caliente en pleno invierno, que no hay espacio suficiente para élla? ¿Quién gestiona la mantequilla para que ellas y ellos puedan hacer posiblemente única comida diaria? En el centro de Fúcar, no sólo faltan recursos de todo tipo para poder realizar una atención adecuada, sino que el espacio es reducidísimo (lo comparten con la Cruz Roja). Carmen nos narra, cuando todavía estamos en el ambulatorio de Orcasitas, las penurias de la mantequilla, el frío y el aglutinamiento.

Condiciones que se repiten cada vez más en la sanidad y que producen economías de otro tipo. Economías sumergidas de bolsas de medicamentos, de tratos con los pacientes fuera de los cinco minutos estipulados por visita médica, de horas extras, de trabajos fuera del horario laboral como en el caso de la madre de Carmen: los grupos de mujeres que ha conseguido crear y mantener en el ambulatorio es un trabajo no reconocido que ella misma, como nos cuenta Carmen, ha tenido que pelear e introducir como parte de su vida. Trabajar para el sistema o aceptar la burocracia y la tecnocracia en un trabajo como la sanidad, es la disyuntiva a la que se enfrentó la madre de Carmen. Elegir lo segundo (frente a lo que a veces, nos cuenta, no queda otro remedio) da pie a toda una serie de mecanismos que se generan en redes cooperativas en las que estas mujeres ponen al servicio del cuidado todos sus saberes, afectos, capacidades de relación, tiempos, quebraderos de cabeza, goces... En definitiva, «toda una vida que –comenta Carmen mientras nos lleva a la minúscula habitación con una mesa y ocho sillas donde se reúnen las mujeres los lunes – tiene mucho de vocacional».

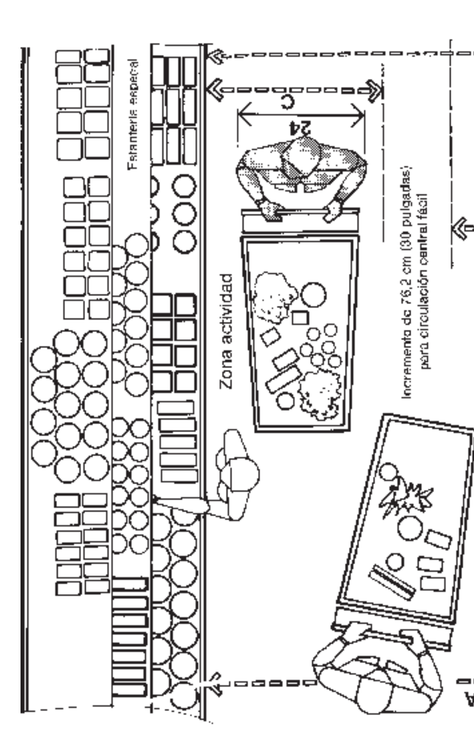
El exceso y la inconmensurabilidad de este tipo de trabajos es patente en cada rincón por el que andamos: enfrentarse con los problemas cotidianos de la gente sin un modelo de receta en la mano (porque tanto Carmen como su madre tienen claro que las necesidades son indisociables de la condiciones sociales, económicas, de género, culturales, étnicas, etc.), supone un desgaste emocional y una batalla continua. No someterse al chantaje de los incentivos y a las presiones de los recortes, de la precariedad del espacio, de los contratos o de la propia formación (sobre la que Carmen insiste mucho: «de lo que te enseñan a lo que verdaderamente son las necesidades reales va un abismo»), plantea conflictos constantes de los que la Administración no se hace ni mucho menos cargo.

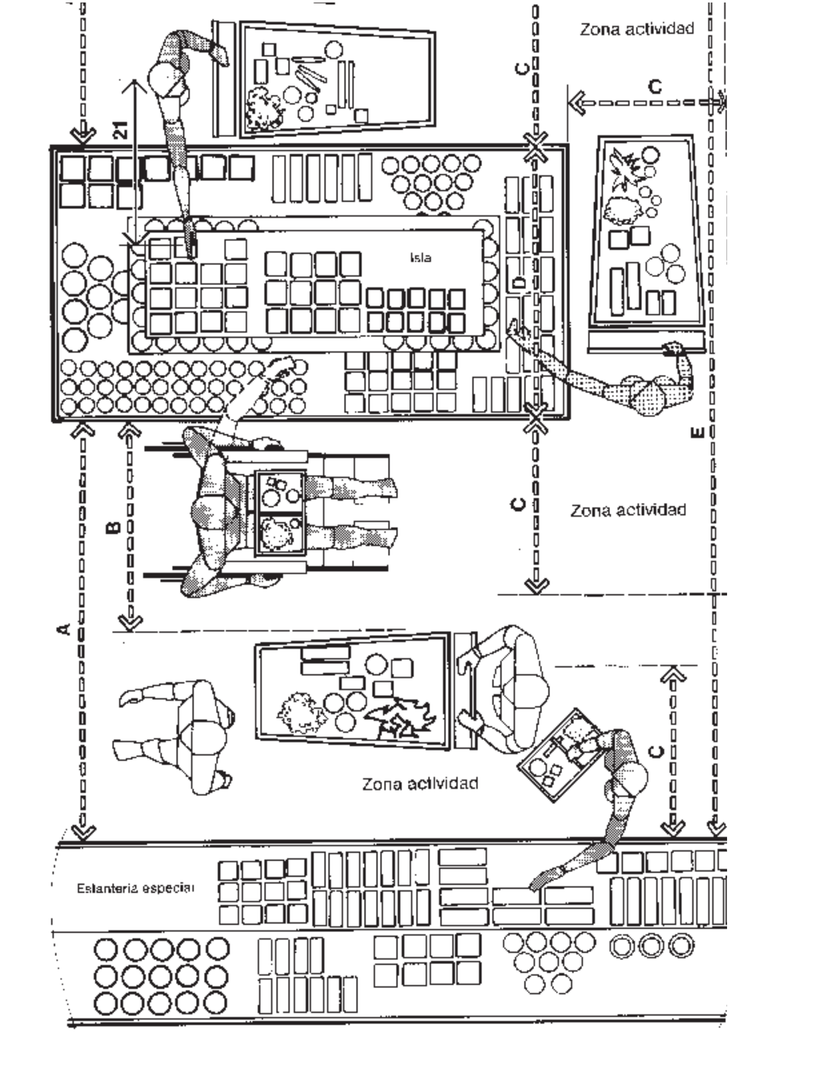
Las enfermeras tienen que conseguir un equilibrio entre las instrucciones contradictorias que reciben constantemente. Por un lado se someten durante años a aprendizajes académicos que las enseñan a curar pacientes con medicamentos y amplios recursos, pero por otro, se ven limitadas frente a la insistencia por parte de la Seguridad Social de que receten lo menos posible y así crear menos gastos. Insistencia que se manifiesta en forma de salario, ya que se recompensa con incentivos a quiénes casi no recetan, utilizan los menos recursos posibles, atienden al mayor número de pacientes por minuto. La contradicción entre formación y práctica es otro aspecto que causa mucha frustración. Una enfermera formada para tratar casos patológicos varios, depresiones, etc. descubre al asistir a su paciente en el domicilio que ésta no necesita de sus cuidados y saberes, sino que le solicita que limpie la casa.

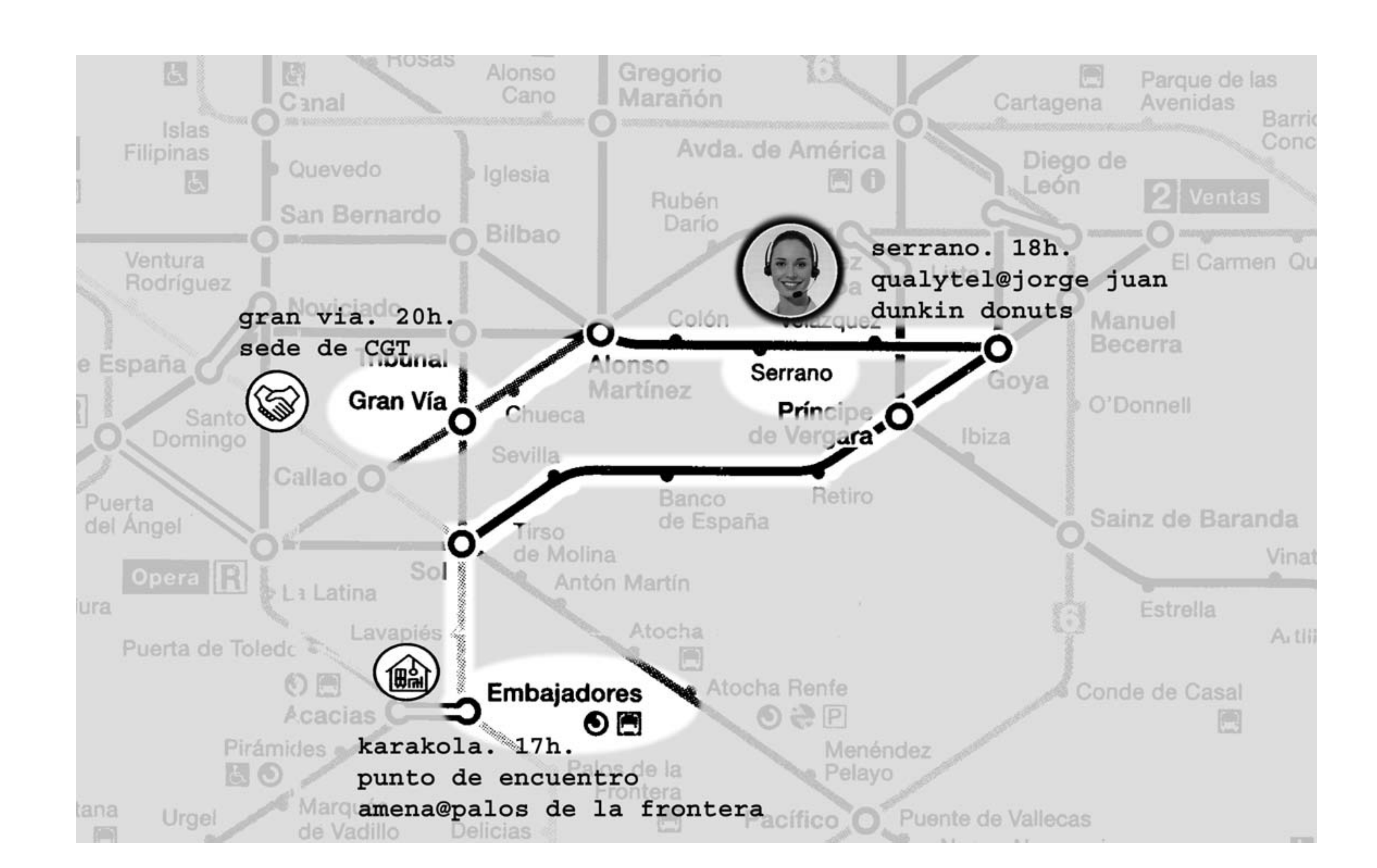
El trabajo de cuidados como lo entiende Carmen es, por tanto, una atención integral que en muchas ocasiones lleva a procesos de desgaste de las trabajadoras: ¿cómo conseguir separar un

trabajo así de tu propia vida? Mientras marchamos en el autobús ella nos sigue contando: «es cuando te enfrentas a situaciones así cuando la conciencia de ti misma, de tu propio autocuidado y del valor de esto, cobra una importancia vital». Frente a los otros, un aprender a cuidarse a una misma que, sin embargo, no es nunca del todo real, porque en Fúcar, en ese centro casi invisible en pleno corazón de Madrid, las trabajadoras sacrifican muchas veces su propio sueño para poder realizar otras cosas. Sólo podemos charlar durante cinco minutos en este centro: no dan abasto con el trabajo.

Vamos bajando por la calle Montera, cámara guardada y pensamientos que se agolpan tras esta nueva deriva.




Zona actividad
Zona actividad
Zona actividad
Isla
Estantería especial
A
B
C
C
C
C
D
E
21



gran via. 20h.
sede de CGT
Gran Vía
Alonso Martínez
Serrano
serrano. 18h.
qualytel@jorge juan
dunkin donuts
Goya
Príncipe de Vergara
Sol
Embajadores
karakola. 17h.
punto de encuentro
amena@palos de la frontera

Sin el mute

Relato de una deriva con teleoperadoras rebeldes

Domingo 1 de diciembre: 4:00 pm, La Eskalera Karakola

Como casi todas las semanas, desde hace ya casi un par de meses, aunque ahora con muchos menos grados de temperatura (que no de entusiasmo), esperamos para iniciar la última deriva de esta primera etapa. Enseguida llegan las dos trabajadoras de *telemarketing*, ahora reconvertidas en expertas guías de deriva.

Primero nos llevan a su casa para recoger las llaves del piso de la sede del Sindicato de Transporte y Comunicaciones de CGT al que pertenecen. Nos cuentan como se conocieron: ambas recibían un curso de oposiciones para telefónica, un día coincidieron en el metro, «qué casualidad», «¿y dónde te bajas tú?», «pues yo también, qué curioso», «¿y vas también por aquí?», «pues igual que yo», «pero, ¿en qué calle vives?», «¡anda! En la misma que la mía»… pues nada, andando andando juntas hasta que se dan cuenta de que viven en el mismo portal.

Primera parada:

Edificio de **telemarketing** *de Amena, en la calle Palos de la Frontera.*

Estamos frente a un edificio de varios pisos, tiene todas las luces encendidas, pero ningún signo de vida en su interior: hoy es fiesta y las oficinas están cerradas. En principio, es un edificio de oficinas normal, tipo aséptico-práctico. Lo que llama la atención es la presencia de los dispositivos de vigilancia de la entrada (un escáner para bolsos, cámaras de vigilancia,…) pero, sobre todo, la falta de cualquier tipo de distintivo, logotipo, panel, que indique que se trata del edificio de una empresa con nombres y apellidos, de un espacio de trabajo. Ni rastro.

Frente a este elocuente camuflaje, nuestras guías nos comienzan a explicar el complejo entramado de las compañías de *telemarketing*: nos hablan de su propia empresa, de la falta de formación, del contenido del trabajo, de la identificación o no con el mismo, de lo que este trabajo puede afectarte y de las defensas que se crean para que esto no suceda.

Algunas empresas (como Amena) realizan sus propios trabajos de *telemarketing* y disponen de sus propios espacios de trabajo equipados a este efecto. Pero la empresa a la que pertenecen nuestras compañeras, Qualytel, es una empresa cuyos empleados/as trabajan en campañas de *telemarketing* para otras empresas, en régimen de subcontrata. Qualytel cuenta con 600 empleados/as a su cargo, carne de subcontrata, algunos se encuentran en sus propios edificios, a otras se les envía a los inmuebles de la empresa o a la institución para la cual estén realizando la campaña de turno. Estas campañas tienen una duración variable (lo mismo las hay de un mes que de 10 años) y se llevan a cabo para todo tipo de empresas o instituciones clientes (para el Insalud, el Instituto de la mujer, Madritel…).

Para entrar en la empresa lo que te piden es facilidad de palabra. Luego ya, según la campaña, pueden exigir unos conocimientos más específicos: para la de Telepadre (asesoría para realizar la declaración de la renta), por ejemplo, se pide la carrera de económicas o de empresariales. Entre las personas que acuden a este tipo de trabajos hay un porcentaje muy alto de gente joven y universitaria (en torno a un 70 por 100). Aunque ahora está entrando también gente más mayor, gente de mediana edad que se encuentra en el paro y no tiene más remedio que currar en lo que hay. También existe un componente elevado de mujeres: por una parte, es cierto que éste parece el tipo de trabajo que corresponde al perfil que se tiene de las mujeres, que requiere las típicas cualidades asociadas al género femenino como la amabilidad, la sonrisa permanente, la capacidad de comprensión, de comunicación, de afecto... Por otra, es que son principalmente ellas, nosotras, las mujeres, las que se presentan a las entrevistas ¿acaso porque también somos las más afectadas por la precarización del mercado laboral?

En la empresa, la formación que reciben las empleadas/os es escasa o nula. Anteriormente, antes de recibir el contrato se solía pasar una semana en un curso de formación no retribuido (ahora, por convenio, estos cursos han pasado a ser de tres días), tras el cual te podían contratar o no. Durante este tiempo, la formación consiste en estar trabajando gratis: lo que aprendes, te lo enseñan tus compañeras/os. La empresa, eso sí, te enseña ciertas palabras tabú, palabras que nunca se han de decir al cliente, te enseña por ejemplo, que una empresa nunca tiene problemas, sino incidencias. También te enseña expresiones como la del túnel negro (cuando te pones a consultar datos y dejas al cliente colgado esperando) o la de la sonrisa telefónica (esa sonrisa automática, de amabilidad forzada, cuando contestas a una llamada). Al principio, todo el mundo está asustado, piensas que no sabrás cómo atender una llamada, que no encontrarás qué decir: pero enseguida te das cuenta de que tras las primeras cinco llamadas que recibes, el resto serán semejantes… Pero es cierto que no todas las campañas son iguales: es muy distinto llevar a cabo una televenta, que atender llamadas de urgencia del 061 (Insalud) o de mujeres maltratadas de la línea 900 (campaña de malos tratos del Instituto de la Mujer). Aunque para la empresa todo es lo mismo: no existen protocolos para estos trabajos más delicados que se desempeñan sin haber recibido ningún tipo de formación especial (se aprende, como siempre de las compañeras/os) y se les aplica la misma

política despiadada de obtención de beneficios. Esto significa que has de hacer de tripas corazón y, si te llaman al 061 para pedir una ambulancia, tu tarea consiste en convencer al cliente para que renuncie a ella y acuda al ambulatorio más cercano o, si hablas con una mujer que acaba de ser maltratada, has de intentar que la llamada sea lo más breve posible, de desviarla cuanto antes al psicólogo o al abogado, según el caso. No hay seres humanos del otro lado del hilo, sólo clientes, fuentes de beneficio. Así que a la empleada se le pide también un a cierta «deshumanización».

¿Cómo te afecta esto? Pues mucho. Te pasas ocho horas al día recibiendo llamadas, así que llegas a casa y, si suena el teléfono, al descolgarlo contestas con un inevitable «¿Madritel, dígame?». Cómo tú trabajo consiste sobre todo en aguantar broncas, mucha gente se amarga muchísimo. Tienes que empeñarte de veras para impedir que tu carácter se vuelva más seco, para aprender a desconectar y seguir siendo capaz de sonreír de verdad (en vez de poner la «sonrisa telefónica»). Esto exige una dura mentalización: asumir eso, que tú intentas hacer las cosas lo mejor posible pero es que en general no puedes hacer nada, no es tu responsabilidad y además no cuentas con los recursos para solucionar el problema técnico o humano de la persona a la que atiendes, que muchas veces está enfadada y se desahoga contigo, te descalifica, te tacha de incompetente. Y tú, pues eso, a aguantar el chaparrón y repetirte una y otra vez: yo hago bien mi trabajo, no soy una incompetente, sólo que mi tarea se reduce fundamentalmente a esto, a aguantar el chaparrón. Aunque quizá lo más decepcionante, lo que más afecte, sea el ambiente de trabajo y la inestabilidad. No sé como lo han logrado pero, a pesar de las deplorables condiciones de trabajo, han creado un ambiente de agresividad, de fuerte competitividad. Ya no consiste en que hagas bien tú trabajo, sino en que lo hagas mejor que el resto.

Es todo muy contradictorio. Por un lado, la gente que llega piensa que éste va a ser un trabajo transitorio, aspiran a algo mejor. Hay un importante porcentaje de universitarias/os que se han creído aquello de que si estudias conseguirás un trabajo adecuado a tu formación. Para ellas/os, toda esta aventura del *telemarketing* no es más que algo pasajero, hasta que encuentren su verdadero trabajo. Cuando en vez de tres meses, te tiras tres o más años y cuando después de probar en otros curros, vuelves al desempleo y caes de nuevo en el *telemarketing* (que siempre queda ahí como alternativa), esta gente se frustra, piensa que no ha logrado lo que se esperaba de ella, que no ha conseguido realizarse. Por el contrario, también hay mucha gente que está encantada. Gente que viene de curros precarios aún peores (telepizzas, buzoneo, mensajeros, empleados de hostelería,…) y para los que este trabajo de oficina supone un mejora. Estás calentita/o, sentadita/o y puedes aparentar que trabajas para una empresa importante. En vez de currar para Qualytel, siempre te queda la opción de decir que lo haces para Madritel o para el Insalud, para esa empresa cliente que subcontrata los servicios de Qualytel. Además, muchas empresas de *telemarketing*, como Qualytel, instalan sus oficinas en zonas caras de la ciudad (en el barrio de Salamanca, en la Moraleja), de modo que también cabe presumir de que trabajas en Jorge Juan, por ejemplo.

De tránsito:

Bus 27 rumbo al Barrio de Salamanca

Ya se ha hecho de noche y viajamos en el autobús por las calles engalanadas para la próxima navidad, desbordantes de luces que iluminan los comercios decorados con deprimentes y brillantes adornos, las gentes corriendo de tienda en tienda cargadas de bolsas, el absurdo cada vez más inesquivable de esta estúpida celebración.

Nuestras guías de deriva nos siguen sorprendiendo con todo lo que nos cuentan, con su divertida y lúcida expresividad. Les preguntamos por la competencia, a la que habían aludido previamente. Ésta se fomenta principalmente a través de un engañoso invento, denominado «promoción horizontal», que consiste en un proceso de elección-selección que te permite cambiar de una sección a otra. Es promoción, porque te seleccionan dentro de tu sección como una de las mejores trabajadoras y eso te permite sentirte orgullosa. Es horizontal, porque pasas a otra sección con responsabilidades parecidas, horarios parecidos y remuneración parecida. En fin, una promoción tan absurda que se puede dar el caso de que, tras haber sido promocionado horizontalmente varias veces, acabes volviendo a tu sección de partida: eso sí, ¡con mucho más prestigio! Otro elemento para fomentar la competencia es la figura de los coordinadores/as, que son los encargados de presionar y controlar a los equipos para incrementar su productividad. Al principio, escogían para el puesto de coordinador a la gente con más experiencia como teleoperadores/as. Es lógico: si conocían más el trabajo podrían, también, coordinarlo mejor. Pero enseguida se dieron cuenta de que esa gente estaba demasiado quemada, que precisamente haber sufrido el trabajo de teleoperador les hacía más refractarios a convencer a sus compañeros de que agilizasen sus llamadas o de que no se escaqueasen. Así que han terminado captando a los coordinadores/as entre las nuevas empleadas/os, más manipulables, gente recién llegada y más ingenua a la que todavía se puede vender las historias de la empresa.

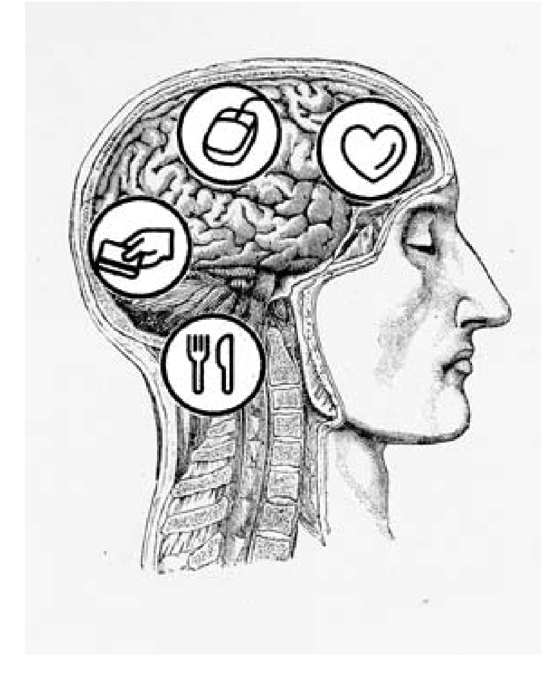
Las calles siguen corriendo a través de las ventanas del autobús. De la estridente iluminación de la Gran Vía hemos pasado al insultante lujo del Barrio de Salamanca: los inaccesibles escaparates como el de Loewe muestran impúdicos sus absurdas mercancías de ostentación, sus exorbitantes precios. Te deberían llevar con los ojos vendados hasta el trabajo, porque lo que cobras vuelve obscenos los precios de lo que ves, nos dice una de nuestras compañeras.

Segunda parada:

Qualytel, en la calle Jorge Juan

Los pisos de la empresa Qualytel pertenecen a un edificio muy cuidado, antiguo y señorial, típico del barrio. Tampoco aquí se aprecia ningún signo externo de la presencia de la empresa. Sólo dentro del portal, frente al ascensor, en un folio pegado con celo a la pared, se puede leer: Qualytel, plantas primera y segunda.

Subimos hasta el segundo piso: es una casa inmensa, antigua propiedad de una familia de noble apellido, de techos altísimos y bien pintados, con su suelo revestido de cuidado parquet y lleno de detalles, bellas molduras, finos alicatados, que revelan su origen ilustre. En una de las oficinas hay unas chicas trabajando en no recuerdo qué campaña. La casa está dividida en varias estancias que corresponden a las distintas oficinas de las teleoperadoras. El espacio de cada una de estas estancias está aprovechado al máximo, los puestos de teléfono se reparten de tres en tres, como en forma de trébol, así que el cacho que te toca para trabajar, separado del resto por una mampara, es como un pequeño triángulo provisto de monitor, teclado y cascos. El metro cuadrado está hasta tal punto apurado que no te permite echarte hacia atrás desde tu silla de trabajo, si no quieres chocar con otra teleoperadora. Lo que más llama la atención es lo impersonal del lugar, ninguna foto colgada, ningún objeto personal, nada. Es que, nos cuentan, no tienes asignado un lugar fijo. Tú llegas por la mañana y buscas un sitio libre, el que haya: así que no te toca casi nunca con las mismas personas al lado. Los espacios comunes también son mínimos. Se reducen a una terraza acristalada con vistas a un patio interior, muy cuca, eso sí, pero liliputiense: en la mesa apenas si caben unas 15 personas y apretujadas. Junto a ella, una especie de cocina diminuta (lo que llaman el *office*), con dos máquinas de bebidas y un microondas para calentar la comida del *tapper*. Y eso es todo: teniendo en cuenta que aquí trabajan más de cien personas… Parte de este espacio (la terraza) se dejó para comer después de una dura batalla: al principio no se podía comer allí para no manchar. Así que los trabajadores tenían que ir a comer a la calle. Si protestaban, se les respondía que estaban en el centro y que tenían a su alrededor muchos sitios donde comer. Sí, pero ¿cómo comer en el barrio de Salamanca con las 115.000 pts. de sueldo de tu contrato por obra? ¿Cuándo, si sólo dispones de 20 minutos para la comida? Las condiciones de trabajo son increíbles, tienes que luchar por cosas absolutamente básicas: por ejemplo, por los cascos individuales. Algo que es una medida de higiene mínima costó mucho tiempo de lucha. En la empresa nunca dicen que no, claro, pero siempre han de hacer unos estudios de viabilidad, y el de los cascos, en concreto, duró dos años y al final del mismo se resolvió con la concesión de unas míseras almohadillas individuales (ese acolchado de gomaespuma que llevan los cascos).



Y, ¿de qué manera se controla a las trabajadoras en Qualytel? Pues, en primer lugar, las llamadas se graban. En teoría esto es ilegal: se pueden escuchar las llamadas pero no está permitido grabarlas, porque no sólo se graba la voz de la teleoperadora sino que también queda registrada la del cliente. De hecho, esto se ha denunciado en Castilla y León y parece que se ha ganado el juicio. Así que estas grabaciones están en mano del Departamento de Informes, que siempre tiene la posibilidad de recurrir a ellas cuando se desee echar a alguien. También está la figura de los coordinadores, cuya función consiste principalmente en el control de sus compañeros de trabajo. Y es que se controla hasta las veces que vas al W.C., de hecho, tienes que pedir permiso cada vez que tus necesidades fisiológicas apremian. Una lucha reivindicativa usó precisamente esto del permiso para ir al servicio como forma de protesta: toda la gente se puso de acuerdo para ir al W.C. al mismo tiempo, lo que produjo un colapso total. Lo único que cuida la empresa

es su imagen: cuando vienen visitas (de la empresa cliente, por ejemplo), es preciso ordenarlo todo, que no haya nada tirado por las mesas o el suelo, que las chaquetas desaparezcan de los respaldos (sí, pero ¿dónde colgarlas?), que todo el mundo esté sentado y callado (salvo para atender las llamadas), como en el cole.

Tercera parada:

Sede del Sindicato de Transportes y Comunicaciones de CGT, en la calle Fuencarral.

Otra nueva vuelta en bus (previo descanso en el Dunkin Donuts donde nuestras guías de deriva se tomaban el café: único lugar asequible cercano al edificio de Qualytel) nos lleva hasta unos locales de la CGT. Allí, después de ver y escuchar acerca de las escandalosas condiciones laborales de las trabajadoras del *telemarketing*, nuestras animosas guías van a recompensarnos con algo que no nos dejará irnos con mal sabor de boca: los relatos de sus luchas.

Hace dos años se produjo un proceso de huelga en Qualytel. El acontecimiento precursor fue una manifestación para impugnar el primer convenio de *Telemarketing* convocada por CGT. En la mani, nuestras compañeras se encontraron con algunos compañeros del trabajo, con dos concretamente, y entre este pequeño grupo inicial comenzaron a urdir un plan de acción reivindicativo. Se decidió crear un comité de empresa: era la única manera que veían para comenzar a exigir mejoras de las condiciones laborales, sin el riesgo de despidos. CGT dio el apoyo necesario para llevar a cabo todo el proceso burocrático de constitución del comité: tras su preaviso a la empresa de una convocatoria de elecciones, se empezó a montar clandestinamente la lista. Ésta no se entregaría hasta el última día legal para hacerlo, para evitar así el peligro de repercusiones contra sus integrantes. La confección de la lista, el sondeo de alianzas entre las trabajadoras, se llevó a cabo de modo totalmente clandestino: se intentaba charlar discretamente con aquella gente que parecía de confianza. Lo único que servía de guía era la intuición, así que también se dio rienda suelta a todo tipo de paranoias: el fantasma del topo aparecía por todas partes. Los pocos espacios comunes y los escasos tiempos de descanso se aprovechaban para esta búsqueda de aliados/as. Las citas se pasaban escritas en el paquete de tabaco. Hasta la confección de la lista, el proceso fue apasionante. Las elecciones fueron muy bien: salieron elegidas unas ocho personas de la lista que se presentó. Y una vez que algunas disfrutaban de la protección que da el cargo de delegado sindical, empezó el jaleo. La gente estaba muy descontenta y no resultó difícil organizar las primeras protestas: se realizaron paros de






una hora por turno durante dos días y concentraciones en la calle. Y todo para reclamar cosas tan elementales como las almohadillas individuales, los reposapies o el cobro de los festivos como tales (pues se cobraban como días laborales ordinarios). Antes de los paros se repartieron pegatinas de YO PARO a toda la gente, lo que facilitó bastante que la gente diera el paso de levantarse y de salir a la calle. Sólo se quedaron trabajando los coordinadores. El éxito fue total.

Los dos primeros años del comité fueron muy activos, se consiguieron y realizaron bastantes cosas. Por ejemplo, se editaba una revista con el nombre de «Sin el mute» (el mute es la tecla para dejar una llamada en espera y que el que está al otro lado del teléfono no escuche lo que haces mientras tanto) como homenaje a la comunicación entre la gente, en la que se escribía sobre todo tipo de problemáticas, no sólo las concretas de la empresa.

Es verdad que todo este proceso se benefició de una condición poco habitual: la estabilidad de una campaña larga, la de Madritel, que se prolongó durante dos años. Esto facilitó la comunicación entre la gente, el entendimiento y la creación una comunidad de intereses: posibilitó sumar fuerzas. Una vez terminada la campaña, la labor del comité y el ambiente reivindicativo en la empresa se fueron debilitando. Cuando las campañas son de poca duración, la gente se renueva sin cesar y con cada nueva tanda de nuevos contratos hay que empezar casi desde cero. El trabajo más duro, pero esencial, consiste en hablar con la gente, en hacer que pierda el miedo, que no se acostumbre a aceptar las condiciones indignas y que tome la iniciativa de protestar, de exigir. Las asambleas se celebraban en locales de la CGT: al principio se hacían en el espacio de trabajo, pero en éste la gente no llega nunca a sentirse totalmente cómoda.

Éste es uno de los mayores límites de la acción sindical en las empresas con contratos tan temporales: la continua renovación de la gente. A cambio, existe al menos una ventaja: esa perpetua movilidad de los precarios/as hace que haya un contagio de los procesos de lucha. Por ejemplo, uno de los compañeros que formaba parte del proceso de lucha de Qualytel había participado en el no menos interesante proceso de movilizaciones en el Circo del Sol (una singular y ejemplar lucha que tuvo lugar hace dos años en Madrid, cuando el Circo del Sol representaba el espectáculo del Hombre Anónimo).

Así que sí que es posible abrir procesos de lucha y de organización colectiva en los difíciles parajes del trabajo precario. Al fin y al cabo, nos dice una de nuestras guías, una tiene que armar jaleo allí donde esté. Se trata de ir sumando y comunicando experiencias para poder unir fuerzas, conocimientos, recursos…

Ya es muy tarde: La deriva va alcanzando la medianoche y comenzamos a estar muertas. Volvemos caminando a casa, charlando, descubriendo que algunas de nosotras habíamos coincidido anteriormente, en las movilizaciones de estudiantes de 1993: tras haber recorrido caminos muy distintos, tal vez no sea tan casual reencontrarse ahora, en los movedizos terrenos de las luchas desde y contra la precariedad…

conversaciones


Tarjeta de

Estoy aquí pero estoy allí
Una entrevista con cuidadoras transnacionales

Encontramos a Viki, Ismucané y Paulina en un piso de 30 metros cuadrados en el que Ismucané vive desde hace unos pocos meses. El piso está en una casa de esas antiguas, semicorrala, rodeada de solares en construcción, en el madrileño barrio de Tetuán. Viki y Ismucané son de Manabí, una provincia de la Costa de Ecuador. Paulina, en cambio, es serrana, de Quito. Ismucané ha cocinado para todas una deliciosa sopa de pollo y arroz. A la hora del café, después de una llamada a Ecuador y de habernos puesto al día de nuestras vidas, batallas y alegrías respectivas, ponemos en marcha la grabadora e iniciamos una larga entrevista, salpicada de interrupciones, risas-lágrimas, consejos prácticos y planes comunes.

P– *¿Qué hacíais en Ecuador antes de venir a España?*

Viki– Yo tenía mi negocio, era directora de una empresa de cosméticos de muy buena calidad. Dirigía un grupo de mujeres: yo las dirigía y ellas vendían. Empecé como vendedora, en la empresa se la llama consultora. De acuerdo a las ventas y al personal que logres ingresar a la empresa, vas ascendiendo de categoría. A mí me ingresó mi hermana, ella fue directora antes que yo. Aparte de eso, trabajaba en otra empresa en contabilidad. Después que ascendí, renuncié a la empresa de contabilidad para quedarme solo con los cosméticos. Lo de los cosméticos era un sistema de venta a domicilio. Tú ganas comisiones por lo que vendes y, en el caso de las directoras, ganas por las ventas directas y un porcentaje por las ventas indirectas. Cuando se incrementa el grupo, puedes subir de categoría y es donde uno gana realmente.

Tengo una familia grande, de cuatro hijos. Mi marido y yo, además de mi trabajo, trabajábamos los dos en una empresa distribuidora. Era un producto exportado del Brasil, una semi joya. Él tiene su profesión, le gusta el campo, la agronomía, todo eso. Antes trabajaba en la agricultura, pero cuando yo empecé a trabajar en la empresa de cosméticos, la empresa le ofrece una distribución. Nosotros distribuíamos al por mayor y a él le tocó en otra ciudad. Realmente ahí comenzo nuestra caída: mucha gente nos quedó mal, tuvimos que cubrir cheques muy fuertes y nos endeudamos prestando al «churco», no sé como le llaman ustes aquí, que nos cobran intereses muy altos, no el banco sino personas, usureros.

Nosotros teníamos muchos gastos y de pronto también fue una desorganización de parte nuestra, porque, por decir, ya dejamos de ganar y de pronto teníamos que haber reducido gastos, tú sabes, que uno se acostumbra a veces a ciertas cosas, y seguimos con el mismo ritmo de vida y nos gastamos más de lo que podíamos, hasta que llegó un momento en que no podíamos cubrir nada, nos fuimos cayendo poco a poco, y estábamos tan endeudados que tuvimos que decidir venirnos. Primero era mi marido el que se venía, después consiguió trabajo en una empresa y se fue a trabajar a esa empresa. Entonces yo decidí venirme y se me hizo como mas fácil a mí, le pedí ayuda a una amiga, me dió un prestamo para el pasaje y me vine.

Paulina– En mi caso, yo vivía en Quito cuando vivía en Ecuador y mi vida era de estudiante, llevaba más o menos la vida de una chica que va al instituto. Mi padre era profesor en el colegio al que yo iba, yo fui ahí toda mi vida. Mi padre siempre ha estado allí y mi madre trabajaba en la casa y en muchas otras cosas que no dan dinero. Siempre me daba la impresión que mi madre era como una ama de casa que veías correteando con un pañuelo en la cabeza, típica ama de casa, y luego salía disfrazada de señorita con un portafolio.

Nosotros primero vivíamos en el sur de Quito, en unas multifamiliares, era un proyecto del gobierno para familias más humildes. Eso hasta los ocho años. Luego mis padres vendieron ese piso y con el dinero compraron un terreno en el norte. Es curioso, se supone que en el norte es más caro. Estuvimos alquilando durante años un piso, mientras ahorrábamos suficiente dinero para construir la casa. La construcción de la casa fue muy colectiva. Claro que contrataron obreros, pero el fin de semana íbamos toda la familia a trabajar en ella.

Ismucané– Antes de venir a España yo tenía un almacén de mi propiedad. Había de todo un poco: zapatos, telas, perfumes, ropa para niños, mujeres y hombres… Parecía un todo a cien, como los de aquí, con menos inversión. Ademas estudié, obtuve el título de profesora y pude colaborar de voluntaria en un colegio de campesinos, que fue lo último que hice en el ámbito organizativo. En los años anteriores, he colaborado de diferentes formas: comencé en la iglesia como catequista, enseñando a jóvenes de mi edad el evangelio desde otro punto de vista; he trabajado con grupos de mujeres, con niños con problemas de retraso mental, etc. Todo lo que he realizado, de una u otra manera, ha pulido mi personalidad. En lo último que hice, hablo del colelgio, era algo curioso: yo sentía que estaba enseñando a dirigentes campesinos y estaba nerviosa al estar frente a ellos con la experiencia que tenían, y ellos sentían lo mismo porque muchos no sabían escribir bien, no tenían conocimientos de otras cosas y se sentían limitados en algunas areas. Este colegio se creó para dar oportunidades al sector campesino. Era un colegio a distancia para gente del campo. La jornada de trabajo del campesino es incompatible con el horario de estudio en nuestro pais, además están los salarios bajos y los medios de transporte para las comunidades, que son escasos, casi no hay. Es por este motivo que se crea el colegio para dar alternativas de estudios, no sólo a los dirigentes campesinos que no habían podido continuar sus estudios, sino a muchos jóvenes que por sus escasos recursos no pudieron estudiar. La forma de estudio era por módulos y cada cierto tiempo había encuentros para intercambiar conocimientos, experiencias, inquietudes, vivencias, etc. El sistema de estudios con el que empezamos nos motivaba mucho: era un aprender juntos con

unas expectativas estupendas, aunque no se pudieron cumplir por la falta de apoyo de las fundaciones y de las ONG's.

La organización que lo promovía era una organización campesina, tenía cierta relación con la iglesia, sus apoyos económicos venían de amigos extranjeros, fundaciones, ONG's extranjeras, etc. Antes de venirme, dejé de colaborar con la organización y el colegio por mi situación de inestabilidad económica: me separé de mi marido y tenía que trabajar más tiempo para mantener a mis tres hijos y sacarlos adelante.

Yo soy de un pueblo de aproximadamente 2000 habitantes que está en Santa Ana, un cantón de la provincia de Manabí. En mi pueblo no hay hospital, universidad, centros comerciales… El municipio aporta muy poco al desarrollo económico, no hay fuentes de trabajo, no hay medios de producción, las personas que reciben un sueldo fijo trabajan en instituciones pertenecientes al Estado. Hay ingresos también por pequeños negocios: sastrería, restaurantes, heladerías, tiendas de abarrotes, peluquerías, etc. Mi pueblo se dedica más a la agricultura y a la ganadería. Con el fenómeno del Niño sufrió mucho este sector.

La dolarización trajo un caos total al país: todo se encareció, el dinero se fue de nuestras manos. Yo lo viví muy de cerca con mi almacén. Por ejemplo, antes compraba una cantidad de mercadería por un valor de 10 millones de sucres y hablamos de mucho dinero, este dinero tenía que pagarlo entre 1 y 2 meses; pero con la dolarización se incrementaron los valores de inversión aproximadamente en 50 millones de sucres, o sea 2.000 dolares, y tenía que pagarlo entre 15 y 20 días como máximo, que era imposible, porque las ventas bajaron mucho y lo que vendía en mi almacén no eran productos de primera necesidad, una familia podia presindir de comprarlos. Cada vez era todo mas preocupante, todos los sectores se veían afectados. Uno de los más afectados fue el agrícola: sus deudas eran tan altas que tenían que vender sus tierras para pagarlas o dejar de cultivar la tierra para emigrar a las ciudades. Los que se benefician con esta situación de empobrecimiento son los prestamistas del pueblo: son personas o familias con un mayor poder adquisitivo. La gente del campo les pide dinero con intereses muy altos, para el cultivo o por cualquier otro motivo. Ponen de garantía sus tierras y el fruto de ellas. Además, tienen que cumplir ciertas condiciones, como vender toda su producción a los prestamistas, a los precios que impongan, que siempre son muy bajos.

La situación era preocupante: no se veía esperanza de un cambio. Analizando la situación de mi vida, comprendí que tenía que hacer algo, era urgente buscar otro ingreso para salir adelante. Más aún cuando era cabeza de familia: tenía bajo mi responsabilidad a mis tres hijos, su padre se marchó con otra persona y no cumplía con sus obligaciones. Después de buscar diferentes alternativas allí y no encontrarlas, decido venirme a España, para mejorar la situación de vida de mis hijos y la mía.

Tengo que comentar que salir del país no es fácil, necesitas mucho dinero para hacerlo, por lo general vendes tus pertenencias o adquieres deudas a intereses muy altos, poniendo de garantía tu casa y pertenencias. Si no las posees, no tienes altenativa de salir.

P– *¿Cómo fue vuestra salida de Ecuador?*

Viki– En mi caso, como dije antes, teníamos deudas y una familia grande. Para tomar la decisión de irme, nos juntamos todos y estuvimos de acuerdo. Bueno, mis hijos. Mi marido al principio estaba de acuerdo, después no, pero igual me vine. Primero pensé quedarme por un año, pagaría mis deudas y volvería. Llevo casi dos y no termino de pagarlas. Pienso pagarlas antes de fin de año. Mis hijos los dejé con mi madre. Mi marido trabajaba en otra ciudad y bueno, también se encargaba, aunque entre mi marido y mi madre no hay una buena relación, así que cuando él entraba, ella salía y viceversa. Ahora él se vino aquí. Con su ayuda creo que podré pagar las deudas. Mi meta fue venir a pagar deudas, recoger algo de capital y regresar.

Nuestro negocio de distribución sigue funcionando allí, pero con otras personas. Mi grupo lo lleva mi hermana porque le correspondía según la política de la empresa, no por ser mi hermana, sino por haber sido la persona que me ingresó. Y las ganancias del grupo las recibe ella. Yo cuando vuelva a mi país no sé si continuaré con ello, me gustaría ponerme un restaurante. Sé que no es fácil y ahora no tengo el capital… Si regreso pronto por algún motivo especial, buscaría trabajo allí, en lo que sé. Yo estudié economía en Manta. Cuando regrese a mi país, creo que podría volver a las empresas donde trabajé antes, porque tengo experiencia y gente conocida.

Paulina– Yo era una cosa que sabía que iba a suceder, desde adolescente más o menos. En mi casa se decía: cuando te gradúes, tienes la oportunidad de irte. Yo nunca había salido de Ecuador, pero como el colegio al que yo iba era americano internacional, había muchas ventanas y una curiosidad impresionante. Yo me moría de las ganas de salir, era una cosa que deseaba desde hace mucho tiempo. Además, empezaba a sentir que me sofocaban muchas cosas allí y que era una manera de librarme de muchas de las presiones. Como mujer y adolescente, me encontraba muy reprimida por la familia, por el barrio, por la sociedad. Como que te toman mucho tus energias: o conformarte o rebelarte. También requería mucha energía por el lado familiar, así, sobreprotector: me sofocaba mucho.

Mi hermana se fue primero, a los Estados Unidos, pero volvió a los seis meses. Luego me gradué yo, y en esa época quería estudiar arte y también fuera. Pero no me dieron suficiente beca para costear los estudios, así que decidí no ir a la ecuela, sino autoeducarme, y me fui a Brasil. Allí tomé unas clases de escultura con una pintora y trabajé unos días en un colegio, con niños. Una vez que sales por primera vez cuesta mucho aceptar la idea de volver. Luego tuve la suerte de ganarme una beca en una universidad en Estados Unidos. Regresé a Quito y aproveché esa oportunidad y me fui a estudiar a Boston. Allí estuve cuatro años.




Ismucané– Cuando has tomado una decisión, sabes que en un momento determinado pueden pasar muchas cosas. Es irónico: antes de venir decía que jamás me separaría de mis hijos. Luego las condiciones de vida te cambian y miras las cosas prioritarias

y dices: qué hago con tres hijos y un futuro por delante. Sientes la presión del medio donde vives al estar separada, tu ex-pareja no cumple con su responsabilidad y utiliza todos los medios para chantajear, humillar y manejar la situación de la forma mas ruín… Así que me dije que no quería esa vida, que prefería irme y luchar para sacar a mi familia adelante, siendo libres. Creí que era más fácil, porque con Viki nos decíamos en Ecuador que seríamos capaces de trabajar en el servicio doméstico, pero, claro, nos imaginábamos allí una situación diferente a la real, nos sentíamos muy fuertes en el rato de tomar la decision.

Viki pensaba que yo no venía, pero viendo mi situación de responsabilidad de vida para mis hijos y para mí… porque yo soy una mujer muy independiente, que no quiere causar complicación a nadie y me preguntaba qué sería de mí cuando sea mayor, no quería ser un obstáculo en la vida de nadie. Y quería tener un dinero para disponer de él cuando llegara ese momento.

Tomé la decision y se la comuniqué a mis hijos y a mis padres. Parecía sencillo, porque lo planteamos para mejorar nuestra situación de vida, por un tiempo determinado. Hablé con mis dos hijas mayores. Mi hijo era muy pequeño para entender que tenía que irme, pero las niñas lo entendieron y me apoyaron. Mis padres al principio no estaban de acuerdo; ellos al tener más experiencia saben que la vida no es fácil. Me pusieron muchas trabas, pero les expliqué el porqué y entonces me apoyaron. Sin su apoyo no hubiera venido, porque a mis hijos no tendría con quién dejarlos. Con comprension de todos, empecé a vender las cosas que tenía en mi almacén, casi perdiendo, fue una carrera contra el tiempo, llena de estrés, angustia, de todo.

Lo más díficil fue cuando nos avisan que el vuelo estaba confirmado, que teníamos que pagar el pasaje y que en una semana salíamos. El dinero de la bolsa me lo enviaban de aquí. Llamé, porque el tiempo era corto, y solucioné ese problema. Tuve que dejar un escrito en el tribunal de menores diciendo que salía fuera del país por mi situación económica y que mis hijos quedaban con mis padres. Si no hubiera hecho eso, mi ex-marido me hubiera quitado la tutela de mis hijos. Total, eran tantas cosas que había que dejar solucionadas que parecía *superwoman*.

En ese momento se cruzan por tu cabeza tantas cosas… Recuerdo que por las noches no podía dormir dejando todo listo, había que vender lo más que se pudiera y dejar todo en regla. Conservo en mi mente la imagen de mis niños durmiendo… en ese momento pensaba con mucho dolor, porque no es sólo tristeza, es un dolor muy profundo, sientes que te arrancan algo de ti, no sé si todas las madres sentiremos eso, pero para mí el dolor de separarme de mis hijos fue peor que traerlos al mundo. Pensar en que vas a regresar pronto… pero ahora sabemos que el regreso es incierto y que nuestras metas están inalcanzables, al menos en el tiempo que pensábamos, y que la realidad es dura y diferente a la que nos imaginábamos.





Al recordar esos momento, me emociono: recordar a mis hijos, mis padres… es muy duro. Quizás para Paulina no es igual, porque cuando uno es soltera, eres más libre, cuando eres madre es diferente. De mi casa salí un miércoles 14 de noviembre del año 2001, a las 9 de la noche. Unos amigos pasaron por mí: en mi caso nadie podía saber que me iba, porque al estar

separada de mi marido pero no divorciada, él podía impedir mi salida o hacer que me regresaran. Mi familia vivió momentos muy duros, sin poder expresar el dolor que sentían… Mis hijos no podían demostrar su dolor y tristeza porque si su padre lo intuía, podía solicitar mi regreso. Yo llegué a España el día sábado 17 de noviembre a las 6 de la mañana. Cuando les llamé y dije que había llegado, ya podían decir ellos que me había ido y expulsar todo lo que tenían dentro.

En el avión no podía contener mi llanto. Viki me decía que no llorara, que lo disfrutara, que lo díficil lo encontraríamos al llegar. Y tenía razón. No le deseo a nadie que pase por esta situación, es muy dura. Pero tengo claro que si no hubiera venido, sería peor. Considero que mi estancia aquí, en España, me ha servido para valorar más esas cosas sencillas, ser más crítica, más dura. También he vivido cosas agradables y desagradables. Ahora que sé cuando regreso a mi país, siento alegría y pena: alegría porque regreso con mi familia, con mi gente. Y tristeza por lo que dejo: he vivido y he compartido con personas maravillosas y puedo decir que me he sentido viva, querida e integrada, aunque no en una gran mayoría, pero sí al menos con gente con ideas similares, que es lo que me importa.

Paulina– Con lo que estás contando, Ismucané, eso del desgarre, me imagino a mi madre. Tienes toda la razón, mi perspectiva es totalmente otra. Incluso para mí era esta cosa de decir «qué alivio» a precio del sufrimiento de mis padres. Yo tengo una foto del aeropuerto: tienes que ver las caras que tienen, parece que estuvieran en mi funeral. Lo peor también es la distancia, el lazo de afectividad se pierde con la distancia, y ahora pienso en cómo han cambiado las conversaciones en el teléfono, porque yo no llamo todas las semanas como tú, y las conversaciones no son tan intensas.

La decisión de mi viaje estaba vista desde otro punto, me acuerdo un poco del desprendimiento de la familia como una cosa trágica y también recuerdo un poco el miedo a estar en otro sitio, a verte ahí un poco perdida, y además que yo llegaba a un lugar en donde no conocía absolutamente a nadie.

P– *¿Cómo fue vuestra llegada? ¿Qué requisitos os pedían para entrar en España, en el caso de Ismucané y Viki, y en Estados Unidos en tu caso, Paulina?*

Ismucané– En ese tiempo no nos pedían visado para entrar en España. Justo cuando nosotros llegamos decían que estaban entrando las últimas personas, que iban a cerrar las fronteras. Nosotras estábamos algo nerviosas, pero nos controlamos, porque en migración veían todo, y si vienes de vacaciones no tienes que estar nerviosa. En el control nos pedían la «bolsa de dinero» mínimo que se exige que lleves contigo para poder entrar en el país: la cantidad varía, en función del país de origen y de las modificaciones en la ley y el reglamento de extranjería, pero se supone que debería ser suficiente para cubrir tus gastos durante una estacia normal de turista, si traías carta de invitación o reserva de un hotel, algo que indicara que venías de turismo. Yo tuve el apoyo de unos amigos españoles que conocí en el Ecuador cuando tenía 13 años, ellos me recibieron.

Viki– Yo para la bolsa tuve que tomar un préstamo al 12% mensual. También me prestaron otro dinero para los trámites. A los tres días de estar aquí, envié el dinero de la bolsa, pero no el dinero de los intereses. El pasaporte me costó 60 dólares. Me los prestó Ismucané. El pasaje lo compré con la ayuda de una amiga ecuatoriana que vive aquí en Madrid: ella me prestó 400 dólares y el resto del pasaje lo pagué en tres letras, a un mes cada una, me costó más de 1.000 dólares.

Para entrar, no tuve ningún problema. No traía carta de invitación, sólo me esperaba mi amiga por si tenía algún problema. Además, nosotras veníamos preparadas por el gerente de la agencia que nos vendió los pasajes. Él nos dio una serie de preguntas y las respuestas para que no entráramos en contradicción. Tenía algo de miedo, porque en Republica Dominicana un guardia nos dijo que para qué veníamos a España, que nos regresarían, que no nos querían. Nos bajó la moral. Pero aquí en el aeropuerto me revisaron el pasaporte y me preguntaron por cuántos días venía, dije los días que indicaba el pasaje y no tuve nervios porque sabía que mi amiga me estaba esperando.

Nada más llegar, me fui corriendo con mi amiga, porque tenía que trabajar a las 9 de la mañana. Yo venía con todo planificado, traía un poco de dinero para pagarle la mitad de la habitación que compartiría con ella. Así que, al llegar, pagué un mes de habitación y dormí mucho, por el cambio de horario. En la casa no había mucha gente, sólo un boliviano y una pareja dueña del piso. Llegué el sábado, el lunes comenzamos a buscar trabajo. Fui donde una amiga para decirle que me ayude y el miércoles me lleva a una iglesia. Era muy por la mañana, temprano, hacía mucho frío, recuerdo que me temblaba todo, parecía que no iba a resistir ese frío. Bueno, allí abrieron la iglesia, que sé yo, a las 9. Luego nos hicieron esperar una hora más, pero ya estábamos dentro. Te hacen una ficha, te piden fotos, la copia del pasaporte y el original para verificar su autenticidad, preguntaron mis estudios, en qué trabajaba allá, cuántos hijos tenía, si era casada… luego me dijeron: «tú eres la indicada para Mónica», la llamaron y me dio cita a las 15h. Eran como las 11 ó las 12. Me fui directa a la dirección que me dieron y llegué como a la 13h. Esperé en un parque cerca de la casa hasta las 15h. Me recibió la señora de la casa, me preguntó cuántos hijos tenía, en qué había trabajado, si podía empezar a trabajar al día siguiente. Le dije que sí y trabajé con ella un año y ocho meses.

Paulina– Yo para entrar en Estados Unidos de visado no tenía problema, porque tenía beca. El problema era que tenía que buscarme la vida. Yo llegaba con mi maleta en mano. Los primeros dos días estuve en un hotel y me acuerdo que se habían perdido las maletas. Entonces iba a la universidad con la misma ropa tres días, hasta que finalmente llegaron. A través de una agencia que ubica estudiantes en casas, contacté a una familia donde iba a vivir a cambio de cuidar a sus hijos y otras cosas. El trato eran 15 ó 20 horas semanales en el cuidado de dos hijos y lo que ellos llaman limpieza ligera. Pero, claro, es muy difícil hacer una frontera entre lo que es ligero y lo que es pesado… A cambio me daban una habitación y supuestamente la comida que nunca había. No tenía salario. Estuve un año escolar viviendo en esa casa. Fue una experiencia horrible, me deprimí, la habitación era un sotano, no tenía luz, estaba todo helado, la mayoría del tiempo con pulmonía y cosas así. Una cosa de mucha explotación. Al final casi no cuidaba a los niños sino que limpiaba la casa, una casa de muchos pisos, a fondo. Ellos eran muy neuróticos, muy raros.

Luego está el sentimiento de soledad. Al principio haces amigos, pero te cuesta un poco. Yo regresé a Boston porque por lo menos me gustaba la universidad, estaba muy en las clases, y cada

año te vas adaptando y van mejorando las condiciones. Me acuerdo cuando salí de aquella casa: las imágenes de empacar las cosas y querer meter allí tus memorias y que todo se quede en el pasado. Esa noche dejé todo en el sótano de una amiga. Luego no podía dormir nada de la ansiedad, de querer irme, así que llamé un taxi. Eran las 5 de la mañana y el taxista me vio por el retrovisor y me dijo: «tú no has dormido nada».

En Boston me quedé cuatro años, estudiando sociología. Trabajé todos los años de mi carrera y los primeros años no tenía permiso de trabajo, sino de estudiante. Con ese pretexto, se aprovechan de los estudiantes extranjeros. Dicen que no puede haber transacción salarial y por este motivo se trabaja a cambio de un plato de comida, no de dinero. En el segundo año conseguí un acuerdo con la universidad para trabajar unas horas como asistente de secretaría. Luego mandé a migración una solicitud de permiso de trabajo, diciendo que no tenía dinero, y me dieron un permiso con el que podía trabajar fuera de la universidad por 20 horas a la semana. Cuando ya te gradúas, te dan un año de permiso de trabajo, aunque creo que con las nuevas leyes de extranjería ya no.

Cuando vivía en Boston coincidí con Alberto, un español que ahora es mi compañero. En esa época me daba miedo quedarme más tiempo en Boston, me daba la sensación de que me iba a quedar 10 a 15 años y me daba miedo. Quería volver a Latinoamerica y justo se presentó Alberto, que quería viajar, y decidimos hacerlo juntos. Nos fuimos en una furgoneta hasta Ecuador y quedamos los dos un poco enamorados. Al llegar a Ecuador, decidimos venir a vivir aquí. Él viajó un mes antes a buscar un piso. En un mes lo consiguió y me mandó la carta de invitación. Llegué con eso y con muy poquito dinero. Tenía una tarjeta del banco, no era de crédito, sino de débito. Al llegar a España, me pidieron la carta de invitación y me preguntaron por los 2.000 dólares de la bolsa de viaje. Yo le dije que no traía en efectivo, pero que tenía una tarjeta donde podía ver mi saldo. Yo creo que ni traía pero cuando vio que mi tarjeta era de un banco de Boston me dejó pasar.

En España, puedes quedarte tres meses legal si vienes de turista, pero yo me quedé más. Cuando se me acabaron los tres primeros meses, viví un poco la paranoia de que me iban a pedir los papeles. Dediqué seis meses inútilmente a hacer entrevistas de trabajo. No tenía referencias de nadie, así que compraba el Segundamano y El País y veía lo que había en el periódico. Buscaba puestos donde pedían inglés o cosas así, puestos como secretaría, recepcionista, teleoperadora… Pensaba que en esos trabajos me cogerían, que bastaba con mostrar interés. La mayoría de los anunciantes resultaban ser ETT's. A veces me decían que bueno, pero en cuanto les decía que no tenía papeles, ya no me daban el trabajo.

Todo ese tiempo viví de ahorros y fatal. Cuando vi que no había manera dije «me voy, me toca volverme». Íbamos a irnos los dos. En el último momento, nos entró un pánico terrible: recuerdo que tuvimos una conversación con mi madre por teléfono y me contó algún chisme de Ecuador y decidimos no irnos. Alberto me dijo «vamos a casarnos». Nos casamos en septiembre y en octubre ya tenía papeles. Bueno, un resguardo: luego tuve que volver a Ecuador a por la extensión de visado.

Ismucané– Yo al llegar me fui con uno de mis amigos, de Tres Cantos. Pasé quince días en su casa. Ellos tenían experiencia con dos amigas que habían venido antes que yo, así que se conectaron con una residencia de San Camilo, en donde hay personas con mucho dinero; ellas habían conseguido

trabajo allí y ganaban 200.000 pelas en el rato que yo vine: ellos querían algo similar para mí. Pero a lo de los camilos había que esperar a un sacerdote que estaba en Roma para que te hiciera la entrevista. Así que empecé a hacer algunas entrevistas por otro lado y cogí un trabajo más por la desesperación. Era de externa, con una señora que parecía muy agradable. Para ese trabajo necesitaba una habitación en Madrid, además porque no quería seguir incomodando a mi amigo de Tres Cantos.

Entonces me vine a Madrid, donde Viki, en la habitación con su amiga. A la semana de estar en esta habitación, me dice la amiga de Viki que tengo que marcharme, que el dueño del piso no acepta que me quede, pero luego resulta que es ella la que no quiere. Para mi fue terrible. La primera noche me fui donde estas dos chicas que estaban ganando muy bien, que también eran ecuatorianas. Luego me trasladé a casa de Nati, una mujer española que conocí en Tres Cantos y que me ofreció su casa hasta que consiguiera algo fijo. Nati es militante de un grupo feminista y, cuando yo estaba aún en Tres Cantos, me preguntó que si quería hacer el papel de madre en una obra que representaban sobre el maltrato a la mujer en Orcasitas. Lo hice y esa noche dormí en su casa, así que ya conocía a su pareja y a su hijo, que tiene el síndrome de la X frágil. Con esta poca relación y un poco de vergüenza, entré a vivir con ellos, pensando estar allí el tiempo necesario hasta encontrar un lugar donde vivir, donde estabilizarme. Vivir en casa de Nati me ayudó mucho en todos los aspectos: es una de las mejores cosas que me han pasado. Me enseñó a movilizarme en el metro, me relacionó con sus amigos y me integraron en su grupo de amigos y actividades… Gracias a Nati pude conocer a Andrea y gracias a Andrea pude concocerlas a ustedes.

En las iglesias te pedían una serie de información, la que ha dicho Viki, y además informes de gente conocida. Tengo claro que el primer trabajo me lo dieron porque tenía gente española que me conocía. Lo que se contaba de las iglesias era muy desagradable: por ejemplo, se decía que había unas monjas que antes de repartir las fichas te daban un sermón peor que si hubieras cometido un asesinato. Además, te dan cursillos de cocina, de relaciones humanas... Actualmente se está imponiendo en algunas organizaciones de ayuda que son parroquias los famosos cursos por un mes si apruebas el curso, te dan contactos de posibles trabajo. Entre los cursillos actuales está aprender a tratar a tu jefa esto me hizo mucha gracia y les dije que si a la jefa también le daban un curso para tratar a las personas que trabajan con ella. Con todo esto quieren lograr que no protestes, que te dejes explotar sin quejarte.

El primer trabajo que conseguí lo dejé al mes y medio la señora era muy nerviosa, me dejaba listas de tareas con horarios establecidos y 15 minutos para comer. Un día protesté, ella me dijo que allí mandaba ella y yo le dije que entonces hasta ese día trabajaba. Y me marché. Estaba sin habitación y sin trabajo. Muy temprano por la mañana, me iba a las iglesias a buscar trabajo, eran unas colas muy largas y el trato de algunas personas (no todas) era muy desagradable. Repartían 20 fichas y los que no recibían ficha se quedaban sin oportunidad en ese día. Como suelo hacer amigos con facilidad, hacíamos grupos de los que nos quedábamos sin ficha y nos íbamos a otra iglesia. Así fui conociendo diferentes lugares y personas.

También he tenido relación de trabajo gracias a amigos. En Ecuador conocí antes de venirme a una chica que es trabajadora social de un hospital de Madrid. Gracias a ella conseguí dos trabajos de cuidado de mayores: en el primer trabajo estuve doce días en el hospital y luego en la casa; en

el segundo, trabajé cuatro meses y lo dejé para irme interna. Además he realizado muchos trabajos por horas para completar.

P– ***¿Qué condiciones laborales habéis tenido en los trabajos en los que habéis estado hasta ahora aquí?***

Viki– Cuando llegué, después de pocos días, entré a trabajar de interna. Yo quería de interna porque no tenía a nadie aquí, de externa me gastaba más dinero y por lo menos hasta que conociera más gente, me ambientara, o hasta que me salgan los papeles… Uno al principio piensa tantas cosas que mira que con el tiempo terminas por pensar diferente… En ese primer trabajo me pagaban 85.000 pts., más 10.000 pts. del pago de Sanitas, que yo le pedí que me pagaran a mí, que yo me sentía sana y lo necesitaba. Mis tareas eran cuidar a tres niños, y hacer todo lo de la casa, aunque también tenían una asistenta. Era un poco más suave que el de ahora, porque era un piso, la gente era muy considerada, yo tenía mi rato de descanso y me desocupaba muy temprano en la noche, a las 21:30 como tarde. Empezaba a trabajar a las 8:15. Después que arreglaba la cocina, descansaba desde las 15:30-15:45 hasta las cinco. Allí tenía que ir a buscar a los niños, traerlos y hasta las 21, de repente hasta las 22.

Este trabajo lo dejé porque vino mi marido, Guillermo. Más o menos al mes que llegó Guillermo, puse un anuncio en el Segundamano para conseguir un trabajo de matrimonio. Tú sabes que en el Segundamano hay que llamar todos los días para que salga tu anuncio. Yo a veces no llamaba y en mayo me propuse ponerlo y ser constante en las llamadas, hasta que me salió una casa: un matrimonio, él de 35 años, dueño de una empresa de publicidad, y ella de 33 años, economista, trabaja en una empresa, no sé, de finanzas o algo de números. Creo que nosotros nos apresuramos. Guillermo se me enamoró del viejito, a él enseguida le gustó y me dijo «nos vamos». Mira que después nos llamaron para otro trabajo y me dijo que no, que habíamos dado la palabra y bueno, tanto tiempo sin mi marido y por estar juntos y supuestamente por ahorrarnos algo más… Aunque yo, sacando las cuentas, estaríamos igual si pagáramos piso. Nos quedaría el mismo dinero y nos sentiríamos más libres, no tan estresada y cansada como me siento ahora. Esta semana me he mirado al espejo y me he visto veinte canas de las que no tenía, ya el próximo mes tengo que pintarme el pelo…



En este trabajo nos pagan 95.000 pts. a cada uno. Y de horario… pues nosotros porque nos hacemos cara dura, porque si ellos pudieran decirnos «a las 7 estén levantados», creo que nos harían estar levantados a esa hora. Y luego, a la noche, tres veces a la semana tienen cena con invitados y aunque no se haga cena, ellos pican cualquier cosa. Así que yo tengo que estar en la cocina hasta las 23:30 ó 24:00.

Mis tareas son todas. Tengo a mi cargo un casa completa, una casa con piscina. Es una casa muy moderna, con persianas eléctricas en el salón y todo. Es un trabajo muy fuerte: lavo, plancho, limpio, cuido dos niñas, tengo que cocinar, hacer comida especial para el abuelo, que sólo come puré… Mi marido atiende al viejito, hace su habitación, le

lleva a realizar sus recados, conduce el coche, mantiene el jardín, riega las flores, saca la basura… Por lo general, se levanta a veces igual que yo y de allí se va a regar. A las 10 tiene que despertar al viejito a darle de desayunar, vestirlo, ducharlo… De repente, Guillermo se me escapa y el viejito me dice «Viki, hazme un zumo». Tengo que lavarle y plancharle y hay semanas que el viejito pasa muy mal del estómago y se manchan muchas sabanas, pijamas… y ya se imaginan los olores… La primera semana que manchó la ropa con heces, me iba al grifo y sacaba lo sucio con la mano, porque las heces de los mayores es cosa seria. Y aún así tenía olores al plancharla.

Tengo una jefa nerviosa, es medio gritona. Y las niñas son tremendas. Me han intentado pegar. Yo se lo dije a sus padres y te cuento que a la pequeñita tuve que darle. La grande me trata fatal, me ha intentado pegar. Y me dijo: «“si tú me pegas, se lo digo a mis padres”. Yo le digo: “yo no te voy a pegar, pero si me pegas, entonces sí te pego”. Y ella contesta: “pero es que mi madre no te va a creer a ti”». A los padres no les gustó que les diga lo de sus hijas, pero lo siento, yo no las puedo cuidar si las niñas no me obedecen. Teniendo el dinero que tienen, querían que me diera tiempo para bajar con las niñas a la piscina y se disgustaban si no lo hacía… Podrían haberlas mandado a un curso de verano, porque yo si bajaba a la piscina, no podía preparar la comida… Porque las niñas comen bien, dos platos. Con tantos platos y tantas comidas distintas yo me paso en la cocina de las 13 a las 17h. Y la señora aún me dice que sólo me quejaba de las niñas, pero que no me las ganaba jugando con ellas…Quería también que haga deberes con ellas, pero yo no puedo, no tengo paciencia, no puedo hacerlo todo…

P– ***¿Podrías describir un día normal tuyo en este trabajo, desde que te levantas hasta que te acuestas?***

Viki– Me levanto a las 8. Desayuno en media hora y mientras organizo el lavavajillas, doy el desayuno a Guillermo, dejo todo ordenado en la cocina y me voy al salón. Comienzo por allí. El salón me lleva mucho tiempo: es de madera, tiene muchos cristales y además hay unos *halls* donde ellos comen. Ellos no recogen nada, me dejan todo por ahí… Después que arreglo el salón, si no se han despertado, me voy al cuarto de la lavadora. Tengo que caminar un poquito, porque queda en el patio. Tiendo la ropa del día anterior y meto otra lavadora. En eso ya se me despierta ella y comienzo a hacer su habitación o le hago un zumo. Y se me despiertan también las niñas y tengo que atenderlas. Y desde ahí hasta las 13h, me la paso entre limpiar y cuidar a las niñas… Limpio un montón de habitaciones: la habitación de ellos, con su baño, la habitación de las niñas, el cuarto de juego, el baño de las niñas y otro cuartito, que era un cuartito de estar, pero como el bebé que viene es varón, va a ser para el bebé, más otro baño que supuestamente es para el bebé y ahora lo usa la visita. Y siempre la señora me anda que esto, que lo otro… Por último, ¿sabes lo que quiere que le haga? Acordarme de la vitamina que tiene que tomarse…

De ahí, ya entro a cocinar. Siempre trato de estar entrando a la cocina a las 13h, aunque a veces me coge más tarde. Y hasta las 17h me la paso cocinando, sirviendo la mesa y a la vez atendiendo. A veces, cuando ellos están comiendo, me dicen: «ya, Viki, sientate a comer». Pero claro, mientras yo me siento, ellos ya están terminando y tengo a veces media comida cuando ellos quieren

el postre: que la señora quiere fruta, que la niña quiere fruta, que la otra quiere un yogur…Cuando los señores no están y me quedo sola con el viejito y con las niñas, los siento a todos en la cocina. Así camino menos, pero están las niñas a mi cargo completamente y hay que ver que coman. Y luego de la comida, no descanso: recojo y me voy a sacar la otra lavadora…Al día pongo tres lavadoras y vengo a planchar con un sueño que me mata, sabes, un cansancio que me mata… Plancho todo hasta las cinco y media o seis, que las niñas quieren merendar y hay que darles de merendar. Y si hay algo que hacer, por ejemplo, un gazpacho, me escapo un momento y me voy a hacerlo, porque a veces en la cena no me da tiempo. Porque mira, las niñas cenan una cosa, el abuelo cena otra, Guillermo otra y los señores otra cosa… y luego, claro, como a ella a las 22h le parecía temprano comenzar su cena, comienzo a hacer su cena a las 22:30, y las niñas, que se tiran comiendo una eternidad, que si el postre, que si la ésta… ¿A qué hora imaginan que salgo de la cocina? Es que salgo tarde…

Ismucané– Es el fallo de uno, cuando hace una entrevista de trabajo, no fijar las tareas y las horas de trabajo. Hay que decir: «¿cuántas horas voy a trabajar?» y luego, en las horas de descanso, si yo quiero me duermo, si yo quiero me voy a dar un paseo, me voy a hacer una gestión… esas horas son mías.

Viki– Eso le digo a Guillermo, por lo menos pensar en mis hijos, a veces no tengo tiempo de pensar en nada, sabes, porque estoy ocupada todo el día, no tengo tiempo de sacarme las cejas, ni de limarme las uñas, porque a las 23h que voy a mi habitación a ducharme estoy muerta. Yo creo que yo resisto un trabajo bien duro, sí lo puedo resistir, pero si yo supiera que está bien pagado, que estoy enviando dinero, que estoy cumpliendo mi meta… Me agobia pensar que pasan los días, los meses, y que no cumplo con lo que yo quiero. Mando prácticamente el sueldo entero a Ecuador, el de Guillermo y el mío, lo gastamos todo en mis hijos y el resto es para pagar algo que tenemos que pagar, alguna deuda… Quiero buscar otro trabajo, éste me mata, desde las 8 de la mañana hasta las 12 de la noche, yo no tengo la fuerza suficiente como para estar desde las ocho hasta las doce y volverme a levantar al otro día a las ocho. Pero para buscar trabajo, necesito un móvil, para poder poner el número en el anuncio, y no puedo, no puedo ni comprarme un puto móvil, sabes…

Luego hay cosas, como lo de la comida, un día dice Guillermo que mi jefe lo encontró merendando con el viejito y que le cambió la cara. Yo creo que esta gente prefiere que se pierdan las cosas a que la comamos nosotros. A veces hay frutas que se pierden, porque yo no como, te lo digo sinceramente, desde que Guillermo esta allí conmigo, estoy comiendo muy mal, fatal, porque no me quiero sentir mal por muchas cosas… A la señora la escuché un día: «es que voy a ponerle candado a la nevera y a la despensa», pero yo no soy de las que andan comiendo galleta a cada rato, a mí lo que me gusta es comer mi comida y tomarme un postre y ya. Como normal, sabes… otro día, ella dice «ya se terminó tal cosa», con un tono que te hace sentir mal… Se quejan, pero luego un día se tiraron tres bandejas de ravioli, bueno, se tiran las frutas, los quesos de Burgos, cosas que yo no me las como porque son de ellos… Otra de las cosas que me incomodan es que ellos, si yo estoy cenando, se dan una vuelta a decirme «hola, Viki, ¿cómo estás?», pero a lo que van es a mirarme lo que estoy comiendo.

Yo le digo a Guillermo que no lo voy a resistir, a veces pienso que ya no puedo más, te lo juro que ese día viernes que me fui a Barcelona, nos fuimos al centro comercial para que se nos haga el tiempo, Guillermo se compró un bañador, porque no tenía, y yo me fui a comprar las primeras tres braguitas que me compro en el tiempo que estoy aquí, sabes, siempre he tenido las braguitas viejas que traje de mi país. Y nos pasamos por ahí, en el centro comercial, nos tomamos un café, Guillermo se tomó una cerveza, y te lo juro que ese día me sentía con un cansancio, un estrés…Te lo juro que en esta semana que tenemos, me sentía que me dolía el cerebro, te juro que tenía miedo, y el corazón me latía como...

Ismucané– El corazón es donde te tragas todo…

P– Y tú, Ismucané, ¿qué condiciones has tenido en los trabajos que has hecho aquí?

Ismucané– Bueno, he estado en mucho trabajos… en el primero, cuando recién llegué, estaba de 8 a 20:30, sin descanso. Me daban quince minutos para comer sólo, porque la bruja esa con la que trabajaba me hacía una lista de lo que tenía que hacer de una hora a otra. Tenía a mi cargo a una niña de tres años, la tenía que llevar a la guardería a las 9 y recogerla a las 16:30. Pero esa niña era más bruja que su madre, porque sabía bien quién mandaba y que yo no era nadie allí. Te cuento como anécdota que una vez, duchándola, me tiró el agua fuera de la bañera y me dijo «¡limpia!».



De este trabajo salí porque ella me envió a limpiar las ventanas de fuera, un onceavo piso, estando con un catarro fortísimo. Al llegar a España, yo escuché comentarios de que, a veces, cuando tú te salías sin haber cumplido el mes, no te pagaban. Entonces a esta señora yo le pedí que me pagara cada 15 días, diciendo que tenía que enviar dinero a mi país. Cuando pasó lo de las ventanas, justo había cumplido 15 días del segundo mes. Así que le dije que no a lo de las ventanas, porque no estaba convenido y yo tenía catarro. Ella me dijo que la que mandaba era ella y yo tenía que hacer lo que dijera. Así que yo le dije: «ah, espere un momento», me cambié de ropa y le dije que hasta ese día trabajaba. Y me marché.

De ahí estuve haciendo montón de entrevistas. Me conecté con una amiga que conocí en Ecuador, que trabaja en el hospital San Rafael y es trabajadora social. Estuve trabajando con dos personas mayores, la primera es francesa y la internaron porque tuvo un problema de la tensión. La cuidé ganando 70 euros diarios, de 9 a 21h. Me pagaban la comida, las condiciones eran buenas y el trato con ellos hasta muy bueno. De ahí fui 12 días a su casa, pagándome el mismo sueldo. Pero estas personas en ningún momento se aprovecharon de mí, eso de que porque esté cuidando a su madre, tuviera que hacer limpieza de la casa o cosas parecidas. Y lo que es la limpieza de caca y pis y el baño en la cama, no tenía problema, porque ellos no escatimaban los recursos de utilizar lo que fuera

necesario: pañales, toallas, guantes, barreños, esponjas… lo que necesitara. La comida era la misma comida de ellos, la nevera abierta. Y eso que yo era una desconocida para ellos, pero dejaban abierta toda su casa, no como otras personas. Es una de las experiencias buenas en trabajo que puedo contar. De allí, la internaron en una residencia, porque en su condición era imposible tenerla en casa,: no se la podía atender de la mejor forma por su peso. Y seguí buscando trabajo.

En el mismo hospital había una señora con infarto cerebral: el diagnóstico era que le quedaba un mes de vida. Me fui a trabajar en casa de ellos. El horario de trabajo era de 9 a 14h y me pagaban 85.000 pts., incluído los 5 euros para el bono transporte. Cabe mencionar que estas familias nunca habían tenido a nadie para cuidar a una persona mayor, estaban limpios de la explotación y la humillación a otras personas que se hacen en un trabajo. Cada persona busca abaratar y explotar más, pero ellos, como era la primera vez, estaban limpios en ese aspecto y no tenían tampoco esa información de fuera que digan «no pagues tanto» y «trata así». Yo creo que eso influye. Trabajé con ellos 4 meses y, claro, con 85.000 pts. no podía sobrevivir. En este tiempo ya no vivía con españoles, tenía que pagar una habitación… Busqué algo por las tardes, hice montón de contactos y no conseguí nada.

La habitación me costaba 20.000 pts. fuera de los gastos y la persona dueña del piso era ecuatoriana y no nos tenía ninguna consideración. Al principio, nos dijo que íbamos a estar puras chicas y, antes de salirnos, metió a una persona extraña. Nos ubicó en una habitación a cuatro personas, dos en litera y las otras en una cama de matrimonio que era de ella. Bueno, hay más cosas de allí para contar, pero el tiempo es corto y mejor continúo.

De ahí, como no conseguía nada por la tarde, decidí irme interna, porque económicamente no me compensaba lo poco que ganaba. Hice las entrevistas y lo que había eran condiciones muy difíciles: mucho trabajo, poco sueldo y nada de seguridad. Entonces hice una entrevista con una persona que me pareció razonable, que tiene mucho dinero y no le importaba. De todas las entrevistas que había hecho fue la que me ofreció más dinero y como yo quería ganar más dinero para regresar más pronto con mis hijos, me decidí. El primero de julio entré a trabajar de interna y las condiciones de trabajo eran cuidar a tres niños y directamente me dijo que en el trabajo de la casa no tenía que hacer nada, que había dos personas que hacían la limpieza. Me iban a pagar 110.000 pts. y yo le solicité que me pagara la seguridad social, le dije que en los trabajos anteriores me la pagaban, aunque no estuviera legal, que eran 20.000 pts.. Entonces, mi sueldo era 130.000 pts.. Yo encantada y entré a trabajar. Yo trabajaba con una rusa y una rumana y esta última tenía problemas conmigo. Al final, la rumana se salió y yo le dije a la señora que podía hacer más trabajo, que quería hacerlo y lo necesitaba. Me subió a 150.000 pts. más la seguridad social, o sea, 170.000 pts., y cogí las tareas de la rumana.

O más tareas, porque las tareas fueron subiendo. Le comentaba a Viki en algún momento que cuando tú estás en una casa permanente, eres una mujer de hogar que ha trabajado duro para obtener sus cosas y, en algún momento, no te quita nada poner una lavadora o alguna otra cosa que no esté en el marco de las obligaciones que te corresponden en el trabajo. Y tú lo haces en ese momento porque lo puedes hacer, pero en un trabajo, si tú haces algo diferente y tu jefe lo ve, se hace una ley, ya tienes que hacerlo siempre, no porque te apetece sino por obligación, y eso no va incluído en el sueldo o en una mejor consideración.

El trato en esta casa no era bueno, pero tampoco malo, porque hay otras condiciones peores. Lo que pasa es que cuando tú trabajas de interna, se creen que tú les perteneces. Yo trabajaba hasta 16 horas, aunque no era un trabajo físico fuerte, pero de todas formas era un trabajo y me tenían disponible allí todo el tiempo que yo estaba. El niño mayor era muy difícil, entonces yo ponía en servicio mi preparación, mi paciencia, hasta un poco el sentido de madre, porque en ese momento tú eres tierna, les enseñas, pero eso no lo toman en consideración ninguno de ellos. Te pagan por el trabajo físico que haces; el intelectual o el hecho de que cumplas el papel de madre en ese momento, cuando ellos no están, no lo toman en consideración…

En un momento determinado, cierto sábado, cuando ya tenía 11 meses, ella se levantó de mal carácter, estaba embarazada y esa noche tuvo problemas con su marido, lo que no era habitual. Me pagó en cheque y se fue a la fiesta de fin de curso de su hijo. Yo necesitaba en efectivo y la única sucursal cercana estaba en Sol y cerraban a la una. Así que salí. Pero ellos al parecer tuvieron algún inconveniente y llegaron antes que yo. Cuando volví, me dijo de una mala manera que no me daría permiso para salir a cobrar cheques. Le respondi, por lógica, que entonces tenía que pagarme en efectivo. Eso la disgustó más todavía y me dijo que no me daría permiso para nada de nada. Yo le contesté que tenía que darme permiso para arreglar mis papeles, porque andaba en ello para poder ver a mis hijos. Ella me dijo que entonces necesitaba otro trabajo. Entonces yo le dije que muy bien, que hasta ese día trabajaba con ella. Yo creo que ella no se imaginaba que yo me iba a ir, me pagaban bien .Cualquier persona en las condiciones que estamos aquí se hubiera aguantado cualquier humillación, pero yo no. Yo sé que ella me necesitaba y que con su dinero puede pagar lo que quiere, pero no puede comprar a las personas y no puede comprar a una persona como yo. Entonces me salí. Cierto que en ese momento no lo pensé, porque quizás si lo pienso, a seis meses, con las cosas que estoy pasando actualmente, quizás me hubiera aguantado, porque con ese sueldo pagaría mi deuda y podría regresar con mis hijos sin deuda. En cambio, ahora, en las condiciones en las que estoy, ganando menos, haciendo entrevistas sin parar... Claro, porque al estar 11 meses de interna en una casa, es como que te desconectas de la realidad, y cuando vuelves a la calle, te encuentras desubicada totalmente, con condiciones degradantes, abusos, desinformación… Las mismas organizaciones que en algún momento te ayudaban a buscar trabajo son las encargadas de machacarte: te obligan a una sumisión total, a aceptar sueldos miserables…

Al salir de de esa casa, me di cuenta que la situación laboral ha cambiado para peor, sueldos bajos, no para seres humanos normales sino para esclavos, sin estabilidad… Nos ponen una mordaza y asumimos esta situación porque no tenemos otra alternativa. Pienso que tenemos que hacer algo, porque el mezquinar la comida, tenerte horas infintas de trabajo, el que ellos tienen derecho a hacer siesta y tú no, ellos sienten cansancio haciendo un trabajo intelectual por horas, pero tú lo sientes haciendo un trabajo que es físico, intelectual y afectivo, y todos los días tienes que renovarte tú misma, no sólo de humillaciones, sino de sentimientos… Dicen «nosotros te damos un trato familiar», pero llevas uniforme, comes en la cocina, no tienes derecho al teléfono, porque si alguien te llama, aunque te pasen la llamada, están mirando cuando hablas. Los niños te gritan porque ellos son más autoridad que tú, o sea no pintas nada. Nosotros tenemos capacidad de dar mucho, de adaptarnos, por nuestra misma situación. Pero eso no se considera…

Últimamente he realizado trabajos eventuales. Uno con una señora que tenía una escayola y según ella desciende de una familia con mucho dinero, con alcurnia, descendientes de reyes y no sé qué, o sea una princesa que se casó con un plebeyo, un chófer, y eso lo lleva muy mal. Eran los que pagaban más de todas las entrevistas que hice: 700 euros después de negociar, porque al principio me querían pagar menos. Todas las anteriores pagaban 85.000 pts., o sea 510 euros, interna. Algunos pisos eran pequeños, pero en dos o tres meses se cruzaban a chalets de las Rozas o de Majadahonda. Y, claro, tenían para pagar un piso o un chalet en un lugar de esos, pero no podían pagar 100.000 ó 120.000 pts. por un trabajo de limpieza en esa magnitud. Me encontraba entre la espada y la pared, tenía que decidirme por algún trabajo, necesitaba dinero. Realmente, no me parece justo lo poco que ganamos aquí, porque antes de venirme, vendí lo que tenía, a precios de regalo, y luego regreso después de dos años fuera, machacada, más vieja y más cansada. Con cosas buenas también, porque he vivido otras cosas aparte del trabajo. Pero como que no justifica llegar con las manos vacías.

Bueno, con esta señora aparentemente bien todo, pero luego la señora era fanática de la limpieza. Claro, cuando la limpieza no la haces tú, sino los demás, cómo no me va a gustar la limpieza, que esté muy reluciente todo, pero si te toca hacerla a tí, ya es otra cosa. Y luego, con eso de que me pagaba 700 euros, la señora quería que yo trabajara muy duro, muy limpio, muy fuerte, a mucha velocidad, como si me estuviera pagando una fortuna…Siempre me regateaba el sueldo, era un agobio psicológico, diciendo «es que yo te quisiera tener aquí, pero no te puedo pagar ese sueldo, porque mi pensión no me da para más». Pero claro, lo que no decía es que además de la pensión de ella, de 85.000 pts., tenía la pensión de su marido, un piso en Calpe de tres habitaciones enormes, dos plazas de garaje en Calpe, un piso en el barrio Salamanca, una plaza de garaje en el barrio Salamanca, fincas heredadas de su madre de no sé cuántas hectáreas en Guadalajara y fincas de la herencia de su padre en Cuenca, bonos en bancos, ahorros… Claro, y de colmo la mayor parte del tiempo vivía diciendo «es que tú cobras mucho». A ella le parecía mucho, trabajando todos los días durísimo…

P– ***Además de cuidar familias aquí, cuidáis a vuestras familias en Ecuador ¿cómo lo hacéis?***

Viki– Bueno, mi dinero va directamente para mis hijos, para sus gastos, para pagar las pensiones del colegio, pago de agua, luz y teléfono, para eso, y lo que me queda para pagar lo que debo, algo que debo, para eso va mi dinero. Luego llamo todos los domingos por regla. De repente, si tengo algo que preguntarles, qué hicieron con el dinero, algo que tengan que hacer ellos allá, casi siempre es los domingos que hablamos con ellos.

Ismucané– Yo, realmente, en mi familia estamos muy unidos. Desde aquí dirijo un poco la vida de mis hijos, la de mis padres y mis hermanos. Mi opinión ha pesado en la vida de ellos y le han dado importancia. Hago llamadas por teléfono a montón, me gasto un dineral en llamadas. Porque yo he podido comprobar que llamar una vez cada cuanto tiempo hace como te vayas aislando y enfriando los sentimientos, te vas desinformando de las personas que quieres, como que

no sabes y mis hijos para mí son lo más importante de mi vida. Yo quiero que en algún momento puedan enfrentar esta vida tan dura y lo hagan sintiéndose que son capaces y que luchan por lo que ellos quieren y que aunque los golpee la vida no se sientan derrotados. Y trato de hacer todo lo que esté a mi alcance para comunicarme con ellos, a pesar que a veces voy en contra de mis posibilidades, pues mis recursos no me dan para hacer esos gastos de teléfono. Pero lo hago. Necesito darles algunas recomendaciones, ver cómo están, que sepan que los sigo queriendo y que, aunque esté muy lejos, saben que cuentan conmigo. Con mis padres igual. Por eso me voy en diciembre a verles, ellos cuentan con ello. A lo mejor me voy ilegal y quizá eso sea un fallo grande, después de haber sufrido tanto tiempo, irme sin papeles y con una condición en Ecuador muy difícil.

Pero a veces, también, te soy sincera que viendo tanta mierda, y disculpa que emplee esta palabra, pero me parece así, digo «¿valdrá la pena venir aquí?». Porque son unas condiciones de trabajo tremendas, de abuso total, y con el último altercado que tuve en la embajada ecuatoriana… Es lo más frustrante, que la gente mismo de tu país no te informe, te trate como a lo último. Son despiadados.

Entonces, intento hacer lo que puedo por comunicarme con mi familia. La prueba está en la cantidad de tarjetas que tengo acumuladas. Trato que esa distancia que hay entre mis hijos y yo no sea demasiado grande. Yo sé que les hago mucha falta. Aquí nosotros vivimos cosas nuevas, duras y también bonitas, porque he tenido la oportunidad de conocer amigos maravillosos como ustedes y tener experiencias estupendas. Pero mis hijos no. Ellos me tenían a mí, aunque estuviera su padre, pero poco caso les hace. Yo era en ese momento esa parte importante en su vida, que les daba seguridad, que veía las necesidades que tenían, pues yo les conocía y cualquier cosa que necesitaban me la podían pedir libremente. La poca información que recibo por el teléfono es mínima en relación a lo que ellos están viviendo, y me siento a veces como un gusano y trato de llamar más. Aunque, al hacer eso, lo que estoy haciendo es enriquecer a Telefónica. Quizás también caemos en tratar de tapar el vacío afectivo con cosas materiales: me cuido mucho de eso, pero tambien caigo.

Y, bueno, aquí sigo luchando, mañana no tengo trabajo, así que tengo que seguir la lucha, a ver a dónde me voy. Como tengo el día de regreso a mi país y ahora puedo vivir en casa de un amigo español, no voy a trabajar de interna, lucharé por buscar algo externa y trabajar lo más que pueda, y dar guerra lo máximo.

P– ***¿Cómo creéis que se puede dar guerra? ¿Creéis que hay vías para cambiar la situación?***

Ismucané– Yo quiero en algún momento investigar en qué condiciones estaríamos si reclamáramos nuestros derechos en la embajada: el derecho a estar informados y a recibir un trato digno, a que nos cuenten los problemas que hay al estar indocumentados, etc. Hay que parar esta situación de humillación a nuestra propia gente, y ellos se están beneficiando. Otras son las ONG's, que cada vez están buscando condiciones de mayor sumisión. ¿Qué hacen todas estas instituciones que son creadas para ayudarnos? ¿Qué exigen para mejorar nuestra situación? Y nosotros, indocumentados ¿qué podemos hacer? Tampoco podemos callar, porque eso sería aceptar toda esa serie de cosas y podrían venir cosas peores. Cuando hacemos público nuestro descontento ante



determinada condiciones, estamos aportando también a que los demás no se callen. Pero, claro, una cosa es protestar cuando tengo un lugar donde dormir, comida, si no tengo trabajo, y otra diferente cuando tienes deudas, tienes que pagar un piso, comida… las personas así tienen que aceptar condiciones muy desagradables por la necesidad de sobrevivir ellos y su familia.

Lo mejor sería informarnos bien de nuestra situación laboral y legalidad en este país, luego hacerla extensiva mediante boletines, teniendo como apoyos abogados que nos den asesoría legal y puedan tramitar cualquier situación anómala. Crear un lugar donde poder recibir ayuda legal, ampliar información, dar contactos de trabajo, etc. Los boletines los distribuiríamos en el metro, en los locutorios, seríamos las encargadas de extenderlos… Además, podríamos tener un teléfono de ayuda ante cualquier situación de abuso o de urgencia.

Viki– Yo quisiera hacer algo, pero ahora estoy peor, al trabajar con mi pareja internos. No podemos dejar de trabajar un mes, aunque quisiéramos, porque mis hijos necesitan de ese dinero para comer…

Ismucané– Yo, antes de concluir, quiero añadir que los momentos desagradables y esas experiencias duras que hemos vivido, no son nada comparado con el sufrimiento de la gran mayoría. Hemos tenido la suerte de encontrar gente amiga, que nos apoyara y permitirnos vivir, experimentar cosas nuevas y sentirnos útiles.

Al filo de lo imposible

Charla con una *chainworker* nómada

…Nuestra entrevistada es una vieja compañera de batallas y algarabías varias. Nacida en la costa, pero nómada y superviviente nata. Chainworker *deambulante: de provincia en provincia, de encuesta en encuesta, de cadena en cadena. Ésta es la primera vez que charlamos juntas con grabadora de por medio…*

P– *Descríbeme el pueblo de dónde vienes…*

R– Es un pueblo en expansión por su cercanía a una capital, de aproximadamente 2.000 habitantes. La mayoría de la gente subsistía a través de la huerta y el transporte de fruta y verdura, y toda la gente más o menos seguía la misma trayectoria. Ahora la gente de las nuevas generaciones estaba estudiando formación profesional, pero aún así la trayectoria estaba muy marcada, sobre todo siendo chica: podías estudiar, pero se esperaba que te casaras y bueno, aunque no vivieras en el pueblo, sí se esperaba que te quedaras en un pueblo de la zona (porque era un lugar donde la gente, sobre todo las mujeres, se solían casar con hombres de pueblos vecinos). Era como un cerco, un círculo. La mayoría de los hombres seguían también la trayectoria del campo y el transporte y luego había mucha FP, mucho mecánico, y, no sé, también tiendas. No se puede decir que hubiera una posibilidad de proyección muy variada. Toda la gente que yo conocía, la gran mayoría, pero sobre todo los chicos, dejaban de estudiar pronto y se ponían a trabajar, muchos en el negocio de sus padres. Un poco la gente que más desmarcada puede estar, ahora, de ese destino preestablecido, es la gente que ha elegido, bajo cualquier excusa, viajar. Yo allí me sentía como atrapada, asfixiada.

Mi madre y mi padre habían seguido una trayectoria «ascendente» desde el campo a una tienda de ultramarinos y luego a un pequeño bar restaurante que era lo que actualmente les estaba aportando beneficios: este camino había sido puro sudor, trabajo, trabajo y trabajo. Trabajo. Una media, quizás tirando por lo alto, de unas 12-14 horas diarias. Mi madre tuvo esa jornada desde que era pequeña, desde los trece o así. Ella nunca había salido de su aldea, sólo merodeaba por el pueblo que estaba justo en las afueras y allí conoció a mi padre, su primer y único novio. Ese pueblo sería cuna de mi nacimiento y empuje violento de mi salida a otros mundos. Mis padres se casaron muy jóvenes, a los 19 años, sin ningún recurso. Vivieron en una casa que les prestaron y no tenían nada. Todo lo que recuerdo de mis padres es trabajo. No tengo ningún tipo de recuerdo

que no sea el de ellos trabajando. Y no tuve ningún tipo de relación familiar, aunque por el contrario sí mucho cariño y afecto indirecto. Iba a la playa con los padres de otras amigas y por ejemplo mi madre sólo llegó a ir una vez a verme jugar al balonmano, que era mi gran pasión. Sin embargo, nunca me faltó de nada y tenía una sensación de seguridad que me envolvía en mil capas… El único tiempo que pasábamos en común eran las vacaciones: 15 días de agosto, normalmente mi padre cogía el coche y subíamos hacia Francia por el Valle de Arán. Todo eso era tan bonito… y ésa era la única relación familiar que existía. El resto lo recuerdo con mi madre, cansada, que a veces veía la tele y yo probaba a interaccionar, con esas cosas de «he aprendido cómo se dice rojo en inglés». Pero no era que no me quisieran, porque todo su esfuerzo era exclusivamente para mí: me daban lo mejor. Preescolar y EGB los hice en un colegio en otro pueblo cercano, un colegio concertado, y luego BUP y COU en el CEU San Pablo. Aunque ellos lo de los estudios lo veían como aquello de «el saber no ocupa lugar»: luego esperaban que me casase, tuviese una familia y llevara bien la casa. En ese aspecto, mis padres son muy chapados a la antigua. También querían que estudiase para que tuviese herramientas y me insistían mucho en que «el futuro está muy mal» (¡cuánta razón tenían...!) y que había que tener una buena estructura, que en este caso era la familia, tener un trabajo y no hacer daño a nadie. Creo que a pesar de no coincidir en prácticamente ninguno de sus planteamientos, un buen adjetivo que definiría a mis padres es la bondad, el buen corazón adaptado a un entorno corrosivo.

A los 13 años tuve la primera crisis que recuerdo, de esas de llorar y no poder explicar el porqué. Le dije a mi madre que no veía el sentido de la vida y me dijo «el sentido es trabajar y trabajar». Eso me dejó marcada. Claro que este episodio tuvo lugar en un escenario de cama rosa y cortinas rosas de flores allá donde miraras...

P– ***¿Cuándo empezaste a pensar en salir de tu pueblo?***

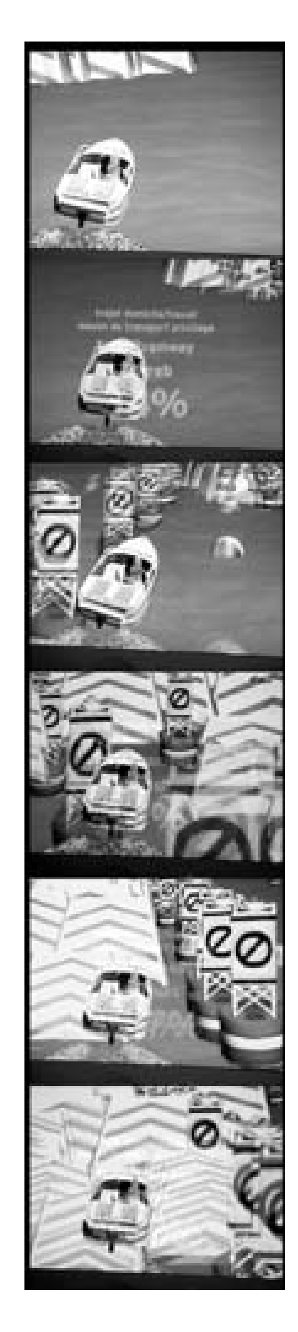
R– Cuando cumplí los 16 años, tuve mi primer contacto con otra realidad más allá del pueblo. Fue de forma muy curiosa: a través de Radio Klara (una radio libre de Valencia). Una amiga del CEU me dijo que había una emisora pirata en la que decían muchas palabrotas. Vamos, que fue muy al azar. Empecé a escuchar Radio Klara y me abrió todo un mundo: liberación animal, okupación… Yo había vivido en mi casa, viendo la tele, leyendo la *Muy Interesante* y novelas de Julio Verne que nunca acababa pero que estaban muy bien encuadernadas. Y al escuchar los programas de radio se me abrió un mundo nuevo. De ahí empezó un distanciamiento con mis padres. Sentía un abismo que era imposible deshacer, por cómo veía a mis padres, cómo pensaban y también por una imposibilidad mía de comunicarme, eso lo veo ahora con el tiempo. Luego a los 17, 18 años, empecé a encerrarme cada vez más de cara a mis padres y empecé a ir a un centro social okupado en Valencia, El Kasal. No iba mucho, y cuando lo hacia era mera usuaria, pero el contacto con otra gente y otros ambientes me fue llenando de gasolina los motores de arranque.

Ese distanciamiento y esa incomunicación hizo que rompiera muy radicalmente: cuando cumplí los 18 años, me fui. Antes, con 17 años, me quedaron dos asignaturas pendientes de COU y las hice a través del INBAD y a la vez busqué trabajo y encontré uno en la capital. Era un trabajo de

encuestas en el que duré 11 meses: el típico trabajo que luego he hecho muchas veces, que dije que nunca volvería a hacer. Trabajaba de 9 a 17h y cobraba un sueldo de 2.000 pesetas al día, que no es nada. Luego estaba lo típico de los *pluses* si llegas a tantas encuestas, o sea que al final siempre subía, pero el sueldo base eran 2.000 e incluso había días que si no llegabas al mínimo (14 encuestas) no te pagaban nada, con lo cual perdías el dinero invertido en transporte y la comida ese día. Lo positivo de este primer trabajo, una vía para entrar en el mundo laboral, fue que era la única posibilidad, contando con mi nivel de madurez de aquel entonces, de empezar a construir una autonomía frente a la red familiar, con gente más mayor que yo, con otras experiencias, con sueños propios... Fue un enganche: al principio empiezas por el dinero, luego ves que ese dinero no vale la pena, pero sigues, porque te has creado un círculo de amistades con el que compartir tus miserias. El salario que ganaba iba íntegro a mi casa y si yo necesitaba algo, lo pedía y me lo compraban, a ese nivel nunca he tenido problemas. Pero muchas veces mi madre me preguntaba «¿qué tipo de trabajo es ése que trabajando un mes, ganas esto?», porque, claro, yo de mi casa salía a las 8 y llegaba a las 18h y el sueldo era mínimo. De los 11 meses que trabajé, pasé uno en Murcia y otro en Palma, que fue cuando gané más, porque te pagaban dietas y alojamiento. En uno de esos viajes y en uno de esos desafortunados y pactados deslices heterosexuales, perdí mi virginidad.

Ese trabajo me dio muchas dotes para relacionarme, porque era un trabajo a puerta fría: tienes que ir llamando casa por casa, haciendo lo que en principio era una encuesta de estudio, que en realidad era una estrategia de venta de una empresa de informática, que buscaba perfiles de gente a la que le pudiera colar un curso de informática muy caro, que debía ser bastante pésimo. Y el curro era ameno y cansado, aprendías a engañar, a ser amable, a falsificar firmas y fechas de nacimiento, a rentabilizar el tiempo llamando al telefonillo del cuarto piso porque si no estaban te ahorrabas subir.

También supuso para mí un contacto con el exterior del pueblo, que me llenó de fuerza para salir de allí. Cuando estás en un pueblo, la comunicación no pasa de lo cotidiano, de lo local, te sientes como aislada, y una vez que sales, ya es muy difícil volver. Así que, como decía, cuando cumplí los 18, decidí irme. Las cosas en casa se habían saturado, mi distanciamiento se había hecho abismal, mi ropa y mis pensamientos empezaban a delatarme y mi madre me exigió que no viera a cierta gente, que no me vistiera de cierta forma y que fuera una chica normal. Me fui tres veces en total y a la tercera ya no volví. Las dos primeras veces volví porque mi madre me dijo que mi padre estaba enfermo y también que las cosas iban a cambiar, que yo podía seguir pensando como quisiera. Porque a mi madre, como había vivido todo el franquismo, le asustaba mucho cómo pensaba yo, es decir, le asustaba el mero hecho de que cuestionase y replantease formas de vida preestablecidas. Tampoco es que yo tuviera gran fuerza o capacidad política, pero a mi madre lo que le decía le sonaba a revolucionario y sectario. Y planeaba enviarme a un colegio interna que me alejara de esos contactos que a ella le parecían peligrosos. No sólo era el franquismo, también sus propias experiencias y trayectoria personal hacían que se cerrase por completo a lo desconocido, lo desconocido le desataba todo tipo de paranoias. Sus miedos se convirtieron en terror, su bondad en tiranía para preservar mi futuro dentro de sus necesidades. «Estás en mi casa y tienes que vestirte como yo te digo, ir con la gente que digo y plantearte el futuro como yo te digo. Y si no quieres eso, te vas».



P– ***¿Cómo llegas a Madrid?***

R– Tomé la decisión de ir a Madrid de un día para otro. Las otras dos veces que había salido con intención de no volver las recuerdo poco, porque fueron breves, pero sobre todo recuerdo el choque, el enfrentamiento entre lo que ocurre en la realidad y lo que tienes metido a presión en la cabeza: el miedo es una buena frontera. Mis dos retornos tras las dos primeras huidas fallidas tuvieron que ver, creo, con ese miedo mezclado con el chantaje emocional que me hizo mi madre. En cambio, la tercera vez tuve la suerte de encontrarme con gente que me dio confianza y también una base para empezar una vida nueva que se adecuaba más a lo que yo tenía en la cabeza, que era por aquel entonces un tanto idealista, muy idealista: me imaginaba algo así como salvar el mundo.

El caso es que cuando salí para Madrid, iba con lo puesto, en un estado de ansiedad bastante alto, sin apenas dinero. Yo había conocido a un chico de Madrid, novio de una amiga mía, que me había dicho que tenía un tío que tenía un hotel en el que me podían dar curro. Lo primero que hice cuando llegué aquí fue llamarle, pero nunca logré contactar con él. Tenía además un contacto de una casa okupada, en el barrio de Vallecas. Fui allí, pero, aunque me dejaron quedarme, mi llegada no fue muy bien recibida. Lo típico: era una chica de 18 que se acababa de ir de su casa y a todo el mundo le parecía un marrón tenerme allí.

Inmediatamente lo que hice fue buscar trabajo. Mi primer trabajo consistía en vender unos pasatiempos que, en teoría, eran para ayudar a gente discapacitada, pero que eran un engaño total. Porque el crucigrama creo que costaba 500 pesetas, de ahí yo me llevaba 250, mi jefe de equipo se llevaba algo y luego había otra persona encima que se llevaba algo. Con lo cual, echabas las cuentas y veías que la gente discapacitada no debía oler ni un duro. Pero lo bueno de este trabajo es que te pagaban al día, lo cual para mí fue un salvavidas. Fue un mes bastante terrible, pero tuve mucha suerte: llegué a Lavapiés y fui conociendo a gente, gente maravillosa, que me dio la confianza para creer en mí y tejí una red que me ayudó mucho a desenvolverme y quererme. Yo creo que si no, hubiera acabado volviendo a casa o cortándome las venas.

La casa okupada a la que llegué y en la que viví algún tiempo no era muy agradable: el ambiente era algo decadente, al menos en el piso de la amiga de mi amigo. Creo que arriba la gente tenía otro rollo. Dejé pronto de ser vegeta radical para poder robar en el súper latas de atún, que venían muy bien para una alimentación con un uso limitado de cocina. En aquel entonces, el gas, teniendo en cuenta el estado de mi economía, me parecía un lujo. Vivía (y lo sigo haciendo) muy al día. En el curro éste de las estampitas solidarias no recuerdo bien cuánto sacaba, pero rondaría las dos mil o dos mil quinientas al día.

Pronto me trasladé a Lavapiés, alguien a quien no conocía mucho me dejó su casa durante un par de meses para que, de paso, le cuidara a sus dos gatas. Encontré también un curro en Telepizza: me gustaba (y me sigue gustando) la gorrita roja, aunque nunca he llegado a encontrar una de mi talla. Lo que más recuerdo de ese curro es que estaba en una zona pija, por el Bernabeu, y que cuando me tocaba cierre de tienda tenía que volver andando porque no había metro y era todo un paseito. Estuve currando en el Telepizza cuatro meses y en ese tiempo viví alquilando,

compartiendo con otras cuatro personas que conocí en el Frauen, un bar/asociación de Lavapiés. También en el Frauen descubrí de la existencia de la Karakola, una centro social okupado por y para mujeres, en el que me encontré con mujeres que me marcaron mucho. Mi primer contacto con bolleras tumbó de K.O. mi heteronormatividad.

Al poco, okupé con alguna gente un piso en Lavapiés 19, una casa que estaban desahuciando. A la dueña del piso que okupamos ya le habían dado otra casa, pero aún así nos puso denuncia. Y luego me metí en el proceso del Laboratorio I, un centro social que se okupó en Lavapiés en abril de 1997. El Labo también me marcó mucho, la gente con la que viví se convirtió en una especie de familia y descubrí los procesos colectivos, su fuerza y su flaqueza.

La experiencia Labo fue muy absorbente, me alejé de la Karakola y sus proyectos y me quedé en aquella miniciudad-centro social, en la que funcionaba (más o menos), para alguna gente, la autogestión. Teníamos una cooperativa de comedor popular y también en los conciertos vendíamos bocatas y cosas del estilo. Esto, alternado con trabajos esporádicos, te permitía vivir. Creo, echando una mirada atrás, que mi relación con el mundo laboral se tensa y destensa en relación con mis deseos y esperanzas de convivir en colectivo.

Vivir en colectivo, crear en colectivo, transformar en colectivo, te pone frente al trabajo como mero instrumento de intercambio. Sin embargo, cuando necesitas una estabilidad, una seguridad que dependa sólo de ti, el dinero se convierte en un arma, te ayuda a acumular bienes que te protejan del futuro incierto.

Bueno, quizás existe algo intermedio, que es lo que ando buscando yo, ya no quiero vivir más al día y si para ello he de trabajar asalariadamente, estoy dispuesta a hacerlo, aunque eso tristemente disminuya mi trabajo no asalariado, ése con el que he crecido tanto, desde arreglar tejados a editar películas.

P– ***Poco más tarde empiezas a salir fuera de España a trabajar por temporadas. ¿Cómo fue aquello?***

R– Sí. Después de un año más o menos viviendo nómada y de trabajo basura en trabajo basura, me fui por primera vez a Holanda, con una chica que conocí en la Karakola. Me vino muy bien, porque por esta época de tanto movimiento tuve una crisis en la que todo me explotó en la cabeza. Me debatía entre un ideal que buscaba y una realidad que arrastraba, y eso me desconcertaba. Para cambiar de aires y también porque todos los trabajos que conseguía aquí eran muy inestables y precarios, decidí irme a Utrecht, Holanda. Me acuerdo que fui dos meses, de nuevo viví en un *squat*, eso sí, tenía poco de precario e inestable. Creo que fue la primera vez en mi vida que tuve la posibilidad de ahorrar, pero también por todo el tiempo que le dediqué: trabajaba 9-10 horas diarias en fábricas. Era trabajar y dormir y alguna vuelta en bici…

En las fábricas descubrí otra faceta del mundo: la producción en cadena. A veces se te olvida que las pequeñas cosas que van envasadas, como por ejemplo el pan Bimbo, o las tapas de los bolis, millones de cosas, todavía las siguen haciendo personas a mano. Son 8 horas de un solo movimiento. Yo lo estuve haciendo sólo durante dos meses y lo alternaba con trabajos de limpie-



za, pero veía gente que estaba fija en esas empresas y me parecía muy duro. Además que las empresas en cadena suelen cambiar los horarios, porque como producen 24 horas al día y no pueden tener a una persona trabajando todo un mes entero de noche, te van cambiando los turnos: una semana te toca de mañana, otra de tarde y otra de noche. Con lo cual, la gente está bastante descolocada, con mucha ansiedad, etc. Yo no recuerdo haberlo pasado excesivamente mal, porque a la vez estaba ahorrando. Apenas tenía gastos: no tenía que pagar alquiler y, bueno, con lo de la comida me ayudaba de pequeñas reapropiaciones. Toda mi trayectoria está atravesada de esas reapropiaciones, que permiten elevar la calidad de vida. Los ahorros que conseguí me permitieron, al regresar a Madrid, estar un tiempo viviendo más desahogada.

Me pasé un tiempo yendo y viniendo, de Madrid a Holanda, unas veces en autobús, otras veces en autostop, lo de los aviones todavía salía caro. Trabajé en una fábrica de pan, en una de mayonesa, en otra de piezas de ordenador, limpiando hoteles, fregando platos... Cuando venía aquí a lo mejor tenía algún trabajo esporádico. Uno de ellos fue de esos de encuestas por teléfono. Como te pagaban a la semana y era por campañas, me venía muy bien, porque a lo mejor aquí me pasaba un periodo de un mes, mes y medio, y entonces trabajaba una semana y luego con lo que tenía ahorrado y las reapropiaciones... La flexibilidad es un poco como una arma de doble filo, porque no te das cuenta, como te permite ir tirando, tampoco te preocupas mucho; pero luego ves cómo van pasando los años y no tienes nada, ni derechos acumulados por contrato (paro, seguridad social…), ni ahorros. Lo de los ahorros antes no me parecía algo necesario, pero ahora sí, porque hay millones de cosas que te pueden pasar… y los años pesan.

Más tarde, estuve también en Washington DC. Me fui porque me enamoré y también porque tenía muchas ganas de pisar los *States*: yo he sido gran devoradora de televisión en mis años mozos y me fascina la cultura *yanki* y todo lo que la rodea… Fui con el refuerzo de contar con una casa (la de mi novia, profesora de intercambio) y luego como que allí es fácil encontrar trabajo en negro. Aunque es un trabajo mal pagado en relación con el nivel de vida. En Washington DC estuve seis meses. Trabajé paseando perros y dando clases de castellano a dos madres de un colegio bilingüe (el de mi novia). Ellas no hablaban castellano y querían aprender para ayudar a sus hijas en las tareas. Era un trabajo muy gratificante, porque además a las dos se les daban bien los idiomas, la una sabía ya francés y la otra japonés. Para mí fue la primera vez que, trabajando, aparte de emplear mi tiempo para transformarlo en dinero, o sea, aparte de la recompensa económica, recibía algo grato: ver cómo evolucionaban e iban aprendiendo castellano y cómo eso a la vez era algo que les servían para ayudar a hacer las tareas a sus hijas. Llevo nueve años trabajando y pocas veces he sentido esa satisfacción. Además, estaba muy bien pagado (15 dólares la hora). Yo creo que una de las cosas del mundo de locura que vivimos es que el trabajo, algo a lo que dedicas digamos una media de seis a ocho horas al día, pocas veces repercute en algo más que en el mero movimiento de moneda. Cuando eres pequeña tienes unas expectativas y luego te vas dando cuenta que esas expectativas son totalmente irreales.

En Washington es la única vez que he trabajado sin papeles: es decir, que cruzar el Atlántico me transformaba en una indocumentada, mi cuerpo se hacía ilegal. Viajar a Estados Unidos en calidad de europea te permite vivir por un periodo menor a tres meses sin trabajar. Si ya quieres alguna de las otras dos cosas (vivir más tiempo o trabajar) tienes que iniciar un pedregoso cami-

no burocrático que a mí me denegaron. Cuando paseaba a los chuchos, me imaginaba a veces que si a un policía le daba por pedirme los papeles por la gracia (cosa extraña, gracias a mi piel blanca y mi gorra estilo neoyorkino), podía acabar con una multa de dos mil dólares y una patada en el culo camino a Europa. Hay quienes lo tienen peor y esa vuelta a «casa» les supone la muerte.

La verdad es que he tenido mucha suerte de poder viajar, porque eso me ha dado acceso a distintos puntos de vista. Aunque he estado en situaciones constantes de precariedad, como no tenía grandes gastos, pues lo que ganaba me daba para viajar. Pero si tienes que mantener una casa, una familia o tienes que gastar el dinero que ganas en tu cotidiano, se te cierran las posibilidades y cada vez te vas encajonando más.

P– ***¿Qué tipo de gente encontrabas en estos trabajos temporales y precarios que hacías?***

R– Pues, en el primer trabajo que hice en la costa, todo era gente joven, hombres y mujeres, aunque más mayores que yo. Había quien había terminado de estudiar y no encontraba trabajo, luego había… bueno, había un chico que era el típico, había estado trabajando y ahorrando siempre y ahora buscaba un trabajo que de verdad le aportara dinero: entonces, intentaba ascender, convertirse en jefe de equipo. ¡Lo que son los trabajos piramidales! Por cierto, consiguió ser jefe de equipo.

En los primeros trabajos que tuve en Madrid, en Telepizza y Pizza Hut, pues en la parte de cocina predominaban las mujeres y los hombres estaban más dedicados al reparto. Eran sobre todo estudiantes, que trabajaban los fines de semana para pagarse sus cosas. No recuerdo a gente que tuviera agobio por pagar el alquiler u otras cosas de supervivencia. El sueldo era de unas 500 pesetas la hora.

En Holanda, sentí lo que es ser migrante, lo que es llegar a un país en el que, por el simple hecho de no hablar la lengua, te tratan como si fueras estúpida y en el que te tocan los trabajos que nadie quiere hacer (esto me volvió a pasar en Washington): los trabajos de fábrica, de limpieza de hoteles y casas, la cocina y los platos en bares y restaurantes… Ahí la gente con la que me encontré sí que era más mayor. Me sorprendía realmente, porque yo me sentía un poco cría, tenía unos 19 ó 20 años, pero la gente que trabajaba conmigo estaba a la cabeza de una familia. Era gente mayor y muy cascada, y era duro ver cómo les trataban. El ambiente, cuando trabajaba limpiando hoteles, era mayoritariamente femenino; en las fábricas, en cambio, estaba más mezclado.

En el resto de trabajos que he tenido, siempre he estado con lo que calificaría como «gente joven», aunque en esta última etapa, por ejemplo en el *telemarketing*, sí que me he visto en la tesitura de tener al lado a una señora mayor, a la que le ves que le cuesta muchísimo incorporarse al ritmo con el que te incorporas tú, que en el día a día coges lo que es el trabajo, mientras gente con 40 ó 50 años que no ha tenido relación, por ejemplo, con ordenadores, se ve más apurada.

P– ***Antes decías que en Lavapiés construyes una base de vida colectiva, ¿qué ocurre con esa base? ¿Cuentas con algún tipo de colchón frente a los imprevistos: la enfermedad, los periodos sin trabajo, etc?***

R– Bueno, recién llegada a Madrid no tenía colchón alguno. Entonces, recurría a centros públicos, bueno, caritativos, que te daban comida. Iba a una iglesia que está cerca de los cines Ideal: te daban un desayuno a las 11h que te servía de sustento. Era un desayuno potente. Cuando yo iba, hace ahora cosa de siete años, era todo gente de la calle, la mayoría gente muy desgastada y que vivía en la calle o dormía en otros centros y había mucho alboroto. Era un sitio bastante vivo. Se rumoreaba que echaban tranquilizantes en la leche, para que disminuyesen los percances de las calles. Luego iba también a una iglesia que hay en San Cayetano, donde repartían paquetes de la Cruz Roja. Pero tenías que contar tu historia y presionar mucho para que te concedieran un *pack*, un cupo de comida, o sea, una caja con natillas, arroz, galletas y ese tipo de cosas muy básicas. Me acuerdo de una vez en la que había una mujer gitana que estaba antes que yo. A ella le negaron el paquete, le decían que no quedaba nada y luego me tocó a mí, les conté mi película, me hicieron unas preguntas y al final me dieron el paquete. Cuento esto porque creo que en este tipo de sitios hay bastante racismo.

También, para buscar trabajo, iba a una iglesia evangélica, donde te dejaban el Segundamano, desayunar y hacer tres llamadas. Allí había gente mayor que era como habitual del lugar, que ya conocía bien a la mujer encargada. Yo creo que iban como quien va al médico, como una forma de tener unas relaciones sociales que les son difíciles de encontrar. Todo esto eran iglesias. También había sitios donde coger ropa y mantas y cosas así, usadas la mayoría. En realidad, existe todo un circuito para la gente sin recursos, que es bastante triste y además te genera bastante impotencia. Yo viví un tiempo corto gracias a este circuito, mientras al mismo tiempo me construía esa base de la que te hablaba, en Lavapiés. Las medidas asistencialistas institucionales no son ni siquiera un parche para solventar las situaciones precarias a las que mucha, mucha gente se ve abocada: falta de vivienda, de recursos, de sanidad...

Para mí, la red que logré construir en los espacios okupados de Lavapiés fue la posibilidad de gestionar mi vida no sólo desde la necesidad sino también desde el deseo. Con el paso del tiempo, no sé si por la edad o por las circunstancias, ese colchón se ha ido desmembrando, muchas de las apuestas políticas se han retorcido y caído, aunque de ahí han surgido también las ideas que ahora respiran.

En estos momentos veo cómo mi círculo, lo que ha sido mi círculo estos años, se va difuminando de alguna forma y ya todo el mundo está pensando más en buscar algún tipo de estabilidad. Pero el problema de la estabilidad es que requiere una casa con alquiler y, tal como está la situación urbanística, eso significa una casa con pocas habitaciones, lo cual impide convivir con mucha gente distinta, como sucede en los edificios okupados.

Yo misma ahora me veo también en la tesitura de necesitar un trabajo que me permita ahorrar y pensar en alquilar, pero ese paso va a ser muy duro, porque si ya ganas poco, encima tener que dedicar un porcentaje muy alto del sueldo al alquiler… es casi impensable. Pero ya te digo que este cambio no es sólo mío, sino que es más de conjunto. Mi sensación es que la parte del movimiento de okupación en la que yo me movía se ha ido como desvaneciendo, por un cúmulo de cosas.

P– ***Te has cambiado mil veces de trabajo y has buscado trabajo otras tantas veces ¿cómo eran esas búsquedas de trabajo?***

R– De los curros te enteras por contactos, amigos, el periódico, sobre todo el Segundamano. Luego, yo creo que cuando tienes entre 18 y 22 años echas solicitudes en sitios como Telepizza o Pizza Hut y te suelen coger muy rápido. Ahora, con 26, he vuelto a echar una solicitud en un Telepizza (casi por interés sociológico, a ver qué ocurría) y, efectivamente, no me han llamado. Los procesos que cada vez me sorprenden más son las entrevistas de trabajo. Ahí noto una evolución, con el paso de los años: de las típicas entrevistas en las que te hacían preguntas básicas de tu curriculum y experiencia, a las entrevistas de trabajo actuales, llevadas a cabo por el departamento de recursos humanos, que en la mayoría de los casos son entrevistas masivas, en las que te hacen test psicotécnicos o psicológicos.

Los procesos de buscar trabajo son duros. Son procesos igual de dos semanas o mucho más, yo creo que entre dos semanas y tres meses, puede variar, pero todo ese tiempo tienes que estar a disposición de quien oferta el trabajo, que si «ven ahora», que si «ahora no», que si «ven la semana que viene, a tal hora», y luego perder allí dos o tres horas y estar a expensas de que te llamen, porque no sabes si te han cogido hasta que te llaman. Es algo muy deshumanizado. No sólo la entrevista, claro, también el trabajo posterior. Yo creo que, aparte de la precariedad, otra característica de los trabajos ahora es la deshumanización. Tengo un montón de anécdotas al respecto.

Una vez, una colega y yo fuimos a una de esas entrevistas. Nos planteaban un juego de roll: un atentado terrorista. Te dividen en dos grupos: el primero tiene que defender que se condene a los terroristas a pena de muerte y el segundo tiene que defender que se les absuelva. Y luego a la inversa: si acababas de defender la pena de muerte, a continuación tenías que ser ferviente abolicionista. Con eso veían tu capacidad de defender lo que te digan con convicción: da igual que estés diciendo todo lo contrario de lo que piensas, pero tienes que saber desenvolverte con los objetivos de la empresa. De esta empresa concretamente, eran clientes muchas empresas, desde Amena, creo, a alguna de estas instituciones públicas que subcontratan el servicio de atención a mujeres maltratadas. Hace poco estuve de nuevo en otra entrevista de esta misma empresa, en la misma terracita, con otro grupo de gente. El juego de roll se había suavizado: ahora se debatía entre transporte público y transporte privado.

Después de los trabajos iniciales de limpieza, camarera o Telepizza y demás trabajos de hostelería en cadena, empecé a especializarme en el *telemarketing* y en las encuestas telefónicas. En los trabajos de *telemarketing* tienes cierta flexibilidad, muchas empresas en las que trabajar, campañas cortas y, por supuesto, toda la inestabilidad del mundo. Algo característico de estos trabajos es que te hacen poner una parte de ti que no es mecánica: todo lo que es tu psicología, tus afectos, tu forma de relacionarte, de comunicarte (todo eso tienes que ponerlo en práctica). Y eso a mí me permitía salirme de los trabajos mecánicos, de ser una pieza dentro de una cadena, o sea, que para mí es bueno, porque me hace desarrollar esas capacidades. Vamos, que voy a trabajar y no tengo que hacer todo el rato lo mismo. Y a la vez es cierto que estás en una posición muy dura, que estás mintiendo, que sueles engañar a la gente… Pero, visto el panorama laboral, pudiendo elegir, elijo algo en lo que mi mente tenga que generar algún tipo de información, manipularla, deformarla… Estos



trabajos siempre te lo tomas como un rol, como que tú estas ahí trabajando, eres un personaje: eres la supermaja-buen rollo o eres la borde que te cagas, y vas jugando un poco con eso.

P– ***¿Y qué crees que saca de ti la empresa en este tipo de trabajos?***

R– Yo creo que todo, que lo que busca es principalmente que tengas esa capacidad de dar de ti mucho más de lo que te podrían pedir por escrito: saber aguantar cuando te gritan, saber dar una buena imagen de la empresa… normalmente, en la mayoría de los sitios, tienen un curso de formación, donde más que formarte en cuanto al producto o en cuanto al trabajo que tienes que realizar, te enseñan a valorar a la empresa y te dicen cómo hacer para que la empresa nunca salga perdiendo. Me acuerdo de un trabajo que tuve de televenta de productos de limpieza. Consistía en vender productos de tipo industrial, pero tú llamabas, por ejemplo, a una señora de una tienda y le contabas una mentira como, por ejemplo, que tu empresa acaba de pasar el no-sé-qué de calidad y que estabas llamando a todos los clientes (ella jamás ha sido clienta) para dar las gracias por su confianza y que le ibas a enviar un regalo, y que ya de paso ibas a actualizar su ficha comercial y de ahí, le colabas el producto. Eso era lo que te enseñaban en el curso de formación: salías con la capacidad de hacerle el lío a la gente. Y eso se hace duro, tener que estar ahí, con la señora, sabiendo que le estás vendiendo cualquier chorrada y que la pobre te lo compra por las frases que le dices, que las tienes escritas y están muy pensadas.

Yo creo que la empresa es muy avispada y hace un filtro con las entrevistas de trabajo, con el tiempo que te tiene en espera y con los cursos de formación, un filtro de aguante, de paciencia (porque cualquier persona que tenga dignidad no aguanta un curso de formación no pagado de cinco días tras el cual te pueden denegar el trabajo). También los días de trabajo de prueba son una forma de filtraje: te ponen al límite en cuanto a competitividad, creando unas dinámicas de grupo bastante deplorables. Por ejemplo, en este trabajo de televenta de productos de limpieza, hasta que no vendías tres tandas de productos, no podías fumar un cigarro y luego, por las mañanas, a las que habían vendido a las 11h les daban un bollo. Y, claro, si tú no habías vendido, veías a la gente comiéndose un *croissant* y tú pensando «¡joder! hoy no he vendido nada».

Eso también pasaba en el Telepizza. Una época yo cogía los pedidos, en teoría no hay nada de televenta, tú sólo escuchas y apuntas el pedido. Pero si te piden una pizza pequeña, tienes que convencerle que mejor una mediana. Entonces, a la que más vendía le regalaban un viaje. Con ese tipo de cosas te meten en una dinámica a la que, por mucho que tú tengas tus ideas y tu cabeza en su sitio, al final no te puedes resistir: caes en esa dinámica y en esa competitividad la que vende mucho es la que te cae mal.

En el trabajo de televenta de productos de limpieza hacían también otra cosa muy curiosa, que era ponerte por equipos, mezclando nuevas y antiguas, y hacer como un parchís. Ibas avanzando según vendías y quien llegaba al centro, ganaba una suma de 90 euros. Esto generaba grandes tensiones entre las vendedoras saladas y las vendedoras amargas. Una amiga y yo, como estudio, empezamos a hacer entrevistas grabadas en vídeo sobre ese curro y sobre este tipo de dinámicas…

La verdad es que me imagino mi futuro laboral y es triste. Lo que a mí me gusta, que es el vídeo, es un panorama laboral difícil. Es un mundo bastante cerrado y se tienen que confabular toda una serie de cosas para que te surja un trabajo. Con esto del vídeo empecé en el Labo. Una de las veces que yo estaba en Holanda, un grupo de gente amiga del Laboratorio II empezó a hacer cosas con vídeo, en principio entrevistas y un documental sobre El Ejido. Al volver a Madrid, me metí en el grupo. A mí siempre me habían gustado los rollos de música y de imagen. Era como una inquietud y, luego, cuando me metí más en serio, me gustó mucho. Y fui aprendiendo. Lo del grupo fue posible gracias a que colectivizamos recursos, a que creamos una infraestructura en común, porque por otra parte todo el mundo estábamos trabajando en otras cosas. Es una vocación que ha durado y que ha evolucionado también.

Pero la realidad laboral en la que me veo en estos momentos es la de vestirme bien para ir a una entrevista y tragarme uno de esos trabajo de telealgo (de hecho, ahora mismo estoy buscando trabajo). Eso es lo que me espera en un futuro reciente, ya lo tengo asumido. Eso sí, intentando desarrollar a la vez lo del vídeo, o sea que en un futuro sí que no quiero seguir así.

P– ***¿Has vivido alguna vez un conflicto en el puesto de trabajo?***

R– No me han solido echar de trabajos, pero sí me he ido muchas veces. El primer curro del que me fui fue el de Telepizza, porque me detuvieron durante una manifestación: no pude ir durante dos días y entonces ya no me renovaron el contrato. Luego, en el curro de televenta de productos de limpieza, estaba muy quemada y seguía yendo sólo porque tenía un sueldo fijo y aunque no hiciera nada me pagaban. Había tomado la decisión de estar allí sin esforzarme mucho y cobrar el sueldo que no era alto, pero era mejor que nada. Sin embargo, al poco tiempo me saturé de las tensiones y, un buen día, por una cosa tonta, cogí y me fui.

Y, bueno, respecto a los conflictos… yo creo que no puedes hacer gran cosa, porque, ya en el momento en que empiezas a trabajar, asumes una serie de cosas… Los conflictos los llevas sobre todo fuera, cuando llegas a tu casa, sales con la gente… Muchas veces toda esa energía super negativa la quemas, yo que sé, en el metro incluso. Mi recuerdo de ir a trabajar es ir en el metro, con toda la gente, cuando entras a horas punta, y estar de muy mal humor. Si intentas organizar un conflicto, te eliminan, te barren. Por eso me ha sorprendido mucho la experiencia de Qualytel[1]: por mi experiencia en el *telemarketing* me parece increíble que se haya podido generar un marco que permita pedir unos mínimos. Me sorprende y me alegra. Mi experiencia ha sido que te quejas, «no te preocupes que hay veinte personas esperando a ocupar tu trabajo».

Lo que producen estos contratos basura es que puedas estar rodando de trabajo en trabajo, trabajos que además no tienen por qué tener ningún tipo de relación entre sí y en los que tú misma te ves sacando cosas de ti que jamás pensarías que tienes. Yo he estado desde haciendo un *casting* en el que tenía que cantar hasta yendo por las calles disfrazada de torera, cantando también, para hacer publicidad de un bar (por cierto yo canto fatal); he llegado incluso a bailar en una carroza el día del orgullo *gay* (contratada) y a hacer de *babysitter*. Nunca me hubiera imaginado cuidando a un monstruo de tres años que te tira del pelo y llora histérico. Ése es uno de esos trabajos en los que el afecto se delimita mucho, como lo que hablábamos con el *telemarketing*, que te hacen poner en

1 Véase «Sin el mute: relato de una deriva con teleoperadoras rebeldes», en este mismo libro, pp. 111.

práctica o en funcionamiento cualidades del afecto y la comunicación, pero a la vez te las delimitan, con lo cual es muy curioso, porque cuando cuidas a un niño ¿hasta qué punto puedes estar diciéndole cosas que tú le dirías a cualquier niño? Porque es un trabajo y tienes que delimitar lo que dices, lo que piensas y cómo lo haces…

P– ***Nos has hablado mucho de precariedad ¿cómo la definirías?***

R– Es un estado al que estás abocada por todo lo que hay alrededor. Es lo que más te acerca al miedo, a la soledad. Es un estado en el que vivimos y con el que tenemos un tira y afloja constante, en el que, si pierdes un poco, te puedes ver en la nada. Por eso te digo que es muy importante enmarcar esa precariedad en todo un proceso de vida, que tiene que ir paralelo. Desde mi punto de vista, yo tengo mucha suerte de poder tener unos apoyos que me ayudan a no hundirme en esa precariedad así, a pelo. La precariedad es como un abismo mecánico, un vivir día a día que no te permite llevar a cabo muchas cosas que te salen dentro, muchas inquietudes. La precariedad te restringe mucho y te asfixia un poco.

P– ***¿Cuál es tu huelga?***

R– Mi huelga es abajo el trabajo, ja, ja… Tal como lo vivo ahora es, en ese tira y afloja, ir creando en los momentos de «afloja» algo que te haga no depender de los flujos normales.

La verdad es que lo de la huelga para mí siempre ha sido una de esas cosas que se leen, pero fuera de mis posibilidades. Ahora, no sé, con estos nuevos contactos y también con los procesos que se han vivido últimamente, como lo de Sintel, empiezo a verlo de manera diferente.

La huelga de hoy quizá pasaría por organizarse desde la precariedad, pero el peligro que tiene la precariedad es que no te permite organizarte, que te corta muchos lazos, que te individualiza tanto que no ves que tu situación sea colectiva y que se podría sacar a la luz. Quizá mi huelga pasaría por intentar colectivizar la precariedad, para que eso sea la base de algo, no sabría muy bien el qué, porque a lo que te enfrentas es algo muy grande...

P– ***¿Y tu guerra? ¿Cuál es tu guerra?***

R– Romper la lógica del mercado y todas esas habilidades que canalizan las cualidades de la gente en una productividad mercantil, aprender a canalizarlas para imaginar otra forma de producción.

O, si no, conseguir almohadillas individuales.[2]

Madrid, julio 2003.

2 *Ibid.*

De la atención primaria a la asistencia precaria

Una entrevista con trabajadoras del cuidado en el ámbito público

Mari Paz nos guió en una de nuestras derivas precarias por la trastienda de la enfermería social: suplencias de ambulatorio masificado, trabajo basura para una subcontrata en lo social, formación, pseudovoluntariado… En ella, nos habló con entusiasmo del trabajo de su madre, Gloria, con la que ha cooperado y reflexionado a lo largo de su recorrido existencial de hija y enfermera. Gloria es trabajadora social, exiliada chilena, madre y muchas más cosas. Sus saberes, construidos en un diálogo intergeneracional, a caballo entre lo social, el cuidado y la salud, entre quienes comenzaron a trabajar en un esquema laboral estable durante el desarrollo de los servicios públicos y quienes se incoporaron más tarde, en un régimen de recorte, inseguridad y flexibilidad, nos ponen sobre la pista de cómo se está resolviendo, en lo público, la crisis de los cuidados. Nos encontramos en varias ocasiones y estos son fragmentos de lo que allí se dijo.

Primer encuentro

Gloria– ¿Que cómo llegué a este trabajo? Yo creo que las profesiones siempre tienen que ver con la vida de una, cómo vive, si haces un papel protector en la familia, si necesitas seguir protegiendo. Entonces elegí una carrera de ayuda directa como es el Trabajo Social. Y tienes también, en tu juventud, modelos de otras trabajadoras sociales. Te gustaba lo que hacían, cómo conectaban, cómo conectaban contigo. Desde esta carrera, desde esta profesión, puedes ser, como dice un amigo, una ursulina. Puedes no cuestionarte toda la miseria en la que trabajas, no cuestionarte nada de la situación de precariedad de la gente a todos los niveles o bien planteártela desde otro lugar, un poco más desde la transformación. Y decir ¿qué está pasando aquí con este sistema que provoca tantas situaciones de privación social importante? ¿Y cómo tú también estás siendo un instrumento de ese sistema para contener todo eso? El otro día me encontré con una trabajadora social muy graciosa que me decía: «yo tengo que revelarle a la gente lo que es la realidad, pero yo ya paso de contarles». «Yo a usted la atiendo muy bien, me ponen aquí muy guapa, los servicios públicos, pero, en el fondo, para decirle que no tienen derecho a nada porque las ayudas que se dan son una miseria, no están dentro de una planificación de la protección social digna».

Entonces elegí esto. Yo creo que tiene que ver con eso, con tu historia familiar, con la necesidad de ayudar. Luego ya te trabajas a ti misma. Cómo desligarte de esa función en tu familia, porque no te corresponde. Cada uno forja su vida desde el lugar que ha podido, y no puedes tú ejercer el papel de madre, de vigilante. Primero porque te carga mucho, no es tu responsabilidad y, segundo, porque la gente deposita muchas cosas en ti que tú no puedes dar, que no es tu función, eres una hija más. Entonces recolocas esa función y la desplazas a un ámbito más público y trabajas desde ahí.

P– ***Decías también que incluso dentro del ámbito público es difícil muchas veces separarlo de lo personal, cómo hacer para que no te toque…***

Gloria– Yo creo que nosotros aquí en el ámbito de la salud tenemos bastante espacio para poder trabajar desde la concepción que tú tienes, aunque con las limitaciones que tiene el sistema de salud. Si no, yo me hundiría en la miseria, porque no podría trabajar en otros ámbitos en los que se trabaja únicamente repartiendo recursos concretos, tangibles, instrumentales, de apoyo, pero no desde una mirada dirigida a un proceso de cambio.

Mari Paz– De acompañamiento.

Gloria– De acompañamiento, pero desde lo socioterapéutico, desde un proceso de crecimiento de la gente…

Mari Paz– Pero, tú eso si lo has hecho aquí…

Gloria– Claro, acá nosotros lo podemos hacer porque nosotros no tenemos los instrumentos, ni los recursos. Derivamos a recursos y los recursos son, básicamente, nuestros instrumentos técnicos, profesionales, nuestra formación. Pero lo que hacemos, sobre todo, es trabajar con la gente, desarrollar ese proceso.

P– ***Pero entonces, asumís esa parte del trabajo desde el ámbito sanitario, no tanto desde el trabajo social…***

Gloria– Yo hago trabajo social en salud. Nosotras básicamente estamos atentas a todas las situaciones sociales que, de alguna manera, degeneran en una situación de enfermedad, de malestar psicofísico y vemos cómo trabajar eso con las personas. O al



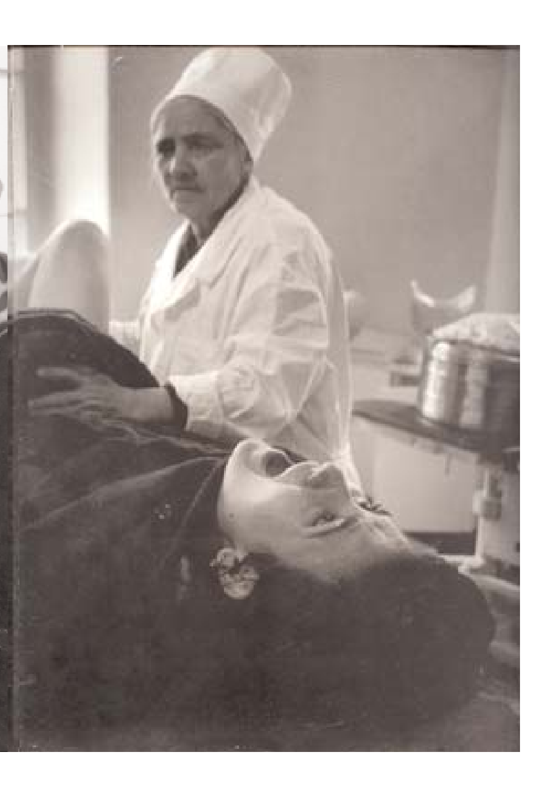
revés, hay una problemática de salud que va condicionando la vida social, emocional, afectiva de la gente ¿no? Entonces, ahí entra nuestro trabajo. Y si necesitan un apoyo instrumental, como tú puedes necesitar una medicación, entonces derivas a esa persona. En esa institución hacemos el papel del médico de familia, que tiene instrumentos suficientes como para diagnosticar y hay cosas que las trata él o ella y otras cosas que las deriva a la gente especializada para completar el diagnóstico, es lo mismo que hacemos nosotros.

Mari Paz– Pero en lo social.

Gloria– En lo sociosanitario, como se dice mucho ahora.

P– ***¿Se integra bien lo social y lo sanitario?***

Gloria– Pues cada vez más.



Mari Paz– ¡Qué dices, mamá! (*risas*) Tú acuérdate cuando vienes de las reuniones con la gente de trabajo social del área 11.

Gloria– Hay gente muy valiosa y otra gente que se está quedado anclada en esa concepción del trabajo social más administrativa, más burocrática, si tú quieres, más tecnócrata. Pero hay otra gente que sigue en la búsqueda. Hay gente muy formada y muy inquieta, incluso el otro día hablábamos con unas colegas a raíz de este anuncio de ayuda para familias, para personas que cuidan a personas mayores que no tienen ingresos, hablamos desde un cuestionamiento del sistema económico y sanitario. Te das cuenta que son parches, que no están inscritos en ningún programa que tenga un proceso y una finalidad sino que son parches puntuales, electoralistas, del momento. Con ellas reflexionábamos sobre esta situación y cómo a nosotras nos ponen al frente de toda esa información y de todo ese asesoramiento, y tú tienes que contarle a la gente las limitaciones que tiene. Queremos crear un grupo de reflexión y de análisis, y también de denuncia si es necesario.

P– ***¿Y qué limitaciones estás viendo?***

Gloria– Tú sabes que hace unos años se impulsó mucho la integración de lo biopsicosocial y lo sociosanitario, entendido desde la coordinación de los distintos organismos sociales y de salud, para que hubiera una conexión más cercana y efectiva. Ahora el sistema está dando la vuelta en sentido contrario, hay un retroceso más biologicista, más individualista.

Yo entré en la salud cuando se inició el proyecto de atención primaria. Los centros de salud y la atención primaria era el primer escalafón, el primer nivel de acceso, la puerta de entrada al sistema de salud. La atención primaria es lo más conectado a la realidad de la gente. Por eso los centros de salud se abrieron para dar servicio a unos 20.000 habitantes. La finalidad era que resolvieran la necesidad de esa población. En esa época, la filosofía giraba en torno a la cercanía. Se nos instaba a que hiciéramos un diagnóstico poblacional para ver un poco cuáles eran las necesidades, los problemas de salud y no trabajáramos con la estadística nacional, sino más bien desde el sector y pudiéramos enfatizar no sólo lo asistencial sino lo preventivo. Trabajar con la población supuestamente sana, que ésta se implicara en la salud de su zona y que no mirara la salud como algo individual sino como algo que tiene que ver con una forma de vida, con las relaciones vecinales, con una forma de consumo, con un sistema económico, con el modo en el que se está conformado el barrio, cómo se relaciona con los profesionales. Las relaciones se estructuraban más desde la horizontalidad que desde la verticalidad o la jerarquía. «Vosotros que sois de la zona… la salud es algo vuestro, nosotros estamos aquí para colaborar». Intercambiamos saberes, las vivencias de cómo la gente concibe su propia salud. Desde ahí la concepción de la atención primaria era integral. La salud no es algo exclusivamente físico, biológico, sino que tiene que ver con las emociones, con la forma de vida, con mis relaciones. A las trabajadoras sociales nos incorporaron para que pudiéramos dar esa óptica de lo social a la enfermedad o a la salud.

P– ***¿De qué época hablamos?***

Gloria– Hablamos de 1984, más o menos de cuando el PSOE gana las elecciones. A mí me tocó trabajar cerca de Guadalajara y fuimos uno de los centros pioneros, y la verdad es que tuvimos experiencias muy vanguardistas, muy interesantes, desde esa visión y luego ya, en la última época del PSOE, yo no sé si tú escuchaste el informe abril, pues debe ser de… Martorel, no sé. Ya en esa etapa del PSOE, con su centralismo, no sé cómo llamarlo, empezaron ya en Europa y en Estado Unidos. En EEUU nunca ha funcionado la atención primaria, pero se fueron introduciendo elementos más economicistas en el área de la salud. Se abortó el proyecto de atención primaria, se dieron recursos, pero no los suficientes. Se echaron a andar todos los centros de salud, pero toda la filosofía de fondo y todo lo que suponía en apoyos económicos, profesionales, instrumentales, se fue recortando y empezó a proliferar un criterio más economicista, que en esa época no consistía en privatizar la salud, pero sí en incorporar más el elemento privado…

Mari Paz– O introducir los elementos de gestión privada en el sistema público…

Gloria– Empezaron a meter la idea de la gestión, como si antes no se gestionara nada. Pero se hizo desde la gestión del derecho privado, desde un cambio en los conceptos del servicio publico hacia los de empresa. Se introdujo la competitividad. Ya no eres un equipo, ya funcionas por separado y tienes que rendir individualmente, tener una productividad, una forma de organización diferente. Lo mío ha cambiado mucho porque nosotros [trabajadoras sociales] estábamos integrados en un centro de salud, al final, no era rentable ¿Cómo iban a tener a una trabajadora social por centro de salud? Pensaron entonces que debíamos estar en los servicios sociales y no en salud. No podían eliminarnos de pronto, entonces ¿qué hicieron? Pues convertir las unidades de trabajo en unidades de apoyo. Nosotras, las matronas, las fisios, los psicólogos y tal, empezamos a convertirnos en unidad de apoyo y esto significa que apoyamos a los equipos médicos y a las enfermeras en los centros, pero no apoyamos a uno sino a varios equipos y apoyar a varios equipos supone a varios centros. Antes yo trabajaba en un sólo centro con un sólo equipo integrado. Ahora yo apoyo a tres equipos en distintos centros en el área 11, en el distrito de Usera, Orcasur, Orcasitas y Sofía. Ahí tienes a toda esa población y piensan que, bueno, ahora ahí sí que podemos trabajar. Yo creo que hubo un desconocimiento absoluto de lo que podíamos hacer y de lo que hacemos y, por otra parte, está el cuestionamiento de que no tenemos que estar en salud sino que tendríamos que estar en lo social, estrictamente en lo social.

P– ***¿Cuál es la idea de esa separación, quiero decir, cómo se pueden escindir dos ámbitos tan entrelazados?***

Gloria– La idea era volver a una idea más biologizada de la salud. He leído algunas cosas que dicen que la atención primaria ha fracasado, que es preciso un modelo sanitario que no tenga tanto gasto, que sea más eficaz, más eficiente, con una gestión privada, con incentivos. Si tengo una visión más biologizada no necesito tanto apoyo de lo psicosocial.

P– ***Sin embargo parece extraño, porque cada vez se oye más eso de lo personal en la salud, el crecimiento personal, el autoconocimiento, la autorrealización, el autocuidado…***

Mari Paz– Yo creo que todo el movimiento biopsicosocial empieza en las décadas de 1960 y 1970 a nivel mundial como parte de la Organización Mundial de la Salud. Eran unos proyectos preciosos, tú lo ves ahora y son proyectos que están a años luz de lo que realmente estamos haciendo en estos momentos. Con esa idea se trabajó en atención primaria.

Gloria– La atención primaria surge a partir del fracaso de un sistema biologicista. Yo vengo de Chile y allí se estaba poniendo en funcionamiento todo lo que era la atención primaria, cercana a la gente, mucho más barata, con instrumentos mucho más accesibles. Era mucho más barato

trabajar con los propios recursos de la gente. Y trabajaba también a partir de la concepción y la forma que tenía la gente de cuidarse, de curarse. En el Tercer Mundo, había proyectos muy interesantes de promotores de la salud donde se formaba gente de la zona, de los barrios, de las zonas rurales para que fueran agentes de salud en su propia zona y trabajaran codo a codo con los profesionales, con los técnicos. La atención primaria surge de una crisis mundial. En ese momento, se populariza el gran eslogan «salud para todos en el año 2000». En España no había cobertura sanitaria para la población, solamente la tenía la gente que cotizaba, los demás vivían de la beneficencia, y así se empezó a plantear una universalización del sistema, que fuera igualitario, justo, accesible a toda la gente, no discriminatorio por la condición de trabajador o desempleado. Además incluía otros conceptos.

Pero el objetivo del año 2000 no se cumplió, no hubo salud para todos. A partir de la década de 1980, aquí empezaron a implantar la atención primaria. Yo ya la había visto en Chile en la época de estudiante. Cuando llegué aquí, yo ya había visto todo lo relativo a los reconocimientos preventivos, la atención a la embarazada, el apoyo alimenticio a la embarazada… Yo tenía 24 años, cuando me embaracé de Mari Paz. Los proyectos de salud comunitaria los hacíamos en la Universidad junto a estudiantes de medicina, de obstetricia y otros. Hacíamos proyectos interesantes en esa época. Claro, cuando yo vine aquí, eso era un *boom* que yo ya había experimentado, incluido el desarrollo de los anticonceptivos. En Chile era muy habitual, una vez que parías, inmediatamente, la matrona empezaba a trabajar contigo, las visitas domiciliarias de las matronas para ver cómo estabas en casa, cómo ibas funcionando. Hacían un trabajo de mucha contención ante la situación de angustia de la primeriza y, a parte de examinarte y ver cómo estabas, te preguntaban cómo dabas de amamantar, cómo te sentías, si tenías alguna duda los primeros ocho días que volvías a casa. Todo eso allí era habitual. Yo vengo aquí en el año 1978 y aquí todavía eso no se vivía porque ni siquiera tenía cobertura el 100% de la población española.



El modelo se traslada entonces a los países desarrollados. Se había producido un aumento del gasto sanitario y las condiciones de salud no mejoraban. Empieza a verse que los grandes problemas de salud no se solucionan con la alta tecnología. Problemas de salud que aparentemente habían desaparecido o que tienen que ver con malas condiciones sociales o de vida. No bien empiezan a desaparecer empiezan a emerger de nuevo. De ahí se empieza a cuestionar un modelo de alta tecnología a la que sólo puede acceder una minoría y no resuelve los problemas de la mayoría. Entonces se implanta la educación para la salud y todo eso, lo de trabajar con la población, entregarle instrumentos de reflexión y devolverle el primer estadio de la salud que es el autocuidado. La primera parte de los 80 fue muy interesante.

P– ***Vinculada también al movimiento vecinal, al movimiento feminista y a una crítica hacia las instituciones…***

Mari Paz– A muchas redes que se estaban creando…

> **P– *Estamos hablando de un sistema que según vosotras está más integrado en los circuitos y las redes locales y es más economico y sin embargo, ahora una de las argumentaciones que se utiliza, es que es muy caro…***

Gloria– El trabajo de promoción no fue una apuesta. Yo creo que se convirtió en voluntarismo de la gente que creía en el modelo y todavía seguimos siendo voluntarias. En mi centro, si yo te contara, hacemos cantidad de actividades de educación para la salud, pero si una de nosotras deja de hacerlo nadie lo asume, nadie tiene la obligación. En cambio tú tienes la obligación de trabajar la atención, la consulta individual, la asistencia. Pero lo otro no, ahora todo está basado en la entrevista individual, en la asistencia.

Mari Paz– También yo creo que ahora hay un cambio de parámetros en la medición de lo que es válido y lo que no, porque ahora el tiempo vale dinero y una educación para la salud te cuesta tiempo sanitario y los resultados son a medio y largo plazo. Es el capitalismo en la salud.

Gloria– Es el número de personas que atiendes, el resultado no importa. La gente siente que trabaja mucho y se siente desbordada cuando atiende a mucha gente y no se da cuenta de que eso es una mala calidad en la atención. Las trabajadoras sociales tienen unos tiempos diferentes. Se nos juzga y se nos critica porque atendemos a muy poca gente y no estamos dentro de los criterios estadísticos de lo sanitario y resulta que, repasando mi caso, repasando los anuarios de memorias de servicios sociales, que están desbordados, me doy cuenta de que atiendo tanto o más que una trabajadora social de servicios sociales y no manejo recursos directos. ¿Qué hago con la gente? ¿Me la como o la mando toda a servicios sociales? Y yo no mando ni el 7%, no derivo a la gente a servicios sociales.

> **P– *Además de las experiencias de atención primaria de las que habláis y del retroceso hacia un modelo biologicista y economicista, hay otra serie de reflexiones sobre el control o gestión de la población en la fase neoliberal. Un control indirecto, una via de entrada en lo privado…***

Gloria– En la atención primaria hay un riesgo de concepción porque, vamos a ver, si yo trabajo con la gente en la promoción de la salud, yo me tengo que ubicar de una forma diferente. ¿Qué hago con el poder como sociosanitaria? El poder de decisión tiene que tenerlo la gente. Se supone que la promoción de la salud es rescatar las formas de vida y salud de la gente, descubrir con ella algunas, cambiar otras, yo entrego el poder al otro.

Mari Paz– Eso es el empoderamiento

Gloria– Claro, en cambio el sistema de salud se apodera desde siempre de la gente, tú pierdes identidad cuando entras en el sistema de salud, pierdes capacidad de decisión, pierdes todo. En cambio, en la atención primaria, era como devolverte esa capacidad a ti como miembro de un grupo, no como algo individual. Entonces ¿qué paso? Que se fue transformando, y el riesgo es que la educación para la salud se convierta en un elemento sancionador y de control. O sea, yo te educo individualmente, te digo lo que tienes que hacer y te sanciono por la conducta, por los hábitos que no son saludables. De ahí la culpabilidad, la individualización de la salud y, si nos descuidamos, la sanción. Por ejemplo, toda persona que fume, que asuma los riesgos. Tú tienes que gestionar y pagar esos riesgos accesorios.

Mira, en Chile tenemos ese modelo de una manera muy descarada porque teníamos un buen sistema nacional de salud, con mucha posibilidades de ir profundizando y mejorando, somos uno de los países con más experiencia y con una literatura de atención primaria que es la que se estudia aquí. Pues ahora el Estado te cubre ciertos niveles básicos, pero lo demás, lo tienes que pagar y asumir tú. Es la ruina personal, el que sobrevive y vive es el que tiene dinero.

Segundo encuentro

Hablamos del Consejo de Salud, un órgano de participación, al que se ha vaciado de contenido. De algunos procesos de salud comunitaria y de movilización en los que participó Gloria durante la década de 1980. Hablamos de los problemas de cuidado y atención más acuciantes…

[…]

Gloria– Tiene que ver con la sensibilidad social, con saber que un Consejo bien formado tiene un peso y una capacidad de movilización. Cuando ves que estás resolviendo cosas, te vas entusiasmando. Estas mujeres [*se refiere a una experiencia reivindicativa desde las «usuarias»*], cuando lograron la consulta, cuando vieron que se les escuchaba… se reunieron con el gerente, vieron la posibilidad, vieron que podían hacer y movilizar… Tienes que generar todo un sistema de organización donde se vayan abordando todos los problemas más urgentes. Hay problemas que son importantes, pero no son urgentes. Entonces tienes que trabajar con la gente para priorizar, pero eso es un trabajo lento y lo vas abordando, y crea mucha ansiedad y la gente quiere todo ya y tienes que decir, vale, los problemas más urgentes de este barrio son, digamos, los ancianos, que son de vida o muerte, que tiene que ver con una situación de desatención absoluta. Y así, vas trabajando. En vez de trabajarlo en forma individual con la trabajadora social del centro de salud y conectar con la familia aparte, conectas también con otra gente que vive en el barrio…

P– *En el caso de los ancianos, además, existe la visión de que son inútiles, no se promociona tampoco otra perspectiva de participación para la gente mayor…*

Gloria– Aquí hay un centro de mayores, se podría trabajar con ellos para que estén representados en el Consejo. El Consejo agrupa a todos los colectivos como entidad, no es como en la asociación de vecinos que se diluye el tejido social. La asociación de vecinos también participa en el Consejo como entidad, aunque la gente que vaya, forme parte de un grupo y esté en la asociación de vecinos. Entonces, vas confluyendo y vas poco a poco creando y reivindicando. Al principio, empiezas por lo pequeño, normalmente la gente centraliza la relación con los centros de salud. Entonces diría: lo primero que hay que hacer es cambiar este centro, es inhumano, pues nada, pues lo cambian. Trabajas para recibir impresiones, ¿qué podemos hacer nosotros? ¿Qué puede hacer la administración? Y empiezas a trabajar

P– ***Pero para eso hace falta gente muy especial***

Gloria– Estamos hablando de un método de trabajo con los ancianos. Eso está estudiado; el desarrollo comunitario en países del Tercer Mundo con pocos recursos…

P– ***Pero si no hay recursos…***

Gloria– Tampoco puedes poner el acento en que si no hay recursos no podemos organizar actividades comunitarias.

P– ***Pero no es lo mismo vivir en una ciudad que en el campo, no es lo mismo vivir en un barrio como Lavapiés que en otro de la periferia. Tal y como está estructurada la ciudad hacen falta recursos, porque las familias ya no viven juntas…***

Gloria– Pero de eso se trata, porque hay cosas que las tienes que organizar tú y otras tienes que presionar para conseguirlas y hacer que el sistema político tenga que comprometerse en crear más recursos y si los que hay no son insuficientes, que se repartan. Pero te digo, este modelo de desarrollo comunitario no surge en los países desarrollados, surgió de la gente que tenía pocos recursos, allí donde la política económica no garantizaba el bienestar de los ciudadanos…

P– ***Vamos, que tan importante son los recursos como los sujetos…***

Gloria– Por eso la etapa previa es creer que la unión hace la fuerza. Que las personas luchen por lograr su derecho a vivir mejor, a que se invierta en su barrio, porque dinero hay si la tarta se reparte de forma diferente. Yo le explicaba a la gente que no es problema de presupuestos, de dinero. Si usted tiene una tarta en su casa y va a celebrar un cumpleaños, usted para repartirla, si quiere que alcance para todos o priorizar, depende de cómo la parta. Si usted al glotón le da la mitad de la tarta, pues mire, sólo se va a beneficiar uno y no todos. ¿A quién le doy priori-

dad? Eso depende de la ideología que uno tenga.Yo creo que me tengo que proteger, como lo hace la política del PP, e invertir en seguridad, pues invierto en seguridad, en defensa, etc. Y no gasto en otras cosas.

P– ***¿Cuál dirías que es la tendencia en el ámbito de la salud?***

Gloria– Pues la privatización. Que los centros de salud, los hospitales, atiendan al público pero regentados por gestoras privadas.

P– ***Y con el trabajo social ¿qué es lo que está sucediendo con la aparición de las ONGs?***

Gloria– A medida que la política se vuelve más neoliberal y conservadora, más importancia tienen las ONGs. Porque el Estado empieza a desvincularse de su papel de protección social y de garantizar la igualdad entre los ciudadanos, y las ONGs van cubriendo ese vacío. Yo tengo mucho miedo con las ONGs, yo prefiero un colectivo insertado en el barrio que trabaje en el barrio, que sea parte del tejido social del barrio y no que vengan desde fuera a solucionarnos los problemas. Cuanto menor es el intervencionismo del Estado en la protección social de los ciudadanos en términos de igualdad e invirtiendo, por ejemplo en los centros de salud, más se priorizan otras cosas, y no es casualidad. Todo menos apostar por la enseñanza pública, que haya grupos de apoyo, profesores autóctonos para ayudar a la integración de los chicos, que no haya clases tan masificadas, que no se vayan los chicos españoles y haya una mayor integración. Para eso hay que poner medios y no ir delegando funciones en las ONGs.

P– ***¿Tú tienes en tu trabajo contacto con ONGs?***

Gloria– Muy poco. Y las ONGs sí que tienen subvenciones, contratan profesionales, pero desde la precariedad, porque no pagan lo que tienen que pagar. Tienen que controlar el gasto y tienen que prestar más servicios de los que pueden. Por ejemplo, el tema de la droga ha sido de una precariedad absoluta, son contratas…

Mari Paz– En la Rosilla hubo un punto impresionante de mafias dentro del propio centro, o sea, que era la risa. Por ejemplo, en el Plan contra la Droga, todas las instituciones que están trabajando, que funcionan con contratas, son la hostia y hay como una especie de mafia interna de grupos de contratas que presentan proyectos y que ¡qué curioso! a ésta le dan 8 este año y lleva 5 años cada vez ganando más, y está el primo y el hermano de no sé cual, y que encima, claro, todo lo que se quita de inversión, porque el proyecto que le dan es el más barato, se lo quitan del sueldo de los profesionales para que les quede una ganancia.

Ahora, por ejemplo, todo el ámbito de trabajo de calle, de trabajo de acompañamiento, cuando una persona que acompaña a un chaval de un centro a otro lado haciendo de guía, todo eso se hace con voluntariado o con ONGs. Acompañamiento y luego todo el tema asistencial, todo lo de la prevención terciaria, que es trabajar en los que están enganchados, para la reducción del daño (intercambio de jeringuillas en calle, entrega de preservativos, recogida de jeringuillas usadas, información, educación, las vacunas, incluso centros de noche, centros sanitarios de urgencias) todo eso también lo cubren las ONGs y lo que no cubren ONGs lo cubren empresas de servicios.

Donde yo trabajaba, es curioso cómo va cambiando cada año. Hay un grupo que de repente ves que empieza a ganar puestos y puestos, por ejemplo, este año TRAMA [*empresa de servicios*] se ha llevado mogollón de cosas.

Gloria– Como yo, si hago una subcontrata, yo vendo el servicio, en vez de que te contraten a ti directamente vendo tu fuerza de trabajo al hospital o al centro de salud. Tú haces el trabajo, yo cobro por ti doble, porque yo digo en el presupuesto lo que vales tú, el sueldo lo pongo por lo alto, además, el material de limpieza, las sustituciones, bueno entonces digo, esta persona me sale por 300.000 mil pesetas mensuales con material y todo, y resulta que a ti te pago 60.000 mil pesetas y la diferencia me la quedo. Imagínate lo que deben ganar. Empresas como EULEN, que han cogido todos los ámbitos, una multinacional de servicios.

P– ***Pero hay mucha competencia dentro del mercado de las empresas de servicios…***

Mari Paz– Dicen, a ver, presentadnos proyectos. Es así como funciona. Abrimos plazo para presentar un proyecto de no sé qué, entonces presentan. ¿Quién se lo lleva? El que presente un proyecto más completo con un presupuesto más bajo. FUCAR, el centro donde yo estaba, presentaron mogollón de proyectos. ¿Qué pasa? Que cuando FUCAR lo ganó, la empresa ésta, ALMA-ATA, que fue donde se inició la atención primaria…

Gloria– En el año 78 hubo un encuentro de la OMS donde se promulgó eso de la salud para todos en el 2000 y se hizo el diagnóstico que te contábamos, entonces, ALMA-ATA fue el lugar donde se organizó…

P– ***Pero, la gente sabe lo que está pasando, ¿hay gente que está mosqueada?***

Mari Paz– ¿Sabes lo que pasa? Que no le ponen nombre. Todos estamos quemados y todos estamos a disgusto, todos los estamentos, desde los directivos hasta tal. Falta poner nombre al malestar y situar



el origen, es lo que falla, pero porque nosotros mismos como profesionales hemos perdido el sentido de para qué trabajamos, que es para crear redes sociales. Lo que se dice desde la atención primaria es que tú no puedes solucionar problemas trabajando individualmente con la gente, porque hay problemas que tienen su semilla en la comunidad, en los servicios que hay o que no hay, en las relaciones que hay o que no hay y en la salud que hay en la comunidad. Son problemas que se tienen que solucionar en lo social, mediante decisiones políticas, con movilizaciones, con empoderamiento. ¿Qué pasa? Que nosotros eso mismo no nos lo creemos, que no tenemos claro que el problema tenga un origen social, que sea colectivo. Lo que les pasa a nuestros pacientes nos pasa a nosotros. La gente se queja, pero lo vive a nivel individual, no se agrupa.

Gloria– Se reproduce un análisis unidireccional maniqueo: mis pacientes son unos bordes, unos dependientes, demandan sólo eso y se buscan soluciones mágicas, como la medicación. Yo me siento en medio de una empanada, como en un *sandwich*. En mi administración tengo que reducir gastos y la gente me demanda. No ha calado el modelo de atención primaria.

Está el caso de los hiperfrecuentadores, sobre todo los ancianos, que están solos y somatizan. No les pasa nada en especial pero les pasa de todo…

Mari Paz– Yo tengo una señora que tiene mareos y no le pasa nada, pero tenemos que ir todas las semanas a su casa y no le pasa nada. Y físicamente le acaba pasando porque ella siente los mareos, yo la levanto y tiene los mismos síntomas de una persona que se está mareando. Lo que pasa es que ella no tiene los síntomas: ni la glucemia, ni la tensión ni nada, pero suda frío y la ves con la mirada perdida…

Gloria– No es que no le pase nada, le pasan cosas, pero que no se le pueden resolver desde el sistema sanitario tal como está concebido. Sí tú no tienes una visión más amplia de la salud, no se lo puedes resolver y te jode atenderla. ¡Es un coñazo! Esta señora necesita tener una médico y una enfermera en su domicilio, ¡vaya familia! En vez de decir: ¿qué está pasando con la gente que se siente tan sola, que está demandando servicios sanitarios de forma tan frecuente? ¿Qué le está pasando? Ha de hacerse otra lectura y no medicalizar esa situación y empezar a trabajar juntas. Vamos a ver a esa persona, ver dónde está el problema. Se descarta patología médica importante, se analizan todos los condicionantes, para eso nos contratan a las trabajadoras sociales en los centros de salud, para darle esa lectura. Tú valoras los aspectos psicosociales que rodean a esa persona y con los aspectos médicos analizas cuáles son los que se han de trabajar con esa persona desde una atención más completa.

Mari Paz– Pero es que además está hiperdemostrado científicamente. Es que los países que trabajan desde una perspectiva social disminuyen el estrés, disminuyen la ansiedad.

P– ***¿Qué países están trabajando así?***

Mari Paz– Canadá, por ejemplo. Sri Lanka, Cuba, Israel. En Israel, desde la atención primaria se ha anulado el cáncer de ovario, de ovario y de endometrio; solamente captando mujeres y haciendo educación para la salud. Chile en su época, algunos países de África tenían proyectos de este tipo.

Gloria– Entonces tú eres un recurso de tu comunidad. Luego para resolver esos problemas que no son primarios, que son más secundarios, más terciarios, necesitas otros recursos más especializados, pero tú eres tu propio recurso, tu familia es otro recurso y luego tienes que aprovechar los recursos que tienes dentro de la comunidad, trabajarlos con las autoridades para que haya y hacer una tarea de reivindicación, de presión y de cambio de visión. Por ejemplo, ahí están todas esas experiencias participativas que se hicieron en Brasil con el partido de Lula, con el Partido de los Trabajadores, desde un modelo en el que la gente participa, tiene voz y voto en las decisiones, en la denuncia, en los problemas, en el abordaje de los problemas. Hay cosas que tú, realmente, no puedes resolver y tienes que empezar a contar con los que tienen el poder. Pero yo tengo otro poder, pero me lo tengo que creer.

Mari Paz– Pero les da miedo…

P– ***¿Por qué les da miedo?***

Mari Paz– Porque si eso ocurriera perderían el control total. Si la gente se da cuenta de cómo funcionan las cosas y se pone a autoorganizarse… Mientras la gente sea dependiente tú vas a controlar el tipo de cosas de las que van a depender.

[…]

Gloria– Es un poco lo que se planteó en la época de la Thatcher, que los fumadores no iban a tener cobertura en el sistema. Ése es el riesgo de considerar que lo que pasa es responsabilidad individual. Pero algo está pasando socialmente, porque no puede ser que toda la gente que fuma esté jodida individualmente y necesite depositar en el tabaco sus historias, tiene que haber algo que pasa, toda la gente que está estresada; con el tema de la anorexia; el consumo excesivo de alcohol, que es de las drogas más duras. Entonces se penaliza: usted es responsable, vale, pues usted es responsable, ahora usted, como sabe lo que tiene que hacer y no lo ha logrado, le vamos a penalizar. Te culpabilizan y luego te aterrorizan. La publicidad del tabaco es culpabilizadora, está demonizado, el tabaco mata, el paso siguiente, como mata y usted lo sabía, pues mire, jódase. Una vez yo escuché a un compañero decir eso, fue con lo de los drogatas: «esta gente está ahí porque

quiere, se les tenía que dejar porque luego demandan cantidad de servicios, mire que si tengo el SIDA…». Por esa regla de tres, lo mismo pasa con los fumadores. Aquí tienes muchos compañeros fumadores, se están jodiendo los bronquios...

Mari Paz– Los sanitarios tienen el mayor índice de fumadores de todas las profesiones. Y ahora nosotros, que somos sanitarios y hay mogollón que fuma, utilizamos el mismo discurso…

[…]

P– ***¿Se parecen el trabajo social y la enfermería?***

Gloria– Sí, todo ello va de lo mismo. ¿Quiénes son las enfermeras tradicionalmente? Las monjas. ¿Quiénes son las trabajadoras que dan la comida y organizan la comida? Las monjas y ¿quiénes son la mayoría de las monjas? Mujeres. Vamos, las monjas siempre son mujeres y la mayoría de las cuidadoras son mujeres…

Mari Paz– Dice Ezequiel en uno de sus libros, un amigo nuestro, que todas las profesiones que vienen de la esencia de lo que era ser mujer son profesiones muy aplastadas. Hasta aquí, y no se puede crecer más, no. Y el colectivo se ha creído esa posición. Y nosotros en enfermería uno de los grandes problemas, todavía en el 2003, es el de la profesionalización de la enfermería, la especialización, el que se nos reconozca o se nos haga una licenciatura que es lo normal…

P– ***¿Cuál es el estatuto de la enfermería?***

Mari Paz– Es una diplomatura y no hay especialidad. O sea yo salgo y soy enfermera general y sirvo para una U.C.I., para una ambulancia de urgencias, para un centro de salud o para una residencia de ancianos. Nada que ver, o sea, nada que ver, porque yo, ahora, me meten en un quirófano como enfermera y digo ahahaha…

P– ***Se ha entendido la enfermería como una práctica ¿no?***

Mari Paz– Eso, como un técnico, es que ése es el problema, el del A.T.S., el ayudante técnico sanitario…

Gloria– No ayudas a la gente, ayudas al médico. En Chile era una licenciatura y eran buenísimas. Era dificilísimo sacar la licenciatura en enfermería y además controlaban las plantas ellas. ¿Qué hacían? Contrataban a muchas más enfermeras que médicos; era al revés.

Mari Paz– Claro, ésa es la perspectiva. Pero, tú mira, hay una huelga de enfermeras y se caga la pata abajo la ministra de sanidad porque es el caos. Porque un médico pasa dos veces al día por una planta: una por la mañana y otra por la tarde, pero la planta funciona porque hay tres turnos de enfermería, mañana, tarde y noche; y una enfermera por cada x pacientes y si no está la enfermera toda la mañana pues, tututututu, eso es el caos absoluto…

P– ***¿Y lo de la profesionalización?***

Mari Paz– Nos llenamos la boca con la palabra, pero es un colectivo que como colectivo, es que es lo mismo que antes, no se ha creído la fuerza que tiene**.** Es que a nosotros mismos nos ha costado mucho reconocer nuestro poder y nuestro valor y, de hecho, todavía nos cuesta. O sea, yo tengo amigas que si un doctor o un cirujano les dice: «¿pero tú que haces? Pareces tonta», se callan, se ponen coloradas, te entran ganas de llorar, pero te quedas así y no dices nada. Y, bueno, tengo otras amigas, Pati, que le dice «pues hágalo usted que sabe tanto». Entonces, se la queda mirando así, imagínate, ella que es una suplente, encima a los anestesistas que son como los dioses, después de los cardiólogos. Y te dicen «voy a llamar a dirección». «Pues llama a dirección, llama». Ninguno ha llamado, sólo uno llamó y ésta se fue a hablar con la supervisora y le dijo: «ese es un gilipollas». No le hicieron ni puto caso. No nos creemos eso de la enfermería. A mí me ha pasado, o sea, de decir... «¿qué le digo a esta tía? ¿La contesto? ¿No?» y tal. Te descoloca y eso lo tenemos mamao. Nos pasa lo mismo. No nos creemos colectivo, no nos creemos nada el poder que tenemos. Si enfermería es uno de los colectivos que menos hace huelga. Hacen huelga los auxiliares y los médicos.

Gloria– La enfermería va a peor con este modelo. Van a dejar una enfermera con tres consultas médicas.

P– ***¿Ahora, cómo es la cosa?***

Gloria– Una por cada consulta.

Mari Paz– Nos están jodiendo ahora. Nosotras trabajamos desde el cuidado, la enfermería no trabaja para curar, nosotros trabajamos desde el cuidado y el cuidado es personal. Yo cuando trabajo cuidando, a la persona tengo que conocerla porque Antonio necesita que le cuiden de forma distinta que a Vicente aunque tengan la misma edad. Y cuidado para Antonio es distinto que para Vicente, o sea, la enfermería trabaja para conseguir que la persona sea lo más autónoma posible, dentro de sus limitaciones: apoyo, suplir en momentos puntuales y cada vez ir retirando. Enseñar, educar... ¿Qué pasa? Que una medicina que sólo invierte en algo que sólo es receta, medicalización, no necesita enfermeras, sólo necesita técnicas, una enfermera que pinche culos y que tome la tensión, pero es que eso yo se lo enseño a cualquiera…

Gloria– Contratas auxiliares de clínica y te sale más barato…¿Sabes cuánto le pagan en la plaza de enfermera a la que se iba a presentar Andrea como fisio? 140.000 pts.

Mari Paz– ¿Sabes cuánto me pagaban en FUCAR? 132.000 pts.

Gloria– Es un abuso.

Mari Paz– Y como era un servicio de noche no nos pagaban nocturnidad porque como era de noche sólo. Trabajar de noche no es turno nocturno…



Gloria– Cuando nocturnidad siempre se ha pagado por ser de noche, porque te rompe el ciclo vital, por eso se paga nocturnidad, no porque sea un servicio sólo de noche…

Mari Paz– Y peligrosidad según, se metía en la nómina para ver si cuadraba, si no cuadraba, pues no.

Gloria– Imagínate todo lo que ganaba la contrata.

Mari Paz– Y luego nuestro jefe era guay, porque era de buen rollo: «lo que vosotras queráis».

Gloria– Seguro que él tenía un sueldo de 400.0000 pelas.

P– ***Claro, por eso tenía tan buen rollo (risas)…***

Gloria– Encima tenían que hacer trabajos que no les correspondían a ellos…

Mari Paz– El equipo nuestro nos coordinábamos solos, por eso funcionó tan bien. Claro, era un equipo de mujeres. Todas nos llevábamos de puta madre y eso funcionaba como un reloj. Que había bronca, ya sabías que todos ahí, si la bronca se alargaba y llegaba a las cenas, daba igual quién fuera, trabajadora social, educadora, enfermera, médico, quien fuera se iba a hacer la cena. Los demás de apoyo. Y cuando empezaban a personalizar , te metías. Faltaba algo de enfermería, a mí la trabajadora social me decía «estoy haciendo el pedido de vacunas, he visto que te faltan tuberculinas

para hacer el mantus de la prueba de la tuberculosis ¿te pido?», «vale tía, guay».

Gloria– Ese servicio funciona por el buen rollo de los compañeros, pero es que para que funcionara para la mierda, porque al final por solidaridad con la compañera haces que funcione, pero no te están pagado ni reconociendo, te están explotando.

Mari Paz– Nosotros teníamos masificación, pero funcionaba dentro de lo cutre que era, porque tú lo viste. La gente iba porque se sentía bien, porque nosotras estábamos bien, porque podían charlar, nos reíamos, poníamos música, ahora nos ponemos a bailar. Fue una época genial. ¿Qué pasó? Nos fuimos todo el grueso del equipo, se quedaron muy poquitas, empezó a entrar gente nueva y como la gente nueva no se lo cree, lógico, yo lo entiendo perfectamente, pues se fue al carajo y venían menos chavales…

Gloria– Y el Ayuntamiento no se iba a gastar 20 millones para atender a 13 personas todas las noches.

Mari Paz– Claro, entonces estaba acojonado nuestro jefe. Y así era, ese es el modelo.

Gloria– Ese es el modelo. Hay que crear empresas autónomas, que la gente se considere un empresario nato, como estamos dentro del modelo, todos queremos ser empresarios y ser empresario supone hacer recortes para sacar más beneficios.

Mari Paz– Claro, pero de buen rollo y con calidad de profesional.

Gloria– Esta niña iba con unas pintas, que parecía otra yonqui. Claro, una médico formada como médico no va a trabajar ahí, gana una mierda y encima tiene que hacer bocadillos, claro, es que tú también entiéndela, y es que tú también. O sea tú lo hiciste porque te daba lo mismo, pero yo como trabajadora social no hago bocadillos. Mira, te vienes tú como jefa a hacer bocadillos, yo me voy a dedicar a atender, a entrevistar, a estar con los chavales, a comer con ellos para poder ver un poco cómo se puede…

Mari Paz– Porque nosotras nos lo creímos, fuimos masocas, total.

Gloria– Fuisteis masocas porque encima estabais ganando una mierda. Yo creo que fue por creértelo, por autodefensa, porque diste con gente maja, pero yo entiendo a esa médico, no por ser médico, si hubiese sido una enfermera, igual.

P– ***Por lo que nos decía Mari Paz, tus relaciones sociales pasan por ahí, es tu mundo y quieres que funcione bien…***

Mari Paz– Era mi gente. Yo iba a FUCAR solamente para estar con mi gente, para reírme, hacíamos tipo terapia, era una catarsis total, pero incluidos los chavales. Se enteraban, daban su opinión sobre tu vida: «jo, tía pues yo creo que deberías tal» y decían «¿vosotras que hacéis aquí? ¿Qué pasa? ¿Que os han echao de algún lao para estar trabajando aquí?». Hubo un día, que yo me cagaba de la risa, que le dice uno a otro: «y tú cállate, que en una semana te pinchas lo que ganan estas chicas en un mes».

Gloria– A mí un paciente me dice que de dónde me han echao que estoy trabajando ahí y se me cae el alma al suelo. Pero fíjate de dónde saca uno… una cosa es trabajar, vamos, los trabajos nuestros tienen algo de militancia si los abordas desde una opción distinta, pero tienes que poner fronteras. Tú conectaste, te lo creías, fue la experiencia más rica que tuviste, pero ojo, no te puedes creer que a esos chavales les puedan resultar útiles unos servicios sociales de ese tipo. Ahí les fue útil porque cuando estuvisteis vosotros, por autodefensa, encontrasteis gente maja y dijisteis: «aquí vamos a trabajar en las mejores condiciones posibles entre nosotras, porque es un medio hostil y no gratificado ni económica ni profesionalmente».

P– ***¿Tú no te has visto en esa situación?***

Gloria– Yo no, porque a mí me han pagado lo que me tenían que pagar, pero, ojo, aquí yo no… entonces había trabajos, aunque eras consciente de que lo que hacías era una especie de militancia. Pero a mí me pagaban dentro de lo estipulado para un profesional médico, nunca he trabajado por menos pelas.

P– ***Pero porque tú te has incorporado al mercado laboral en otra época, si te hubieras incorporado ahora como nosotras estarías como estamos nosotras***

Gloria– Claro, pero por eso mismo tienes que tener más criterio para juzgar la realidad. Si quiero tener estas amigas me lo monto fuera, pero encima no se lo voy a dar a esta empresa. Con esta gente hago un buen rollo, pero fuera. O marco el ritmo: lo estrictamente necesario.

Madrid, octubre 2003

«Orgullo puta»

Hablando con una estudiante y trabajadora del sexo

Liad llegó a Barcelona invitada a unas jornadas sobre el conflicto israelo-palestino. De Barcelona viajó a Madrid y, una vez aquí, combinó dos búsquedas: de trabajo en peep shows *y de contactos con grupos de mujeres que ella calificaría «pro-prostitución». Con la ayuda de compañeros y compañeras de CGT, al fresco de la Eskalera Karakola en un caluroso día de agosto, aprovechamos su estancia en Madrid para hacerle una larga entrevista.*

P– ***¿Dónde vives y qué haces como medio de sustento?***

R– Vivo en Israel y Palestina, en el lado israelí. Actualmente soy estudiante y escribo una columna para un periódico, ésa es mi principal fuente de ingresos. Tengo intenciones de trabajar en casas de citas como telefonista, no como prostituta. Anteriormente, he trabajado haciendo SM como ama y ofreciendo otros servicios sexuales pero sin mucho contacto directo, más bien basados en fantasías. También he trabajado de *encueratriz* [profesional del *strip tease*], en *peep shows* detrás de un cristal, en espectáculos privados sin vitrina, pero igualmente basados en fantasías. En alguna ocasión, he trabajado ofreciendo servicios sexuales con algo de contacto físico, pero no total.

P– ***¿Podrías hablarnos de la columna que escribes en el periódico?***

R– Sí, es una columna personal, por lo tanto escribo sobre mí misma y mis experiencias, principalmente mi experiencia en la industria del sexo. Sobre todo procuro enlazar cuestiones del feminismo con el trabajo sexual y cómo las mujeres pueden adquirir más poder a través del trabajo sexual. También intento destacar muchos asuntos éticos y sociales relacionados con el trabajo sexual. Me parece importante mencionar que no es muy común dar voz a las trabajadoras sexuales y creo que ésa fue la intención inicial de esta columna. No es lo mismo que se escriba sobre el trabajo sexual, a que las propias trabajadoras tengan voz y puedan hablar por sí mismas.

P– ***Y ahora háblanos de la situación legal en lo que atañe al trabajo sexual en Israel***

R– Sí, gran parte de la industria del sexo se mueve alrededor de la prostitución. Otros servicios, como los espectáculos de *strip tease* son menos comunes. También hay servicios de SM, como ya dije, y se producen películas porno, pero, en realidad, el componente principal de la industria es la prostitución. La prostitución no es ilegal en Israel, pero no se la reconoce como un medio de ingresos, con lo cual, tiene un estatus alegal. Lo único que sí que es ilegal son los proxenetas, alquilar un piso con propósitos de prostitución y poner anuncios publicitarios de servicios sexuales. En Israel se ejerce la prostitución principalmente en casas de citas y no en las calles. A veces también existen los llamados «pisos privados», y hay mujeres que trabajan por cuenta propia, pero, en realidad, la mafia controla gran parte de la industria, especialmente en Tel Aviv y Haifa.

Israel tiene un alto índice de mano de obra migrante, gran parte de la cual ha llegado a través de redes de tráfico de personas. Con relación al mundo, Israel es el primer o segundo país con índices más altos de prostitutas migrantes que han llegado a través de redes de tráfico. Claro, por un lado, no se considera la prostitución como una forma de trabajo, y además muchas de las mujeres ni siquiera tienen estatus de trabajadoras, muchas de las que son migrantes, no cuentan con papeles de residencia y las que han llegado a través de redes de tráfico están atadas a un club en concreto: todos estos factores se suman para hacer a las trabajadoras sexuales extremadamente vulnerables, y esto favorece que los traficantes y los dueños de casas de citas pueden aprovecharse de ellas.

Hay una diferencia entre los traficantes y los dueños de clubes. A las mujeres que llegan a través de redes de tráfico ilegales, los traficantes las dejan en manos de dueños de casas de citas a cambio de altas sumas de dinero. Con esta «compra» se crea una deuda «usurera» para las mujeres: es decir, que tienen que pagar con su trabajo el precio de su manutención y todos los costes del viaje a Israel: los de sus documentos, los billetes de avión… en fin, todo el coste del proceso de contrabando. Además de la obligación de pago de una deuda de sumas desorbitantes, al no tener papales ni contactos, quedan totalmente en manos de las redes de tráfico y de los dueños de clubes. Los traficantes y dueños de clubes a menudo se aprovechan de esta situación de vulnerabilidad y abusan de ellas.

Hay una gran diferencia entre las mujeres migrantes en general y las que llegan a través de redes de tráfico. Hay mujeres que han elegido ir a Israel utilizando redes ilegales de migración, lo que significa pagar a una persona o a varias por los gastos de un viaje que es ilegal. Pero esto es distinto que llegar a través de redes de tráfico y quedar sujeta a un único club en el que estás obligada a trabajar y hacer todo lo que te digan para pagar la deuda «usurera». Por supuesto que la mayoría de las mujeres prefieren venir por cuenta propia para no estar sujetas a este tipo de deudas «usureras» y así tener más flexibilidad a la hora de buscar trabajo de manera autónoma. Pero no todas pueden, porque para venir por cuenta propia hay que tener más medios. También existen muchas mujeres israelíes que trabajan en la prostitución. Muchas de ellas han nacido en Israel, pero provienen de Europa del Este, y evidentemente hay una gran diferencia entre las condiciones de trabajo de éstas y las de las mujeres migrantes. Si tienes la ciudadanía, puedes negociar

para mejorar tus condiciones de trabajo, puedes obtener el 50 por ciento de tu trabajo, no se lo debes a nadie y en general, los dueños de casas de citas te tratan mejor. Además, como la prostitución es común en muchos sitios, si no te gustan las condiciones de un lugar, puedes irte a otro.

También existe la prostitución de calle, pero es menos común. La mayoría de las mujeres que trabajan en las calles son mujeres que no pueden trabajar en casas de citas, principalmente transexuales y yonquis, porque no las contratan. Como ya he dicho, hay mujeres que trabajan por cuenta propia, no en casas de citas, sino que tienen un piso con una amiga y trabajan juntas. Estas condiciones son mucho mejores, pero a la vez significa convertirse en dueña de un negocio, lo cual comporta riesgos, porque como ya he dicho alquilar un piso con el propósito de ofrecer servicios sexuales directos (prostitución) es ilegal. Si te descubren, quedas en una situación muy difícil y, además, si hay más mujeres trabajando en el piso, se te puede acusar de proxeneta, con lo cual te enfrentarías a dos cargos en los tribunales.

Hay dos cosas que me gustaría mencionar sobre la relación entre la policía y la mafia. La mafia controla gran parte de la industria del sexo, especialmente en Tel Aviv, donde la policía no interviene. No estamos seguras, pero presuponemos que existe un acuerdo entre la mafia y la policía. La policía seguramente considera demasiado peligroso intervenir en lugares controlados por la mafia, mientras que hacen redadas continuamente en sitios donde no hay tanta mafia, como en Jerusalén. Evidentemente, quienes sufren las consecuencias son las mujeres, porque muchas no tienen papeles y también por el carácter alegal de la prostitución. Cuando detienen a una mujer que está trabajando, en la calle o en un piso, suele ser por no tener permiso de residencia, o por estar trabajando sin permiso de trabajo. Irónicamente, en esos casos la prostitución adquiere un estatus de trabajadora, y te pueden acusar de trabajar ilegalmente, sin papeles. Por otro lado, durante las redadas en Jerusalén, intentan acusar de proxenetismo a alguien que normalmente no es el proxeneta en sí, sino por ejemplo una mujer que trabaja en el mostrador o la administradora.

Otra cosa de la que quisiera hablar es respecto a la legalidad del trabajo. Evidentemente, es un trabajo sin estatus legal, todo lo que se gana es dinero negro, en efectivo, y no se recibe ningún tipo de prestación social. No conozco ningún caso de mujer que haya ido a Hacienda para declarar impuestos y pagar la seguridad social y así conseguir prestaciones sociales. Sin embargo, presupongo que si sucediese, no sabrían cómo clasificarnos, en qué tipo de actividad económica incluirnos, principalmente por razones burocráticas. No se me considera empleada porque mi empleador, que es un proxeneta, nunca admitiría que soy su empleada. Más que nada soy autónoma, pero no tengo recibos, así que no puedo demostrar cuánto he ganado. Y desde luego no puedo ser empresaria, porque ser dueña de un negocio de este tipo es ilegal.

P– *Podrías comentarnos la situación global de la prostitución y del trabajo de movilización y organización en torno a la industria del sexo.*

R– El tema de la organización y movilización dentro de la industria del sexo, es decir, la lucha para que el trabajo sexual sea reconocido como tal y la lucha por los derechos de las trabajadoras, cobró importancia en Estados Unidos a principios de la década de 1990. A partir de entonces,



la sindicalización de bastantes trabajadoras sexuales, la formación de algunos colectivos de prostitutas, así como la aparición de colectivos de trabajadoras sexuales con representación oficial en el gobierno han dado empuje a esta situación. Uno de estos colectivos está en San Francisco y tiene representación sindical. Hay otro sindicato de prostitutas que se formó recientemente en Gran Bretaña, ligado a un sindicato oficial. Además, me parece que existen algunos sindicatos en Calcuta, así como en Hong Kong, que reciben apoyo de sus respectivos gobiernos.

Por otro lado, se está produciendo un aumento de la migración de mujeres que buscan trabajar en distintos sectores, entre ellos la prostitución. En la década de 1990, con este incremento de la migración, se formó una organización llamada «Coalición contra el tráfico de mujeres», que es probablemente la organización más grande y sólida que trata la cuestión de la prostitución desde una perspectiva absolutamente abolicionista. En aquella época, tenía como prioridad absoluta en su agenda los problemas del turismo sexual en Tailandia e intentó introducir este tema en la agenda internacional. Otra cosa que sucedió en relación con el turismo sexual fue el manifiesto internacional sobre prostitución de 1996. Era un manifiesto escrito por prostitutas organizadas con una serie de reivindicaciones, pero no tuvo mucho difusión.

Al mismo tiempo que aumentan determinadas problemáticas relacionadas con la prostitución, la migración y el tráfico de mujeres y sus consecuencias, vemos que la mayoría de las mujeres trabajadoras en la industria del sexo no se quedan en un solo lugar, sino que optan por migrar a lugares donde tienen posibilidades de estar mejor remuneradas. Muchas mujeres procedentes de países pobres de Asia oriental se van a Tailandia. Por ejemplo, mujeres filipinas. A su vez, las tailandesas migran a Australia, donde se las considera exóticas y se las valora por eso, mientras que las australianas se van a Japón, donde se las valora por ser blancas y ganan más dinero. Hay incluso mujeres de Estados Unidos que eligen Japón como lugar de trabajo. Las mujeres de Europa del Este, por su parte, se van a Europa occidental… y así sucesivamente. Así que la migración es cada vez más predominante, y el tráfico de personas también aumenta. Como esta situación es cada vez más visible, los grupos contra el tráfico de mujeres (en su mayoría abolicionistas) han ido cobrando fuerza y ha crecido su capacidad de presión.

Existen grupos con mucha influencia en el gobierno de Estados Unidos y las Naciones Unidas. Debido a su trabajo en las Naciones Unidas, la situación se ha polarizado y los políticos se han visto obligados a posicionarse, sea a favor de la prostitución, lo que significa reconocer el derecho que tienen las trabajadoras al trabajo sexual, legitimando su elección y permitiendo mejorar sus condiciones, o en contra, es decir, tomando una postura abolicionista. Los y las abolicionistas generalmente son humanitarios/as, trabajan *para* las prostitutas, mientras que los grupos pro prostitución trabajan *con* ellas y muchas veces son grupos constituidos por las propias prostitutas. Las/los abolicionistas trabajan en programas sociales y humanitarios y no en proyectos progresistas o políticos. Ser abolicionista generalmente significa ver a las mujeres como víctimas y, aunque por lo general desde estas posturas no se intente erradicar directamente el trabajo de las prostitutas, sí que se procura ilegalizar el proxenetismo y la creación de barrios rojos, con el pretexto de mejorar las condiciones de las mujeres, cuando estas medidas en la mayoría de los casos suelen traducirse en una mayor vulnerabilidad para las prostitutas. El discurso humanitario de los/las abolicionistas ha favorecido el estrechamiento de sus lazos y relaciones tanto con el gobierno como

con distintos organismos internacionales ligados a las Naciones Unidas. Cada vez tienen más poder. Por ejemplo, la «Coalición contra el tráfico de mujeres», una organización a escala internacional, tiene un *lobby* muy fuerte. En términos generales, existe una drástica división entre grupos abolicionistas y grupos pro-prostitución, aunque ambos afirman ser feministas. La «Coalición contra el tráfico de mujeres» dice que toda la prostitución, todo el trabajo sexual, es violación y que empeora el estatus de las mujeres en la sociedad. Por otro lado, los grupos pro-prostitución y a favor de la movilización por los derechos de las trabajadoras sexuales, dicen que la prostitución siempre existirá y que cuando no se reconocen los derechos de las prostitutas, se divide a las mujeres en buenas y malas, esposas y putas. Además, estos grupos distinguen entre las mujeres que han elegido trabajar en la industria del sexo y las que son víctimas, por el motivo que sea. Como el debate está cada vez más candente y la «Coalición contra el tráfico de mujeres» es un organismo con mucha fuerza a escala internacional, las Naciones Unidas han acabado aceptando una perspectiva abolicionista, al igual que el gobierno de Estados Unidos. Asimismo, el gobierno de Estados Unidos ha adoptado ya algunas medidas encaminadas a la abolición de la prostitución. En resumen, los grupos abolicionistas son más fuertes y tienen conexiones con el gobierno porque son humanitarios y porque no son progresistas ni pretenden un verdadero cambio social.

Recientemente, se presentó un manifiesto en Estados Unidos para recortar los fondos de USAID. USAID es un organismo estadounidense que destina fondos a muchos tipos de organizaciones internacionales humanitarias entre ellas algunas que trabajan la cuestión de la prostitución. El manifiesto exigía a USAID que suspendiera la financiación de organizaciones que considerasen la prostitución como una forma legítima de trabajo. Esto es algo muy grave: significa que se han retirado subvenciones a todos los grupos que trabajan con prostitutas y las reconocen como trabajadoras sexuales, aunque su trabajo consista simplemente en enseñarlas a leer y a escribir para ofrecerlas otras posibilidades en el mercado laboral. De modo que vemos una evolución que apunta a la hegemonía de determinada visión de la prostitución, de acuerdo con la cual todos los grupos que defienden los derechos de las trabajadoras sexuales y la movilización de las prostitutas son considerados prácticamente ilegales e ilegítimos y tienen que enfrentarse a organismos gubernamentales internacionales y a las Naciones Unidas, que les dan completamente la espalda.

Otro motivo por el cual la «Coalición contra el tráfico de mujeres» ha sido capaz de presionar en esferas tan elevadas y con tanta repercusión reside en su alianza en Estados Unidos con grupos cristianos fundamentalistas que también están en contra del trabajo sexual. Estos grupos cristianos son muy poderosos, con lo cual esta alianza entre ambos grupos y la unificación de sus agendas para promover una única visión con respecto al trabajo sexual, resulta bastante sospechosa. Por otro lado, con el fin de sumar fuerzas para resistir a escala internacional, los grupos pro-prostitución se están uniendo a organizaciones de derechos humanos, en defensa de los derechos de los/las trabajadoresa y en defensa de los derechos de los/las inmigrantes, así como a organizaciones de trabajadoras sexuales, para constituir una coalición internacional fuerte y hacer frente a organismos como las Naciones Unidas.

P– ***¿Cómo está funcionando esta alianza entre trabajadoras sexuales y grupos de derechos humanos, laborales, etc? ¿Qué significa para tí el activismo desde el trabajo sexual?***

R– Lo bueno de esta alianza de las trabajadoras sexuales con distintos grupos de trabajadores, grupos en defensa de los derechos de los trabajadores inmigrantes y grupos de derechos humanos es que queda claro que las trabajadoras sexuales tienen derechos y que son trabajadoras legítimas y por lo tanto merecen los mismos derechos que los demás trabajadores. En este sentido, se está convirtiendo en una lucha de trabajadoras, aunque también es una lucha contra las abolicionistas. Reconocer el trabajo sexual como trabajo no es novedoso, ni es algo que haya descubierto yo, porque cualquier mujer trabajadora en la industria del sexo sabe que lo que hace es un trabajo, porque es su medio de sustento y no deja de ser trabajo por el hecho de que sea sexual. Es algo que se hace con el fin específico de ganar dinero y para mejorar las condiciones es preciso tener en cuenta que todos los tipos de trabajo sexual, dentro de la industria del sexo, se parecen: el trabajo en su conjunto, la interacción con los clientes, la manera de ganarte el dinero, son siempre iguales. Únicamente varían las condiciones laborales de un trabajo a otro. Para poder mejorar, para estar mejor remunerada y mejorar las condiciones de trabajo, es necesario que nos reconozcan como trabajadoras.

La lucha por los derechos de las trabajadoras sexuales siempre ha sido igual. Echaron dos veces del trabajo a una amiga con la que trabajé en un *peep show*. Evidentemente, la echaron porque cada vez exigía más derechos, era muy reivindicativa, causaba demasiados problemas a la administración y llevaba trabajando allí algún tiempo, con lo cual los dueños querían sustituirla por mujeres nuevas que poder ofrecer a los clientes. El primer sitio al que acudió fue al Consejo de Trabajadores. Yo he trabajado en lugares, dentro de la industria del sexo, en los que el deseo de las mujeres de sindicarse y de luchar por más derechos imperaba mucho más que en otros lugares de trabajo más «cualificado». Las trabajadoras sexuales tienen mucha más conciencia de qué cambios hacen falta. Lo que impide que se den esos cambios son las malas condiciones de trabajo y las situaciones de esclavitud que hay a veces, que obstaculizan la movilización. También es un obstáculo la victimización de las trabajadoras sexuales. He conocido a mujeres, a las que las abolicionistas les han lavado el cerebro mientras ejercían la prostitución, que han terminado viéndose a sí mismas como víctimas y a las que, por lo tanto, nunca se les ocurriría exigir una mejora de sus condiciones, porque no se consideran trabajadoras. Y que, cuando recurren a otra prostituta, no es con el fin de organizarse, sino para buscar apoyo emocional, apoyo para poder seguir aguantando las condiciones. Éste es uno de los problemas del abolicionismo.



En cuanto a lo que significa el activismo en el trabajo sexual, hay dos cosas que se correlacionan. Una es la lucha por los derechos, que empezarán a conseguirse cuando el trabajo sexual deje de ser tabú, cuando esté legitimado y sea reconocido como trabajo, lo cual significa quitar el estigma del sexo en general. Así que, para que el trabajo sexual sea reconocido como un empleo, tanto los trabajos sexuales como el sexo en sí deben ser menos tabú. Hay algunas personas

que están en contra de esto, porque los servicios sexuales se remuneran en función del propio hecho de ser tabú y porque no hay forma de acceder al sexo, a determinado sexo, gratuitamente, y todo ello eleva el precio del trabajo sexual. En lugares donde el trabajo sexual se ha despenalizado, se ha registrado una reducción del precio del sexo, las mujeres ganan menos dinero. Sin embargo, yo creo que, en general, sería beneficioso. También porque considero que culturas menos represivas y con menos tabúes ligados al sexo son mucho más saludables en su conjunto, tenga esto que ver con el trabajo sexual o no.

Para mí, es muy importante señalar que una trabajadora sexual activista adquiere más poder de su propio trabajo. Me refiero a que, tradicionalmente, las mujeres se han diferenciado de los hombres por sus habilidades sexuales, por su habilidad de atraerlos y seducirlos, lo cual las hace mucho más fuertes que los hombres, no físicamente, pero sí por el poder que tienen sobre ellos y la capacidad de convertir este poder en una forma de trabajo, en un activo, en algo que da dinero. Creo que esta es una característica universal de todas las mujeres, pero contradice los estereotipos internacionales que hay sobre las prostitutas: se las suele retratar como mujeres pobres, víctimas, yonquis, indefensas y en una situación mala. Lo que crea esa contradicción es la incapacidad de separar el trabajo sexual en sí, de las condiciones en las que se realiza ese trabajo.

El trabajo dentro de la industria del sexo es siempre igual. Siempre consiste en desplegar los propios poderes de seducción. Son las condiciones de trabajo lo que hace que cada situación varíe y lo que coloca a las mujeres en diferentes posiciones de desventaja. Por ejemplo, el trabajo que desempeño dentro de una habitación con un cliente, cómo lo seduzco, cómo consigo que haga lo que yo quiero, y los medios que utilizo, es siempre algo universal. Sin embargo, lo que diferencia es cuánto me pagan, cuánto poder tiene él sobre mí, en qué consiste mi relación con mi proxeneta y si éste tiene trabajo que ofrecerme, todos estos elementos forman parte de las condiciones de trabajo. Asimismo, la lucha por la mejora de las condiciones se parece a la lucha en otros sectores laborales. Si reconocemos el trabajo sexual como una ocupación laboral, como un empleo, entonces podremos mejorar las condiciones de las prostitutas y elevar la posición de las mujeres. No rebajar, sino elevar su posición, porque lo que realmente hacemos las trabajadoras sexuales es utilizar y celebrar, para nuestro mayor provecho, los recursos y habilidades que las mujeres tenemos que ofrecer a la cultura, en lugar de reprimirlos o de mostrarlos como algo malo.



P– ***¿Crees que sindicarse sería una manera efectiva de mejorar las condiciones en el trabajo sexual?***

R– Por supuesto, creo que organizarse para mejorar los derechos es muy importante. Desde un punto de vista general, que las trabajadoras sexuales se sindiquen significa que se está legitimando su posición como trabajadoras, y en este sentido los sindicatos son útiles. Lo que sucede es que globalmente las condiciones son muy diferentes. Por ejemplo, en Estados Unidos la prostitu-

ción es completamente ilegal y es necesario que se despenalice, no legalice, sino despenalice, porque legalizar significa el control del Estado y despenalizar quiere decir que todas pueden ejercer cómo deseen. En otros países, la prostitución es alegal y es importante que se la legitime y para eso, evidentemente, hay que seguir los procesos habituales de organización, de organización de colectivos, de *lobbys*, sean contra la política del gobierno o para crear una resistencia contra los empleadores. Este proceso tiene la misma importancia en otros sectores laborales. Lo que sucede es que los problemas de un lugar a otro son diferentes y aunque el tipo de organización necesaria también varía, en general se dan los mismos procesos. En todos los lugares de la industria del sexo en los que he trabajado, los problemas se parecían mucho a los de un trabajo convencional, donde sindicarse es el único modo de resistencia que tienen las mujeres. Sin embargo, es muy problemático cuando existen sindicatos corruptos, que trabajan en alianza con el gobierno, que están formados por hombres, que promueven agendas políticas de hombres, que tienen acuerdos con negocios privados sindicados así como con el gobierno; todos estos factores son obstáculos a la hora de sindicarse. Pero, de nuevo, vemos que estos problemas del sindicalismo son habituales también en todo tipo de trabajos, les quitan el suelo a los trabajadores, dejándolos sin poder, y así sucede en el trabajo sexual.

Puedo dar un ejemplo de esto: ahora mismo, en Israel, los proxenetas de varios negocios del sexo están intentando organizarse para hacer presión al gobierno y pedir que se legalice la prostitución. Efectivamente, lo hacen con vistas a beneficiarse de un tipo de legalización en las que las mujeres ganarían menos dinero y ellos más, y además ya no podrían detenerlos. Hay un grupo de abolicionistas feministas que están luchando contra esto, en pro de la ilegalización total de la prostitución, argumentando que así protegen a las mujeres de los proxenetas y disminuyen el poder que éstos tienen. Por supuesto, estoy de acuerdo en que el proxeneta debe tener menos poder y las mujeres más, pero creo que tratar el tema desde esos dos ángulos contradice cualquier perspectiva progresista. De haber *lobbys* de presión al gobierno, deberían ser de trabajadoras sexuales en defensa de sus derechos, y sí, también para legalizar la prostitución, pero en otras condiciones que las que quieren los proxenetas. Una fuerte representación sindical permitirá crear un fuerte grupo de presión para contrarrestar el proxenetismo y a los dueños de negocios y garantizar nuestros derechos como trabajadoras.

Hace tiempo, trabajé en un *peep show* en Estados Unidos que estaba vinculado con otro en el que las mujeres consiguieron sindicalizarse. Hubo una gran mejora, no sólo en las condiciones de trabajo, sino también en el aumento del poder de las mujeres con respecto a la administración del negocio. Al igual que otros empleos, si los/las empleadas tienen más poder, ya no es tan fácil despedir a cualquiera. Pero durante el proceso, surgieron problemas típicos de cualquier proceso de sindicalización en cualquier tipo de trabajo. En cuanto descubren que quieres sindicalizarte, los jefes intentan averiguar quiénes son las involucradas, intentan despedirlas bajo otros pretextos, contratan a abogados para deshacer el sindicato, intentan romper el sindicato con cualquier medio, contratan a mujeres esquiroles...

Resulta difícil cuando muchos de los negocios son pequeños y muchas mujeres trabajan en casas de citas, porque cuando un lugar de trabajo se sindicaliza, no afecta las condiciones de trabajo del resto de sitios. Los traficantes y los dueños de negocios suelen tener más de un negocio,

eso les permite despedir a mujeres con frecuencia y traer nuevas. Eso hace difícil sindicalizarse, pero si sucediese a gran escala, las mujeres tendrían más poder frente a los traficantes y la mafia organizada. Si embargo, puesto que el mercado negro y los traficantes están en juego, es un asunto muy difícil y peligroso, y las mujeres que trabajan bajo esas condiciones son muy conscientes de ello.

Otra cosa, que yo personalmente apoyo, es una medida que no está en manos de las trabajadoras sexuales sino de quienes consumen servicios sexuales, es decir, consumo dirigido. Esto significa que si tienes la opción de ir a cualquier casa de citas y contratar a cualquier prostituta, deberías asegurarte de obtener los servicios solamente de quienes están en mejores condiciones, para apoyarlas y boicotear a aquellos que maltratan a sus mujeres. En definitiva, es utilizar el poder del consumidor. Si eres feminista y estás en contra del tráfico de mujeres o de menores, o lo que fuese, y no quieres que las mujeres trabajen en malas condiciones, no tienes por qué dejar de consumir sexo, sino dirigir tu dinero de manera más eficaz. Y por supuesto, como yo misma soy una trabajadora sexual, creo que se debe dar propinas a las mujeres y pagarlas más de lo establecido, porque mientras más dinero cobren, menos desigualdad tendrán frente al proxeneta. Generalmente, las propinas no se comparten con el proxeneta, sino que te quedas con la cantidad íntegra, con lo cual ganas un porcentaje más alto de tu trabajo.

También quiero añadir que es imprescindible la unión de las trabajadoras en toda la industria del sexo, tanto para la lucha por la legitimación del trabajo sexual, como para que las trabajadoras sean reconocidas como tales. Sobre todo porque tiende a haber una jerarquización entre diversos trabajos sexuales (actrices porno, teleoperadoras de línea erótica, trabajadoras de *peep shows* o clubes de *strip tease*, profesionales de SM), así como entre diferentes tipos de prostitución (de calle, a domicilio, en casas de citas, clubes, «plazas», etc). Por ejemplo, una encueratriz diría, «yo no soy prostituta, soy mejor y de clase más alta». O una prostituta a domicilio bien remunerada podría decir, «yo no trabajo en la calle, así que soy mejor». Sin embargo, ante los ojos de la sociedad, todas somos iguales. Me refiero a que es igual de difícil admitir públicamente que eres una encueratriz o una profesional de SM, que admitir que eres prostituta. Es muy importante recordar que el trabajo es similar y, reitero, únicamente cambian las condiciones de trabajo, y cuánto cobras por él. El trabajo que desempeñamos es igual en un plano emocional, y nuestro estatus ante los ojos de la sociedad también es el mismo. Esto influye mucho en cómo nuestra familia nos ve y cómo la policía y la ley nos trata. Para poder organizarnos, las mujeres no deben fragmentarse o compartimentarse en categorías jerárquicas, porque esto es precisamente lo que las abolicionistas intentan hacer. Intentan separarnos al decir «tú estás bien remunerada, evidentemente debiste tener elección, en comparación con la mayoría que trabajan en la industria del sexo sin haberlo elegido». En realidad, las condiciones de unas son mejores que las de otras por otros factores: porque eres autóctona, porque eres joven, o guapa, o porque sabes idiomas. El tipo de distinción que establecen las abolicionistas en realidad pretende definir quién es víctima y quién no, o más bien qué tipo de víctima eres, sosteniendo que la mayoría de las trabajadoras sexuales migrantes son víctimas de la pobreza y de la violencia de quienes trafican con ellas, mientras que el resto son víctimas de la sociedad patriarcal (libertinas). En Israel, por ejemplo, cuando una mujer tiene que declarar en un juicio, suelen decir en su defensa «pobre mujer, no sabía a lo que venía, no sabía que terminaría como prostituta, y por eso deberían dejarla libre, por eso deberían tratarla bien». ¿Qué significa



esto? ¿Qué si sabías qué ibas a trabajar de prostituta, pero desconocías las condiciones, entonces eso te hace delincuente? Intentan separarnos entre víctimas y mujeres malas o libertinas. La diferencia que subrayan es que las buenas mujeres son pobres y han caído en manos del tráfico y la migración y otras redes, mientras que las malas han elegido mejorar sus condiciones al optar por un trabajo más lucrativo acorde con sus deseos de vida, sus habilidades y su capacidad de rentabilizar eso. Entonces, para poder organizarnos por una mejora de nuestras condiciones es preciso saber que el trabajo sexual no tiene distinciones y hacer falta unión y solidaridad entre las trabajadoras sexuales de todo tipo. De otro modo, no podremos confrontarnos ni con nuestro barrio, ni mucho menos con los poderes legislativos.

Un último punto que quisiera añadir es que cuando la gente me pide que me defina a mí misma, siempre me defino como puta. En hebreo digo puta, para recuperar el término. No utilizo la palabra prostituta, porque en inglés define específicamente lo que haces, mientras que puta es jerga peyorativa que también define a cualquier tipo de mujer «fácil», cualquier tipo de mala mujer, o cualquiera que trabaje en la industria del sexo. Reclamar y reivindicar esa palabra, usándola con orgullo, lo que en Estados Unidos se llama «orgullo puta» [*whore pride*], permite legitimar algo que es aceptable y además elimina las diferencias, porque no exige que dé explicaciones o justificaciones de lo que hago en un plano jerárquico. Soy puta por definición, por quién soy, y si consigo valorizar eso, que se vea como algo positivo, entonces contribuye a mi movilidad.

Madrid, agosto 2003.



relatos precarios

Cuerpo cuerpo el cuerpo

Posiciones precarizadas en lo simbólico dominante se
corresponden con posiciones precarizadas en las relaciones
laborales

Cuando la voz es cuerpo, cuando el sueño es cuerpo, cuando
el trabajo se concreta en el cuerpo. mi sistema se pone
nervioso. precariedad filtrándose. reajustando el
cuerpo conforme al presupuesto. cuerpo como lugar de
resistencia, espacio de negociación,

la gramática dolorosa del
trabajo, gramática, incorporada, la ranura del cajero es una
más de mis fisuras, y es desconfiada. tiempo y dinero se
confunden. cierro los ojos en el metro y escucho
la fábrica.

mi sistema está nervioso,

diferencia como carencia/la diferencia como carencia/

cuerpo no normativo / cuerpo en precario / la
precariedad declinando jerarquías.



La vida en 30 m^2

El comienzo de mi vida asalariada tuvo lugar en la Argentina de inicio de los años ochenta, en el sector bancario, con una jornada de siete horas, vacaciones y pagas extras. Eran los últimos años del gobierno militar y de la primera huelga contra aquella dictadura. Después vendría la guerra de Malvinas, y todos esos chicos de mi generación muertos. Recuerdo mi primer encuentro con las Madres de la Plaza de Mayo camino al trabajo. Empezaba diciembre, ellas y la poca gente que las acompañaban estaban rodeadas de policías furiosamente armados, pertrechados tras sus cascos y montados a caballo. Habían sido arrinconadas en una de las calles laterales a la Plaza. Era la Marcha de la Resistencia. La angustia me pesaba en el pecho. Sin saber muy bien que se jugaba en ese escenario, intuí en mi cuerpo el espanto. Veinte años después, sé que ese horror es uno de los elementos constitutivos de mi subjetividad.

En aquel momento el trabajo era el instrumento, la herramienta que me permitía sostener esas otras cosas que de verdad me interesaban: la carrera, los viajes, las salidas, los amigos, el alquiler de un espacio propio... El tiempo del trabajo y el tiempo de la vida estaban claramente delimitados. Gran parte de ese tiempo otro lo consumía asistiendo a clases en la facultad, de 6 de la tarde a 11 de la noche. Incontables fines de semana de mis veinte transcurrieron estudiando y preparando exámenes con compañeros que paulatinamente se transformaron en mi otra familia.

De la escuela al trabajo, del barrio a la universidad. Mi conversión en trabajadora asalariada me subió a un tren que me llevaba a sólo 20 kilómetros de casa, pero que inauguró un camino en el que fui construyendo una realidad que no me estaba destinada, que no figuraba en las estadísticas. El trabajo me abría la puerta de una nueva ciudad: Buenos Aires. Pocos años después dejé para siempre el barrio de inmigrantes españoles e italianos de la zona sur de los suburbios donde había crecido para vivir sola en la capital. Fue esa la primera emigración, la más radical, difícil y defintiva.

El ingreso al mercado laboral supuso también mi iniciación en la militancia política y sindical. El trabajar como cajera en uno de los bancos privados más poderosos me permitió asistir en primera línea a los piquetes de huelga, a las asambleas de trabajadores, a la algarabía de los militantes sindicales convocando a la huelga, con bombos y redoblantes, trepados en los mostradores, desgranado discursos altavoz en mano. Nosotras éramos más de cincuenta, todas mujeres y muy muy jóvenes. Fue precisamente el contacto con el mundo del trabajo y mi posterior activismo sindical lo que luego me impulsó a estudiar sociología. Quería entender y aprehender el mundo que bullía a mi alrededor. En la facultad descubrí la historia de un país que ignoraba. El encuentro con gente que volvía

del exilio me abrió los ojos y la cabeza a un mundo silenciado. Un año después dejé de participar en el sindicato y en el partido político al que estaba afiliada. Habían pasado tres años desde la *vuelta a la democracia* y toda la euforia y las expectativas pre- se habían desmoronado. Se estaban cerrando los tiempos de las grandes movilizaciones hegemonizadas por los partidos políticos. Fue aquella la antesala de un largo período de desmoralización, atomización y apatía generalizada.

Podría decirse que mi primera socialización laboral transcurrió en el marco de una forma de organización del trabajo que ya entonces estaba en vías de extinción. Después de renunciar al banco, mis trabajos fueron más inestables y temporales, las condiciones de vida, más precarias. Entonces pensaba que era una elección, hoy no estoy tan segura. Terminar la facultad era el objetivo primordial y todo lo demás giraba en torno a eso.

Los primeros noventa me encontraron llegando a España. La posesión de un pasaporte comunitario no me eximió de iniciar la deriva por el mercado laboral español en el espacio doméstico. Durante dos años cuidé niños, actividad que luego compaginé con el trabajo de recepcionista en una clínica dental, y a la que más adelante se sumaron unas prácticas no rentadas (*becaria* era el eufemismo) en una organización no gubernamental. Para homologar el título universitario, el Ministerio de Educación consideró que debía examinarme en demografía, antropología y teoría sociológica. Dictamen difícil de entender desde el marco estrictamente académico, si se tiene en cuenta que, en la facultad de ciencias políticas y sociología de la UCM, demografía y antropolgía son optativas y que las teorías sociológicas obligatorias en el programa de sociología de la Universidad de Buenos Aires son muchas más que las requeridas y ofrecidas por la Complutense.. Una vez obtenida la homologación comencé los cursos de doctorado dirigidos a la elaboración de una tesis que aún no termino. En esta tesitura, cubrir las necesidades materiales (casa y comida) eran lo primero.

A principios del año 2000, cambié un trabajo *seguro*, mal pagado y mediocre por un contrato para una estancia de investigación de seis meses en Amsterdam. A la vuelta, en Madrid, me esperaba el seguro de desempleo. Desde entonces me he convertido en lo que muy elegantemente algunos denominan investigadora *free lance*. Considero más acertado el término trabajadora precaria: no tengo contrato sino facturas o becas, por las que no se realizan aportes a la seguridad social ni se tiene derecho al desempleo. Cada tanto tengo que darme de alta como autónoma por lo que todos estos gastos van por mi cuenta. En un mismo día de trabajo puedo hacer cosas para tres o cuatro proyectos diferentes, atenazada por la sensación de no hacer nada en profundidad. Privilegiada observadora del proceso de externalización y privatización de la enseñanza universitaria, doy clases en distintos cursos de postgrado universitario, pero no tengo plaza en ninguna universidad. Muchas de las actividades que componen mi trabajo (artículos, charlas, seminarios) son *ad honorem*. Los primeros adjetivos que tintinean en mi cabeza son: temporal, inestable, incierto. Pero hay más.

¿Cuáles son las implicaciones de esta forma de organización del trabajo? ¿Cómo afecta a los otros órdenes y desórdenes de la vida? ¿Qué pasa con la subjetividad?

Mi casa es, casi siempre también, lugar de trabajo. Treinta metros cuadrados en donde como, duermo, convivo, festejo, amo, peleo y, además, trabajo. Esto, obviamente, mixtura los tiempos de trabajo remunerado, trabajo doméstico, relaciones sociales, ocio, letargo, diversión y el *dolce far niente* cada vez más escaso. Cualquier día mi vida ve entrelazarse el trabajo frente al ordenador, alternado con la colada, la preparación de la comida o la cena, una escapada al mercado

y la limpieza del baño, por ejemplo. Los mensajes electrónicos de trabajo se confunden con los correos personales. Si los niveles de agobio lo permiten, el tiempo de trabajo también se altera con un entretiempo dedicado al cuerpo propio y ajeno. Ya sé que follar relaja, pero a mí las fechas de entrega me bloquean. Público y privado. ¿Qué era eso?

La dificultad para delimitar tiempo, actividades y espacios se ve también reflejada en la paulatina desaparición del descanso de los domingos, producto de la autogestión de las tareas. Esto tiene su parte buena, de pronto un martes puede convertirse en sábado, pero también conlleva la sensación de que la rueda no se detiene nunca. Y con el tiempo la cuestión se agudiza y hoy ya no sé quién me ha robado mis vacaciones. Si no trabajo, no cobro.

La irrupción de la oficina en casa supone, también, el aporte propio de los medios de producción. El ordenador lo compré yo; a mi cargo corren el pago de internet, el teléfono fijo, el móvil, las fotocopias y las impresiones. Lo mismo pasa con los libros, periódicos, revistas y etcéteras. ¿Es está la autonomía del floreciente trabajo autónomo?

La inestabilidad y dependencia de mi trabajo me obliga a invertir una parte importante de tiempo no remunerado en conseguir trabajo remunerado. Es fundamental no descuidar las relaciones públicas: enviar y contestar correos electrónicos, asistir a comidas y cenas, asesorar y escribir gratis y desplegar gran destreza como *networker*. Después de todo, yo soy la empresaria de mí misma y así es el *marketing*. Mientras tanto, la tesis continúa en espera.

Alguien habló no hace mucho sobre el fin del trabajo. Mi experiencia me dice que, cada vez más, el trabajo lo invade todo. La sensación es que la vida está puesta al servicio del trabajo. Pensemos en la disponibilidad sin límites de horarios y geografías en el correo electrónico. Cómo aislar el tiempo de trabajo si todo convive en el mismo espacio. Y qué se podría decir de las destrezas sociales puestas en juego. Y una trampa más: la profesión. El trabajo, en mi caso, ha dejado de ser instrumento para convertirse en fin por sí mismo. Me gusta lo que hago. En algunos momentos, hasta me apasiona y, así, el trabajo termina ocupando todo y obstaculizando, cuando no coartando, otros posibles. Estoy a favor de la desmistificación del desarrollo profesional, de desvelar sus tramas ocultas. Cuidémonos de la pasión por el trabajo.

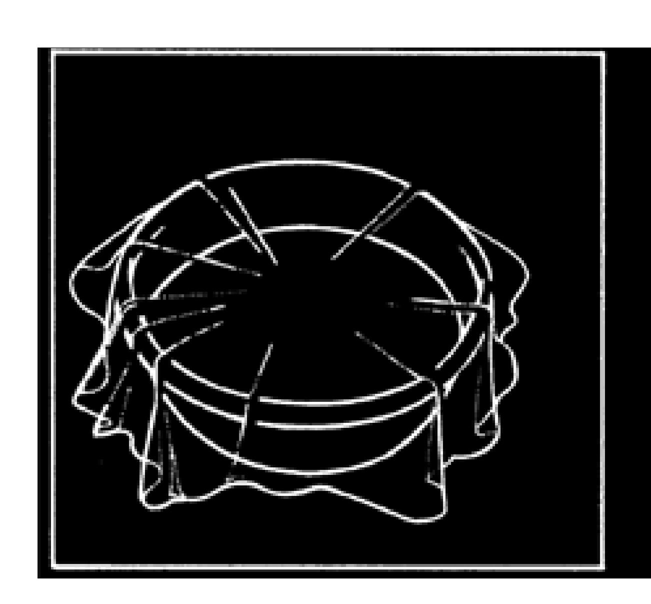
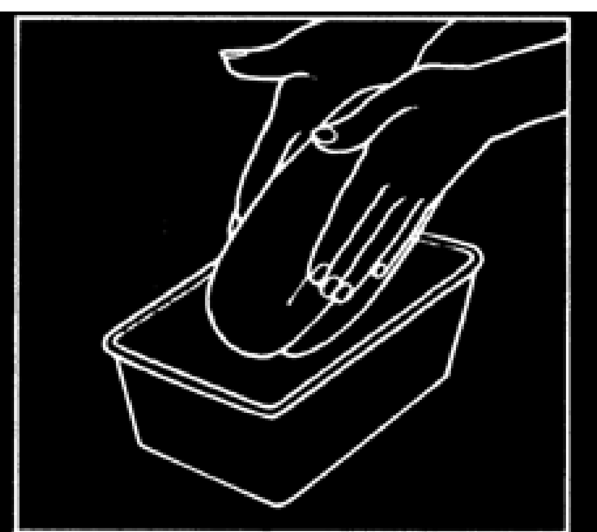
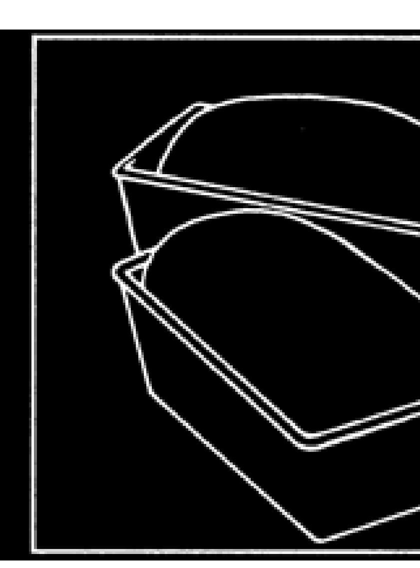
Mi precariedad es la vida en treinta metros, la incertidumbre a tres meses vista, la imposibilidad de planificar, el futuro hoy, la adultez que no llega. La maternidad, por ejemplo, que resulta difícil pensarla y elegirla en este contexto.

Mi guerra es contra las fronteras, las fortalezas, los visados Schengen, las ilegalizaciones y los archivos de datos biométricos.

Y mi huelga... ¿Cuál es mi huelga? Pregunta difícil en estos tiempos para esta cabecita fogueada en otras batallas. Depende del momento y de lo que esté en juego. Antes hacer huelga era no ir a trabajar. Ahora que lo pienso, otras veces ha consistido en no planchar, no cocinar o no comprar leche. Hoy mi huelga puede llevarme a disfrutar del sol de un domingo en el Rastro, en protesta conmigo misma por haber olvidado la importancia de los días de guardar.

Sandra Gil Araújo

Buenos Aires, octubre 2003.

Velocidad absurda

Atravesar la barrera del sonido en el espacio/tiempo editorial

Llegué al verano con mala cara, mucho cansancio, el cerebro a mil por hora y la conciencia permanente de cuántas cosas ineludibles que se van quedando aparcadas para más adelante y que te acechan desde los desvanes, altillos y armarios roperos del mundo en equilibrio inestable, preparadas para caérsete encima en cualquier momento, probablemente en el que peor te venga.

Era, entonces, «colaboradora» de una renombrada editorial española. No deja de ser curioso en cuántos empleos han dejado de ser necesarios los trabajadores y lo único que se requiere es tu «colaboración», así, como si tú lo hicieras por amor al arte, porque eres tan maja que echas una mano de buen rollo, no porque te paguen. Claro, que pensándolo detenidamente, es bastante deprimente hacerlo porque te pagan... con lo que pagan... Pero sí, amiguitas y amiguitos, yo nunca fui tan buena persona y siempre lo hice porque me pagaban, he de confesarlo. Recogía el encargo (o me tiraba media tarde esperando a que un mensajero me lo trajera a casa, eso según), me pegaba la paliza durante X días corrigiendo una traducción o revisando un libro ya maquetado o (terror) componiendo un índice onomástico o de obras (esos que aparecen al final de los libros y te indican en qué página se nombra a tal persona u obra), entregaba, cobraba y vuelta a empezar. Si tenemos en cuenta dos factores definitivos: (1) que normalmente, aunque no siempre, es cierto, los plazos estaban bastante «ajustados» y (2) que en esos trabajos se cobra, bastante poco por cierto, por obra entregada), entenderemos perfectamente los paréntesis de intensidad laboral a los que está sometida la vida del «colaborador» editorial *freelance*, espectro que incluye a traductores, correctores, revisores de traducción y a esa figura tan poco reconocida del «chapuzas editorial» que lo mismo sirve, como dice mi madre, «pa un roto que pa un dehcossío» (mi madre es de Sevilla, por eso lo dice así). El chapuzas hace de documentalista, de corrector, de redactor, de mecanógrafo..., y es la «afortunada» persona que normalmente compone los tan temidos índices.



Esos paréntesis de intensidad consisten en encerrarse un número indeterminado de días con el libro en cuestión, armada de pilot rojo, marcador fluorescente, lápiz, goma, ordenador, diccionarios de diverso tipo y manuales varios de gramática y estilo, y no salir de allí hasta que has dejado el libro sin una errata. Cuando trabajas en casa, y llamas «casa» a un minúsculo apartamento del centro de Madrid, pueden pasar semanas sin que te rocen el aire ni la luz del sol. Una vez corregido y entregado el libro, la correctora *freelance* (yo) desemboca en otro periodo indeterminado de días de ocio que raramente coincide con el fin

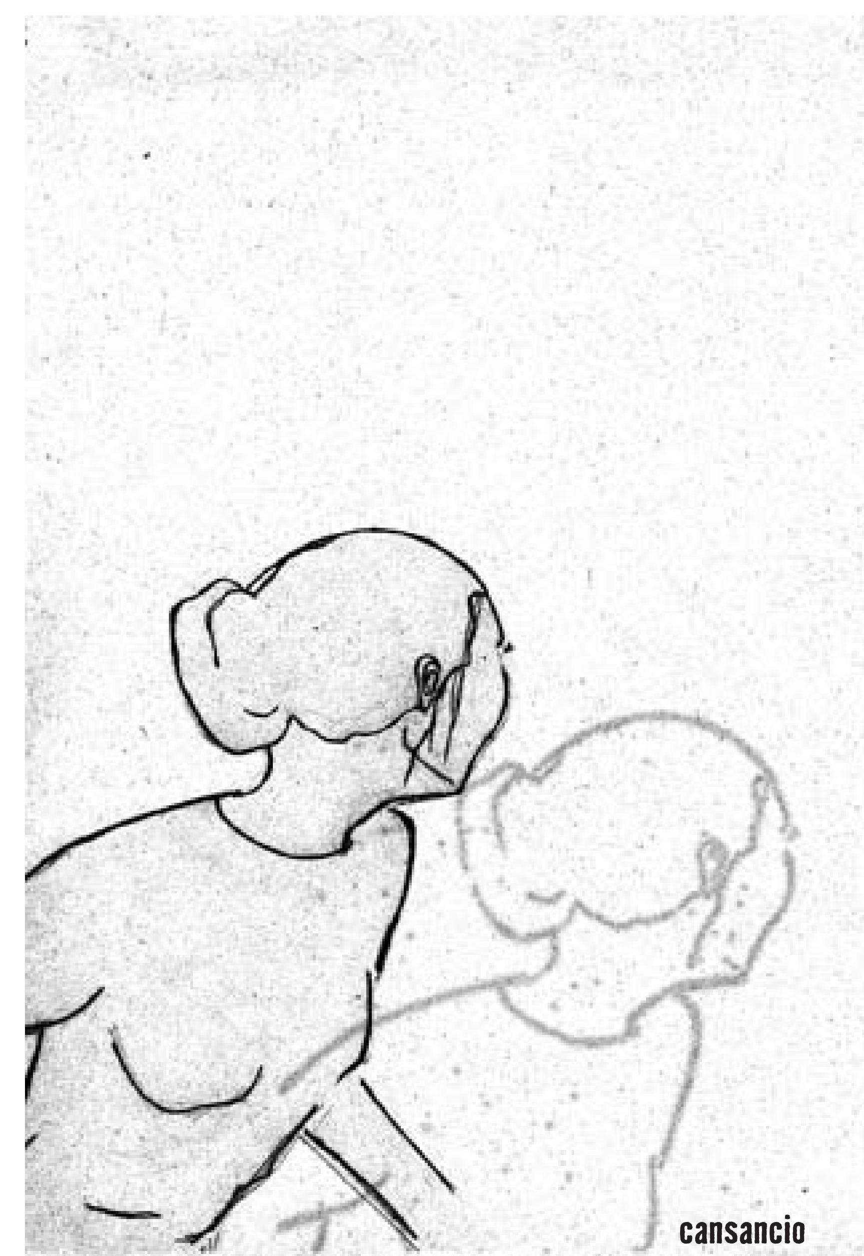
de semana y que casi nunca significa tranquilidad porque, sin transición, hay que poner orden en todo lo que se ha desatendido durante los días de paréntesis intensivo (compra, limpieza, orden, y vida social y afectiva fundamentalmente) y porque nunca, *nunca*, tienes la certeza de no haber cometido un fallo garrafal en este último trabajo y, por lo tanto, de que te vayan a volver a llamar. Resulta curiosa esta mecánica por la que siempre tienes que estar disponible para la editorial. *Ellos* necesitan colaboradores que no fallen en un momento dado, pero *ellos* no pueden asegurarte nunca una continuidad en los encargos y de pronto pasan los meses sin que tengan nada para ti. *Tú* necesitas comer y pagar la factura de la luz (esa manía tan tonta) y, por lo tanto *tú* deberías ser «colaboradora» de más de una editorial a la vez, pero entonces, *tú* no estarás disponible siempre que *ellos* te llamen porque quizás ya tengas trabajo. Evidentemente, *ellos*, su productividad, su ritmo, no pueden permitirse que *tú* digas *No* y espaciarán cada vez más sus llamadas con lo que tú te verás obligada a seguir buscando trabajo en otros lugares, con lo que *ellos* espaciarán cada vez más sus llamadas...

Por otro lado, cuando caes en la tentación y cometes el pecado tres veces mortal de concederte esos días como días de descanso, días para reponerte y tomarte las cosas con calma, ¡zas!, has muerto. El trabajo volverá a lloverte sin avisar, te verás obligada a volver a encerrarte y no tendrás café ni comida (ni cosas de picar, y esto es importante porque cuando trabajas en casa te pasas la vida caminito de la nevera), ni ropa limpia (peligroso, cuando alcanzas el punto de no quitarte el pijama en dos días, todo lo demás es cuesta abajo), ni, y esto es fundamental, tiempo. Y entonces protestará tu madre, tu compañero de piso, protestarán tus amigos, tus amigas, la persona que ejerza en ese momento de pareja, de modo coyuntural o estructural, y sobre todo protestarán fuerte, fuerte tus necesidades y tus deseos vitales de todo tipo.

Bueno, pues en eso consistía mi trabajo, en leer novelas en casa (algunas bastante buenas y otras terriblemente pésimas) y poner en sus páginas distintos tipos de signos y palitos rojos que significan cosas de gran misterio como «sangrar párrafo», «insertar punto y coma», «cambiar mayúsculas por versalitas» o, ese gran clásico, «utilizar comillas angulares», que son éstas que yo estoy utilizando y que, de hecho, utilizan casi todas las editoriales dentro del territorio del Estado español, pero a las que, curiosamente, ningún traductor ni autor debe de verles el interés porque siempre, siempre, *siempre*, utilizan las comillas voladas que son éstas “”. Dejando aparte las manías propias de la labor de correctora (que sí, claro que desarrollas; y llegas a sostener larguísimas discusiones por la posición de una coma o por un plural -¿es «posters» o «pósteres»?, y si es «posters», ¿debería mantener la tilde, «pósters» o no?–), y el hecho de que yo crea que las comillas angulares son más estéticas y funcionales; lo cierto es que esta disfunción de las preferencias en cuestión de comillas entre escritores y editores encuentra su solución en mi persona, o más concretamente, en el dedo índice de la mano derecha de mi persona, que es el que dedica gran parte de su tiempo a hacer *clic clic* sobre el ratón informático con el puntero situado en «reemplazar». La herramienta «reemplazar todos» del word, he de decir, es una de las más grandes amigas de un corrector a la hora de enfrentarse a las temidas comillas voladas “” y a los guiones cortos -, otro vicio inconfesable de traductores y autores. Es decir, que gran parte de mi trabajo consiste en sustituir una a una las comillas voladas por las angulares y los guiones cortos por largos. Una a una porque no todas necesitan ser reemplazadas. Una a una durante 400 o 500 páginas.

Un pequeño problema añadido es que además de correctora, soy feminista (sí, parte de esa hermosa especie en vías de extinción), lo que quiere decir que, como Mulder, «*I want to believe*». Y no quiero decir que Mulder fuera especialmente feminista, sino que yo quiero creer que este desastroso orden mundial de cosas es transformable, si nos empeñamos colectivamente (pequeña pausa para el proselitismo), en un planeta más compatible con la supervivencia y felicidad de los seres humanos y no-humanos; y que esa transformación tiene algo, si no mucho, que ver con provocar un cortocircuito en los modos en que se están produciendo y reproduciendo, colonizando y recolonizando las subjetividades y las identidades según los patrones operativos de una jerarquía de dominación impregnada de criterios sexistas, racistas, clasistas, imperialistas, heterosexistas y un largo etcétera. (Y me van a perdonar la casi arquetípica relación de «ismos» pero el limitado espacio narrativo obliga a hacer estas cosas tan feas). Y otro pequeño problema añadido es que me espanta la posibilidad de convertirme en esa reciente especie híbrida humano-vegetal llamada «pershongo» que florece en casi todos los sofás situados frente a un televisor que permanezca encendido más de tres cuartos de hora diarios. Sin duda prefiero la hiperactividad a la tele, así que he terminado siendo una verdadera malabarista del tiempo. No en vano insisten en mi casa en que, «en el capitalismo, el tiempo es la sustancia de las relaciones sociales y buena parte de nuestras acciones, actividades, peleas y conflictos remiten, en definitiva, a una lucha por controlar su distribución social (tener tiempo libre, formación, jubilación, etc.); y buena parte de nuestra capacidad de intervención en el mundo (individual y colectiva) pasa por el tipo de vínculo que logramos construir en torno al empleo y este vínculo viene definido por cómo se construye nuestra disponibilidad temporal hacia el mismo...». Ya lo habrán adivinado, vivo con un marxista.

La cuestión es que llegué al verano, que es lo que yo les quería contar, extenuada, con nulos fondos económicos, y con un montón de asuntos pendientes. La Eskalera Karakola, centro social feminista de Madrid, se nos cae y hay que mantenerla en pie con mucho ímpetu pero escasos recursos (y frente a la inestimable «ayuda» de los diversos órganos de gobierno y gestión urbanística del Ayuntamiento


cansancio

y la Comunidad de Madrid) Traficantes de Sueños, la misma editorial que publica este libro, exige de las personas que participamos en el proyecto un elevado volumen de trabajo ininterrumpido (y poco o nada remunerado) para mantenerse en pie; y el súper de mi barrio requiere un intercambio monetario para permitirme hacer la compra, por más que intento lo del trueque nunca tengo éxito. Karakola, Traficantes, trabajo asalariado. Tiempo, tiempo, tiempo. Poco descanso, nivel de socialización subcero, constantes carreras por mi particular triángulo de las bermudas entre los barrios de Malasaña (mi casa), Lavapiés (Karakola) y la frontera Chueca-Malasaña (Taficantes) y la poco halagüeña perspectiva de que eso se mantenga así durante semanas, meses, tal vez años. ¡Glups!

Uno de los peligros de trabajar de *freelance* es que, en cierto modo, puedes decir que no a algunos trabajos. Sólo en cierto modo, porque el sueldo no da para caprichos. Pero si no tienes grandes gastos puedes, por ejemplo, tomarte diez días en noviembre para irte de vacaciones o (también, por ejemplo) espaciar mucho los trabajos para dedicarle tiempo a lo que quieres sacar adelante: 1) Karakola, 2) Traficantes. Antes de que te des cuenta estás sin blanca.

Espiral frenética arruinada en el triángulo de las bermudas y un calor creciente en el verano madrileño que este año ha alcanzado temperaturas de *Record Guinness*. Así que, cuando ya empezaba a entonar «vivo sin vivir en mí» con un embudo en la cabeza, aparece la posibilidad de un nuevo trabajo que podría abrir perspectivas de mayor ordenación vital, por aquello del horario. *Horreur*: trabajo de fichar, lunes a viernes, de 9:00 a 15:00 y de 17:00 a 19:00, en torno a 700 euros: ni de coña. Ésa fue mi primera reacción. Mi segunda reacción en realidad no fue mía, fue de mi tarjeta bancaria que se reía de mí cada vez que intentaba usarla, de la necesidad de devolver de una vez todo el dinero que debía y del temor a que la tarjeta me acabara pegando una patada en el culo. Así que mi tercera reacción fue prepararme para alcanzar la velocidad de la luz.

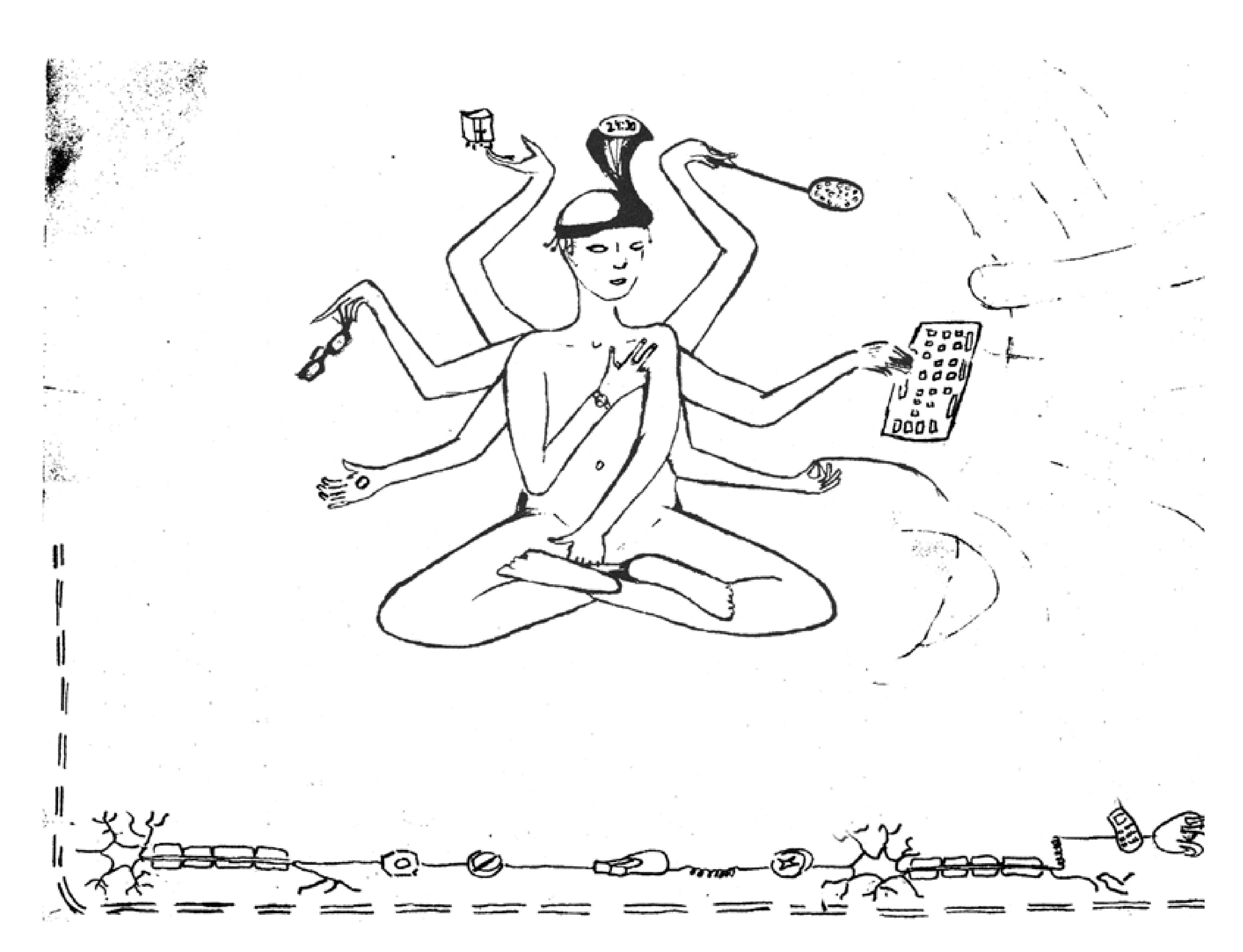
En septiembre empecé a trabajar (con un contrato de cinco meses vía INEM, no vayan ustedes a creer) en el departamento de publicaciones de una conocida fundación cultural de rancio abolengo. Sigo trazando signos en rojo en los márgenes de las hojas, pero ahora tengo una ficha (y cada mañana, cuando consigo fichar dentro del horario me dan ganas de ponerme a saltar con los brazos en alto, como Rocky cuando subía todas aquellas escaleras corriendo). Tengo varios jefes, en diversos grados, a los que veo cotidianamente y que aún no consigo identificar muy bien; un horario (que incluye esa incomprensible costumbre española de las horas extra); y me pego unos madrugones de olé. He descubierto, además (aparte de que «Departamento de publicaciones» rima en consonante con «marrones»), la existencia de un curioso fenómeno llamado «cuarto de hora antes» que consiste en que, por sistema, el cuarto de hora antes de terminar la jornada laboral es el momento favorito de los trabajos urgentes para manifestarse. Traducción: mi jornada rara vez termina a las 19:00. Por otro lado, también tengo compañeros de trabajo humanos con los que comunicarme verbalmente (antes las conversaciones más complejas las mantenía a base de ceros y unos con mi ordenador), tengo un ventanal enorme por el que me entra el sol y la obligación de salir de casa aunque sea para llegar hasta el trabajo, con lo que todos los días me da un poco el aire. La sensación de ser capaz de mantener una relación más estable (si bien menos pasional y dada a las sorpresas) con mi cuenta corriente, también es algo que aprecio en cierta medida.

Tengo, también, en mi nuevo trabajo, un pasillo muy inquietante a medio camino entre el de *El Resplandor* y la casa de Boris Vian en *La espuma de los días*. Es un pasillo blanco iluminado desde arriba por luces blancas, con idénticas puertas blancas a los lados y una de color acero en el ascensor al fondo. Algunos días ese pasillo es kilométrico y por más que andes nunca llegas al final, a veces se estrecha y tienes que recorrerlo andando de perfil, a veces es como la M-30 en hora punta, a veces una selva donde se escuchan los rugidos de los leones, a veces son las cuatro de la tarde en agosto y el silencio es plomizo y denso presagiando tormenta, a veces es la antártida desierta y estás completamente sola.

Y a eso me dedico ahora mismo. Intento avanzar algunas tareas pendientes de Traficantes de Sueños y de la Eskalera Karakola antes de irme a trabajar, durante las horas de la comida muchos días, cuando llego a casa por la tarde y los fines de semana (escribo este relato después de haberme saltado todas las *deadlines* un sábado a las 8:30 de la mañana). Intento no perder el contacto con mis amigas y amigos y mi familia. Intento poder salir a tomarme unas cañas de vez en cuando. Intento descansar. Intento dormir. He dejado de intentar ir a la compra y tener la casa limpia y ordenada. Mi nevera parece una piscina (sólo agua y luz), y echo de menos a Mary Poppins, que sólo con chasquear los dedos conseguía guardar los jerséis doblados en el armario y los libros en sus estantes. (Y las pilas de platos fregadas y secas, y el aspirador pasado y los cd's en sus correspondientes cajas y la correspondencia leída, y los emails contestados, y el cuarto de baño... ¡buf!) Intento todas esas cosas y, francamente, no lo consigo.

Tengo una amiga que dice que, una vez que atraviesas la barrera del sonido y alcanzas la hipervelocidad, da la sensación de que todo fluye con menos traqueteos y la inercia te lleva de una cosa a otra casi sin darte cuenta. En mi caso algo ha ido mal, al atravesar la barrera del sonido no he alcanzado la hipervelocidad del *Halcón Milenario* que conducía Han Solo, sino la «velocidad absurda» que alcanzaban en aquella otra peli de parodia de *La guerra de las galaxias*. Y a esta velocidad absurda tradocapitalista, sin duda mi experiencia de la precariedad tiene al dios del tiempo en su centro.

mona mür (acelerada),
Madrid, octubre 2003.



¿doble jornada? prefiero ser una ciborg que una diosa. micropolíticas de la jornada multiplicada

¿Privilegiada? Sí, pero...

Mi deriva, mi precariedad, está sobre todo en mi cabeza y tiene que ver con mis líos y mis contradicciones, con saber que trabajo en lo que me gusta pero, sin embargo, estoy a disgusto con lo que conlleva. No soy una trabajadora sin papeles, tengo contrato (por obra), no sufro abusos de poder claros y, sin embargo, de alguna forma, me siento parte de esa barca a la deriva en el mar de la precariedad.

Trabajo desde hace tres años en una productora de cine que pertenece a una gran empresa audiovisual que, a su vez, es parte de uno de los grupos mediáticos más poderosos de este país. Comencé a trabajar con una beca de «formación» que se fue alargando y alargando, hasta que un día, harta de estar cubriendo un puesto de trabajo, me planté y les dije que o me contrataban o me marchaba. Entonces la gran-empresa-india me dijo que ellos no podían contratar a nadie mientras no llegasen a un acuerdo con el comité de empresa, pero que podían intentar hacerlo a través de una ETT. Contra todos mis principios, admití ser contratada por una ETT mientras se solucionase el proceso. Un año después, con el conflicto ya resuelto, me contrataron por obra (= despido libre). Podría seguir relatando las aventuras y desventuras de mi contrato basura, pero me parece algo tedioso hacerlo y todos sabemos lo que significa un contrato por obra. Prefiero, sin embargo, intentar explicar un poco cuándo empecé a sentirme otra precaria.

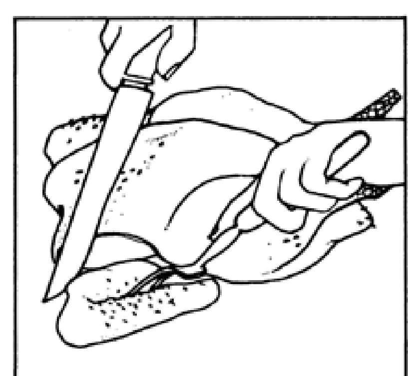
Hace más o menos un año, participé en las diversas asambleas de trabajadores con motivo de una inminente reestructuración. Fue allí cuando empecé a ir formándome un juicio más claro de mi situación y la de mis compañeros. Asistí a un proceso que me hizo pasar de la perplejidad al cabreo. Aquellas asambleas, con su lenguaje sindicalista rancio, no eran otra cosa que lloriqueos mendigando más dinero. ¿Era más importante la subida de sueldos que el hecho de que estuviesen despidiendo a gente y externalizando muchos departamentos? Todo aquello era un «sálvese quien pueda». No hubo ningún tipo de propuesta de movilización. Cuando se habló de la posibilidad de hacer huelga (hablamos de un grupo mediático importante y la repercusión en el exterior hubiese sido muy efectiva), la mayoría no se mostró de acuerdo ni la secundó, porque no querían perder un día de sueldo. Allí nadie discutía sobre las condiciones laborales, todo el revuelo se reducía a un mero asunto económico. El propio comité animaba a la gente a que se acogiese al programa de bajas voluntarias. En fin, un poco el mundo al revés. No sólo no se ponía en cuestión un proceso de reestructuración completamente ilógico (no hubo ningún despido de la junta directiva, ni de los mandos intermedios) sino que además se asumía totalmente el discurso de la empresa.

Constaté que la mayor parte de la gente no esperaba que pudiesen salir propuestas de cambio a partir del proceso asambleario que estábamos llevando a cabo.

A mí me hubiese gustado hablar de las interminables jornadas laborales, de cómo han organizado la empresa en pequeños departamentos en los que la relación con el jefe es tan estrecha que se acaba confundiendo hacer huelga con hacer una putada a tu jefe (que es muy joven y muy enrollado, pero que considera que *eso de la huelga es un poco sesentayochista de más, y que si tienes algún problema se lo comentes y él te intenta echar un cable, estudiando el caso de forma específica*), del peligro de que nos externalicen y acabes trabajando más, por menos y con mucho más riesgo, de cómo siento que me están exprimiendo mis años de mayor creatividad y disponibilidad para darme la patada cuando ya no rinda o me quede obsoleta. El mundo del audiovisual es así, todos somos progres, pero estamos allí para ganar dinero y ser divertidos, que los años de lucha obrera ya pasaron. Pronto olvidas que estás trabajando demasiado y comienza el vértigo a dejar de hacerlo, empiezas a ser víctima del síndrome de Estocolmo y te sientes culpable el día que sales pronto. El trabajo se acaba desnaturalizando completamente. Así que el único futuro concebible es seguir rindiendo a tope, ganando más (y consumiendo más, claro está) a cambio de renunciar a tu vida personal y con la presión de «pasarte de moda». Es un poco la vida del *yuppy* con vaqueros y camiseta moderna. Sabes que tienes fecha de caducidad, pero estás con tanto trabajo que ni siquiera tienes tiempo para planteártelo (excepto en vacaciones, por eso no suelen dejarte que cojas más de dos semanas seguidas).

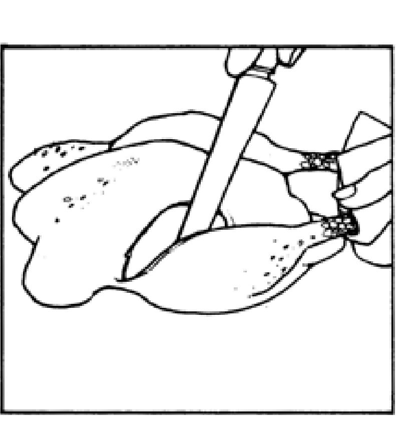
Otra cuestión «tabú» es el tema del género. No puedo hablar de una discriminación abierta, pero lo cierto es que la mayoría de los altos cargos están cubiertos por hombres. En las reuniones en las que he participado tienes que hacer uso de tus pulmones si quieres ser oída y, si quieres que te respeten, tienes que desprestigiar a tu compañero con elegancia e ironía y saber encajar las bromas sobre ti (no sólo sobre tu trabajo). En definitiva, entrar en el juego de «a ver quién la tiene más grande». Muchas de mis compañeras que tienen hijos viven con la doble angustia de no tener tiempo para sus niños y de no estar rindiendo al mismo nivel que antes de tenerlos. Parece que hay que demostrar que tu familia no afecta a tu trabajo. No imagino poder tener una familia y seguir con este trabajo.

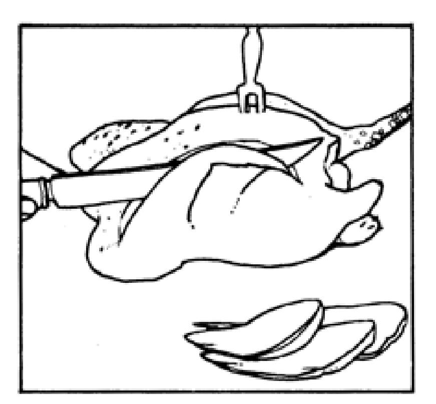
Lo cierto es que a mí me gustaría poder seguir con este trabajo y sueño con encontrar la fórmula que además me permita tener un poco de vida para poder sentirme más persona. Aprender a poder expresarme sin tener que adoptar determinados comportamientos masculinos y saber que mi trabajo tiene sentido para mí y para los demás. Igual un día podemos encontrar la fórmula que nos permita llevar el trabajo de forma más humana. ¿Alguna sugerencia?



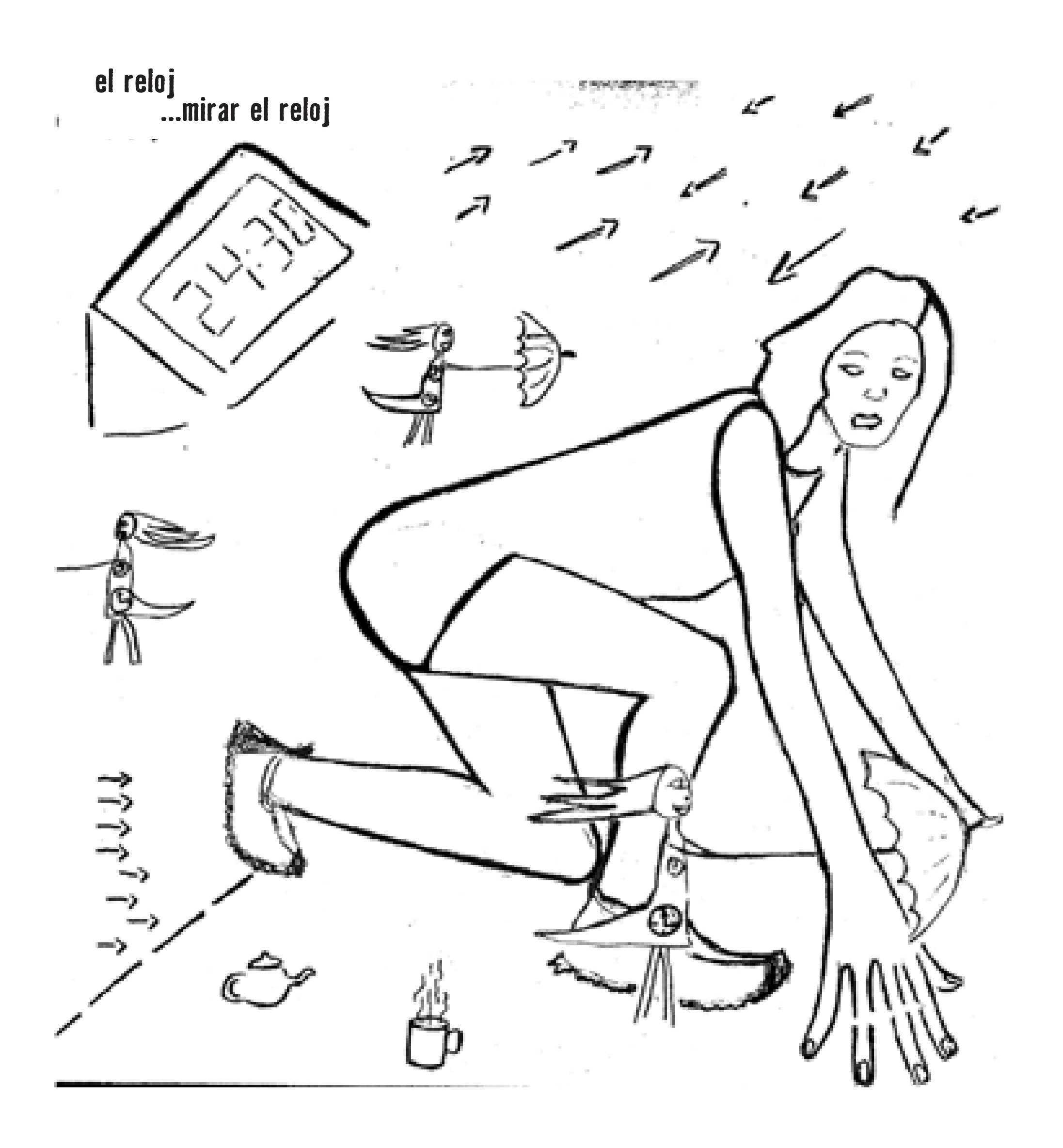


Carolina,





el reloj
...mirar el reloj



lucha contra las inclemencias del tiempo
el despertador que de pequeña me hicieron comer a cucharadas
tic-tac

Algunas imágenes de las precariedades en el mundo de la comunicación

1. De tres mujeres que estudiaron Periodismo y andan ahora por las fronteras de los movedizos campos de lo mediático.

[Panorámica periférica]

Muchas veces nos hemos preguntado por qué, entre todas las carreras posibles, acabamos escogiendo periodismo. Quizás fue porque existe una idea romántica e idealizada de la profesión, a la que ha contribuido bastante la mitología del cine (antes incluso de que llegara José Coronado y su redacción de ciencia ficción): el corresponsal de guerra, el aventurero, el guardián de las libertades que se enfrenta a la corrupción a lo Watergate, etc., personajes intrépidos que pueblan tantas películas y el imaginario colectivo. Nosotras también tuvimos cierta visión heroica de la labor cívica del Periodismo, con letra mayúscula, asentada en aquello de «la información os hará libres». Llegamos a creer que si la gente estaba bien informada, tendría mayor capacidad de decisión; que podríamos concienciarles si dábamos a conocer la «verdad»… Así que, de modo algo inconsciente, desembarcamos en ese búnker gris que es, en Madrid, la facultad de ciencias de la información de la complutense (con letras minúsculas).

Como en casi todas las carreras, el desencanto llegó pronto, pues lo que nos encontramos no cumplía nuestras expectativas ni en la teoría ni en la práctica, y lo que empezamos a ver que se podía hacer después, una vez terminada la carrera, era todavía peor. Las ilusiones no duraron mucho, aunque siempre quedan aquellos estoicos que quieren presentar los Cuarenta Principales o retransmitir un Barça-Madrid, un quehacer para el que se preparan cuidadosamente durante cinco años.

Pasamos del entusiasmo al desconcierto, para acabar sumidas en la decepción y el rechazo totales. Nos enseñaban un poco de todo y nada de nada. En esta carrera la desidia alcanza a profesoras y alumnas en un escalofriante proceso de retroalimentación, de modo que es difícil acordarse de quién tiró la toalla primero. Casi nadie escucha a nadie. Poco a poco se va perdiendo la capacidad de trabajar, leer, analizar, escribir, etc., ya que se reacciona ante la estafa con la ley del mínimo esfuerzo. Se acaba cultivando el escaqueo, el plagio y la competitividad bajo el lema del «sálvese quien pueda».

Años después retomaríamos el interés por la comunicación. Pero en la carrera nunca (o casi nunca) nos hablaron de las teorías más interesantes en este ámbito, tampoco nos dieron los conocimientos técnicos requeridos para trabajar en cualquier medio. Lo último genera bastante inseguridad, porque sientes que ni siquiera tienes una destreza práctica que te vaya a ser útil.

Esto nos hace pensar sobre el tipo de trabajadora/persona que acaba formando esta carrera: alguien extremadamente adaptable, capaz de aguantar cualquier cosa (hasta diez horas seguidas escuchando estupideces), alguien hiper-flexible, sin herramientas reales de trabajo y con una capacidad de producción carente de contenido (nuestro estupendo plan de estudios contaba con una media de 15 asignaturas anuales y un verdadero maratón de trabajos y exámenes).

Muchas buscaron fuera lo que no encontraban en la universidad. La falta de prácticas en la carrera se convierte en un mecanismo perverso: acabas buscando en una empresa lo que no te proporcionan en la facultad, pero en vez de en forma de clases, lo recibes como un trabajo mal o no pagado. Todo un invento para las empresas: se ahorran tener que contratar a un periodista y lo suplen con becarios o estudiantes en prácticas que les salen mucho más baratos y menos problemáticos. Además, es un sistema que nunca se agota: cada año hay nuevos estudiantes dispuestos a aguantar cualquier condición laboral. En definitiva, nos van preparando para la precariedad que nos espera. Nosotras hicimos algunas prácticas, en radio sobre todo, por la presión social que te lleva a pensar que, si no las haces, no encontrarás trabajo en tu vida. Sin embargo, fuimos un poco a nuestro aire y hasta lo pasamos bien, porque lo que hicismo no correspondía a un periodismo sujeto a la tiranía de la actualidad. Cuando vemos a las (pocas) compañeras que han «llegado lejos» en esto del periodismo, nos damos cuenta de que hay que tenerlo muy claro desde el principio y estar dispuesta a sacrificar muchas cosas (vacaciones, tiempo libre…). Cosa que nosotras no hicimos, o no estábamos dispuestas a hacer.

Todos estos cuestionamientos nos llevaron a participar en asambleas, asociaciones, charlas, debates y a encontrarnos con personas con otras iniciativas e inquietudes. Al final la universidad, para nosotras, supuso un aprendizaje político-cultural muy instructivo. Fuera de las aulas, claro.

El fabuloso mundo del trabajo en medios

«Resume en 30 segundos (de radio) la tregua de ETA». Éste es uno de los fascinantes retos con los que nos encontramos en nuestra breve experiencia periodística. Claro, ante eso y cuando una todavía no está muy maleada por la profesión, no puedes sino sentirte frustrada. Te das cuenta de que son los propios mecanismos del medio, sus pautas espacio-temporales, las que te hacen simplificar todo lo que intentas contar. Que la pobreza y la falta de profundidad de la información no viene, en muchos casos, de una intencionalidad manifiesta, sino de las propias rutinas periodísticas, más allá de ideologías. Te acabas sintiendo fatal. No tienes tiempo para preparar lo que vas a contar, para documentarte y para consultar fuentes, dispones de poco espacio/tiempo para hablar de cualquier hecho o acontecimiento…

Algunas huimos a otros trabajos que nada tienen que ver con el periodismo: podríamos hacer un recuento extenso de compañeras que han acabado en los empleos más variados: técnicas de luces y de sonido, camareras, teleoperadoras, profesoras, aspirantes a funcionarias, etc.

Las que se quedan sienten que producen información como si se tratara de sillas o tornillos en vez de relatos que dan sentido a lo que pasa. Y surge la disyuntiva que crea no pocos conflictos: ¿cómo voy a hacer esto? Si quiero hacerlo bien, tengo que dedicarle muchas más horas (te llevas el trabajo a casa: tienes que consultar más fuentes, necesitas más tiempo, etc.); si no, puedes optar por hacerlo como quieren, acabar dando una visión tendenciosa y acrítica, recurrir al «corta y pega», a copiar los teletipos… algo muchas veces que acaba volviéndose inevitable dada la falta de tiempo. Y es que el periodismo se acaba convirtiendo en un empleo que invade tu tiempo de no trabajo: las preocupaciones, los agobios (por no hablar de las horas extra…). Es un trabajo que no se deja aparcado en la oficina fácilmente, porque tienes que poner tus afectos, tus intereses, tus experiencias a trabajar.

Por no hablar de las delicias de trabajar bajo tanta presión, con tanto estrés. Todo se acaba reduciendo a lo productiva que seas. «¿Cuántas noticias puedes escribir al día?»: ésta pregunta se la hicieron a una de nosotras en una entrevista de trabajo y expresa bastante lo que se espera de un periodista. Pensábamos que se valoraban aspectos como tu interés por determinados temas o tu destreza para escribir, pero no: escribe rápido, hazte una breve idea de lo que pasa, resume un teletipo, recoge declaraciones, corta y pega, muévete.

Y ¿cuáles son los trabajos que se encuentran en medios? En nuestro entorno, las amigas que se dedican al periodismo trabajan en glamourosas revistas de ferretería, de neumáticos, de tractores, de ordenadores o en gabinetes de comunicación corporativa. La mayoría trabaja unas diez horas al día (ya se sabe que en esto del periodismo, no existen los horarios…), y llegan a casa a las 8 o las 9, con muy pocas ganas y fuerzas para hacer nada. De alguna manera, un empleo así tiene un lado cómodo: cobras un sueldo que te permite vivir más o menos decentemente, a veces viajas con el trabajo…, aunque parece difícil poder ser feliz de este modo; en realidad, parece difícil ser feliz trabajando en general, tal y como están planteadas las cosas.

El hecho de que seamos mujeres, además, no hace sino *precarizar* precariedades. La mayoría de nuestras amigas cobran menos que nuestros amigos, incluso a veces por debajo del convenio, en determinados medios no quieren contratar a chicas… Asimismo, se te exige una determinada imagen como mujer, la consabida «buena presencia», presente ya en cualquier oferta de trabajo; a veces importa más tu imagen que lo que seas capaz de hacer.

También vemos que el periodismo está invadido por numerosas divisiones de género, derivadas de la clásica separación entre el espacio público reservado a los hombres y el privado reservado a las mujeres. Por ejemplo, la parcelación temática: las chicas trabajan sobre todo en secciones «feminizadas», como sociedad, cultura, los *magazines* y suplementos de fin de semana, frente a otras, más «masculinas» y «serias», como internacional, economía, nacional, etc. Los hombres son los que suelen tener una presencia pública más importante, los periodistas estrella.

Conocemos muchos casos en los que el trabajo del estrella, que es el que da las noticias y hace las entrevistas, depende de un trabajo invisible que hacen las mujeres (que son las que recaban la información, las que muchas veces redactan las noticias, etc.). También es a hombres a los que se recurre cuando tiene que hablar un «experto» sobre un tema; cosa que ocurre incluso en los medios más alternativos. Otros campos como la fotografía son territorio exclusivo de hombres (quizás por eso de que es un trabajo más «técnico» o tecnológico, y porque exige una movilidad y una flexibilidad que muchas veces las mujeres no nos podemos permitir).

Nuestra reconciliación con los medios de comunicación viene con la posibilidad de proponer trabajos propios y participar en proyectos con dinámicas y modos de organización diferentes que han ido creciendo en lo local y lo global (Molotov, Indymedia, radios libres...). Te satisface tener una relación con lo que produces, tener capacidad de gestionar tu tiempo y de organizar tu trabajo, y no sentir que lo que produces es algo extraño y ajeno a tí mísma, que haces para otros y sobre lo que no tienes ningún control.

Por eso intentamos que el «está todo fatal» no nos supere. Porque podemos organizarnos juntas, poner nuestros saberes y *haceres* al servicio de algo que merezca la pena y que nuestro trabajo sea por fin nuestro. Y en ésas estamos…

Belén Macías, Irene García y Soraya González (Meigas??).
Madrid, octubre 2003.

2. De una locutora de Radio3 recién despedida

[Instantánea]

No me renuevan el contrato.

Hace unos meses, cuando nos reunimos en La Eskalera Karakola para preparar una deriva sobre la precariedad en el trabajo de comunicación, sobre mujeres a la deriva, pensé que a lo mejor yo no debería ser una de las protagonistas. Todo me estaba saliendo bien, había terminado la carrera recientemente y ya presentaba un programa en la radio. De mi promoción no conocía a nadie en una situación tan privilegiada. Yo merecía estar ahí. Me sentía orgullosa.

Ahora vuelvo al punto inicial. Parto de Cero. Estoy desorientada. Cabreada. Humillada. Soy una mujer a la deriva.

Toña.
Madrid, octubre 2003.

3. De una indolente realizadora de audiovisuales

[Barrido]

¿Por qué demonios estudiar imagen? A veces me pregunto qué hago yo metida en este lío, porque no elegí otro campo, un trabajo de educación, que siempre tiene muchas posibilidades, o un curso de montar redes, que está a la última… Si me pongo a pensarlo, la verdad es que no encuentro el rastro, así que desde ahora intentaré reproducir lo que pensaba entonces: creo que decidí estudiar imagen porque me gustaba ese lenguaje y me gustaba la idea de tener cosas que contar, ya fueran íntimas o hipotéticas sobre el mundo.

Me metí en periodismo porque no me daba la nota y después de tantear el posible cambio a la carrera de imagen y sonido y verme ante la perspectiva de seguir cuatro años más en ese sitio, decidí no continuar. Intenté meterme en la escuela de cine, pero el dinero de la matrícula y la culpa que sentía al pensar que me lo tenían que pagar mis padres, hizo que no preparase el examen de ingreso y, evidentemente, no lo aprobé.

¿Qué opción me quedaba para estudiar algo que tuviera que ver con lo audiovisual y no fuera caro? Pues un módulo de FP de grado superior relacionado con audiovisuales. Eché la solicitud y experimenté la incertidumbre durante un par de semanas al hallarme en lista de espera; finalmente conseguí entrar.

La experiencia estuvo muy bien, pero el problema es que aquellas bucólicas ilusiones en seguida se transformaron viendo el enfoque del módulo, que como su nombre bien indica, es eminentemente profesional. Es decir, nos enseñaban a ser lo más productivos posible. De ahí que ahora piense que ya que estaba en ese contexto, quizás tendría que haber elegido otra rama con más salidas, en lugar de la de realización.

Cuando todavía estaba estudiando el módulo, a mí y a otros dos compañeros nos ofrecieron presentarnos a una entrevista para la selección de becas de CANAL SATELITE DIGITAL, unas becas que según recuerdo eran de ocho horas de trabajo, no recuerdo bien la remuneración; el beneficio era la formación y la incorporación a sus listas. Pero, pobre de mí, en esa época aún no era plenamente consciente de la coyuntura del mercado, de que si quieres la «fama» hay que sudar, y fui a la entrevista tan pancha, diciendo que a mí me gustaría trabajar como mucho unas cuatro horitas, que si eso era posible, que encantada, pero que si no, no me interesaba... Y claro, no me llamaron.

Una vez acabado el año y medio de formación, hay que cumplir los tres meses de prácticas correspondientes en una empresa del sector, a elegir según la nota que hayas sacado en el curso. Como yo no quería ir a una gran cadena y la realización no era lo más solicitado, tuve ocasión de elegir más o menos. Entré en una pequeña empresa, digamos familiar, de multimedia, en la que se hacían videos de empresa y bodas de altos ejecutivos. Iba de lunes a viernes, de 10 a 14:30 y de 16 a 19h, si no recuerdo mal, y tenía un día libre al mes para llevar los partes de las prácticas al instituto. Se supone que la chica que estaba trabajando en realización me tenía que ayudar un poco, pero ella tenía mucho trabajo, así que no me hacía mucho caso. Creo que primero estuve

mirando cómo trabajaba ella, para aprender. Luego insistí para que me mandasen hacer cositas, porque si no me aburría horrores, y finalmente, conseguí que me encargaran montar el vídeo de una exposición. Pero para aquel entonces ya había perdido la perspectiva de quedarme en esa empresa (que era el mito de mi escuela: «sales con un trabajo»); así me lo habían dado a entender sutilmente. Así que les propuse que me dejaran ir sólo medio día con la excusa, que por otro lado era cierta, de que estaba trabajando en un puesto de helados.

Aceptaron y fue una auténtica liberación. Así que durante lo que me quedaba de prácticas me dediqué a hacer tranquilamente el vídeo aquel de la exposición, ya sin ninguna perspectiva laboral, sino exclusivamente para aprender todo lo que pudiera del manejo de los programas. Lo que me queda de esos meses de trabajo es un vídeo para el currículum, el perfeccionamiento de mis conocimientos del programa que utilizábamos para editar y algunos programillas que me copié, que ya deben estar desfasados.



Acabadas las prácticas no recuerdo qué hice, pero imagino que inicié la campaña de búsqueda de empleo. Currículum, contactos... Mi principal conflicto siempre ha sido no querer asumir lo de trabajar mucho y cobrar poco. De hecho, mi profesor de montaje, pobre iluso, me ofreció otro trabajo durante el verano: se trataba de aprender a manejar un programa para HACER DEMOSTRACIONES a otras personas para que lo compraran. Paradojas de la vida ¡cómo se parecía aquello a las imágenes de *glamour* cinematográfico que tenía en la cabeza cuando empecé con ésto! En fin, no lo cogí.

Así que el paso siguiente fue trabajar de camarera, limpiar en un bar y poner alarmas en el Zara. Y con eso me daba justo para vivir. Bueno, no, antes de decidir buscar curro de cualquier otra cosa tuve una experiencia en una productora de «documentales del mundo». Aquello era bonito: a través de la música desarrollaban reportajes sobre diferentes culturas del mapa. Comparado con ver a ejecutivos bañándose en un yacuzzi en medio de los Alpes suizos, no estaba mal... Ahí empecé en pruebas, pero sin cobrar. El jefe no se fiaba mucho de mí, me tenía mirando cómo montaba su editora profesional y me decía que, antes de contratarme tenía que ver cómo trabajaba, a lo que yo le respondía que si no me dejaba mostrarle cómo lo hacía no lo podía comprobar. Lo que es cierto es que yo nunca me he matado por el trabajo, es decir, cuando llegó la semana santa me fui tranquilamente de vacaciones a Almería sin preocuparme demasiado. La chica que estaba allí me decía que tenía que echarle más horas que así a lo mejor me cogían. Supongo que era cierto, pero a mí me parecía tan absurdo estar cuatro horas viendo cómo montaba ella que no lo podía asumir. Todo terminó un buen día en el que llegué al estudio y me encontré a mi jefe haciendo una selección de montadores/realizadores. Pero no me habían avisado. Así que ya no volví. De esta experiencia absurda, lo único que saqué fue que me dejaron hacer algunas cosillas en un vídeo sobre Cuba y que aparecía en los créditos como auxiliar de montaje. El currículum, siempre el currículum…

En paralelo a todo esto participaba en el grupo de producción audiovisual Deyavi, que empezó a funcionar allá por 2000. Juntos habíamos hecho un documental sobre «los siete días de lucha social», otro sobre software libre, muchos programas para la televisión de Vallecas (TeleK)... En un momento dado, para financiarnos, decidimos hacer *videobooks*. Moviéndome para conseguir contactos para los *videobooks* entré en un sitio en el que ahora trabajo .

Lo primero que me dijeron es que no querían a alguien fijo, sino a una persona para ocasiones especiales. En mi primer acercamiento simplemente me dediqué a aprender a usar el programa: otra cosa para el currículum. Iba casi todos los días, estaba cuatro horitas, iba manejándolo a mi ritmo. De repente un día apareció otra chica, pero como allí nadie nos decía nada, pues ninguna de las dos sabía muy bien quién era la otra. Con el tiempo he sabido que a ella de vez en cuando la llamaban para grabar. El caso es que ella también estaba tanteando lo de quedarse en la empresa de editora. Al principio nos llevábamos bien, lo que aprendíamos nos lo contábamos, pero al poco me di cuenta de que lo que yo estaba haciendo, que era montar una obra de teatro, era un trabajo suyo que ella iba a cobrar. Entonces las relaciones se tensaron: ya no era el jefe el que me quería hacer trabajar gratis, sino mi propia compañera.

Como era habitual en mí, me fui de vacaciones y, al volver, me encontré con un panorama inenarrable. El jefe había caído en una de sus depresiones cíclicas. Me encuentro, además, con que es alcohólico y lleva tiempo tomando antidepresivos. Como no había nada para grabar, la otra chica dejó de ir. Tampoco había trabajo para montar, pero yo seguí yendo y me puse a retocar el vídeo de software libre, aprovechando los equipos que tenían en el estudio. Así seguía aprendiendo y de paso sacábamos el vídeo con mejor calidad. El cuadro era el siguiente: yo montando en el ordenador y a mi lado, tumbado en el suelo durmiendo, un alma errante que era mi jefe. Eso día tras día: recuerdo la luz tenue y el ambiente decadente.

Un día después de decidir que quizás no era normal lo que estaba pasando y aprovechando que a él se le veía algo más despierto, me da por ejercer de psicóloga. Me pongo a hablarle de la vida, de los deseos inspirada en Deleuze, aunque en un Deleuze barato. De repente, le cambia algo en la mirada y me pregunta si vivo sola, luego si tengo novio. En ese momento pienso «¡uy!», intento cambiar de conversación, pero de golpe él me dice «¡el deseo, el deseo!», y salta sobre mí para besarme... Me incorporo bruscamente, le aparto mientras examino las puertas para ver por cuál puedo escapar y le digo que se está equivocando. Pero como le veía fatal, intento hablarlo todo racionalmente... Nada más salir de allí me entra una rabia increíble: ¿por qué se cree este hombre con el derecho a hacerme pasar semejante situación? Al día siguiente le increpo. Él me pide perdón, pero claro, algo ha cambiado.

Después de aquello, seguí yendo al estudio. No me acuerdo qué era lo que me hacía seguir: acabar el vídeo sobre software libre, la posibilidad de conseguir un trabajo... no sé. El caso es que, de repente, un viernes a las 9:30 de la mañana, recibo una llamada suya. Me dice que si puedo ir a hacer unas grabaciones a las 10h. Voy para allá y empiezo una racha buenísima: trabajando entre cuatro y ocho horas, no todos los días, y sacándome unas 12.500 pts. al día. Pero, ¿qué pasa?, que cuando él ya se pone bueno, se me acaba el chollo de cámara: prefiere hacerlo él directamente y no tener que pagar a alguien. Es lo que tienen estos trabajos, que la inestabilidad de alguna manera se paga.

Otro día me viene diciendo que tenía un trabajo previsto para mí, pero que finalmente había considerado que dada mi experiencia era demasiado complicado, así que lo iba a realizar su socio. ¿En qué consistiría ese reto profesional? Se trataba de retocar una imagen poco nítida grabada en una tienda de comestibles con la finalidad de reconocer a un ladrón que había atracado el establecimiento. En fin, mi vocación inicial de expresión y comunicación mediante el lenguaje audiovisual iba camino de convertirse en una labor policial. No me podía creer lo que estaba sucediendo.

De todas las vicisitudes que pasé en esta empresa me queda un contacto gracias al que todavía me llegan trabajos de vez en cuando, el conocimiento adquirido de un programa muy bueno y currículum, más currículum…

Pero, claro, los trabajillos que me siguen llegando a través de esta empresa no me dan para vivir. Así que los sigo completando con curros varios (camarera, etc.), y me pongo a buscar más cosillas en el mundo del audiovisual... a mandar currículum, tirar de contactos, consultar *infojobs*, tv local… Y en ésas estoy ahora. Algunas mujeres de Deyavi acabamos de editar un vídeo para el Instituto de Investigaciones Feministas de la Complutense que nos han pagado, pero ha sido algo puntual. Me veo aguantando años de precariedad durante los que ir sembrando hasta conseguir algo mejor, pero un poco llovido del cielo, porque creo que nunca seré capaz de estar cuatro años sin vacaciones por hacer unas prácticas sin cobrar...

Alejandra
Madrid, abril 2003.

Telefonía erótica, dígame

Y ¿qué es eso de la línea erótica? «En principio podría ser interesante», pensé, cuando una amiga que trabajaba en una de ésas empresas me preguntó si me apetecía... A su vez, yo le pregunté a mi cuenta bancaria y las dos dijimos que sí, que podría estar bien, así que llamé y concerté una entrevista.

Lo típico, me visto para transmitir un poco de seguridad en mí misma, escojo el currículum apropiado para estos menesteres y me presento en la dirección indicada: Núñez de Balboa 14, un imponente edificio de oficinas y apartamentos llenito de mármol y enredadera interior, donde todo eran «asesorías», «gabinetes de consultores» o similares. ¡Qué sitio!, me digo mientras espero el ascensor que me lleva directa a la oficina 19, una puerta tan normal, y llamo. Me recibe Carmen, encargada de todas las entrevistas y coordinadora de la línea, una mujer enorme, toda de negro, con una voz dura que me empujaba a asentir todo el rato. Y asintiendo entré en su despacho, una de estas habitaciones separada del resto por mamparas de cristal, a la entrada de la casa.

Mientras ojea mi currículum, Carmen me pregunta por qué me interesa este trabajo, cuál es mi disponibilidad, etc., y antes de darme tiempo a contestar ya me está hablando de MEDIAFON S.L. y las características del trabajo en cuestión:

> El objetivo de la operadora es que «el llamante» permanezca conectado el mayor tiempo posible; una buena operadora, según Carmen, es capaz de hablar de cualquier tema, de tontear lo necesario, ser pícara o ingenua según lo requiera la ocasión... vaya.
>
> Una buena operadora es versátil, y tiene en la manga varios personajes creíbles y juguetones, que abarcan todas las edades y todos los gustos.
>
> Una buena operadora tiene capacidad de adaptación y cambia rápido de voz y personaje para entrar de nuevo «en juego» cuando un llamante la cuelga....
>
> En definitiva, una buena operadora «conoce bien a los hombres».

Todo esto dicho lentamente, parándose en medio de ciertas frases complicadillas, con su voz profunda, y yo manteniendo el tipo mientras se me revelaba la trampa de este asunto: ellos «creen» durante todo el tiempo que hablan con chicas de la calle, que son monísimas, curiosamente viven en su ciudad o cerca, y tienen gustos parecidos a los suyos... sin sospechar que se trata de «profesionales de la empatía».

Una vez «descrita» la labor, Carmen me enseña el resto de la casa, con su baño, su cocina, todo muy familiar, su sala de reuniones, y una habitación grande donde no dejaba de sonar el teléfono. 12 mesas en forma de U, cada una con su aparato, separadas por mamparas opacas, y una más grande desde donde trabajaban las supervisoras de *mensajería* y *directo*: las dos modalidades de esta empresa. Me lleva a la zona de directo, donde yo trabajaría, y me deja un rato escuchando a las «chicas» del turno de mañana, todas mujeres entre 40 y 60 años que me parecen, más amas de casa o profesoras de Primaria, que hacedoras de fantasías... Trato de pegar la oreja, pero no distingo bien las voces, todas hablan bajito, como muy íntimo, y tan pronto se oyen risas como gemidos...

En teoría, a las nuevas nos forma o bien una operadora más experta o bien la supervisora de turno; en la práctica, nunca hay tiempo y mi formación consistió en escuchar durante media hora conversaciones ajenas.

Finalmente Carmen me entrega las normas de las operadoras y un par de folios con consejos útiles, me recomienda que traiga los «personajes» preparados desde casa y me insiste en que está terminantemente prohibido establecer cualquier tipo de contacto con los llamantes, fuera del trabajo claro, así como dar la dirección y teléfono de la empresa, mencionar que somos operadoras o facilitar información de las compañeras... bajo «pena» de despido.

El caso es que me fui de allí asintiendo, casi convencida de que éste sería un trabajo tan enriquecedor que debía dar las gracias por la oportunidad que me brindaba... y con curiosidad a fin de cuentas.

Y comencé pocos días después; estaba tan nerviosa que hasta me puse mona para ir al curro, convencida de que me daría el tembleque y sería yo la que colgara al primer macho que me jadeara al oído, aunque una vez me abrieron la puerta (una compañera muy maja que me sonrió y me dio la bienvenida) no me dio tiempo de pensar en nada más... La noche comienza grabando un par de «*pseudos*» (personajes desde los que vas a hablar) en la *rueda* («lugar» desde el que se recibe al llamante, que al conectar escucha una suave melodía que da paso a una simpática voz que le da las instrucciones de uso: él también debe grabar un «pseudo» para poder escuchar la grabación que han dejado las «chicas» en línea y después elegir la que más le «seduzca») y mientras espero a que suene el teléfono (que no suene, que no suene), me recomiendan que me pegue a Paloma, una de las «oper» con más maña y experiencia... Habla con un chico de Barna y se supone que ella está masturbándose mientras le cuenta cierta anécdota «real» con un hombre mucho mayor que ella... y mi teléfono suena, ¡horror!, y lo cojo... es un chico de Zaragoza que me cuelga antes de que diga cómo soy, el muy capullo. La situación se repite unas cuantas veces, ¿A ésto se refería Carmen cuando me decía que realmente no era necesario hablar de sexo?

Pasé una noche algo esquizofrénica, dividida entre «Ainoa, ¿hablamos?» y «Sara, tu gatita», pasando por «Vanesa, mi chico está durmiendo», «Sally busca a Harry», «Ana, al derecho y al revés», «Bárbara, madurita» o «Mónica, muy morbosa», con más pena que gloria, y acabé hablando con un tal Pedro, de Barcelona, llamante fijo que siempre buscaba chicas nuevas y que sabía a lo que nos dedicábamos. Hablamos durante hora y media (tres conexiones), de su trabajo, de sus hijos, de su casa en la playa y hasta me recomendó lugares que debía visitar en Barcelona, *ciudad en la que yo vivía desde hacía tres meses, estudiando y trabajando en un hospital*, vamos, que me hizo la noche.

En los tiempos muertos, cuando mi teléfono no sonaba o me colgaban rapidito, yo me pegaba a mis nuevas compañeras, tratando de no ser intrusa y cortarles el rollo. Entre lo frustrada que estaba yo y lo buenas que eran ellas, las miraba como diosas del Olimpo, dispuesta a emularlas en todo lo necesario. Lo cierto es que las compañeras resultaron ser mi fuente principal de conocimiento.

Priscila, una mujer ecuatoriana, creo, que venía cada noche desde Rivas Vaciamadrid; vivía con su pareja (que pensaba que Priscila trabajaba limpiando oficinas) y su hijo pequeño, y después de recorrer los anuncios del periódico e ir de un currito malo a otro peor, estaba contenta aquí. Triunfaba, la verdad, con una voz finita y suave, y tenía su par de llamantes fijos, que solo querían hablar con ella, el sueño de toda «oper».

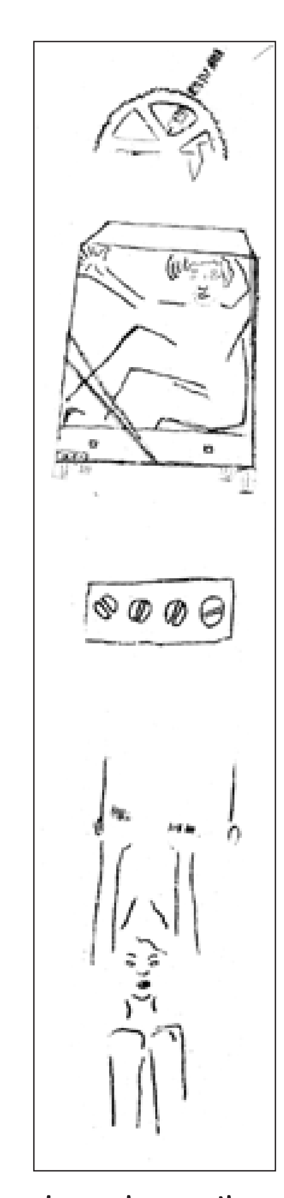
Ángela, una preciosa mujer cubana, licenciada en filología, que vino a España a montar una librería con su pareja y ahora andaba ahorrando para cumplir su sueño. Muy inteligente, les llevaba por donde quería y era la que menos hablaba de sexo; sus conversaciones tenían mucho que ver con literatura, política o filosofía... y la llamaban encantados; si es que todo tiene su erótica.

Nuria, no sé si era de Barna, aunque vivía en Madrid, era la única chica de mi edad, superpunki la tía, y cañera como ninguna; trabajaba muchísimo y tocaba todos los palos, desde niñita sumisa a fuerte dominadora. De hecho, ella me inició en la cosa de la dominación telefónica, me prestaba cómics, revistas, me contaba las cosas que más les gustaban a sus sumisos (leyendo me di cuenta de que esta línea se publicitaba en todo tipo de prensa: desde *El País* o *el Jueves* hasta revistas porno o cómics eróticos, con anuncios más que sugerentes).

Del resto no me acuerdo tan bien, porque supongo que coincidiría menos con ellas, pero en general guardo una sensación muy buena, se dieron momentos encantadores entre nosotras y ellas fueron quienes me enseñaron los trucos más divertidos: como restregar el teléfono contra el pelo fingiendo una masturbación «auricular» o como pasar agua de un vaso a otro haciendo realidad las primeras «lluvias doradas» de muchas de nosotras.

Las «oper» del turno de noche eran más o menos fijas y casi todas llevaban trabajando más de tres meses. Entre semana se contaba con unas 5 operadoras de directo, los fines de semana éramos unas 8. Las supervisoras cambiaban cada semana, en turnos de 7 noches seguidas. El reto de cada noche consistía en alcanzar un 70% de efectividad (tiempo hablado sobre el total trabajado), calculando a partir de la media de efectividad de cada una de las operadoras. Esto es, no era suficiente con que algunas alcanzaran el nivel adecuado, teníamos que llegar todas o fastidiábamos la media de la supervisora. Este punto obligaba a cierto trabajo en equipo. En el turno de noche ésto nunca fue un problema porque unas hablábamos por otras hasta que todas llegábamos al codiciado 70%. En otros turnos fue un motivo de conflicto: no todas las operadoras se conocían (la mañana y la tarde eran turnos más masificados) y muchas veces coincidías con operadoras que nunca habías visto, ¿por qué regalar minutos a una desconocida? Pensarían muchas.

Durante las dos primeras semanas de trabajo anduve perdidísima; los llamantes me colgaban, las supervisoras comenzaban a mirarme mal (por aquello de tener una pardilla entre sus filas) y las compañeras no dejaban de echarme un cable tras otro.



de armarios y mentiras: demasiado grandes, demasiado pequeñas

Igual de todo se aprende y un día sin saber por qué el tipo no cuelga, incluso repite... poco a poco vas conociendo los códigos y sabiendo qué decir... también poco a poco vas «creando» *personajes* más atractivos.

Mis personajes básicos, desde los que hablaba todo el tiempo, se reducían a cuatro «arquetipos», en los que variaba la voz relativamente poco (mi voz es bastante característica, cambiarla me resulta difícil), aunque sí modificaba el tono o la velocidad al hablar.

Marcela: mexicana (porque no se me da mal el acento), de unos 25 años de edad, morena, ojos negros, 1,58 de altura, 52 kg., está en España con una beca en «artes» y vive en Granada, Barcelona o Madrid, según el llamante. Comparte piso con otras becarias, también chicas alegres que no dudan en hablar con algún amigo simpático de Marcela (aquí las compañeras se tiraban el rollo y se prestaban a la farsa encantadas). Entra en la rueda como «No puedo dormir», «Mi amiga y yo nos aburrimos solas» o cosas así.

Sara: entre 18 y 22 años, la más jovencita de todas. Voz juguetona, un poco ñoña. 1,69, 55 kg, piel blanca y pecosa, ojos verdes, pelo pelirrojo, largo y rizado. Tatuaje en el coxis y piercing incluido por el mismo precio. Entra en la rueda como «Sara, tu gatita» o «¿quieres probar mis juguetes?». Con Sara, así como con Marcela, no tenía llamantes fijos, pero si abarcaba muchos tipos de llamantes, desde «tipos de oficina» (abogados, publicistas que «trabajan mucho»), hasta seguratas nocturnos, pasando por chavales de guardia en el cuartel o divorciados alegres. Lo habitual con ambas eran conexiones completas (30 minutos de conversación aproximadamente), aunque no volvieran a llamar porque estos dos personajes casi nunca se anunciaban buscando contacto. La conversación versaba habitualmente sobre fantasías eróticas o experiencias «reales» algo excepcionales (encuentros en probadores, piscinas públicas, ascensores o autobuses nocturnos).

Noelia: voz natural, 31 años, pelo largo y moreno, ojos castaños, 1,70, 58 kg, la más normalita de todas. Enfermera en pediatría, casi siempre trabaja en el Ramón y Cajal. Entra en la rueda buscando más compañía que contacto, digamos que quiere conocer a alguien especial. Su historia fue la más elaborada, ya que Noelia sí tenía llamantes fijos: a Noelia la abandonó su chico un mes antes de que les dieran el piso que iban a compartir; ella, muy íntegra, pasó el chaparrón y ahora, un poco recuperada de su traumática experiencia, busca conocer gente; elige el teléfono porque tiene problemas en los contactos directos y prefiere charlar antes de dar el paso.

Uno de los llamantes de Noelia fue la relación más parecida a un «romance» que tuve en la línea: Pedro, un guardia civil de Vitoria, llamaba todas las noches que trabajaba desde que nos conocimos, y hablábamos entre 2 y 4 horas por noche... durante unos tres meses. Para él se inventó todo el culebrón... que acabó con la visita de Pedro al mismito hospital, no buscando a Heidi precisamente, cosa que a Cristina, yo misma, le dió un poco de miedo, la verdad... ¿Dónde termina la farsa? ¿Hasta dónde nos creen los llamantes? ¿Y si me encuentra?

Marta: aproximadamente unos 40 años, casada, viuda o divorciada. Voz dura y lenta. Pelo rubio teñido, no especifica peso ni altura. Tiene hijos. Busca relaciones con sumisos y entra en la rueda como «soy tu madrastra», «Marta ¿te atreves?». Antes de iniciar cualquier relación directa busca conocer la piel de la que está hecha su «futura ovejita». Por eso no busca contacto inicial, sino que da consignas por teléfono y queda más tarde con los llamantes para que le cuenten. Marta

envía a los llamantes a ciertas zonas de su ciudad (parques de noche, baños públicos de día) y les pide que realicen intercambios sexuales concretos y que luego se lo cuenten; les viste con la ropa interior de su compañera o les recomienda qué hortaliza pueden introducir en su ano mientras hablan con ella... Yo no sé si lo hacían o no, pero igual llamaban para contar su historia, y a Marta lo que le interesa, como a todas, son los minutos registrados.

Modificando los nombres o ciertos detalles físicos (algunos las prefieren rubias), éstos eran los personajes habituales desde los que conversaba.

Durante esos 5 meses puse toda mi inventiva al servicio de fantasías, sueños y realidades paralelas del todo a la mía ; desde luego, mi vida real no tenía nada que ver con el derroche de erotismo del que todas presumíamos al coger el teléfono y en algo te aumentaba la autoestima saber que llamaba gente buscándote a tí. Supongo que esto era lo que permitía que muchas aguantaran tanto tiempo currando en un ambiente que por lo demás era algo sórdido.

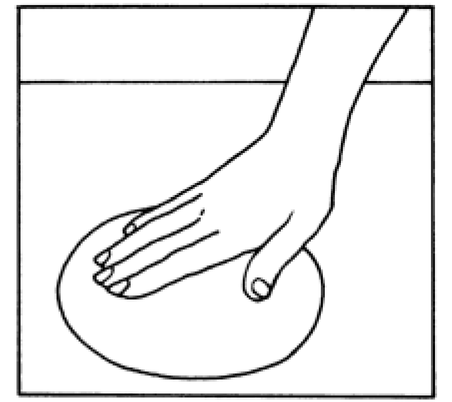
Patricia,
Madrid, octubre 2003.

Algunos datos sobre dineros:

Teleoperadoras:
Tarifas: 706 ptas/hora diurna (de 8 a 23h) y 847 ptas/hora nocturna (de 23 a 7h), de 7 a 8 de la mañana la máquina se desconectaba.
Comisión = horas trabajadas - (total minutos hablados x 28) + (minutos mensajes x 30)

Clientes:
Aproximadamente una conexión completa le costaba al cliente unas 5.000 pts. de día y cerca de 3.500 pts. de noche, solamente en las líneas de directo. Calculando que de día trabajaban en directo unas 8 operadoras y de noche 5 ó 6 y restando nuestros sueldos, *no exagero demasiado diciendo que todo era beneficio*.





Belle de jour 2003

Explicar con palabras de este mundo
que partió de mi un barco llevándome
A. Pizarnik

Quizás no exista una mejor metáfora de la deriva, en un amplio sentido, aludiendo a la vida entre fugaces sueños de mares y orillas.

Fue una tarde de café con un amigo y con un «¿por qué no aceptas el trabajo, si aquí no hay nada que vender?» empezó la última «aventura» en una precariedad laboral que ya por antigua se pierde en la larga noche de los tiempos.

De la posibilidad de independizarse, siendo estudiante y la búsqueda de un trabajo como medio para permitirse un reducto donde habitar/se y simples cosas como cafés con los amigos, cine y literatura a una deriva continua en los submundos del mercado laboral, existe una barrera imperceptible, con muchos lugares comunes, de aniquilamiento y enajenación.

Disgresiones como reductos donde abandonarse ante el deseo insatisfecho, ante el abismal desfase que opera en el terreno de las expectativas desplegadas y las oportunidades ofrecidas.

Pero... volvamos al «¿por qué no aceptarlo?»

Pasada una gris entrevista de contados minutos, empieza al siguiente día mi «formación» en una de las muchas casas de citas que la empresa posee.

Son días en los que me enfrento a supuestos con los que me puedo encontrar al coger el teléfono (quien llama pregunta por mí, por mi compañera o le comento quiénes somos y qué servicios ofrecemos. Sin que nunca citemos la «palabra», pues es tabú, al igual que el cliente, el precio, etc.)

Después de escasos días, empiezo a trabajar por la noche, con una extensísima jornada de nueve horas y media y como corretturnos (cubriendo a aquellas telefonistas que libran en las diferentes casas de citas). Su lado positivo: asomarme a aspectos desconocidos, como el gabinete de sadomasoquismo, con la consecuente información telefónica (algo que en la «formación» no había aparecido, probablemente porque sólo tres casas tienen gabinete). El más interesante: conocer el funcionamiento

de las distintas casas y la diversidad de mundos que las habitan, dentro de los distintos grupos sociales, las mujeres que trabajan en cada una de ellas

Pasados ciertos días de «nocturnidad», trabajo mes y medio en una jornada de tarde, reemplazando a una telefonista de baja, tras lo cual vuelvo a la noche como «titular» de una casa, con el atenuante de una muy baja facturación y, por lo tanto, el deber de elevarla con mis «artes de mujer».

Hoy han pasado ya cinco meses desde aquella pregunta...

Anécdotas aparte, asomarse a este mundo ha supuesto acceder a las entrañas de una empresa de tinte paternalista, en tanto la figura principal, el dueño de las quince casas, es un hombre (el único si quitamos al informático). Pirámide compuesta por el dueño y debajo de éste, la directora, la supervisora, las controladoras o *controllers* (en principio era solamente una, hoy, al escribir este relato, son dos, no sea que escape un céntimo de las cuentas del gran proxeneta), las encargadas de las casas, las telefonistas y, en la base de la montaña, las señoritas (perfectibles de ser pisoteadas al ser el último escalón de una gran cadena de desclasamiento y explotación y cuyo «único aporte» es el plusvalor generado por ese «cuerpo-mercancía»). Por otro lado, está el personal de oficina, contables, publicistas, administrativos y el informático.

Estructura pensada al milímetro de manera tal que genere una suerte de miedos-pleitesías y, ante todo, y lo más significativo, un absoluto aislamiento.

Casas abiertas las veinticuatro horas, con tres turnos de telefonistas (una por turno), cuyo único contacto con la compañera del turno anterior y con la del turno siguiente es el recuento y cierre de caja. Además de una inenarrable reunión de pagos mensual, la cual posibilita la oportunidad de algún tipo de contacto con el resto de las telefonistas que pertenecen a un mismo turno.

En el turno de la noche, la Telefonista es la figura esgrimida que recoge tareas tan dispares como coger el teléfono y dar la información telefónica precisa, recibir a los caballeros (escasas veces se presenta una mujer y en ese caso el estigma se acrecienta: lesbianismo y prostitución, incidiendo hasta duplicar el coste de los servicios), ofrecerles algo de beber, preguntarles si conocen la casa y, en caso afirmativo, si buscan a una señorita en particular, o bien si se les ha informado por teléfono, hacerlo si aún no se ha realizado, presentarles a las señoritas y volver, una vez finalizada la presentación, a conocer su elección y cobrarles. Y no sólo: terminado el servicio, también se les acompaña a la puerta para «verificar» que todo ha marchado bien y que volverán.

Pienso en Buñuel y su *Belle de Jour*...

Pero el número de tareas y su estructura no acaba aquí: los servicios se anotan en papeles triplicados, con los horarios de entrada y salida, habitación, nombre de la señorita, si el caballero es o

no cliente (seguimiento escrupuloso de la fidelización que las señoritas realizan de sus servicios), precios y formas de pago y bebida (se debe matizar que existe una exhaustivo control de ingresos, puesto que la empresa se queda con el cincuenta por ciento del dinero del servicio y no quiere que se le escape ni un céntimo) y paralelamente se incorporan los mismos datos a un sistema informatizado de gestión centralizada.

El aseo y cuidado de la casa, por la noche, también está incluido entre las obligaciones de la telefonista, ya que la señora de la limpieza (una por casa), trabaja en horario de la encargada (durante el día).

Las casas abarcan desde chalets de alto *standing*, con precios medios en torno a doscientos cincuenta euros la hora, por un completo (servicio sin extras), hasta las de nivel medio, que permiten un servicio de media hora a setenta y cinco euros. Además de las 15 casas de citas, hay una casa virtual que dispone de dos páginas *web* con maravillosas fotos y de líneas telefónicas y telefonistas que, para complacer al cliente, recurren al resto de casas en busca de señoritas que se asemejen a las de las fotos colgadas en el ciberespacio.

Las señoritas, último escalón de la pirámide empresarial, el más estigmatizado y expuesto: deben cumplir turnos de ocho horas diarias, con «derecho» a extras (cuando ellas lo piden porque lo necesitan). Luego están aquellas que viven en las casas, cuya jornada es de «veinticuatro horas» de disponibilidad (esto son las normas, en telefonistas y encargada queda la posibilidad de saltarlas...) y un día semanal de libranza. Semeja, en ciertos aspectos, a una empleada de hogar interna.

Llegan a las casas bien por anuncios en el periódico o, frecuentemente, por un boca a boca. Son aceptadas dependiendo del perfil de clientes de la casa a la que acuden y en una relación directa de extracción social-casa-precio del servicio. Pasada una entrevista, y previa fotocopia del documento de identidad, firman su «alta voluntaria».

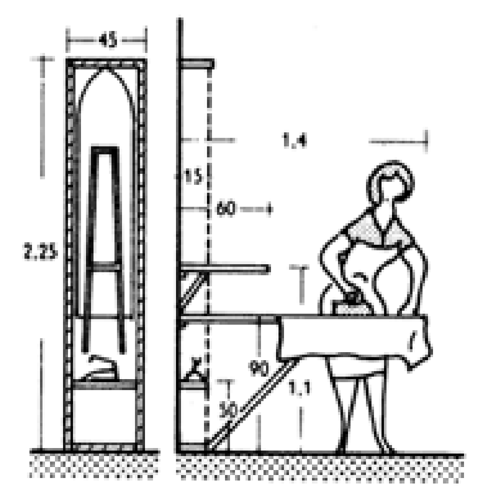
El dinero que reciben (ese cincuenta por ciento) está en relación con la casa en la que trabajan, por lo tanto, con su extracción de clase.

Los motivos para trabajar en la prostitución también se relacionan con esto: en las clases altas, conseguir una autonomía que sustente altos niveles de vida; en el resto, en su mayoría inmigrantes, como único modo de poder ahorrar para regresar a sus países con una situación distinta a la que dejaron atrás, como único medio de sobrellevar las pesadas cargas familiares.

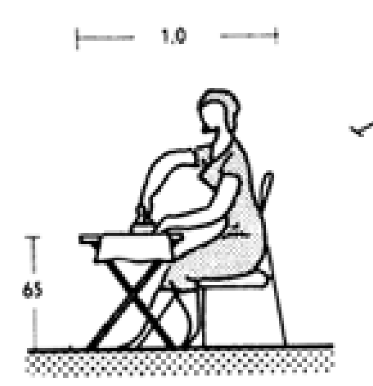
Ciertas veces, esa imperceptible frontera de la subjetivación femenina, que pasa por sentirse deseada para valorarse, provoca que, pasado un tiempo de alejamiento, vuelvan. Sólo ciertas veces.....

Un matiz, olvidado, es que una telefonista no puede ni debe relacionarse con las señoritas. También junto a esos cuerpos-mercancía-plusvalor está mi lucha hoy por hoy, nacida de una mirada infantil de calles nevadas y heladas gastadas por niños de pies desnudos.

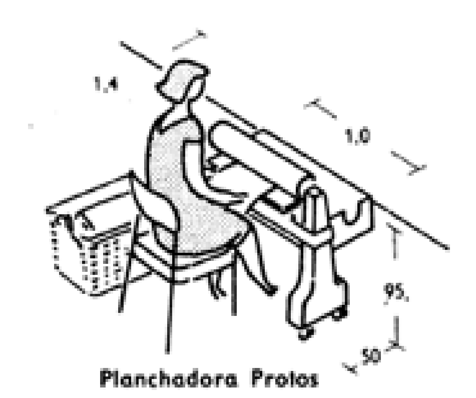
Orfelia Vilsa,
Madrid, noviembre 2003



② Mesa de planchar, rebatible sobre la pared



③ Espacio necesario para planchar sentado



④ Espacio para el servicio de una planchadora eléctrica

apuntes...



Cuidados globalizados

¿De dónde surge este texto? Contestar esta pregunta es imprescindible para poder situarlo y entenderlo. Este texto tiene su origen más remoto en la deriva con trabajadoras domésticas que realizamos el 27 de Octubre de 2002 y cuyo relato aparece en este libro. Aquella deriva generó múltiples preguntas que hemos ido intentando, si no contestar, sí discutir y conectar con otras muchas nuevas que nos han ido surgiendo. Este proceso de cuestionamiento constante lo hemos llevado a cabo en los sucesivos Talleres de «Cuidados Globalizados (amas de casa, chachas, señoritas y cuidadoras en general)» que han tenido lugar en la Escalera Karakola.[1] Y, como nunca nos quedábamos satisfechas, marzo se unió con junio y el I dio lugar al II, y éste, al III, y éste... ya se verá. En estos talleres hemos intentado debatir y compartir experiencias juntas y juntos (aunque, oh casualidad, parece que interesaban mucho menos a ellos que a ellas). Hemos recurrido a gente que había tratado estos temas antes, que estaba inmersa en el mundo de los cuidados desde diversas localizaciones: mujeres migrantes empleadas de hogar, abogadas conocedoras de la legislación del trabajo doméstico, mujeres que han puesto en marcha diversas iniciativas con las que intentar un reparto distinto y autoorganizado de los trabajos de cuidados... Y, por supuesto, (nos) hemos dado voz a todas las personas cuidadoras que han aparecido por allí, porque cuidadoras somos todas; de nosotras mismas, de la gente a nuestro alrededor, día a día. También hemos reunido textos que creíamos interesantes en el Dossier de Cuidados Globalizados.[2]

Estas páginas están escritas desde un «nosotras polifónico», una pluralidad de voces, donde se entremezclan múltiples localizaciones vitales, entre las que tenemos que destacar las diversas situaciones de las mujeres migrantes y las mujeres autóctonas. A veces, oiréis a unas, otras: a otras, pero siempre tratando de empezar a construir alianzas transnacionales como aquellas de las que os hablaremos más adelante. Es un texto, por tanto, escrito por mujeres del Norte y del Sur, pero claramente situado en el Norte. No pretendemos hablar del todo, sólo intentamos aportar una determinada visión (desde este Occidente privilegiado, pero donde el privilegio no se reparte ni llega a todas/os por igual) que colabore, en lo posible, a la construcción colectiva de mapas de la realidad con anhelos de ser críticos y transformadores.

Aunque el texto es largo (por favor, no os asustéis) hemos intentado que cada apartado pueda ser leído separado, que tenga sentido en sí mismo además de colaborar, claro, a un único hilo argumental que se va tejiendo poco a poco. En el primer apartado, se habla de cómo colisionan actualmente dos lógicas, la del mercado que busca beneficios y la del cuidado que busca

1 Podéis ver las invitaciones y el resumen del primero en: http://www.sindominio.net/karakola/precarias.htm

2 Algunos de los textos y todas las referencias podéis encontrarlos en: http://www.sindominio.net/karakola/precarias/cuidadosdossier.htm y, completo, en Traficantes de Sueños, calle hortaleza 19 1º drcha, Madrid.

mantener la vida. Siendo ambas lógicas irreconciliables, en una sociedad como la del Estado español que prioriza la primera, las tensiones son constantes e inevitables. La absorción de estos conflictos y la sostenibilidad de la vida son sólo posibles mediante una desigual distribución de los cuidados por ejes de poder (de género, raza, clase, país de origen...) que convierten el trabajo de cuidados en una externalidad positiva invisible. Esto es lo que garantizaba el modelo de familia nuclear fordista «hombre ganador de ingresos–mujer ama de casa» actualmente en quiebra. En el segundo apartado esta quiebra se sitúa dentro de un fenómeno más amplio de crisis de los cuidados que, argumentamos, está ocurriendo hoy en los países del centro como consecuencia de múltiples factores y que funciona como elemento invisible de creación de miedos colectivos con los que poder cimentar el frente interno de la guerra global permanente. Mientras tanto, en los países de la periferia, se vive una crisis aún más aguda, que ataca la posibilidad misma de sostenibilidad de la vida. La implementación de Programas de Ajuste Estructural y otras políticas liberalizadoras, la privatización de los recursos naturales, etc. han socavado las posibilidades de subsistencia al margen de los mercados capitalistas y, al mismo tiempo, han limitado y, sobre todo, precarizado, las vías de obtención de ingresos monetarios. Estos y otros fenómenos dan lugar a un flujo migratorio que, regulado por restrictivas y militarizadas políticas migratorias, aseguran la disponibilidad en el centro de una abundante mano de obra flexible y chantajeable que sirve como elemento esencial para garantizar un cierre conservador de la crisis de los cuidados. Se crean así las llamadas cadenas mundiales de afectos, en las que distintas mujeres a lo largo del mundo se transfieren trabajos de cuidados de unas a otras. Estas cadenas se abordan en el tercer apartado, donde se intenta comprender las diversas localizaciones de las mujeres y las dinámicas de poder entre ellas, reconociendo la no horizontalidad de la cadena.

¿Qué ocurre con la mujer que se queda en el país de origen? ¿Y con la que migra? Y, aquí, en el Norte, ¿qué relaciones de poder se establecen entre la mujer migrante y la mujer que la contrata? El reparto social de los cuidados, la construcción de sociedades donde los mercados se erigen por encima de la vida, la confluencia de múltiples fenómenos globales en las crisis de los cuidados y de sostenibilidad de la vida, la construcción de nuevas relaciones de poder entre mujeres o el reforzamiento y renovación de otras anteriores... son múltiples fenómenos que intentaremos ir desgranando y que consideramos que suponen un reto crucial al que, desde el feminismo, hemos de intentar dar respuesta evitando caer en cierres reaccionarios de las múltiples crisis. Llegamos así al cuarto y último apartado, ¿qué hacer? Somos conscientes de la dificultad y el riesgo de empezar, y, desde ahí, proponemos como objetivo último transformar una sociedad destructiva que prima la lógica del capital por otra donde se valore la vida, en toda su amplitud. Pero, para ello, hemos de adentrarnos en procesos de construcción de subjetividades nuevas y no normativas que revaloricen los cuidados, rompan con nociones de independencia que nos imponen modelos imposibles de autonomía, acaben con peligrosos mitos como el del hogar dulce hogar (que inhibe otras formas menos jerárquicas de comunidad) o como el del *amour fou*. Y todo ello desde la urgencia de los intentos de construcción de alianzas transnacionales entre mujeres,



que puedan concretarse en espacios tangibles desde los que poder experimentar propuestas específicas que saquen a la luz los trabajos de cuidados y los conflictos que subyacen a su reparto.

1. Cuidados y beneficio

1.1. Un primer acercamiento a los cuidados

Es muy habitual que, al intentar entender la «realidad», dirijamos la mirada a un punto muy concreto, los mercados capitalistas. El empleo, el capital, el dinero, se erigen en el centro de nuestra atención. Y, claramente, son elementos de importancia indiscutible, pero no son «el todo». Es necesario intentar escapar al doble reduccionismo economicista que, primero, equipara al conjunto social con la economía y, segundo, a la economía con los mercados. Aunque en las sociedades capitalistas avanzadas los mercados capitalistas son un elemento absolutamente crucial, hemos de preguntarnos si hay más esferas de actividad socioeconómica, «fuera» de los mercados, o en una relación distinta con ellos y, en su caso, cuáles son las interrelaciones entre los mercados y lo que no es propiamente mercado. Sin intentar esta ampliación de perspectiva, es imposible visualizar la dimensión de los cuidados.

En el Estado español, la idea de que mercados y sistema socioeconómico no son lo mismo queda claramente representada cuando se señala que dos tercios del trabajo realizado son trabajos no remunerados; es decir, no empleo, no trabajo asalariado, sino esa diversidad de trabajos gratuitos que, muy frecuentemente, se etiquetan como no–trabajo o inactividad. Y, de esos dos tercios del trabajo total, el 80% son trabajos de cuidados. Los siguientes datos muestran los millones de horas que se dedican anualmente a cuidar sin recibir remuneración a cambio, así como los millones de empleos a los que equivaldría ese trabajo si se realizara en el mercado:[3]

Cuidados no remunerados	Horas anuales (millones)	Equivalente en empleos (millones)	% realizado por mujeres
TOTAL	23.589	14,1	80,9
Cuidado de niñas y niños	14.500	8,7	82,3
Cuidado personas ancianas y niños	4.295	2,5	79,8
Cuidado personas enfermas	4.780	2,7	80,3

[3] Datos de Durán, M. A., «El análisis de exhaustividad en la economía española», en Carrasco, C. (ed.), *Tiempos, trabajos y género*, Publicacions de la Universitat de Barcelona, Barcelona, 2001, pp. 41-55.

Dar cifras sobre los trabajos no remunerados es algo muy polémico y pueden realizarse muchas críticas a la manera de obtenerlas.[4] Sin embargo, puede ser conveniente introducirlas para dar una simple idea de las dimensiones de lo que estamos hablando, de lo fundamental de los cuidados para el conjunto del sistema socioeconómico. Los cuidados son fundamentales en la medida en que son la base social y porque todas y todos necesitamos cuidarnos y ser cuidadas/os a lo largo de nuestra vida. Tienen que ver con el mantenimiento cotidiano de la vida, con tareas a veces nimias o rutinarias, que se dirigen al bienestar emocional y material inmediato. El cuidado es una necesidad diaria de todas las personas, aunque su forma concreta varíe a lo largo del ciclo vital y el contexto histórico y cultural. A veces, las personas la cubren por sí mismas, en lo que llamamos autocuidado, y, a veces, se cubre mediante la interacción, cuidándonos unas/os a otras/os. Por eso al hablar de trabajo de cuidados podemos referirnos al hecho de cuidar a otra persona, pero también al hecho de que una persona se cuide a sí misma. El trabajo de cuidados es un *continuum* entre el consumo, el ocio y el trabajo en su acepción más fordista. Los cuidados son la base de todo el sistema socioeconómico, pero una base habitualmente invisibilizada e infravalorada.

1.2. La lógica del beneficio y la priorización de los mercados

Mantener algo tan omnipresente en el limbo de lo invisible tiene que ver con una estructura social que se ha organizado con los mercados en su centro y que ha hecho suya la lógica que los guía.

> *«Hay un problema de fondo que es la priorización de las necesidades del mercado, que el objetivo de esta sociedad son los mercados y la acumulación del capital, por encima de cualquier otra necesidad. Eso no se puede perder de vista porque está ahí presionando.»*[5]

Los mercados capitalistas se rigen por el objetivo de la acumulación de capital. El motor de su funcionamiento no es producir para satisfacer necesidades/deseos de las personas (de cuidados u otras). Por el contrario, los mercados son autorreferentes, funcionan por su propia necesidad de creación constante de beneficios.[6] Esto implica que sólo van a satisfacer la «demanda solvente», es decir, las necesidades de aquellas personas con dinero para pagar y con capacidad para expresarlo. Según el liberalismo y Adam Smith, a través de esta persecución egoísta del propio interés y de la maximización del beneficio, la sociedad se organiza de una manera eficiente; es la mano invisible del mercado. No parece acertado detenernos a explicar el por qué de nuestra poca o ninguna fe en semejante mano invisible. Cabe decir, simplemente, que esa lógica del beneficio choca inexorable y constantemente con las necesidades de las personas, con la necesidad de la vida de perpetuarse. Priorizar los mercados pone en riesgo constante la sostenibilidad de la vida. Y si la vida y los mercados siguen coexistiendo es porque alguien históricamente ha absorbido (en la medida de lo posible) las tensiones que se generan entre ambas. Mirando más allá de los mercados, hasta Adam Smith reconoce que el funcionamiento de los mercados sólo es posible si, detrás (alrededor, simultánea, por delante, desbordada) hay otra lógica diferente, la lógica del cuidado de la vida, de

4 La crítica a la forma de medir los cuidados no remunerados se inserta dentro de la crítica a los intentos de medición del trabajo doméstico. Hay dos formas fundamentales de medición. Una de ellas intenta dar cifras monetarias, es decir, el valor del trabajo doméstico en dinero. La crítica fundamental que se le hace es que cae en la misma trampa androcéntrica de valorar facetas históricamente asignadas a las mujeres mediante su asimilación a lo masculino, en este caso, lo monetario. La segunda forma es medir este trabajo en términos de tiempo. Aunque se aleja un poco más de los referentes monetarios, sigue arrastrando problemas clave: nociones lineales del tiempo, fronteras entre trabajo y no trabajo, incapacidad de captar la multidimensionalidad de las experiencias, etc. Diferentes propuestas para el caso español pueden encontrarse en Carrasco, C. (ed.), *Tiempos, trabajos y género*, *ibid.*

5 Todos los textos que aparecen en cursiva y entrecomillados son fragmentos de conversaciones de los tres comentados Talleres de Cuidados Globalizados que tuvieron lugar en La Escalera Karakola entre marzo y junio de 2003.

6 La famosa fórmula subyacente a los mercados capitalistas: D-M-D' : dinero para producir mercancías, para venderlas y generar más dinero.

atención a las necesidades de las personas.[7] Esta lógica queda relegada a los hogares, a las mujeres y a sus trabajos gratuitos; al cuidado diario de la vida para que el mercado tenga cada día trabajadores recién planchados.

Antes de pasar a mencionar algunas consecuencias de la priorización de la lógica de acumulación, es preciso hacer algunas puntualizaciones. En primer lugar, cuando hablamos de la lógica que guía cada esfera (los mercados frente a los cuidados), nos referimos a una dimensión colectiva, no individual. Es decir, las personas concretas pueden tener motivos diferentes para actuar en cada ámbito. Precisamente, desde el feminismo se ha dado una resistencia muy fuerte a la noción (neo)liberal de que todas las personas actúan de forma egoísta y competitiva en los mercados mientras que, en los hogares, reina el amor, la armonía y el altruismo.[8] Pero, si bien a escala individual el dibujo es muy variado y complejo, sí podemos decir que, a nivel agregado, los mercados funcionan en tanto en cuanto se produzcan beneficios; mientras que los trabajos gratuitos de cuidados tienen un objetivo de generación inmediata de bienestar. En segundo lugar, hablamos de lógicas situadas en una cultura y momento histórico concretos, es decir, creemos que hay que ser muy cautas al hablar de una lógica del cuidado para evitar caer en la exaltación de una moral del cuidado (como se ha hecho desde algunas posiciones feministas) que tiene un factor esencialista muy serio (la mujer madre, empática con las necesidades de quienes están a su alrededor y con la naturaleza) y que, con demasiada frecuencia, falla al criticar otros aspectos presentes en esas actividades femeninas, como pueden ser la coacción, la obligación social, etc.[9]

Una vez comentado brevemente esto, veamos ya algunas de las consecuencias de dar prioridad social a la lógica de acumulación. Otorgarle esa prioridad implica que se acepta que esa lógica organice la producción: «[E]n la sociedad capitalista no se produce lo que necesitan las personas: da igual producir medicinas o bombas con tal de que originen beneficios».[10] Que organice también los espacios: como ejemplos podemos poner las ciudades globales al servicio de los grandes capitales y las elites financieras;[11] o los procesos de rehabilitación de cascos históricos donde se busca una revalorización especulativa y no la mejora de las condiciones de vida de la población que los habita, como el que está ocurriendo actualmente en Lavapiés.[12] Que estructure los tiempos, como puede verse en fenómenos como la flexibilización de la jornada, la apertura de comercios veinticuatro horas, la homogenización de los tiempos vitales y su reducción a una única medida, el tiempo dinero, el tiempo mercancía... Y, constantemente, esta estructura que responde a las exigencias de los mercados choca con las necesidades que surgen del cuidado que, si bien no reciben prioridad social, son, en parte, inflexibles (si la persona a la que cuidas se pone mala, no puede esperar a que vuelvas del curro para atenderla; aunque tengas un horario loco, necesitas dormir, o tu hija/o sigue necesitando comer). El funcionamiento autorreferente de los mercados junto con las exigencias cotidianas del cuidado provocan fuertes tensiones, a veces irresolubles, a veces sólo resolubles mediante su absorción por parte del colectivo que es socialmente responsable del cuidado. Cabe entonces preguntarse cómo se han resuelto históricamente estas tensiones y quién ha sido histórica y socialmente responsable de cuidar la vida en semejante entorno hostil.

---

7 Lo que algunas feministas llaman «corazón invisible» (Folbre, N. *The Invisible Heart. Economics and Family Values,* The New Press, Nueva York, 2001) o «mano invisible de la vida cotidiana» Carrasco, C. «La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres?», en *Mientras Tanto,* nº 82, otoño-invierno, Icaria Editorial, Barcelona, 2001.

8 Por ejemplo, Hartmann, H. y Folbre, N., «La retórica del interés personal. Ideología y género en la teoría económica», en Carrasco, C. (ed.), *Mujeres y economía. Nuevas perspectivas para viejos y nuevos problemas*, Icaria, Barcelona, 1988/1999.

9 Como teórica clave de la ética del cuidado Gilligan C., *La moral y la teoría: psicología del desarrollo femenino,* Fondo de Cultura Económica, México, 1986; y para una discusión feminista, Larrabee, M. J. (ed.), *An ethic of care: feminist and interdisciplinary perspectives,* Routledge, Londres, 1993.

10 Río, S. del, « Mujeres, globalización y Unión Europea: algunas reflexiones», en http://www.nodo50.org/caes, 2000.

11 Sassen, S., *La ciudad global, Nueva York, Londres, Tokio,* Buenos Aires, Eudeba, 1999.

12 Mirar, por ejemplo: «La rehabilitación de Lavapiés o el despotismo castizo: todo para el barrio... pero sin el barrio» en http://www.sindominio.net/karakola/despotismocastizo.htm

1.3. Distribución histórica de los cuidados

Sea cual sea la estadística, informe o estudio al que atendamos, provenga de la perspectiva política que provenga, o partiendo del simple sentido común y de la observación de la vida diaria, siempre se llega a la misma conclusión: en el Estado español la inmensa mayoría del cuidado lo realizan las familias sin recibir nada a cambio.[13] Y, dentro de ellas, como la tabla anteriormente inserta señala, las mujeres realizan hoy día el 80% del trabajo de cuidados a terceras personas.[14] Ésta ha sido la distribución histórica de estos trabajos, asignados al ámbito de lo privado, de los hogares, de lo femenino: *«El asunto es que así se ha solucionado la papeleta, pero desde una posición de no elección.»* El complemento a estos trabajos femeninos gratuitos e invisibles venía dado por la existencia de un hombre, cabeza de familia, con un empleo fijo, a tiempo completo, que salía de casa cada día, libre de «cargas», para ir al mercado. Es el modelo «hombre ganador de ingresos – mujer ama de casa», la familia nuclear fordista, con rasgos peculiares en el Estado español:

> *«En el franquismo la familia fue un pilar fundamental de la estructuración social [...]. Se trataba de una familia extremadamente jerárquica, donde el marido/padre ostentaba explícitamente el poder. En ella se daba un rígido reparto de funciones entre hombres y mujeres. [...] Las "virtudes" de la familia (sobre todo de las numerosas) eran exaltadas por todas las instancias públicas y desde las instituciones, el púlpito y los medios de comunicación se insistía machaconamente en el modelo a cumplir por las mujeres: paciencia, abnegación, entrega total...»*[15]

Este modelo, con una mujer a tiempo completo en el hogar y un hombre a tiempo completo en el mercado, que relega el trabajo de cuidados al ámbito de lo invisible e infravalorado, ha funcionado en gran medida más como un ideal social que como una realidad. Es decir, este modelo de familia nuclear con esa división de roles sólo ha estado plenamente accesible para las familias blancas, burguesas, heterosexuales. Mujeres de otras razas o de clase baja han estado siempre presentes también en el mercado laboral, han organizado el cuidado en torno a redes extensas de mujeres que superaban esta idea estrecha de familia. Sin embargo, como imaginario social basado en jerarquías de género, clase y raza, ha tenido una gran fuerza histórica. Ha sido el modelo al que tender, la norma de la cual grupos sociales «problemáticos» se han desviado y la noción que ha servido de base al conjunto de la estructura socioeconómica. El Estado del Bienestar, a pesar de las diferencias entre países, se ha organizado sobre la concepción de que la familia fordista era la norma social.[16] La legislación laboral[17] y el sistema impositivo[18] también se han basado y han (re)producido este modelo. Dos mitos de la socialdemocracia y/o del movimiento obrero, como son el Estado del bienestar y el pleno empleo, se han sostenido mediante la existencia subyacente de esa estructura de género.

Por tanto, las tensiones entre el cuidado y los mercados se han resuelto históricamente a través de los trabajos gratuitos de las mujeres en el ámbito privado. Es la división sexual del trabajo típica de los países capitalistas occidentales en los denominados «años de oro» del capitalismo. Lo que Pateman denomina el «contrato sexual»,[19] y que es una de las estructuras subyacentes al tan cacareado «contrato social» mediante el cual, supuestamente, individuos autónomos se unen para formar el Estado. Los cuidados quedan convertidos en una externalidad positiva: es decir, es algo

---

13 Por ejemplo, en el cuidado de personas enfermas, en el que existe una amplia infraestructura sanitaria, ésta sólo aporta el 12% de los cuidados necesarios. El resto se facilitan gratuitamente desde el sistema doméstico, Durán, M. A., *Los costes invisibles de la enfermedad*, Fundación BBV, Bilbao, 1999. De la asistencia personal que reciben las personas discapacitadas, las familias cubren el 78,1% (personas de 6 a 64 años); 77,3% (de 65 a 79); y 80,3% (mayores de 80), INE, *Encuesta de Deficiencias, Discapacidades y Estado de Salud*, 1999.

14 Aunque los datos se refieren al Estado español, ambas afirmaciones son igualmente ciertas para el resto de los países occidentales.

15 Pérez Orozco, A. y Río, S. del, «La economía desde el feminismo: trabajos y cuidados», en Rescoldos. Revista de diálogo social, nº. 7, invierno 2002. También en: www.sindominio.net/karakola/precarias/cuidadosdossier.htm

16 El hombre cabeza de familia es titular de derecho directos, por cotizar a través de su empleo. Y todo el resto de «dependientes» o «personas a cargo» (todavía hoy se llama así a la esposa, hijas/os...) tienen acceso a los derechos llamados derivados por sus vínculos familiares con él. Ni el simple hecho de ser ciudadana/o ni el trabajar fuera del mercado han servido históricamente como fuentes de derechos (y tampoco hoy sirven, como norma general). Muchas prestaciones se han concedido y conceden a la familia a través del cabeza de familia, el responsable de los ingresos

17 Por ejemplo, en algunos países, se establece que el salario mínimo masculino debía ser suficiente para cubrir a un matrimonio y dos niñas/os mientras el femenino establece este ingreso en términos individuales.

que, por suerte (o sea, es bueno, positivo), ocurre; y ocurre fuera de la esfera de lo publico (es externo) y de forma natural (lo invisible siempre es natural, o lo natural, invisible). ¿Por qué la vida sigue, quién cuida a los hombres que trabajan en los mercados, a los niños, a los adultos, a los viejos? Es algo que no es necesario plantearse socialmente, es algo que está ahí, sin más, día a día.

> *«En definitiva, la producción capitalista se ha desligado del cuidado de la vida humana, apareciendo como un proceso paralelo y autosuficiente. Pero no sólo eso. Además de mantener invisible el nexo con las actividades de cuidados, utiliza a las personas como un medio para sus fines: la obtención de beneficio».*[20]

Ahora bien, el porqué de esta distribución sexual del trabajo es aún tema de discusión. ¿Ha sido el capital el que la ha generado, por motivos varios: los cuidados no eran una esfera rentable susceptible de beneficio, además, tener amas de casa permitía disminuir el valor de la fuerza de trabajo y, por tanto, los salarios, a la vez que se disponía de un ejército de reserva? ¿O ha sido un consenso del patriarcado y el capital forzado por el movimiento obrero masculino que no quería compartir los beneficios del trabajo asalariado con las mujeres, es más, temía su independencia? Este tema da para mucho debate, y supera con mucho las pretensiones de este texto.[21]

Lo que está claro es que los mercados se han basado en, (han dependido) de, la existencia de todos esos trabajos invisibles que reproducían la vida (y, por tanto, a las/os trabajadoras/es asalariadas/os y a las/os consumidoras/es) sin hacer ruido. Esas externalidades positivas, cuya conceptualización como tales permitía esconder ese estrecho vínculo, esa misma dependencia. Los mercados como única realidad visible dan una imagen, por fuerza, de autosuficiencia. Este ocultamiento de la dependencia a nivel colectivo ocurre también a nivel individual. En palabras de Carrasco:

> *«Tradicionalmente se ha considerado a las mujeres personas "dependientes" porque tenían ingresos monetarios menores o sencillamente no tenían. Sin embargo, normalmente no se nombra la "dependencia" de cuidados, es decir, la capacidad de cuidarse a uno(a) mismo(a) y a otras personas. En este sentido, los varones son absolutamente dependientes de las mujeres.»*[22]

La imagen de las amas de casa, las principales cuidadoras, como dependientes, frente a un cabeza de familia asalariado, sujeto autónomo, casa bien con el individualismo liberal característico del ámbito público (por tanto, imagen referente, de nuevo, del hombre blanco, burgués, heterosexual... sujeto de derechos políticos y económicos, ciudadano en sentido pleno). Los diversos pares que forman la estructura binaria del pensamiento occidental se unen y retroalimentan: público/privado mercado/familia, egoísmo/altruismo, empleo/cuidado, autonomía/dependencia, racionalidad/emotividad, civilización/naturaleza... Pero la valoración social recae en uno solo de los miembros de cada par. El cuidado se desvaloriza, se convierte en la marca del ama de casa, la mujer subyugada: «*también es verdad que cuidar es un "marrón", que nadie quiere asumir y lo asume quien está peor y no puede decir que no.*» El cuidado es un *marrón*, una *putada,* que nosotras, mujeres jóvenes más o menos emancipadas, no queremos asumir. No sólo cuidar es un marrón, sino que necesitar cuidados (ser dependiente) es no poder ser aquello que más apreciamos: autosuficiencia, el ideal

---

18 Por ejemplo, al permitir cotizar juntos a los matrimonios, o al exigir el nombramiento de un cabeza de familia oficial a fines fiscales.

19 Pateman, C., *El contrato sexual*, Barcelona: Anthropos; México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa 1988/1995.Barcelona, 2001.

20 Carrasco, «La sostenibilidad de la vida humana» op.cit.

21 Para una explicación y discusión de la primera perspectiva, ver Molyneux, M., «Más allá del debate sobre el trabajo doméstico», en Borderías et al. (comp.), *Las mujeres y el trabajo: algunas rupturas conceptuales*, Icaria, Barcelona, 1979/1994, pp. 111-150; la segunda puede representarse Hartmann, H., «Marxismo y feminismo: un matrimonio mal avenido. Hacia una unión más progresiva», en Zona Abierta, 20, 1980.

22 Carrasco, C., «La sostenibilidad de la vida humana», op.cit.

liberal del individuo autónomo. Es una marca que recae en niñas/os, personas enfermas, ancianas o discapacitadas, o en las mujeres sin ingresos propios: «los dependientes». Esta desvalorización del cuidado tiene que ver con una epistemología patriarcal donde la civilización se entiende como desapego progresivo de todos los vínculos con la naturaleza; el hombre es hombre (en masculino) en tanto que piensa y trasciende su condición natural/animal. Así, el cuidado representa los nexos más básicos e inevitables con lo natural, con los cuerpos, con las emociones. Tiene muy poco de trascendente y mucho de inmanente. La desvalorización de los cuidados no es ajena a la desvalorización del medio ambiente, a una sociedad destructiva del entorno, a la negación de los cuerpos.

1.4. Transversalidad e invisibilidad

Comentemos un par de ideas más. En primer lugar, y siguiendo con la noción de una epistemología dualista y jerárquica que subyace a nuestra forma occidental contemporánea de entender el mundo, precisamente, el cuidado representa la transversalidad que, quizá, pueda ayudarnos a movernos entre los pares aparentemente opuestos. Los cuidados son una noción transversal en múltiples dimensiones. Rompen la noción de dependencia frente a la de independencia, resaltando la idea de que todas las personas hemos de cuidarnos en el día a día, dependemos unas de otras en diferentes dimensiones y en diferentes momentos de nuestras vida. No son «los otros» quienes necesitan ser cuidados. Además, los cuidados entremezclan de forma indisociable lo «material» y lo «inmaterial» (aspectos relacionales, emotivos, subjetivos, sexuales) de nuestras vidas, necesidades y deseos. El trabajo de cuidados atraviesa diversas esferas de actividad económica; une lo mercantil con lo no mercantil.[23] No se restringe a los hogares, tampoco a una mujer concreta, sino que históricamente se ha organizado en torno a redes de mujeres, dentro y fuera del hogar, pagadas o no pagadas, familia nuclear o extensa, en la escuela, en el hospital... Cadenas de mujeres que, a veces, confluyen en una sola persona. Cadenas de mujeres que, como se verá más adelante, atraviesan los países y las fronteras. Es un trabajo donde múltiples tareas se entremezclan al mismo tiempo, requiriendo una gestión constante de tiempos y espacios y una polivalencia de conocimientos. Es un trabajo donde la diferenciación entre tiempo de vida y tiempo de trabajo es sumamente dificultosa: qué es cuidado, qué es ocio, qué es consumo, cuándo trabajo y cuándo vivo, o son ambas facetas inseparables. Si te cuidas a ti misma, ¿estás



23 Aunque hasta aquí hemos hablado casi en exclusiva del trabajo de cuidados no remunerado en la familia, también hay cuidados a través de empresas, o del sector público, u organizado mediante otras redes; o, punto en el que, luego, nos centraremos, contratando directamente a una mujer, a menudo de forma informal, a menudo a una mujer migrante.

trabajando?; si pasas una tarde hablando con un amigo, escuchándole, ¿le estás cuidando?, ¿te estás cuidando?, ¿os estáis cuidando o simplemente pasáis un buen rato?, ¿si lo pasas bien no trabajas?... Los cuidados atraviesan desde las actividades más rutinarias, aburridas y, a veces, desagradables, a otras muy placenteras. Cuidado es transversalidad.

Y cuidado es invisibilidad, pero no una invisibilidad lineal u homogénea, sino «esta múltiple invisibilidad que rodea al trabajo doméstico».[24] Es invisible porque la dependencia es siempre unidireccional: los hogares dependen de los mercados y las amas de casas del cabeza de familia que trae el dinero. Es invisible en la medida en que no recibe reconocimiento social, ya que, como hemos comentado, cuidar es algo socialmente infra/desvalorizado. Invisibilidad puede referirse a la ausencia de remuneración (trabajo gratuito y, por tanto, inexistente en la estadísticas que marcan el bienestar, el dichoso crecimiento económico); o a la ausencia de prestaciones: paro, jubilación, bajas... o a la ausencia de regulación legal cuando el trabajo es gratuito o ilegal; o a la existencia de una legislación que establece que trabajo doméstico/de cuidados es un empleo de segunda categoría,[25] o a la interconexión de la invisibilidad del trabajo con la invisibilidad de la persona (inmigrantes sin papeles, que no pueden necesitar cuidados y que oficialmente no cuidan a nadie); o a la ausencia de normas legales o sociales que demarquen las condiciones laborales, los horarios, las vacaciones; o, incluso, a la ausencia de nombres, porque habiéndonos acostumbrado a ordenar la realidad en compartimentos estancos, algo tan transversal se nos escapa. Distintas formas de organizar los cuidados denotan diferentes combinaciones de invisibilidad.

Pero toda esta estructura está en proceso de transformación acelerada. Por un lado, en los países del centro de la economía global, estamos presenciando lo que llamaremos una crisis de los cuidados; por otro, en los países de la periferia, cínicamente llamados «en desarrollo», asistimos a una crisis a gran escala de la (re)producción social, de la posibilidad misma de sostenibilidad de la vida. Ambos fenómenos se están imbricando para dar lugar a un cierre reaccionario de ambas crisis, con implicaciones muy serias para el feminismo y, en general, para cualquier movimiento por la justicia y la dignidad, por la posibilidad de autodeterminación de la propia vida y contra la explotación en aras de la maximización del beneficio.

2. Dimensiones globales de dos crisis

2.1. Los cuidados en crisis

En los países de capitalismo avanzado, el modelo familiar fordista, basado en el «hombre ganador de ingresos – mujer ama de casa», entra en una crisis paulatina pero inexorable que se hace plenamente manifiesta a partir de la década de 1970. Como ya hemos señalado, se trataba de un modelo ideal, una mistificación que, generalizada y convertida en imagen ahistórica, ha servido con frecuencia para ocultar el hecho evidente de que las mujeres estuvieron presentes en el mercado laboral desde los inicios de la industrialización. Esto no quiere decir que su papel fuera idéntico al de los hombres: si trabajaban a cambio de un salario, su actividad se concentraba fundamentalmente en

24 Anacaona (Bélgica), «Las Voladoras. O de la migración internacional de las mujeres latinoamericanas», manuscrito inédito, se puede consultar en: http://www.sindominio.net/karakola/precarias/cuidadosdossier.htm

25 La regulación legal del trabajo doméstico refleja claramente su consideración como un trabajo a medias. Es una legislación específica, separada del régimen general por el que se rigen la gran mayoría de los empleos. Se acerca más al régimen de autónomos que al de asalariados, por lo que la gran mayoría de las empleadas de hogar no están dadas de alta en la seguridad social. No es obligatorio el contrato escrito. La relación laboral puede extinguirse por la pura arbitrariedad de la persona empleadora y las indemnizaciones por despido son ínfimas. La jornada laboral está totalmente indeterminada en la medida en que no existe límite para el número de horas en las que la trabajadora debe estar disponible si es requerida (lo que se llama legalmente tiempo de disponibilidad). Aunque el salario es igual al salario mínimo interprofesional, la empleadora puede descontar hasta un 45% del salario en concepto de manutención y alojamiento. La ley no da derecho al subsidio por desempleo ni por enfermedad profesional; no da derecho tampoco a cobrar el salario hasta el vigésimo noveno día de enfermedad; la situación de incapacidad laboral transitoria no exime de la obligación de cotizar... Esta situación de absoluta precariedad queda reflejada en el siguiente comentario surgido en uno de los talleres: *«Pregunta – Normalmente esto [la legislación] no lo conocen mucho los empleadores, gracias a dios. Respuesta – Efectivamente, casi es mejor ni decirlo. (risas)»*. Nuestros agradecimientos a la abogada Arantxa Zaguirre por toda esta información.

la agricultura y, en menor proporción, en la industria textil y de maquinaria ligera; pero, sobre todo, las mujeres tendían a funcionar como «variable de ajuste» de la economía familiar y de las economías nacionales: entraban y salían del mercado laboral en función de las necesidades de ingresos monetarios del núcleo familiar, del ciclo demográfico de la familia, de las necesidades de cuidados de sus miembros y de la demanda de mano de obra femenina; así mismo, se las ingeniaban para hacer cuadrar las entradas de dinero con los gastos e inventaban mil estrategias alternativas de obtención de recursos cuando los ingresos monetarios no llegaban. Hacían de bisagra entre la lógica del beneficio y la lógica del cuidado y, como ya hemos señalado, eran las principales agentes y responsables de esta segunda. Este papel de bisagra y la tensión que llevaba implícito es lo que la imagen del «hombre ganador de ingresos – mujer ama de casa», como modelo ideal hacia el que las familias debían tender, patrocinado activamente por empresarios, Estado e Iglesia, venía a tapar, a acallar, a cerrar. Esta imagen era, pues, una mistificación, pero una mistificación tremendamente eficaz, que dotaba de solidez a la institución familiar.

Sin embargo, a partir de cierto momento, la imagen empieza a hacer aguas. Expliquemos paso a paso por qué. En primer lugar, el crecimiento de la demanda de mano de obra femenina avanza paulatina e inexorablemente en todos los países del centro de la economía global, en especial con la expansión del sector servicios, que descubre la preciosa utilidad de las capacidades comunicativas y del saber-hacer relacional que las mujeres adquieren en el adiestramiento familiar sexualmente específico.[26] No obstante, esto no se traduce en una modificación de los roles en el seno familiar, ni en una redistribución de las tareas, con lo cual el resultado es la intensificación de la tensión entre la lógica del cuidado y la lógica del beneficio que las mujeres experimentan en su propio cuerpo, en forma de doble presencia-ausencia,[27] y que las convierte en trabajadoras atípicas y en amas de casa culpabilizadas.

Al mismo tiempo, la segunda ola del movimiento feminista convierte a la institución familiar en uno de sus principales blancos de ataque, poniendo en entredicho la naturalidad del papel histórica y socialmente asignado a las mujeres en su seno, produciendo nuevos imaginarios y nuevos modelos de convivencia y generando nuevos deseos de lo que una podía llegar a hacer y a ser en esta vida. Muchísimas mujeres empiezan a plantearse la incorporación al mercado laboral ya no como una forma de cubrir las necesidades de sus familias, sino como un mecanismo de independencia y autonomía propio (e incluso de autorrealización),[28] e inauguran luchas multitudinarias por el derecho a decidir si tener hijas/os o no y el tamaño de sus familias.[29]

A la voz de las feministas, se suma la de otras luchas metropolitanas de las décadas de 1960 y 1970 que, con su deseo de movilidad y de creatividad, con su rechazo del trabajo y de la disciplina, con su reivindicación de la singularidad, contribuyen a agujerear no sólo la ya maltrecha mistificación de la familia feliz en la que el hombre traía ingresos y la mujer cuidaba de la armonía y de la salud colectivas, sino el conjunto de instituciones disciplinarias características del fordismo (familia, escuela, fábrica, manicomio, etc).

---

26 En la siguiente tabla se puede observar la paulatina incorporación de la mujer a la «población activa» (es decir, al conjunto de población involucrada en algún tipo de actividad económica contabilizada como tal según los parámetros de la economía clásica) y su desplazamiento gradual hacia el sector servicios en los países de capitalismo avanzado (Europa, Norteamérica, Japón, Australia y Nueva Zelanda). Fuente: bases de datos de la OIT.

Tabla II: Población Activa en Países de capitalismo avanzado: porcentajes por sexos y por sector de actividad.

	1950	1960	1970	1980	1990	1950	1960	1970	1980	1990
	HOMBRES					MUJERES				
TOTAL	61.18	58.76	57.65	58.29	53.33	30.61	31.82	34.91	38.90	41.66
Agricultura	31.84	23.43	16.02	12.31	10.05	40.66	30.97	19.08	12.42	8.04
Industria (total)	37.40	41.66	44.60	43.98	40.63	22.56	25.6	28.09	27.43	23.58
Industria (manufactura)	-	-	-	28.10	25.56	-	-	-	23.36	19.83
Servicios	30.76	34.91	39.38	43.71	49.32	36.78	43.43	52.84	60.15	68.38

27 Expresión acuñada por M.J. Izquierdo y que para Cristina Carrasco «simboliza el estar y no estar en ninguno de los dos lugares y las limitaciones que la situación comporta bajo la actual organización social». Véase Carrasco, C., «La sostenibilidad de la vida humana», *op. cit.*

28 Es muy interesante observar, en este sentido, la evolución de las estadísticas de «población activa» por sexo y por edad en los países de capitalismo avanzado: la incorporación de la mujer avanza década tras década, pero sobre todo se modifican sus pautas. Mientras



que, en la década de 1950, puede verse que las mujeres se incorporaban muy pronto al mercado laboral (15-19 años) y el pico de su tasa de actividad (económicamente reconocida) se registra entre los 20 y los 24 años, para luego bajar coincidiendo con sus años de mayor fecundidad, volviendo a subir ligeramente tras la crianza de los hijos (entre los 35 y 49 años) y finalmente inicia un nuevo descenso en la vejez (a este comportamiento se le conoce como modelo de «M», véase Carrasco, 2001), a medida que pasan los años se aprecia una homogeneización del comportamiento con respecto al varón: es decir, que los periodos de mayor actividad económicamente reconocida coinciden con los periodos de mayor desarrollo de las propias facultades en el ciclo vital de un individuo (modelo de «U» invertida). Pero ¿cómo hacen las mujeres para compatibilizar este modelo masculino con las actividades de cuidados que todavía corren de su cargo?

29 Conviene destacar la importancia crucial que tuvieron estas luchas, no sólo desde el punto de vista de la vida de las mujeres (que no es poco), sino también de su potencial desestabilizador para la economía fordista. Como dice Mariarosa Dalla Costa, feminista autónoma italiana, muy activa en la década de 1970, las grandes luchas de fábrica de finales de las décadas de 1960 y 1970 en Italia afectaron sin duda al capital, pero la decisión de las mujeres italianas desde finales de la década de 1960 de luchar por un tamaño de familia por debajo de los niveles de sustitución tuvo probablemente un efecto mucho mayor. Véase Dalla Costa, M., «Riproduzione e emigrazione», en Serafini, A. (ed.), *L'operaio multinazionale in Europa*, Feltrinelli, Milán, 1974.

Estas luchas fueron derrotadas. Combinadas en Europa y solapadas en Estados Unidos con las luchas del obrero de la gran fábrica, conjugadas a escala global con la proliferación de los movimientos de liberación nacional y de las luchas por la independencia en el Tercer mundo, habían desbaratado la tasa global de beneficio, desencadenado una fuerte crisis de gobernabilidad en distintos países y puesto en un brete los pilares del modelo de expansión económica del fordismo. Pero los centros financieros, en colaboración con las elites gobernantes del Primer mundo, no estaban dispuestos a perder el control. Su contraofensiva reestructuradora (y exitosa) incluyó, entre otras cosas, la reestructuración de la gran fábrica[30] (acompañada, primero, de políticas represivas y de despidos en masa, sancionada, a continuación, por una serie de reformas legales que supusieron un drástico recorte de las garantías y de los derechos laborales), el desmantelamiento del Estado del bienestar y la reordenación despótica (y especulativa) del territorio. Este conjunto de fenómenos[31] no sólo se traducen en una derrota de la multiplicidad de sujetos, «viejos» y «nuevos», que habían sacudido el mundo agitados por un rabioso deseo de transformación y en la reutilización capitalista distorsionada de muchos de sus lemas, expresiones y deseos, sino que sientan las bases del modelo de desarrollo y de explotación actual. Su complejidad y multidimensionalidad escapa con mucho el tema y el objetivo de este escrito, pero si los mencionamos aunque sea brevemente es porque introducen unas cotas de movilidad laboral forzada, una vulnerabilidad y precariedad en el empleo y una situación de atomización social que problematizan ulteriormente la posibilidad de compaginar un empleo con la gestión de un hogar y con el trabajo de cuidados en general.

Si a la compleja imbricación de todos los factores mencionados añadimos un elemento más (la inversión de la pirámide poblacional),[32] nos encontramos con un incremento de las necesidades de cuidados, que se topa con una creciente dificultad para satisfacer estas necesidades. Es a esto a lo que llamamos «crisis de los cuidados». Ante ella, la responsabilidad de salir a flote y no morir en el intento sigue recayendo fundamentalmente en manos y corazones de mujeres: el Estado continua inexorable su retirada (que pasa también por la privatización ,y consiguiente precarización, de los pocos servicios de atención que todavía cubre)[33] y los hombres como grupo social no parecen querer o acabar de enterarse, mientras las mujeres se las apañan para reorganizar sus tiempos vitales, desarrollar nuevas estrategias de compatibilización entre empleo(s) y responsabilidades de cuidados no remuneradas, redistribuir estas responsabilidades con otras mujeres del propio entorno (en la mayoría de los casos, en sentido intergeneracional: la materialidad no siempre feliz de esta estrategia tiene su ejemplo extremo en el síndrome, diagnosticado clínicamente, de las «abuelas esclavas») y, por último (aunque en porcentaje todavía muy pequeño), contratar en el mercado servicios de cuidados y atención.[34] Efectivamente, el capital es el único que se ha tomado la crisis de cuidados en serio y ha visto en ella un nuevo terreno de valorización, como parte de una estrategia más amplia de diversificación y expansión de un mercado saturado por los fuertes niveles de competencia impuestos por la globalización y por la limitación del poder adquisitivo. Extremando el análisis, cabría decir que se registra una tendencia a la externalización de las tareas que el ama de casa realizaba (y todavía la gran mayoría de mujeres realizan, pero bajo condiciones de precariedad de tiempos y espacios) bajo el régimen familiar patriarcal y una subsunción de las mismas en un mercado vastísimo y diversificado que incluye, bajo la lógica del beneficio, desde la reproducción biológica de la vida humana hasta el sexo o la escucha y la atención. Con ello, se genera una demanda de mano de obra femenina para desempeñar estas funciones

30 «[L]a introducción masiva de la mecanización y de la idea de cooperación interna y la flexibilización del proceso productivo, aprovechando las nuevas tecnologías informáticas, se combinan para disgregar la gran fábrica, difundirla en el territorio, hacerla más dúctil y móvil frente a las oscilaciones de la demanda y facilitar el control de la mano de obra y la deslocalización de fragmentos del ciclo productivo a áreas con menor tradición de lucha obrera y/o condiciones de explotación más propicias para las empresas», en Grupo de trabajo sobre racismo y migraciones de la IAP de Lavapiés, «Inmigración, emergencia, seguridad», en *Contrapoder*, 6, Madrid, 2002, pp. 39-46. http://revistacontrapoder.net

31 Que desde luego, no se producen de la noche a la mañana, sino que cobran materialidad y efectividad a través de una sucesión de batallas, ofensivas y contraofensivas cuyo final no estaba predeterminado.

32 Gracias a los avances médicos e higiénicos, se extiende la esperanza de vida, pero, al mismo tiempo, en conexión con los nuevos horizontes e imaginarios femeninos (no acompañados de una redistribución de las tareas de cuidados entre los sexos), con la crisis de la institución familiar y con los procesos de precarización y atomización social, disminuye drásticamente el índice de natalidad.

33 En el Estado español, en cierta medida, puede decirse que el desmantelamiento del Estado del bienestar no ha sido (no está siendo) un proceso tan lineal. Es decir, procesos de recortes de prestaciones y de privatización de servicios se compaginan con el reconocimiento de nuevos derechos (como, por ejemplo, los servicios de educación infantil o las prestaciones por

de cuidados recientemente mercantilizadas y salarizadas. Más adelante, exploraremos los modos en los que se está produciendo esta capitalización de los cuidados y sus consecuencias paradójicas para el caso de la contratación de mujeres migrantes. Pero, antes, echemos un vistazo a otra región del globo, la que forman los países de la periferia de la economía global.

2.2. La sostenibilidad de la vida en crisis

El otro gran fenómeno que nos interesa abordar es el de la crisis, no ya de los cuidados, sino de la posibilidad misma de sostenibilidad de la vida en lo que laxamente llamaremos países del Sur, que incluyen dos tercios del conjunto del planeta (África, América Latina y el Caribe, Asia –con excepción de Japón–, Melanesia, Micronesia y Polinesia). Efectivamente, a partir de la década de 1980, los organismos financieros internacionales, en la mayoría de los casos en alianza con las elites gobernantes nacionales, empiezan a imponer en el Sur del mundo una serie de Planes de Ajuste Estructural y otros paquetes de medidas económicas liberalizadoras (ligados a los mecanismos de acceso al crédito internacional y al pago de la deuda externa y de sus intereses) que, encadenados de manera nada fortuita con guerras y formas de violencia endémica, han ido socavando paulatinamente las posibilidades de subsistencia fuera del mercado, pero también dentro de los mercados nacionales del Sur.

En primer lugar, los procesos de privatización de los recursos naturales (expropiación y tasación de tierras, registro de patentes sobre recursos naturales específicos y aprobación de leyes de propiedad intelectual restrictivas, expropiación y explotación intensiva de bosques, recursos acuíferos, etc…) que estos planes ponen en marcha destruyen múltiples formas de agricultura de subsistencia y otros modelos económicos no monetarizados de sostenibilidad de las comunidades humanas, creando grandes masas de mujeres y hombres que, expropiadas/os de los medios materiales que hasta ese momento aseguraban su supervivencia, pero también de su modo de vida y de su universo vital, se ven obligadas/os a buscar fuentes de ingresos monetarios para vivir. Como bien señala el *Midnight Notes Collective*, esta dinámica resuena estremecedoramente con la práctica capitalista de expropiación y tasación de la tierra que, en los tiempos de la acumulación originaria, permitió imponer una disciplina de trabajo asalariado que, de otro modo, nadie hubiera estado dispuesta/o a soportar. En aquel momento, la expropiación de grandes masas de población de sus medios de producción fue un prerrequisito imprescindible para la consolidación del modo capitalista de producción; hoy, sigue siéndolo para la continuación y para la constante expansión de su dominio.[35]

Pero esto no es todo: los Planes de Ajuste Estructural y otras políticas de liberalización económica, así como la presión del pago de la deuda externa y sus intereses, atacan también la posibilidad de obtención de ingresos monetarios para la población de los países del Sur, fundamentalmente a través de la privatización (y precarización de las condiciones laborales) de las empresas públicas, la institución de un modelo de desarrollo industrial y agrícola de producción orientado a la exportación, la introducción en algunas regiones de Zonas de Libre Comercio, en menoscabo de la industria local, pero sobre todo de los derechos laborales locales, el salvaje

m/paternidad). Pero esto se debe a los niveles de cobertura social tan ínfimos de los que se partía cuando la oleada global privatizadora y reestructuradora se puso en marcha.

34 Véase Pérez Orozco, A. y Río, S. del, *Precariedad y cuidados. Informe inacabado para la comisión contra la precariedad*, 2003, manuscrito inédito.

35 Véase *Midnight Notes Collective*, (ed.), *Midnight Oil. Work, Energy, War, 1973-1992*, Autonomedia, Nueva York, 1992; también Dalla Costa, M., «Development and Reproduction», en Dalla Costa, M. y Dalla Costa, G.F. (eds.), *Woman, Development and Labor of Reproduction. Struggles and Movements*, Africa World Press, Asmara, Eritrea, 1999.

recorte del gasto gubernamental en servicios sociales, las sucesivas congelaciones salariales y una serie de colapsos financieros resueltos con devaluaciones de moneda, dolarizaciones y «corralitos» varios. Estos «paquetes» de medidas reestructuradoras y los fenómenos concomitantes han desencadenado lo que algunas autoras[36] llaman una «crisis de la reproducción social» en el Tercer Mundo y nosotras preferimos definir como una crisis de la sostenibilidad de la vida, en nuestro esfuerzo por salirnos de las gramáticas economicistas y de buscar categorías capaces de romper la equivalencia, machaconamente repetida por el neoliberalismo, entre el mercado capitalista y lo real. Con esta crisis, se borra «la conquista más importante de la lucha anticolonial: el compromiso por parte de los nuevos Estados independientes de invertir en el bienestar del proletariado nacional», plasmado durante la década de 1960 en la aplicación de planes de desarrollo basados en una estrategia productiva de sustitución de las importaciones que debía garantizar cierto grado de autonomía industrial.[37]

Es decir, por un lado, se expropia a vastos grupos de población de sus posibilidades de subsistencia fuera del mercado, pero, por otro, el acceso a ingresos monetarios se ve reducido y, sobre todo, precarizado. La combinación de ambos procesos, junto con otros elementos como el rechazo a someterse a los altos niveles de explotación registrados en muchos de los lugares posibles de empleo, en especial, en las explotaciones agrícolas y en las plantas manufactureras deslocalizadas (pensemos, como ejemplo paradigmático, en las *maquilas*), la sensación de «no futuro» ante la inestabilidad financiera nacional, la búsqueda de entornos vitales y modelos de vida menos opresivos (en especial, en el caso de las mujeres), el deseo de transgredir fronteras y pautas culturales que encierran a los sujetos y reducen sus posibilidades de acción e imaginación, la proximidad lingüística y cultural creada por la colonización primero y por el turismo y la hegemonía cultural mediática del modelo de vida occidental después,... genera un vasto movimiento migratorio, en sentido campo-ciudad y Sur-Norte, de dimensiones bíblicas.[38] Un dato muy esclarecedor para hacerse una idea de la magnitud del fenómeno es el peso económico de las remesas que las/os emigrantes envían a sus países de origen: éstas representan el segundo flujo monetario internacional más importante, después de los réditos de las compañías petroleras, y en algunas partes del mundo (por ejemplo, en México) sostienen a pueblos enteros.[39]

Pero este movimiento migratorio se encuentra regulado por un conjunto de políticas restrictivas y de procesos de militarización de la frontera y de criminalización de la migración que tienen una función no de barrera, sino de sistema de esclusas gestionado por un conjunto múltiple de agentes (entre los que se encuentran la policía de aduanas, los consulados, las agencias de viajes, las ONG's y las iglesias, los *coyotes*, el ejército, etc.) que asegura la disponibilidad de una mano de obra en los países de destino absolutamente desprotegida, chantajeable y privada de la práctica totalidad de los derechos reconocidos como fundamentales en las sucesivas Declaraciones. No sólo el estatus legal de las personas migrantes contribuye a esta situación: el subproducto de las dificultades impuestas políticamente a la inmigración es un amplio mercado subterráneo de precios prohibitivos en torno a la travesía migratoria que obliga a las/os emigrantes a contraer deudas cuyo pago les somete a una presión parangonable a la que sufren en otra escala sus países de origen y que, en ocasiones, constituye el fundamento material de nuevas formas de trabajo embridado o de esclavitud. Makhijani establece un acertado paralelismo entre esta situación y

36 Véase Dalla Costa, M. y Dalla Costa, G.F. (eds.), *Woman, Development and Labor of Reproduction, ibid.*

37 Federici, S., «Reproduction and Feminist Struggle in the New International Division of Labor», en Dalla Costa, M. y Dalla Costa, G.F.(eds.), *Woman, Development and Labor of Reproduction, op. cit.* pp. 53-54.

38 La crisis de sostenibilidad de la vida en el Sur también está generando una nueva oleada de movimientos, en especial contra la privatización de los recursos naturales: el movimiento zapatista en México, el MST en Brasil y el movimiento Chipko en la India constituyen algunos de los ejemplos más esperanzadores.

39 Federici, S., «Reproduction and Feminist Struggle in the New International Division of Labor», pp. 55, *op. cit.*

el sistema de apartheid sudafricano, con su complejo sistema de pases y visas por el cual la movilidad era fácil para una minoría (blanca) y difícil para una mayoría (negra), acuñando la expresión «apartheid global».[40]

Con todo, este panorama siniestro no nos debe llevar a pensar en las/os emigrantes como pobres víctimas desesperadas a las que no queda otra opción, empujadas por una causalidad ineluctable: con frecuencia, quienes emigran son personas que disponen de ciertos recursos (por lo menos, los suficientes para invertir en el viaje), pero sobre todo que están dotadas de la osadía y del espíritu emprendedor imprescindibles para lanzarse a una travesía migratoria plagada de obstáculos, algunos mortales.[41] Muchas/os de ellas/os lo hacen en nombre propio, movidos por sueños e imágenes de lo que podría ser una vida mejor, otros, y en especial otras, lo hacen en nombre de personas que están a su cargo o de comunidades enteras. Cierto es que los viajes de todas/os ellas/os están reconfigurando la geografía física y mental de los países de origen y de destino.

Dentro de este movimiento migratorio, según estadísticas de la OIT, más del 50% de emigrantes del Tercer mundo son mujeres. De ellas, la mayoría viene llamada por la demanda en el sector de los cuidados y de los servicios en general (sobre todo en el turismo) a cuya expansión en los países de capitalismo avanzado ya nos referimos anteriormente. He aquí, pues, el punto en el que la crisis de cuidados en las regiones centrales de la economía global se concatena con la crisis de sostenibilidad de la vida en el Sur, generando un verdadero «trasvase afectivo» o de los cuidados en dirección Sur-Norte, cuyos agentes son miles y miles de mujeres capaces de liarse la manta a la cabeza y de apostar por un futuro incierto preferible a las penurias presentes. Este trasvase se produce bajo distintas modalidades. Las principales de ellas son: el empleo a gran escala de mujeres emigrantes de Asia, África, el Caribe y América Latina como trabajadoras domésticas en los países occidentales, así como en países petroleros de Oriente Medio; la extensión del fenómeno de las «madres alquiladas» y el desarrollo de un amplio «mercado de niñas/os» internacional a través del mecanismo de las adopciones; la masificación, sobre todo en algunos países de Asia (Tailandia, Corea del Sur, Filipinas), de la industria del sexo y del turismo sexual y el enorme aumento del número de mujeres del Tercer mundo y de los antiguos países socialistas que trabajan como prostitutas en Europa, Estados Unidos y Japón; la expansión e internacionalización del contrato de esposas por correo. Los recorridos y flujos humanos y monetarios que materializan concretamente este trasvase afectivo y sus distintas modalidades forman parte de lo que Sassen denomina «contrageografías de la globalización».[42] Representan una verdadera redistribución del trabajo de cuidados a escala global, que constituye una de las piezas esenciales de la conformación de una nueva división del trabajo y de una reestratificación de la fuerza de trabajo mundial en función de nuevos ejes de clase, sexo, raza y país de origen.



40 Makhijani, A., «Economic Apartheid in the New World Order», en P. Bennies y M. Mushabeck, (eds.), *Altered States. A Reader in the New World Order*, Olive Branch Press, Nueva York, 1993.

41 Para un desarrollo de esta argumentación, véase Boutang, «El arte de la fuga», en *Contrapoder*, 6, Madrid, 2002, pp. 47-53 y, sobre todo, el libro del mismo autor *De la esclavitud al trabajo asalariado* de próxima publicación en la editorial Akal.

42 Sassen, S., *Contrageografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2003.

2.3. Algunas consecuencias inquietantes

Entonces, tenemos una crisis de cuidados en el Norte, una capitalización del vasto terreno de los cuidados que antes aparecían representados en la figura del ama de casa como uno de los mecanismos de salida de la crisis, una demanda de mano de obra preparada (a nuestro juicio, «cualificada») para desempeñar estas tareas recientemente salarializadas, es decir, femenina (lo cual permite aprovechar el social adiestramiento secular de las mujeres en el seno de la familia para la producción de beneficio), una crisis de sostenibilidad de la vida en el Sur y un trasvase de trabajo de cuidados Sur-Norte dentro de un marco de criminalización de la inmigración que hace vulnerables y chantajeables a los hombres y mujeres que emigran para cuidar. ¿Cuáles son las consecuencias de esta compleja articulación de fenómenos? ¿Qué implicaciones políticas tienen, para todos los movimientos de transformación y, en especial, para el feminismo?

En primer lugar, vemos cómo se reafirma la hegemonía de un ideal masculino capitalista que exalta y mitifica un modelo de autonomía e independencia individual que es incompatible con la vida en común o sólo compatible a costa de la subordinación y la invisibilización del trabajo de otras/os. Un ideal que coincide a la perfección con el *homo economicus* de la economía neoliberal, pero también con otras ideas *desancladas* de libertad, aparentemente más progresistas. Al mismo tiempo, la tensión entre la lógica del cuidado y la lógica del beneficio, intensificada como hemos visto, se globaliza con la externalización del hogar y la contratación de servicios de cuidados a mujeres que vienen del Sur. La expresión más vívida de esta globalización son las cadenas mundiales de afecto, traducción posindustrial del ama de casa bisagra (entre la lógica del cuidado y la del beneficio) y parachoques (de los *shocks* macro y microeconómicos) del fordismo. En ellas nos detendremos más adelante. Ahora nos basta con señalar, brevemente, cómo esta modalidad de la globalización está introduciendo nuevas segmentaciones y jerarquías entre mujeres que consolidan los mecanismos de explotación femenina. Se trata de divisiones que no son nuevas (pensemos en la relación entre la Señora y la Criada que se daba, por ejemplo, en las familias de clase alta, marcada, en los contextos coloniales, por una determinante de raza): lo que sin duda es novedoso es la escala en la que se presentan, su papel en la estratificación de la fuerza de trabajo femenina, las preguntas y desafíos que plantean para el feminismo. Mientras muchas mujeres occidentales tienden hacia el modelo de independencia y autorrealización masculino (no sin trabas: lo hacen con varios pies todavía en el hogar, poniendo a trabajar sus cualidades relacionales y afectivas para el beneficio de las empresas y convertidas en blanco de ataque de una contraofensiva conservadora que las hace responsables de la crisis de los cuidados y las llama a volver al hogar), la imagen de la mujer como cuidadora y como objeto sexual se relanza, encarnada en los cuerpos de las mujeres del Sur. De este modo, justo cuando esta imagen parecía empezar a ceder en las sociedades del Norte, vuelve a instalarse en nuestros hogares, en nuestras calles y en las pantallas de nuestros televisores.

En segundo lugar, con la capitalización del cuidado, se produce un efecto paradójico con respecto a su valorización. Por un lado, se registra, como hemos visto, una expansión de una industria de afectos y cuidados increíblemente diversificada, que incluye desde agencias matrimoniales

a *chats* y *partylines*, desde cursos de técnicas de relajación hasta editoriales de autoayuda, desde teleconsultorios amorosos a servicios de teleasistencia a mayores, y que cuenta con servicios de alto valor añadido (los masajes y los servicios sexuales o el turismo de lujo son buenos ejemplos). Pero esta expansión lleva implícita la lógica económica de la escasez: de bien desmesurado, proliferante, transversal, el cuidado se convierte dentro del mercado en un bien escaso y segmentado al que sólo tiene acceso quien pueda pagar. Por otra parte, asistimos a una fuerte jerarquización de los distintos tipos de servicios, de tal manera que mientras que los servicios de atención a personas autónomas, que cabría considerar más superfluos, están altamente valorados, los servicios de atención a personas dependientes (niñas/os, personas ancianas, enfermas, etc) conservan unas cotas de invisibilidad y de desvalorización que aseguran (en combinación con otros elementos, como las políticas restrictivas de extranjería o la escandalosa legislación laboral en materia de trabajo doméstico) el bajo coste de la fuerza de trabajo en un momento de demanda intensiva de mano de obra en el sector. Por último, es preciso añadir una paradoja más para completar el cuadro: en todos los servicios de cuidado y atención se da un fuerte contraste entre el valor social y el peso económico que tiene el servicio en sí y la posición subalterna dentro del mercado laboral de las mujeres (y algunos hombres) que trabajan en él, tanto desde el punto de vista simbólico como monetario y de derechos.

En tercer lugar, la sensación de incertidumbre sobre quién nos cuidará en los momentos de enfermedad y de vejez, unida a la incertidumbre de la posibilidad de acceso a los recursos necesarios para una existencia digna y a la inestabilidad de unos lazos sociales construidos sobre y a pesar de un espacio social privatizado e hipersegmentado (lo que en *Precarias a la Deriva* hemos llamado «precarización de la existencia»), genera un estado de ansiedad y de pánico difuso que constituye el perfecto caldo de cultivo para unas técnicas de gobierno emergencialistas que erigen la legitimidad de los aparatos estatales sobre la construcción de enemigos ubicuos (el inmigrante, el terrorista, el criminal…), de situaciones excepcionales que requieren medidas excepcionales y de intervenciones securitarias que se traducen siempre en una intensificación del control y en un recorte de los espacios de libertad para el pensamiento y para la acción.[43] Es en este punto, donde la crisis de los cuidados, que corre pareja y retroalimenta la multiplicación de las arquitecturas de control, (no puede ser pura coincidencia que las principales empresas de servicios sociales sean también empresas de seguridad) resuena, en los países del Norte, con el estado de guerra global permanente que, aunque se viene anunciando desde la década de 1990, arranca de forma explícita el 11 de septiembre del 2002. La crisis de los cuidados constituye uno de los puntos de anclaje del frente interno que esta guerra abre en Occidente.

43 Para un desarrollo de esta temática, véase, Grupo de trabajo sobre racismo y migraciones de la IAP de Lavapiés, 2002; «Inmigración, emergencia, seguridad», *op.cit.*

3. Las cadenas mundiales de afecto

Una vez abarcadas las crisis desde tan amplio espectro, consideramos importante ofrecer una mirada más cercana a las protagonistas y sus ubicaciones dentro del marco global. Dada la situación actual del capitalismo posindustrial vemos que la globalización ha entrado en los hogares

produciendo la globalización de los cuidados y la internacionalización de la intimidad. Los cuidados se han globalizado produciendo lo que Arlie Russell llama «las cadenas mundiales de afecto y asistencia». Las cadenas mundiales de afecto están formadas principalmente por mujeres a escala local, nacional o transnacional con el fin de transferir cuidados de una a otra, ya sea de manera remunerada o no. Normalmente, aunque no siempre, las cadenas empiezan en países más pobres y terminan en países del Norte. Un ejemplo sería una abuela, hermana mayor o cuidadora contratada en un país pobre que reemplaza a la madre porque ésta ha migrado al Norte para cuidar a las/os hijas/os o padres de otra mujer que trabaja fuera de casa.[44] Cabe recalcar que la ausencia de hombres en estas cadenas se hace notar mucho en la medida en que se traduce en una carga adicional para las mujeres. Como venimos viendo, una condición común a muchas mujeres es la doble presencia-ausencia, esa capacidad de desempeñar múltiples funciones en un sitio y a la vez gestionar otro. En el caso de las cuidadoras transnacionales (niñeras, señoras de la limpieza, amas de casa, internas) no sólo son la máxima expresión del «estoy aquí pero estoy allí» sino que, metafóricamente, son la hiper-extensión de la mujer que no da abasto, pero continúa cumpliendo su función al multiplicarse trascendiendo fronteras.

Hablar de cuidadoras y familias transnacionales desafía los análisis convencionales sobre *inmigración* que habitualmente estudian a los y las *inmigrantes* dentro del territorio de llegada ignorando el lugar de origen y su trayecto. Éstos han dado lugar a conceptos como «asimilación» o «segunda generación», ignorando los lazos que las/os migrantes mantenemos con nuestra tierra natal.[45] Hoy por hoy, la familia transnacional no sólo pone en cuestión estos análisis, sino el concepto de Estado-nación y sociedad.[46]

Nos encontramos frente a un cuadro de trabajo afectivo en cadena conformado por mujeres en diferentes partes del globo, pero muy vinculadas. Para comprender la complejidad de esta cadena tenemos que mirar de cerca cuál es la subjetividad de las mujeres posicionadas en diferentes puntos de ella y reconocer la verticalidad de la cadena. Las cuidadoras transnacionales están estratificadas según sus condiciones económicas y, además, por la valoración social que reciben por desempeñar un trabajo de cuidados. Esta cadena responde a una escala de valoración y reconocimiento social que empieza en un extremo (con la mujer del Sur) y aumenta hasta llegar al otro (la mujer que contrata servicios de cuidados en el Norte). Teniendo esto en cuenta, podremos intentar comprender lo intrincado de las relaciones de poder y jerarquía que se generan entre las protagonistas.

3.1. La mujer que se queda

Las mujeres que se quedan asumiendo el cuidado de niñas/os o mayores (antes a cargo de la mujer migrante) suelen ser cuidadoras remuneradas o familiares no pagadas. El salario de las trabajadoras domésticas que se encuentran en este extremo de la cadena suele ser hasta diez veces inferior al de quien las contrata.[47] Éstas, si a su vez tienen hijas/os propias/os, organizan y planifican su cuidado solicitando la ayuda de parientes: por ejemplo, transfiriendo la responsabilidad del trabajo del hogar y de cuidados a la hermana mayor. En muchos casos, se ven obligadas a dejar a

44 Russel Hochschild, A., «Las cadenas mundiales de afecto y asistencia y la plusvalía emocional», en Giddens y Hutton, *En el límite*, Tusquets, 2001.

45 Utilizamos el término migrante y no inmigrante precisamente para reconocer el lugar de origen y también porque como explicaremos después, las/os migrantes actuales somos más móviles.

46 Levitt, P., *Transnational Perspectives on Migration: Conceptualizing Simultaneity*, 2003 (manuscrito inédito). Véase: www.peggylevitt.org/pdfs/cncptual zng_smltaneity.pdf

47 Parrenas Salazar, R., *Servants of Globalization: Women, Migration and Domestic Work*, Stanford University Press, 2001.

sus hijas/os solas/os desde muy temprana edad. El fenómeno del «niño/a encerrado/a» está bastante extendido, aunque se haya invisibilizado. En Latinoamérica, existe un alto índice de madres solteras que no cuentan con ningún respaldo y no tienen más remedio que dejar a sus hijas/os bajo llaves y candados durante su jornada laboral. Este fenómeno se está extendiendo en el Norte, motivo para que, a través de los medios de comunicación, se criminalice y condene a las madres «ausentes». Además del encierro, queda la penosa alternativa de llevar a las/os hijas/os al trabajo, al alto precio de interiorizar un estatus de inferioridad, así como la entrega gratuita de mano de obra infantil, ya que terminan asistiendo a sus madres sin remuneración.[48]

La situación económica de las trabajadoras asalariadas no se ve alterada por la cadena, puesto que no reciben los beneficios de las remesas enviadas y, por el contrario, continúan inmersas en el intento de sustentar la vida a pesar de la inflación, los costes y su salario irrisorio. Sin embargo, la mayoría de las cuidadoras que se quedan en ese extremo son familiares de la migrante a consecuencia de una elección basada en la misma lógica de su contratante en el Norte: «no dejar a sus hijas/os con cualquiera». Las cuidadoras familiares, abuelas, tías, hermanas, se encuentran en una situación distinta a la de las contratadas, porque ellas sí experimentan una movilidad social ascendente, al beneficiarse de los envíos de dinero. Estas familias que se encontraban con economías apretadas, sin poder llegar a fin de mes, empiezan a sentirse más holgadas.

Estas mujeres desempeñan tareas en la cotidianeidad asumiendo gran parte de la toma de decisiones, pero no de forma aislada, gracias al vínculo apretado que mantienen con la migrante. La decisión de quién viajará, cómo y cuando se toma de manera colectiva y estudiada, lo cual marca un precedente para la comunicación constante y la consulta familiar para cualquier gestión de la familia. Por eso, la idea de «familia rota» no es muy precisa y tenemos que repensar en qué terreno toman lugar los procesos sociales, la reproducción social o las actividades, actitudes, responsabilidades y relaciones requeridas para el sostenimiento de la vida cotidiana.[49]

48 Romero, Mary, Unraveling Privilege: «Workers' Children and the Hidden Costs of Paid Childcare», en http://lawreview.kentlaw.edu/articles/76-3/romero%20macro3.pdf

49 Laslett and Brenner, citado por Levitt, P., «Transnational Perspectives on Migration», *op. cit.*

3.2. La mujer que migra



La mujer que viaja está multi-situada y, desde ese amplio posicionamiento geográfico, consigue dislocar y escindir su afecto y, a la vez, gestionar su hogar a distancia. La proliferación de locutorios, tarjetas telefónicas con tarifas especiales a países del Sur, cibercafés concurridos por migrantes que se comunican con sus familias a través de webcams y chats, son unos pocos indicadores de la doble presencia y de los medios que permiten movilidad. Abordar a la migrante desde sus múltiples localizaciones subraya la importancia de las tensiones y contradicciones generadas por su propia movilidad.

En el mundo conexionista de Chiapello y Boltanski, un mundo en red, poder desplazarse de manera autónoma, no sólo geográficamente, sino entre personas, entre espacios mentales, entre ideas, es

un elemento esencial para tener poder y más libertad. Por otro lado, cuanto más inmóvil, más excluidas/os y explotadas/os. En el entretejido de la cadena de cuidados, habita una tensión entre extremos, dejando al descubierto cómo unas son más móviles gracias a la inmovilidad de otras (la migrante móvil viaja gracias a que una se queda en su lugar y la contratante del Norte puede ir a trabajar gracias a la permanencia de la cuidadora remunerada en su hogar).[50] No obstante, existen diferentes grados de movilidad: no todas las cuidadoras transnacionales gozan del mismo poder de desplazamiento. Mujeres casadas y con hijas/os son menos móviles en el sentido de que se sienten atadas a la idea de volver, a no renunciar a un trabajo en condiciones inhumanas por el hecho de ser el sustento principal de su familia (aparte de ataduras interiorizadas, la fidelidad cristiana o los valores de la sociedad sobre la familia nuclear).

La cuidadora transnacional es la encarnación total de las paradojas más contradictorias del capitalismo neoliberal. Recordemos que la mujer que se va es a la vez la que viene, provocando una doble identidad con contenidos opuestos aparentemente inconciliables. Por un lado, la mujer que migra deja una ausencia en el hogar y en la sociedad y se convierte en causante explicativo de los problemas sociales. Esta mujer se encuentra en medio de la culpabilización, casi siempre interiorizada, y el reconocimiento social de sus bien recibidas remesas. Es el chivo expiatorio que justifica el deterioro de las relaciones de convivencia y el aumento de la criminalidad en el país emisor de mano de obra, pero que, a su vez, se convierte en «salvadora» en el país de llegada gracias a su transferencia afectiva como figura clave en el trabajo de cuidados. A la migrante, no obstante, no se le valora su trabajo de cuidados: el reconocimiento surge sólo cuando su trabajo se manifiesta en forma de *migra-dólares* y no durante el proceso afectivo.

Quien viene a trabajar experimenta un duro proceso de adaptación a una nueva identidad asignada prácticamente de manera instantánea al salir del aeropuerto.

> *P– ¿Qué es lo que usted se imagina cuando yo le digo migración?*
> *R– Estar fuera del país o sea ir de extranjera a otro país ser...*
> *P– ¿Qué significa para usted eso afectivamente?*
> *R– Estar lejos de la tierra de uno que es lo más triste... cómo hemos salido, y es una tristeza estar de inmigrante con papeles o sin papeles, es una tristeza.*[51]

El ser *inmigrante* contiene símbolos peyorativos a los que enfrentarse. Asimismo, las migrantes se sitúan en medio de la tensión ocasionada por la ávida demanda del trabajo de cuidados en un extremo y mensajes de rechazo y xenofobia a nivel mediático y social en el otro. Además, sumando todas estas contradicciones, vemos que cuanto más se desterritorializa el capital, más se levantan muros y leyes restrictivas que impiden el flujo de migrantes. De esta manera, las y los migrantes se enfrentan a la criminalización y persecución constante por parte del Estado, cuando es la propia producción capitalista la que no puede prescindir de su mano de obra.[52] Las trabajadoras domésticas se ven sometidas a las limitaciones impuestas por la ley de extranjería que, a menudo, dificulta la reagrupación familiar.[53] La desprotección legal las deja en situaciones de absoluta vulnerabilidad ante la explotación, la violencia y los malos tratos. No tener

50 Boltanski, J. L. y Chiapello, E., *El nuevo espíritu del capitalismo*, Akal, 2002.

51 Entrevistas a mujeres ecuatorianas en el parque del Oeste. Deriva con trabajadoras domésticas, Precarias a la Deriva, en: http://www.sindominio.net/karakola/precarias_domestico.htm

52 Quintar, A. y P. Zusman, «Éxodo y ciudadanía global en la construcción del contra-imperio. El papel del inmigrante en la creación de un "nuevo lugar" en el "no lugar" según Negri y Hard», en *La Fuga*, nº. 0, 2002.

53 Nos referimos a la ley de extranjería que está actualmente vigente en el Estado español.

papeles significa interiorizar un estatus de clandestinidad que conlleva aislamiento y exclusión de cualquier tipo de prestación social.

Algunas mujeres permanecen en situación irregular durante años, pero hay quienes consiguen rodear las leyes a través de matrimonios «por amor» o conveniencia. En todo caso, con o sin romanticismo, muchas de las mujeres que vienen del Sur ocupan un importante lugar en el trabajo afectivo y de cuidados. A veces, elegir una esposa del Sur es un mecanismo para aferrarse al modelo familiar en crisis, asegurar las camisas planchadas, la procreación y ser cuidado de anciano. Estas mujeres pueden terminar cargadas de trabajo emocional y, a la vez, inmersas en el mercado laboral. A pesar de que estas mujeres tienen otra situación legal y algún respaldo emocional, no dejan de ser *inmigrantes* y se enfrentan a muchas de las problemáticas del resto de cuidadoras transnacionales.

La mujer que migra para trabajar, a pesar de convertirse en una fuente de ingresos importante para la familia en el país natal, irónicamente sufre una movilidad social descendente, tanto por motivos legales como por la inaccesibilidad a las necesidades básicas.

> *«P– ¿Tú qué esperabas de España, de tu estadía aquí, de tu trabajo aquí? ¿Te imaginabas algo...?*
> *R– Me imaginaba que era de otra forma, no me imaginaba que era así como es.*
> *P– Eso, cuéntame como te imaginabas y cómo resultó ser la realidad.*
> *R– Yo me imaginé que aquí era... para vivir mismo me imaginé que vivíamos como en nuestro país, que vivíamos en una casa, pero en cambio aquí se tiene que compartir donde se vive con otras personas, no es lo mismo que estar en nuestro país, vivir en nuestras propias casas.*
> *P– Dices alquilar un piso con gente...*
> *R– Sí.*
> *P– Y a parte de eso...*
> *R– Que aquí se trabaja de lo que venga, en cambio en nuestro país se puede trabajar de lo que uno estudió en nuestro país, yo estudié para ser... de costura, y aquí no se puede trabajar si no se tiene los papeles, aquí hay que venir a trabajar de lo que haiga, porque si no se trabaja no se tiene para pagar el alquiler, no se tiene para la comida, así que nos toca trabajar de lo que haiga».*[54]

La precarización extrema de las migrantes se debe, en parte, a una ley que recorta sus derechos al acceso al trabajo, a asociarse con compatriotas, a manifestarse para reivindicar mejoras de sus condiciones de vida. Además, socialmente, con papeles o no, ser *inmigrante* dificulta el acceso a la vivienda, a empleos fuera del sector de cuidados o servicios y a recibir una atención digna por parte de las instituciones públicas.

No sólo la ley de extranjería deteriora las condicionas de vida y anula los derechos de las/os migrantes; los acuerdos bilaterales entre países también dificultan el ingreso y estadía de trabajadoras/es extranjeras/os. La limitación de la entrada anual a un cupo cerrado, la exigencia de visados que se corresponden con una demanda de mano de obra por temporada, crea un filtro de entrada que afecta tanto a quienes quieren venir como a quienes ya han llegado. Recordemos que hablamos de personas migrantes móviles, muy distintas a las/os emigrantes de periodos anteriores, que se iban de Europa a Estados Unidos o del sur de Europa al norte, por largas e indefinidas estadías o que elegían un solo país como destino. Por el contrario, las/os emigrantes

54 Entrevistas a mujeres ecuatorianas en el parque del Oeste. Deriva con trabajadoras domésticas, Precarias a la Deriva.



actuales prueban suerte en varios países y, además, mantienen fuertes lazos con su país de origen gracias al desarrollo de las tecnologías de comunicación. Pues bien, estas leyes restrictivas impiden hacer visitas ocasionales al país natal a consecuencia del miedo a que se les impida la entrada al volver, de modo que quienes se encuentran sin papeles, tienen poca movilidad, lo cual pone en juego la transnacionalidad de la familia.

A través de todos estos mecanismos, se crea una mano de obra muy específica, en este caso, trabajadoras domésticas y cuidadoras cuya condición se ve constreñida por algunos elementos adicionales. Por un lado, la legislación del trabajo doméstico, de la cual ya se ha hablado y, por otro, la intervención de ONGs e iglesias para la gestión de la oferta y la demanda de trabajo doméstico. La creación de intermediarios estrecha el margen de negociación de las cuidadoras con sus empleadoras y, además, burocratiza el proceso de elección de trabajo, creando largas esperas. La contraposición de mujeres migrantes impacientes por ser atendidas frente a monjas que ponen orden y reparten números refuerza relaciones de poder muy comúnmente establecidas entre «asistidas» y «asistentes». Sin embargo, muchas mujeres migrantes crean otras maneras de gestionar su trabajo fuera de estos circuitos de asistencia, sea a través de redes informales o de anuncios personales colocados en la ciudad.

De esta forma, con los mecanismos y condiciones mencionadas, un gran número de mujeres extranjeras se incorpora al trabajo de cuidados. Sin embargo, optar por migrar, someterse a una identidad que resulta ajena y trabajar muchas veces bajo condiciones de explotación no constituye el proyecto de vida de estas mujeres, sino sólo una herramienta. Al hablar con mujeres ecuatorianas, nos cuentan que han venido a mejorar sus condiciones de vida, pero que piensan regresar. La temporalidad de su estadía es precisamente lo que da lugar al estrecho vínculo con el país natal o muchas veces al desinterés por participar en esferas locales. Sin embargo, poner un paréntesis en la vida es impracticable, porque tarde o temprano se crean relaciones sociales en planos laborales y afectivos y se convive con la cultura del país de acogida.

En el caso de las trabajadoras internas, el trabajo es un claustro donde empieza una cuenta atrás. Pero el paso de dos años, o de cinco años, nunca puede pasar desapercibido en las condiciones que conlleva el trabajo de interna.

> *«Yo digo que la mayor parte de problemas los tienen las mujeres que están internas porque ésas se desconectan del mundo, salen los jueves o los sábados después de la merienda, y si los jefes salen a las cinco o a las seis de la tarde ¿qué tiempo tienes de salir? Llegas cansada y al no tener contactos ¿adónde vas? A ver con quién te relacionas? A quién le preguntas con ese horario, ni tienes derecho a preguntar cualquier asunto legal, nada ¿sí?»*[55]

Vivir en confinamiento acarrea consecuencias de explotación extrema con jornadas de veinticuatro horas de disponibilidad, una gran exigencia de transferencia afectiva y trato desigual.

55 Trabajadora Doméstica en régimen de interna, Deriva con trabajadoras domésticas, Precarias a la Deriva.

3.3. Cara a cara en el Norte

Para hablar de las condiciones de vida y de trabajo de las cuidadoras transnacionales es necesario hablar de quienes las contratan. Si bien es cierto que no podemos retratar a las empleadoras como enemigas directas de quienes van a servir a sus casas, tampoco podemos obviar las relaciones de poder y jerarquía que se establecen en este punto de la cadena de cuidados. Es ingenuo pensar que se puede dar una relación «familiar» entre la contratante y la cuidadora, si incluso redes conformadas por parientes consanguíneos pueden estar cargadas de tensión y explotación.[56]

Recurrir a la contratación de una cuidadora es un mecanismo que permite a muchas mujeres desempeñar sus funciones fuera de casa y organizar su tiempo. Además, a menudo se sufre el mismo tipo de culpabilización interiorizada (en paralelo con su sirvienta contratada) por relegar las funciones de cuidado a una tercera persona que lo hace por dinero. Dinero insuficiente para pagar el verdadero valor del trabajo. En muchos casos, debido a la infravalorización del trabajo doméstico en sí, al que se suma un componente étnico que disminuye el salario aún más; o, como en otros casos, porque simplemente las contratantes no tienen una renta que les permita pagar mejores salarios.

Cierto es que pagar a una cuidadora transnacional es parte de la estrategia de «conciliación» entre familia y trabajo (asalariado), pero debemos tener en cuenta que la relación que se genera entre la dueña de casa (que suele ser, en la mayoría de los casos, la gestora principal del hogar y, por lo tanto, jefa directa de la cuidadora) y la contratada suele ser de jerarquía, poder y gran diferenciación. Aunque a veces se pretenda dar un trato «familiar», se trata de intentos fallidos que pasan por alto los verdaderos diferenciadores. ¿De qué horizontalidad se puede hablar con jornadas de catorce horas y disponibilidad completa, si el dormitorio que te dan es el más pequeño y oscuro y, ¡oh, sorpresa!, más cercano a la cocina, el filete que te comes no es de la misma calidad que el del señor, la mesa donde comes es otra y la ropa que te pones es un uniforme? Pero no hace falta hablar de estos casos «extremos» (aunque son bastante generalizados) para hablar de explotación. Si bien la relación entre contratante e interna responde a un cuadro clásico de poder jerárquico, es interesante contemplar otras relaciones más horizontales que, no por ser lineales, escapan a dinámicas de poder.

Aunque muchas mujeres contratantes se sienten reticentes e incómodas ante la idea de ocupar una posición privilegiada y de poder, debemos contemplar su posición desde una perspectiva alejada del modelo jerárquico clásico en el que el poder se sitúa de manera piramidal y se genera verticalmente. «Mientras la antigua noción de poder se encuentra en proceso de ser reemplazada, han surgido nuevas formas de hostilidad y antagonismo generadas en horizontalidad, una dinámica sintomática de la democratización posmoderna de la opresión».[57] Mujeres que desean establecer relaciones equitativas con las trabajadoras domésticas pueden conseguir eliminar mucho de ese antagonismo mejorando las condiciones de trabajo. Sin embargo, suele persistir en su relación una «falsa familiaridad», una mezcla de relaciones personales y de trabajo.[58] Tutear a una trabajadora doméstica no se traduce en familiaridad y amistad cuando ésta no se siente cómoda de tutear a quien la contrata. Formalizar, rutinizar y despersonalizar el trabajo puede incluso ser beneficioso para la cuidadora para no verse envuelta en ambigüedades entre trabajo y no-trabajo.[59]

---

56 Levitt, P. y Glick Schiller, N., «Transnational Perspectives on Migration: Conceptualizing Simultaneity», en www.peggylevitt.org/pdfs/cncptualzng_smltaneity.pdf

57 Sandoval, C., *Methodology of the Oppressed*, University of Minnesota Press, 2002, pp. 72.

58 Gregson, N. y Lowe, M., 1994, citado por Rotkirch, Anna, *www.valt.helsinki.fi/staff/rotkirch*

59 Una de nosotras cuenta: «Hace algunos años trabajé como "*au pair*" o, claramente dicho, cuidadora interna con una familia de Boston. Ni el horario ni mis funciones en la casa estaban especificadas, ya que se esperaba que actuara como un miembro más de la familia, preocupándome por la limpieza y cuidado de los niños desde mi propia iniciativa, "*we want someone to be proactive*", me dijo la mujer cuando le pedí un horario y especificación de mi trabajo. Yo pedía desaforadamente ser la chacha, y no la amiga, así mi rol estaría claramente delineado, y el de ella también».

Las mujeres que recurren a la asistencia remunerada no abandonan el trabajo doméstico por completo: pensemos en la doble presencia o en la doble jornada. La participación de la dueña de casa en las labores domésticas está marcada una vez más por un prisma de valoraciones subjetivas del trabajo doméstico. El trabajo de cuidados está infravalorado, es cierto, pero dentro del mismo hay toda una escala de valores estratificadora. En la cima de la jerarquía del trabajo de cuidados están aquellas tareas percibidas como placenteras: actividades como bañar a los niños, ponerlos en la cama y leerles un cuento. Ya que estas tareas todavía están desempeñadas en gran medida por las madres o padres, es un trabajo no pagado. Por debajo de estas tareas están otras responsabilidades como lavar, fregar, elaborar comidas diarias, que suelen ser compartidas entre mujeres empleadoras y mujeres empleadas. Finalmente, en lo más bajo de la pirámide, se encuentran las actividades de «trabajo intensivo», como es el limpiar a fondo, planchar y realizar otras tareas más pesadas. Estas responsabilidades empiezan a estar cada vez más en manos de cuidadoras remuneradas.[60] Muchas veces, la complejidad del trabajo de cuidados está encubierta, así como su estratificación y el contenido afectivo e inmaterial de las labores diarias.

¿Cómo y cuánto se debe pagar por labores de cuidado? Ilustraremos algunas reticencias con un ejemplo: aunque las lavadoras automáticas se han expandido en Ecuador, aún existen lavanderas, mujeres que van de casa en casa lavando a mano la ropa de la familia. Éstas cobran por docena. Al terminar la montaña de ropa, llaman a la dueña de la casa y ésta cuenta las prendas de una en una, suma, multiplica y paga. Aunque a muchas personas del Norte les parezca un fenómeno exclusivo del Tercer Mundo, ponemos este ejemplo porque creemos que este problema se reproduce ahora en un nuevo escenario. ¿Qué es lo que realmente se paga a la hora de contratar trabajo afectivo? No sólo no se paga la parte inmaterial ya mencionada, sino que se pretende cuantificar las labores con un salario que, en teoría, remunera tareas como si estuviesen desempeñadas por una autómata. Estas tareas, en realidad, están cargadas de significado: planchar una camisa o lustrar platería no sólo cubre necesidades de cuidado, sino que reproduce un estilo de vida y un estatus social.

Queda mucho por descubrir en el entretejido de estas cadenas de cuidados. Los sujetos colocados a lo largo de ellas responden a condiciones subjetivas, con lo cual, a veces, sus roles tienden a desdibujarse, a ocupar dos localizaciones opuestas, a mezclarse, a mutar, a moverse, y por eso la tensión de la cadena. Existe un *morphing* de identidades que nos hace cuestionar qué tiene que ver una contratante de servicios de cuidado en el Norte con una trabajadora doméstica del Sur y cómo la globalización ha condicionado sus vidas. La cadena afectiva aparece con la crisis de cuidados y parece servir como apaño. Sin embargo, vemos que la transferencia de afecto no es lineal: no se transfiere el afecto como se transfiere una pelota, de una a la otra, quitándote un peso y cogiendo otro. En la transferencia, van quedando cargas de todo tipo. Evitando juicios moralistas, debemos plantearnos si la importación de trabajo femenino afectivo es la solución a la crisis que cada vez se hace más palpable. Tomando en cuenta estos bosquejos de la situación actual en el trabajo de cuidados, tenemos que pensar qué hacer para mejorar las condiciones de las mujeres y construir herramientas efectivas para el sostenimiento de la vida.

60 Gregson N. y Lowe, M., *op. cit.*

4. ¿Qué hacer?

¿Qué ventanas abrir, qué puertas, para que entren aires frescos, para poder salir hacia nuevos y experimentales caminos que nos saquen de esa tremenda trampa en la que nos han ido enredando tantos siglos de discriminación y, por ende, de desprestigio de todas las funciones que el patriarcado ha venido asignando a las mujeres? Esas funciones o papeles que históricamente hemos desempeñado las mujeres, tan impregnados todos de lo que quizá sea más imprescindible, más, literalmente, vital. El cuidado. Los cuidados. En su sentido amplio. Cuidar de la salud, de la alegría, curar de la soledad, mimar, acompañar, escuchar, compartir, amar.

Pero ¿por dónde empezar?

Quizá, en primer lugar, por recuperar la palabra crisis del imaginario negativo al que nos suele remitir la cultura del orden, de la reacción, del conservadurismo y del poder; para la cual lo esencial, lo establecido, lo inamovible y lo silencioso son fuentes de paz y felicidad, palabras, éstas, tan manipuladas y tan llenas de falsas promesas que ya ni cabe reapropiarse de ellas con nuevos contenidos.

Si la vida es movimiento y el movimiento es cambio, las crisis, esos momentos graves de puesta en tela de juicio de las estructuras económicas, sociales, éticas, políticas y filosóficas de la humanidad, son siempre, en principio, preciosas, por cuanto implican repensar, cuestionar y remover lo que se daba por bueno para explorar nuevas sendas más acordes con las contradicciones, posibilidades, necesidades y deseos del momento y del lugar, este último, para bien y para mal, cada vez más universal o, cómo se suele decir ahora, más global.

Y, si acordamos que el objetivo a perseguir es un cambio radical o revolucionario que consistiría en tender a sustituir la sociedad economicista de la búsqueda del beneficio (y sus implicaciones sociopolíticas de construcción de jerarquías, de poderes impuestos, de falta de democracia y de todo tipo de «ismos» explotadores y excluyentes antes descritos) por la sociedad política de búsqueda de la sostenibilidad de la vida humana (la vida en su sentido más amplio que abarque la riqueza de la experiencia existencial, mucho más allá de lo meramente fisiológico), este salto ha de pasar por un cambio de mentalidad y de valores, por una generosa creación de subjetividades que pongan el cuidado en el centro.

Pero la desbordante magnitud de esta empresa puede tender a paralizarnos: los problemas a afrontar son tantos, las preguntas a responder tan numerosas, que nos pueden asustar y enmudecer.

En fin, empezar es, como casi siempre, lo más difícil (también lo más apasionante) y la intención de este artículo quizá sea principalmente ésa, empezar a poner las manos en la masa, en esta crisis de los cuidados que hemos ido abordando en las páginas anteriores y, con anterioridad a esas páginas y como origen de las mismas, en las derivas y talleres que sobre el trabajo de cuidados hemos venido realizando desde *Precarias a la Deriva*.

Este primer abordaje pretende poner sobre la mesa una serie de herramientas, tareas en proceso e iniciativas concretas, que hemos ido debatiendo como posibles estrategias a seguir para sacar a la luz esta crisis y para problematizarla. Problematizarla en el sentido de crear una multiplicidad de conflictos y reflexiones, pero también de intervenciones en torno a ella que esquiven

el cierre conservador tan propenso a resolver la crisis simplificándola y atajando las posibilidades de cambio, tan inclinado a dar una respuesta a las necesidades de cuidados mercantilizándolas (esto es, mal pagando el desempeño de esos trabajos o preconizando las maravillas de la vuelta al hogar).

4.1. Las tareas en proceso

Mucho ha de ponerse patas arriba en pos del objetivo antes anunciado del cambio de la sociedad (destructiva) del beneficio hacia la (creativa) de la sostenibilidad. Entre otras cosas, las ideas acerca del cuidado, del significado de la independencia, del sentido de la comunidad y de los imaginarios sobre el amor. Los valores que determinan la subjetividad imperante y sus vehículos materiales (lingüísticos, legislativos, educativos,…) han de ser subvertidos y recreados a través de una dinámica cuya intención no es cambiar un modelo por otro, sino una manera de imponer valores normativa (impuesta desde arriba, atenta a satisfacer los intereses o privilegios de unas partes de la sociedad en detrimento de otras, con presunciones esencialistas y vocaciones de eternidad), por una proceso continuo de producción de imaginarios (generado desde abajo, sensible a las singularidades y diferencias, sujeto a las voces vivas del contexto concreto y proclive a las metamorfosis).

4.1.1. De los cuidados

Otra cosa muy gorda es el tema de la desvalorización: cuidar se ve siempre como una obligación, pero no como una cosa de la que se puede disfrutar. Y es que una cosa que está implícita es que cuidar es una «putada» y ¿qué haces con eso?

Precarias a la Deriva, Taller de Cuidados Globalizados I.

Pues algo que es preciso empezar a hacer es revalorizar el término y sus implicaciones. Cuidar ha sido para las mujeres lo que debíamos hacer, en tanto que algo siempre asociado al espacio de lo privado y, por lo tanto, al terreno femenino. Porque es a la esfera de lo privado a la que remite todo lo relacionado con el sostén de la vida o, si se prefiere, con el trabajo reproductivo. Esto es parir, y criar, y alimentar, y limpiar, y cuidar, y acompañar, y curar, y… Pero la mujer criada, madre, hija, compañera, psicóloga y amiga, con los saberes, paciencias y dedicación que requiere tan desmesurada faena, una vez irrumpe en el espacio público, ve limitadas sus opciones a básicamente dos: o bien se entrega, con el autosacrificio esquizoide que ello supone, a lo que se ha denominado doble presencia-ausencia, o bien renuncia a cualquier tipo de obligación de cuidar a los otros, esto es, se libera de las obligaciones familiares decidiendo identificar autonomía con no tener hijas/os, por ejemplo. Pero si nuestra lucha feminista

pasa por rebelarnos frente a las atribuciones y funciones impuestas, estas funciones no dejan por ello de existir (puedes decidir no tener hijas/os, pero los padres están ahí, y también las/os amigas/os y, por supuesto, nosotras mismas), ni de ser muy valiosas. Así que el problema no se soluciona con apartarlo a un lado. El reparto entre los sexos de estas tareas/trabajos de cuidados fundamentalmente no remunerados no se ha realizado. La división sexual del trabajo se mantiene increíblemente refractaria al paso del tiempo. Así que habrá que abogar por un nuevo contrato sexual. Y, ante la inminencia de una negociación que no cabe esquivar, será preciso partir de una premisa que tampoco es negociable: el cuidado es el centro, el motor del desarrollo social, sin él no habría vida biológica, ni vida en su más amplio sentido, que mereciera la pena ser vivida. Pero la revalorización de los cuidados, su ascenso en esa errónea escala de valores sociales en la que han sido injustamente relegados a los últimos peldaños, por debajo del dinero, claro, o del éxito social, pasa por la destrucción de ciertas mistificaciones relacionadas con la independencia, la familia y el amor.

4.1.2. De las falsas independencias

Pensamos en la independencia como no tener que cuidar de nadie
y no es cierto, las personas dependemos unas de otras

Precarias a la Deriva, Taller de Cuidados Globalizados I.

Y esa interdependencia no es una carencia, no se trata de echarse las manos a la cabeza por la imposibilidad de ser autosuficientes. Es cierto que, en numerosas situaciones vitales (infancia, vejez, enfermedad), somos más estrictamente dependientes, pero además de ser éstos unos momentos y circunstancias por los que todas tenemos que pasar, y no por infravalorados menos potencialmente interesantes de vivir, es que esa interdependencia está en la base de nuestra socialidad que es, si no una característica esencial de los seres humanos, (estábamos por la labor de descartar los discursos esencialistas…) sí, en todo caso, a nuestro juicio claro, lo más fascinante de nuestra especie. Porque en ella se asienta la cooperación, la cual, llevándonos a poner todo tipo de afectos y recursos materiales e inmateriales en común, es la artífice del mundo que, mejor o peor, vamos siendo capaces de construir. «El cuidado en su vertiente más subjetiva de afectos y relaciones»,[61] es algo que desborda los límites del mundo emocional, de los sentimientos… sin pretender infravalorar este último (¡qué difícil es deconstruir los discursos cuando las palabras están ya tan codificadas!), sino insistir en la idea más amplia del afecto, como lo que te mueve a actuar, a componerte con los demás a todos los niveles.

61 Carrasco, C., «La sostenibilidad de la vida humana», *op.cit.*

4.1.3. Del mito del hogar dulce hogar

La familia es la mano que aguanta la cabeza para que permanezca bajo el agua

J. M. Fonollosa, *Ciudad del hombre*

La familia nuclear fordista y, por añadidura hispánica, franquista y (como decíamos más arriba, el único ideal social realmente fomentado desde el sistema socioeconómico capitalista, el Estado y la idiosincrasia religiosa, conservadora y patriarcal) está también en crisis. Pese a su amplia desmitificación como fuente de amor conyugal y filial, pues parece demostrado que una buena parte del maltrato y los asesinatos de mujeres tienen lugar en su seno, la familia sigue siendo, y más en estos tiempos que corren de neoliberalismo salvaje, una fuente principal de apoyo económico y afectivo. Muchas/os jóvenes siguen residiendo en la casa familiar hasta muy mayores y dependiendo económicamente de la familia hasta muy tarde, gracias a las condiciones de renta e inestabilidad a las que nos somete el empleo precario y la desbocada especulación inmobiliaria.

Crear otro tipo de hábitos de convivencia que rompan, por ejemplo, con el hecho de que sea *«absolutamente implanteable cuidar de ese abuelo de otra manera, por ejemplo, repartirse la tarea entre siete amigos, [de que eso suene] absolutamente marciano»*, es difícil, pero urge empezar a reconocer y fortalecer otros tipos de comunidades ya existentes y a crear otras nuevas. Las dificultades, nada desdeñables, residen principalmente en que, desde los poderes públicos, lo colectivo es algo que no sólo no suele fomentarse por el peligro que supone para el poder la fuerza de la gente autoorganizada, sino que, a menudo, se obstaculiza o reprime. Económica y políticamente, al poder establecido parece interesarle más la atomización social. Así, en cuanto surgen iniciativas de autoorganización social y de puesta en común de recursos, como, por ejemplo los centros sociales ocupados, las redes informales de apoyo entre mujeres inmigrantes o las redes vecinales, se desencadenan en nombre de la propiedad privada, de la salud o del orden público. La justificación es lo de menos: el caso es que, cuando la gente intenta resolver a su manera y de forma independiente y autoorganizada sus necesidades, el Estado, en lugar de sentirse agradecido por aquello de que le hagan sus deberes, acostumbra a reaccionar muy mal.

La ordenación del espacio urbano tampoco ayuda. Las ciudades, cada vez más destinadas a la circulación de vehículos de motor y al consumo, se hacen progresivamente invivibles a causa de todo tipo de contaminaciones, entre las que destacaremos la del aislamiento planificado: ¿dónde están los espacios de encuentro, verdes o azules (es lo mismo), las plazas, los parques y los lugares en los que reunirse? ¿Para cuándo las tarifas reducidas o el transporte público gratuito para no sentirnos aisladas/os en las inmensas ciudades cuando no tenemos dinero para desplazarnos?

Se trata, aquí y ahora, de pensar otros modelos de comunidad y otras reordenaciones urbanas generadoras de colectividades de afecto, de espacios de encuentro y de socialidad.

4.1.4. Del *amour fou* y otros amores letales

En la violencia contra la mujer se trata de expresar el derecho de posesión exclusiva, el derecho de propiedad, derechos que las leyes han reconocido hasta un período reciente; un reconocimiento al que la cara arcaica del hombre, la cara inhibida, querría volver e intenta hacerlo en períodos de regresión política, social e intelectual como el nuestro.

Anne Querrien

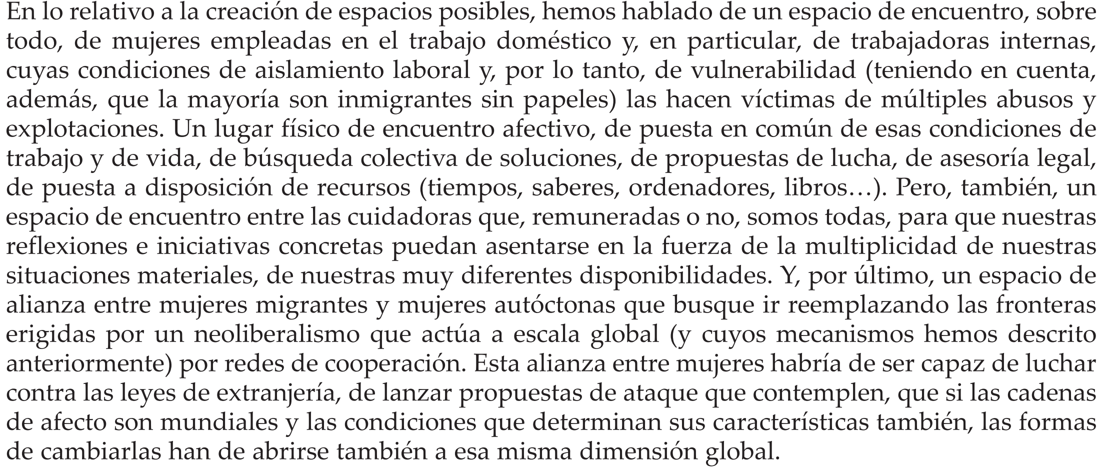
Sin abandonar todavía el espacio de las operaciones a realizar en el ámbito de lo subjetivo, otra de las ideas a desechar e ir reemplazando por otras más constructivas es la del *amour fou*. Ese amor representado y reproducido por todo tipo de expresiones artísticas, desde la canción popular al celuloide, que a menudo se identifica con EL AMOR, es algo así como el colmo de los malentendidos con respecto a lo que amar puede llegar a significar. Y un colmo extremadamente doloroso y trágico si pensamos en las consecuencias que este tipo de modelo arrastra. ¿Cuál es la relación entre esa apariencia romántica y arrebatada de las expresiones del tipo «la maté porque era mía» y el escandaloso número de maltratos y asesinatos de los que son víctimas las mujeres? Sin duda, una relación estrecha. Quizá parezca un poco tirado por los pelos esto de hablar del mito del *amour fou* en un artículo sobre la crisis de los trabajos de cuidados, pero, a nuestro modo de ver, esa peligrosa representación simboliza, *in extremis*, el discurso que invisibiliza la existencia de los mismos, su valor y el reconocimiento de quienes los llevan a cabo. Ese modelo simbólico describe un amor egoísta y limitado, una dependencia enfermiza más predispuesta a exaltar la muerte que a resaltar la vida. Cuando el amor nada tendría que ver con ese modelo estrecho, heterosexual y posesivo, con esa «lógica narcisista, [que] habla fundamentalmente del yo»,[62] cuando amar habría de tender más a ser una dinámica de vida, una actitud de generosidad, un motor de construcción del mundo, de una multiplicidad de mundos posibles: «siempre es con mundos con quienes hacemos el amor».[63]

62 Larrauri, M., *El deseo según Gilles Deleuze*, Tándem edicions, Valencia, 2000.
63 *Ibidem.*

4.2. Las iniciativas concretas

En pos de esa labor de deconstrucción, primero, del simbólico que nos embarca/embauca en una lógica del beneficio económico, y de construcción, después, de unas nuevas subjetividades, de un nuevo imaginario que aspire a una sociedad de la sostenibilidad, hemos de ensayar nuevas formas de actuar, de intervenir y poner en marcha herramientas de producción de nuevas relaciones sociales. En los tres Talleres de Cuidados Globalizados que Precarias a la Deriva ha venido organizando en la Karakola y, sobre todo, en el tercero y último (de momento), se habló de espacios de autoorganización de mujeres cuidadoras, de una red de trueque de servicios y recursos, de la posibilidad de organizar una huelga del cuidado, de escraches contra contratadores/explotadores infames y de tácticas de guerrilla de la comunicación, así como de la importancia del recurso a la vía legal.

4.2.1. De las alianzas y los espacios de mujeres



En lo relativo a la creación de espacios posibles, hemos hablado de un espacio de encuentro, sobre todo, de mujeres empleadas en el trabajo doméstico y, en particular, de trabajadoras internas, cuyas condiciones de aislamiento laboral y, por lo tanto, de vulnerabilidad (teniendo en cuenta, además, que la mayoría son inmigrantes sin papeles) las hacen víctimas de múltiples abusos y explotaciones. Un lugar físico de encuentro afectivo, de puesta en común de esas condiciones de trabajo y de vida, de búsqueda colectiva de soluciones, de propuestas de lucha, de asesoría legal, de puesta a disposición de recursos (tiempos, saberes, ordenadores, libros…). Pero, también, un espacio de encuentro entre las cuidadoras que, remuneradas o no, somos todas, para que nuestras reflexiones e iniciativas concretas puedan asentarse en la fuerza de la multiplicidad de nuestras situaciones materiales, de nuestras muy diferentes disponibilidades. Y, por último, un espacio de alianza entre mujeres migrantes y mujeres autóctonas que busque ir reemplazando las fronteras erigidas por un neoliberalismo que actúa a escala global (y cuyos mecanismos hemos descrito anteriormente) por redes de cooperación. Esta alianza entre mujeres habría de ser capaz de luchar contra las leyes de extranjería, de lanzar propuestas de ataque que contemplen, que si las cadenas de afecto son mundiales y las condiciones que determinan sus características también, las formas de cambiarlas han de abrirse también a esa misma dimensión global.







Entendemos estas alianzas transnacionales como una forma de desobediencia a las segmentaciones del mercado laboral (reforzadas por la ley de extranjería) y de deconstrucción de las jerarquías entre mujeres. No es ésta una simple «iniciativa concreta», sino más bien un desafío largo en el tiempo. Estas alianzas tienen, al menos y entre muchos otros, dos planos. Por un lado, el de aprender a relacionarse entre diferentes asimétricos. Sabemos que tratar con gentes de otros medios y con otros recursos es duro: porque la relación está atravesada fuertemente por asimetrías, simbólicas y materiales. Y, o se asume como un reto, o lo sencillo es mantenerse separadas. Porque se siente culpa, porque el racismo y el clasismo del que hemos bebido todas desde nuestra más tierna infancia y el miedo subterráneo a perder el propio estatus y las propias comodidades se convierten en mezclas de paternalismo-asistencialismo-distancia... Hay que aprender a descubrir la riqueza de la diferencia (no sólo retóricamente) y a escuchar, a la vez que se construyen luchas materiales y concretas más allá de la culpabilización. Por otro lado, otro plano de estas alianzas pasaría por hacer propias las luchas contra los controles restrictivos de los flujos migratorios en el Norte y las luchas que mujeres y hombres están llevando a cabo en el Sur contra la expropiación/privatización de los recursos esenciales (naturales y no) para asegurar el sostén de la vida. No como una solidaridad con quien está peor, sino porque las divisiones y asimetrías que producen las primeras generan una convivencia fundada en el miedo al otro y porque los procesos de privatización/expropiación en el Sur ayudan al cierre reaccionario de la crisis de cuidados en el Norte, aparte de generar violencia y muerte a ambos lados del Ecuador.

Ese espacio de encuentro, lugar de concreción de alianzas transnacionales, cuya materialización queda pendiente (el dónde, el cómo, el de qué manera superar, por ejemplo, las constricciones impuestas por el horario esclavo de las internas para poder encontrarnos: todo esto tendremos que resolverlo juntas), podría ser el lugar desde el que pergeñar y lanzar ideas y propuestas de visibilización y conflicto. Podría ser también la sede de una red de trueque de saberes, recursos,

tiempos y haceres, de un sistema de apoyo mutuo organizado: yo te cuido a las/os niñas/os cuando trabajes por las tardes y a cambio tú me las/os cuidas el fin de semana; te doy clases de castellano a cambio de que me dejes usar tu lavadora; me dejas usar tu conexión a internet y te enseño a hacer unas deliciosas recetas de mi país; te consigo a un amigo que se case contigo y, una vez con los papeles, ya podemos ponernos a organizar jaleo juntas…

4.2.2. De las propuestas de ataque

Decíamos: un espacio de alianza entre mujeres desde el que conspirar y maquinar, desde el que diseñar formas de conflicto y visibilización, herramientas de ataque, estrategias de autodefensa. ¿Cómo cuáles? Hablábamos de: huelgas de cuidados, escraches, tácticas de guerrilla de la comunicación, recursos a la vía legal…

De la organización de una huelga del cuidado (y de cuidado) nos hacemos, más que nada, preguntas. ¿Sería posible organizar una huelga del cuidado? ¿Cómo? ¿Con qué sentido? La idea es lo suficientemente atractiva y provocadora como para que, al menos, nos pongamos seriamente a pensar en su viabilidad.

En lo que atañe a los escraches, hablamos de recoger esta práctica que en Argentina dirigen contra los torturadores y asesinos impunes de las dictaduras militares, y que consiste en identificarlos y denunciarlos públicamente, señalando su presencia en los barrios y casas en las que viven mediante pintadas, carteles… para aplicarla, como forma de visibilizar su infamia, a quienes empleen a trabajadoras domésticas por jornadas infinitas a cambio de sueldos ínfimos y en condiciones de encierro y violencia.

Y, en lo relativo a la guerrilla de la comunicación, hemos discutido la posibilidad de sus propuestas de tergiversación mediática aplicadas a este ámbito del trabajo de cuidados. Revistas, carteles, ¿qué tal anunciar la inminente huelga de cuidados desde un sindicato ficticio con la suficiente apariencia de realidad como para esperar que provoque un encadenamiento de respuestas imprevisibles? Ésta podría ser una herramienta muy potente de visibilización de lo invisibilizado.

Por último, el arma legal, se trataría de tener en cuenta que, pese a la degradada relación de fuerzas en la que nos encontramos las/os trabajadoras/os precarias/os hoy a la creciente pérdida de derechos laborales (¿qué puede quedar, por ejemplo, del derecho a los meses por maternidad cuando los contratos son por horas o por meses?) y a la condición de ilegalidad (y, por lo tanto, de exclusión de la ciudadanía y de sus correspondientes derechos) a la que la ley de extranjería condena a gran parte de trabajadoras/es inmigrantes de este país, no se puede descartar el recurso a las leyes para denunciar y obtener reparo en caso de haber sido víctimas de una situación de abuso. Cómo explicaba Arantxa Zaguirre (abogada):

> *«[L]as leyes laborales en España tratan al trabajador sin papeles como trabajador, no como sospechoso, delincuente o defraudador. Luego la ley de extranjería ya se dedica a la otra parte [...] entonces, una persona sin papeles según la ley laboral es un trabajador [...] siempre tiene derecho a reclamar las*

cantidades debidas, si te deben un mes de trabajo, dos meses, aunque no tengas un permiso de trabajo tienes que iniciar todo el procedimiento legal y ahí no hay policía de por medio (…). Los juzgados, en general, si tú presentas pruebas, datos de que has trabajado en una casa, testimonios de cualquier tipo, etc, te van a dar la razón».

4.3. A modo de conclusión

Todas las iniciativas y propuestas planteadas, que queda seguir discutiendo y atreviéndonos a llevar a cabo, tienen un denominador común: ninguna habla de conciliación de la vida familiar y laboral, ese tema tan en boga, que tanto centraliza el discurso y tantas energías devora en lo que respecta a la crisis de los cuidados. Porque si bien estamos de acuerdo en la necesidad de medidas concretas que vayan paliando las desventajas e injusticias derivadas de que el peso del cuidado siga estando a cargo de las mujeres, no estamos por la labor de conciliar lo irreconciliable.

Esa es nuestra apuesta. Nuestro deseo: que estas líneas fueran capaces de contribuir a compartirla con muchas más.

Inventando barrio, pensando en precario

Proceso de autoencuesta del colectivo del barrio de la Estrella

Retazos

Tratamos de entender nuestra situación, saber qué sucede en nuestro entorno, intervenir sobre cuestiones que consideramos indispensables para poder desarrollar cualquier actividad política. En colectivo, pretendemos garantizarnos una comunidad de combate, pero también abrir pequeños laboratorios que busquen, identifiquen y pongan en marcha nuevos conflictos sociales, dado que los programas políticos que heredamos fueron confeccionados en territorios que ya no habitamos.

Nosotras somos una comunidad de las que llaman de clase media, con estudios superiores, nuestro barrio nunca fue ni quiso ser obrero. En la memoria de nuestros suelos sólo queda la huella de los circuitos especulativos, ningún movimiento ciudadano luchó en los años gloriosos por asentar en nuestras plazas o calles un modelo más humano de ciudad. Y la verdad es que en las metrópolis occidentales no somos una excepción.

Precariedad. Un modo de contratación, pactado por los sindicatos que las generaciones que nos precedieron hicieron mayoritario. Precariedad. Un medio ambiente vital, en el contexto de la guerra global que el capitalismo financiero desarrolla en contra de nuestras vidas: educación, sanidad, vivienda son sólo algunos ejemplos de la mortífera contaminación que sufre la atmósfera que respiramos. Precariedad. Porque tenemos trabajos de sobra a los que aferrarnos, pero el sueño del pleno empleo nos precipita hacia el abismo de la insuficiencia salarial, de la insatisfacción en el trabajo, de las miles de personas que no encuentran ni siquiera un trabajo basura, del odio profundo que sentimos al tener que mantener equilibrios imposibles con nuestras vidas, subidos al alambre de la incertidumbre.

También tenemos un contexto muy concreto: somos estudiantes de últimos cursos de carrera o recién independizados, con inquietudes similares, enfrentados en el campo de batalla de la renta contra el capitalismo global. La única conquista posible, un trabajo miserable, se sobrelleva con escasas armas: la cooperación que se produce en nuestros entornos sociales y militantes, y la constante ayuda de nuestras familias, aporte fundamental en el tránsito hacia nuestra independencia.

En el trabajo no encontramos más realización que la que se concreta en un salario. Toma el dinero y corre, parte a las comunidades indígenas chiapanecas, a Guatemala, a trabajar a fondo en

el Centro Social o en el colectivo de barrio, viaja por Europa o haz cursos y seminarios de las temáticas más variadas. Nos gusta la historia, la antropología, la física, la comunicación, el teatro, la filosofía y la informática. No hay ética del *laburo*, para desesperación de los compañeros y compañeras que reservan una parte de su militancia al trabajo sindical. Los puestos de trabajo son sillas calientes en las que nadie quiere estar demasiado tiempo: queman nuestros traseros y abrasan nuestra dignidad.

Somos más que trabajadores, aunque los sindicatos tradicionales o no, reformistas o revolucionarios, sigan interpelándonos con consignas que hacen referencia a una realidad que no es ya la nuestra: la dignidad por medio del trabajo, el orgullo de clase, la huelga y la movilización por un puesto que estamos deseando abandonar. Tenemos que seguir dando la lucha en el centro de trabajo pero también fuera, debemos reinventarnos a nosotras y nosotros mismos como trabajadores y debemos hacerlo a otro ritmo, de nada nos sirven ya las grandes sindicales y la división por ramas, el trabajo en secciones sindicales o la exhortación al paro obrero. En situaciones como las nuestras, con contratos eventuales, por obra y servicio y con estancias relámpago en nuestros puestos de trabajo, los trabajos de acumulación de fuerzas rebasan los límites de cada empresa como territorio político y sindical definitivo.

Ésta es la realidad que compartimos: la aceleración laboral de una vida que se mueve en la espiral trabajo/no-trabajo y que acaba encarcelada en la lógica del salario. Somos precariedad, no estamos en precario, y queremos pensarnos como tales, porque es la realidad que nos habita y nos compone, el paisaje que nos define, fuera de él, no quedan otros mundos, no hay un afuera, y buscarlo es un acto inútil. Quien persiga refugios ficticios, Estados protectores o la vuelta a los viejos tiempos trabajará desde la añoranza, pero no desde la realidad.

Empleo estable y de calidad, gritan quienes se pasaron toda nuestra adolescencia firmando y pactando, asintiendo y engrosando sus cuentas bancarias. Que trabajen ellos y ellas, que llevan toda una vida viviendo del sindicalismo «mayoritario», que se ganaron un futuro apostando con nuestras vidas.

Ahora nos toca comprender, saber cuál es nuestro papel como trabajadores y trabajadoras. El trabajo ha estallado, sus formas y actitudes son múltiples y las realidades individuales y subjetivas que se componen en su seno, infinitas. Éste es el relato general, pero nuestras vidas se narran en ese mismo contexto: variabilidad, incertidumbre e imprevisibilidad nos obligan a ser flexibles, volátiles, escurridizos en nuestros códigos y en nuestras actitudes, también en nuestras capacidades, eso es lo que nos permite adaptarnos, pero también es lo que nos permite sobrevivir y combatir. La pregunta es: ¿durante cuánto tiempo?

¡Precarias, precarios, saliendo del armario! La huelga general del 20-J, las manifestaciones y las luchas contra el decretazo del gobierno presidido por Aznar vieron nacer un pequeño bloque precario que durante semanas estuvo convocando piquetes, asambleas y caceroladas, culminando con un encierro-ocupación el 5 de octubre de 2002. Todas estas iniciativas, aunque muy pequeñas, permitieron replantear un modelo distinto de convocatoria. Llevábamos meses preparando una huelga que excediera los límites del trabajo reglado, autoconvocados y autoconvocadas: amas de casa, *free-lances*, putas, trabajadores/as del *telemarketing*, subcontratados, temporales... Ciertamente, la «huelga general» visualizó la dificultad de seguir una «huelga» desde las nuevas formas de trabajo:

nos hacía falta imaginación para plantear un conflicto desde nuestra multiplicidad de estrategias, tiempos y necesidades. Para ir a la huelga, para pensar un boicot, para concebir el colapso, el modo de cortocircuitar la lógica de la producción partiendo de las innumerables esferas cambiantes en las que nos movemos. Movidos por esta inquietud, abrimos nuestra investigación.

Desde ese momento, nos embarcamos en el empeño de descubrir los límites, las posibilidades, los nuevos referentes y las distintas realidades precarias que se condensaban a nuestro alrededor. Haciendo entrevistas en los supermercados de nuestro barrio y en la plataforma de *telemarketing* más cercana, y desarrollando un proceso de autoencuesta entre nuestras redes militantes, pretendíamos dibujar las puertas de entrada que nos permitieran perfilar, desde lo más cercano, la realidad a la que habíamos convocado el 20-J. La investigación y la autoencuesta nos pondrían en contacto con las distintas trayectorias y subjetividades que atraviesan el cotidiano de la precariedad social.

Investigando: desde la guerra global...

Nuestra investigación comienza en marzo del 2003, en un momento especialmente tenso, en el que el grado de movilización contra la guerra es enorme. Estas movilizaciones hicieron estallar en mil pedazos nuestro programa de trabajo, nos hicieron reflexionar detenidamente sobre multitud de aspectos concretos en los que la denominada guerra global permanente afecta a nuestras vidas y, en concreto, cómo se condensa en nuestra lucha por la renta.

La guerra: un marco excepcional de análisis. Ahora, varios meses después, inmersos en otro proceso de autoencuesta sobre aquellos acontecimientos, el análisis común nos abre otra puerta. Las movilizaciones contra la guerra se estrellaron en la incapacidad de nuestras propias realidades para analizar, en profundidad, qué relaciones se establecían entre aquel macabro acontecimiento y nuestra vida cotidiana. En nuestros panfletos, en nuestras discusiones, en todo aquello que hacíamos, tratábamos de manejar una idea fuerza: «la guerra contra Iraq es un frente más de la guerra que está desarrollando el capitalismo financiero contra nosotras mismas». Pero ¿cuáles eran los demás frentes? ¿Cómo se definían? ¿Dónde estaban?

La investigación sobre la guerra nos ha llevado a otra cruda realidad: el análisis que sigue predominando sobre este proceso en nuestros ámbitos es un análisis articulado en torno al antiimperialismo, a la respuesta humanitaria y al antiamericanismo. Ni rastro de esos otros discursos que tratamos de articular. La vorágine militante, el acelerón del momento, los días de euforia y la toma de las calles no nos permitieron enlazar y reformular un análisis distinto sobre este gran acontecimiento, que fue también la «puesta de largo» del movimiento global en Madrid.

Ahora, el tiempo nos da esa perspectiva, nos abre la posibilidad de reflexionar sobre los tiempos de guerra en los que vivimos, nos invita a pensar sobre uno de los frentes más duros en los que nos encontramos: el frente de la renta, la trinchera del trabajo, el eje global de la supervivencia, de sus garantías materiales e inmateriales.

... al proceso de autoencuesta

En varios días, en reuniones formales e informales, hemos ido tejiendo un mapa de nuestras situaciones laborales, hemos puesto en común nuestras aspiraciones y el estado en el que nos encontramos, el sentido que le damos, la realidad a la que pertenecemos. Somos hijos e hijas de la clase media y, en general, nuestras posibilidades de encontrar un trabajo son infinitas: tenemos un puesto de trabajo al alcance siempre que queramos. Podemos decir que, en nuestro caso, el «pleno empleo» es un hecho, no nos faltan nunca trabajos de repartidor de pizzas, de teleoperador/a o de camarera del VIP´s. De hecho, en ellos estamos, pero como un modo de ahorrar un dinero, para seguir hacia adelante, porque nuestra vida no se articula en torno al trabajo. Tenemos, respecto a él, un desapego existencial, un desapego biográfico.

Porque otro de los elementos que nos define (como grupo) es el deseo de desarrollar determinadas tareas que suponen un compromiso vital, que están arraigadas en nuestra existencia, más allá de que ganemos un sueldo por ellas, aunque, por otra parte, si queremos realizarlas como proyecto de vida, si queremos dedicarles nuestro tiempo de verdad, el sueldo acaba siendo imprescindible. Soñamos, entonces, con un trabajo que nos dé autonomía, que permita el desarrollo de nuestra capacidad de crear (en abstracto) algo distinto, que dé pie a la imaginación y a la cooperación, que arraigue en nosotros y nosotras. En definitiva, nuestras expectativas vitales son, a la vez, una declaración de principios.

Pero ¿en qué consiste esa declaración de principios? Nuestro primer propósito es desarrollar las vocaciones concretas que cada cual tenemos: nuestra relación con la universidad o con las etapas de formación reglada que hemos recorrido, con sus círculos militantes, con los debates desarrollados antes, durante y después de pasar por este circuito de formación formal y no-formal (relacional) nos abrió determinados horizontes; en concreto, las ganas de dedicarnos al desarrollo del *software* libre, al teatro, a la historia, a la educación, a la comunicación audiovisual, a la psicología crítica... Tenemos esa esperanza, pero también conocemos la realidad.

Primera hostia: sabemos que nuestras aspiraciones no se cumplirán en un alto porcentaje de probabilidades, que estamos sometidos a la dictadura de las becas, de los proyectos de investigación en precario, a la carencia de canales asalariados que garanticen nuestro proyecto.

Segunda hostia: necesitamos dinero, tenemos que trabajar de lo que sea. Los puestos de *telemarketing* nos indignan a todos y todas y nos identificamos por completo en el relato que hacen los tres compañeros/as que han pasado por sus asquerosos asientos; nos identificamos con el desprecio que se siente a la posición de constante subordinación, al trabajo monótono y repetitivo que allí se desarrolla, al despotismo del silencio y el tedio al que te ata tu puesto de teleoperador, tu ordenador y los cascos con micrófono. También nos sentimos aterrados ante las miles de biografías que un día entraron de modo temporal y casual en estas grandes plataformas para ganar un dinero esporádico (o para realizar un sueño que precisaba de ciertos ahorros) y quedaron atrapadas allí para siempre: opositores, amas de casa, estudiantes en paro y un largo etcétera.

¡Malditas sean esas cárceles humanas! Todo el colectivo debe conocerlas. Por ello, decidimos contactar con otro compañero que trabaja en la macroplataforma que está en nuestro barrio: él tiene turno de noche, los fines de semana, y allí vamos. Sábado, 4 de la madrugada, aprovechando una salida nocturna, nos presentamos en la Plataforma, un edificio inteligente (curiosa contradicción) construido todo en cristal y con una estructura metálica pavorosa. Esta Plataforma está en la planta baja, allí está nuestro compa, sentado, leyendo un libro, «muerto del asco», como él mismo dice. Empezamos a hacerle señales a él y a todas sus compañeras (hay mayoría de chicas), pero es extraño, parecen no vernos. Efectivamente, no nos ven, estos cristales son inversos: desde el exterior vemos los puestos de trabajo, todos vacíos porque la gente está junta charlando y el encargado duerme, pero ellos y ellas no nos pueden ver. Bonita metáfora para comenzar: nosotros les podemos ver, pero ellas a nosotros... no nos ven. Por ello, comenzamos a aporrear los ventanales, a gritar, a hacer señales y, por fin, nos hacen caso. Contactamos con nuestro compañero, que aprovecha los ronquidos del jefe para escaparse de la Plataforma. ¡Victoria! Un abrazo y nos sentamos en círculo con unos litros de cerveza; pasamos así más de dos horas, de charla, conociendo los intestinos de aquel monstruo de producción de comunicaciones para la promoción, el ocio y el consumo.

Un solo adjetivo común: el aburrimiento, el tedio, el cansancio acumulado por la inutilidad de todo el proceso, por lo absurdo del trabajo, por las horas muertas que se suceden en la noche. El relato no difiere mucho de lo que contaron esos otros compañeros que trabajaban durante el día, sólo que algunos elementos se hacen más duros por la noche. Aquí (nos cuenta nuestro amigo) no te pagan por la sonrisa telefónica, por la cantidad de ventas, por la habilidad para promocionar el producto, etc. Aquí te pagan por ser capaz de aburrirte como una ostra. Nuestra visita había venido a arruinar esa lógica. La plataforma es un laboratorio de distracciones de los más variado: desde los ronquidos del encargado (aún en fase REM) hasta la lectura, desde las charlas nocturnas hasta la visita de un grupo de investigación sobre precariedad, aunque ese ritmo sólo se aguanta unos meses. Si no escapas de él, te destroza. Huir de allí es un objetivo común, pero antes hay que ganar un poco de dinero. En la mente de los que allí trabajan hay viajes, cursos, tesis doctorales, investigaciones de todo tipo, pero también hay hipotecas y familia, hay necesidad de sobrevivir y, por eso, el fin del contrato se vive con bastante alivio, pero también con el miedo angustioso a tener que volver a sumergirse en otro trabajo de semejante factura. Entre anécdotas y valoraciones (a las que dedicaremos en el futuro un texto específico) nos despedimos. No importa que demos muchos datos en este texto de quienes estaban aquella noche en la Plataforma de la empresa UNI2: a día de hoy ninguno de ellos continua trabajando allí. Han partido hacia otros lugares, comunes a los que otros de nosotros vivimos. Allí nos encontraremos.



En la discusión, llegamos a un acuerdo: el de *telemarketing* es un trabajo que odiamos y hay muchos como éste. Es cierto que en este sector tenemos un puesto cuando queramos, pero lo odiamos, se lo cedemos al señor Aznar con mucho gusto. No queremos aburrirnos a cambio de un salario, aunque por temporadas nos veamos obligados a hacerlo.

Algo muy parecido le sucede a otra compañera con la que estuvimos charlando en otra larga noche. Trabaja en el VIP´s, de camarera. Allí, al igual que en el *telemarketing*, se aprende un «oficio» específico, en este caso el de servir mesas, llevar bandejas, trabajar con un contrato temporal y tener horarios flexibles de muy pocas horas semanales. En cada centro de trabajo, la división es bien clara: inmigrantes marroquíes en la cocina, sudamericanos/as en la barra y la limpieza, autóctonos/as de camareros y en la barra. Estos últimos son la cara amable de la empresa: estudiantes universitarios con un altísimo grado de movilidad que trabajan unos meses para ganar un dinero y luego realizar otros proyectos. La historia se repite, porque también hay gente que permanece allí, que no puede escapar de este contexto laboral. Pero en este caso, hay un elemento dentro de las condiciones de trabajo que duele especialmente a nuestra compañera. Si en otros trabajos es la capacidad para relacionarte y hablar una exigencia para cumplir el perfil, en el VIP´s hay una regla de oro: «no se puede hablar». La consigna es clara y hablar es signo de falta de dedicación y motivo de despido. Este silencio impuesto puede ser una verdadera tortura para un puesto (el de camarera) que se basa en el trato con los clientes y con los y las compañeras. Se trata de una forma de deshumanizar el puesto de trabajo, obligando a nuestra compañera a ser fría, concisa, maquinal, a estar petrificada, en definitiva, a no-ser.

«Logran que parezcamos máquinas», nos dice otro compañero que estuvo haciendo desarrollos y otros trabajos informáticos para un organismo público. ¿Un funcionario? No. Estaba contratado por una Empresa de Trabajo Temporal para una empresa que vende servicios al ministerio. Las condiciones de trabajo eran realmente duras. Tenía que hacer viajes de una semana entera para hacer instalaciones de sistemas informáticos. El contacto humano no existía: de lunes a jueves, recorría en solitario la península, trabajaba en asépticas oficinas y dormía en fríos hoteles, dejando atrás y en suspenso la participación en el *hacklab* y en el colectivo de barrio, perdiéndose el cotidiano de las comunidades militantes y afectivas de las que forma parte, dejándose la vida en un trabajo ridículo, sin mayor incentivo que un buen sueldo y con la posibilidad de tener (oh, excepción) cierta estabilidad en el contrato. Pero en ese contrato estable quedaba excluido todo lo que se refiriera a una vida digna, a un proyecto vital que excediera el ritmo marcado por la *dedicación plena* del propio tiempo al trabajo. Dos meses es lo que tardó nuestro compañero en abandonar el puesto. Por lo que pudo averiguar en el momento de su fuga, muchas personas antes hicieron lo mismo.

Porque el trabajo fijo y con ciertas garantías tampoco es nuestro horizonte. Esto lo demuestra otro compañero que acaba de entrar en un taller de fabricación en serie de todo tipo de llaves. El negocio, de un familiar próximo, es seguro y ofrece un trabajo estable, pero el trabajo es monótono, cansado y muy aburrido. Demasiadas horas muertas, demasiadas reuniones perdidas de las redes sociales y militantes de las que forma parte, demasiado tiempo robado a los dos proyectos de comunicación crítica (un periódico y una revista) en los que participa. Tras trabajar un cierto tiempo, el dinero obtenido es suficiente y abandona el trabajo: otra nueva huida, pues, en busca de un empleo más ajustado a las propias expectativas, una huida para recuperar la vida perdida en los meses de trabajo.

Aburridos, monótonos, esporádicos y fugaces: así son nuestros trabajos, con mejor o con peor contrato. Precariedad es vivir el trabajo como lo vive toda una generación de jóvenes, tal y como lo expusimos en nuestra autoencuesta. Conscientes de quiénes somos y de que formamos sólo uno de los posibles puntos de vista que concurren en estos puestos de trabajo, cruzándonos con las biografías de gentes mucho más mayores, con migrantes que están a nuestro lado en condiciones absolutamente diferentes, amas de casa o padres y madres de familias hipotecadas, quizás nosotros y nosotras dentro de unos años, pero por ahora somos... lo que somos, y desde ahí pensamos.

Desde luego, no somos vagos, ni pequeñoburgueses, ni niños/as de papá: desde nuestras exigencias vitales y militantes quebrantamos la ética del trabajo. Planteando nuestra estrategia de lucha, lo cual significa, aquí y ahora, comprendernos y conocernos, hacer de lo que somos una de las temáticas de nuestra militancia. Y queremos huir del trabajo, inventarnos canales, pensando que es posible. Quizás estos canales sean endebles y precarios, tal y como son los mismos trabajos a los que tendríamos acceso, pero en este caso son trabajos autoorganizados y basados en nuestros criterios de vida, en los que podemos obtener el dinero suficiente para vivir trabajando pocas horas y controlando todo el proceso.

De los puestos de chuches a las redes de software libre. La tercera hostia la damos nosotras... (Apuestas desde el trabajo autoorganizado)

Como podemos, devolvemos los golpes, tímidamente. Algunos de los trabajos en los que nos sentimos más o menos cómodos tienen características muy específicas: son trabajos que se acercan a lo que nos gustaría hacer por nuestra cuenta. Éste es el caso de un compañero que trabaja diseñando y maquetando una revista, esto le permite desarrollar capacidades de creación autónoma. Al poner en juego distintas habilidades intelectuales, el aburrimiento o el desprecio a la labor realizada desaparecen. Claro, entran en juego otras variables, como el ambiente del centro de trabajo, la incertidumbre ante la renovación de contrato o el carácter despótico de los jefes, pero el trabajo es esencialmente distinto.

Como esencialmente distinto es el grupo de trabajos autoorganizados de los que sobreviven seis miembros del colectivo. Uno de ellos es un trabajo de mantenimiento de sistemas de *software* libre, quizás uno de los trabajos más relacionados con la producción cooperativa y libre, un perfecto engarce entre militancia y supervivencia, ya que nuestro compañero es miembro de uno de los *hacklabs* más potentes de Madrid. Sin esa formación previa, hubiese sido imposible que existiese el puesto de trabajo en el que se encuentra y sin esas redes militantes, el puesto de trabajo nunca hubiese tenido candidato a ocuparlo con la formación necesaria.

Actitudes y saberes comunes, aprendidos en colectivo y que se aplican en el común de nuestras vidas. Otro compañero sobrevive de proyectos de investigación histórica que financian entidades públicas y que caen sobre una sociedad ficticia de investigadores que redistribuyen ese dinero para que puedan vivir varias personas, que pueden así desarrollar esos

intereses intelectuales que les llevaron a coincidir en la facultad de Historia. Las redes militantes que compusieron el grupo como entidad colectiva, el sesgo vocacional y, sobre todo, el componente autoorganizativo del desarrollo del proyecto, unido a la flexibilidad de los tiempos, que permite liberar gran cantidad de horas para el trabajo militante, son factores determinantes para comprender su utilidad.



Éstas son, precisamente, las mismas características que concurren en una de las redes laborales y militantes más importantes de Madrid: los puestos de venta de «chucherías» de las universidades. Esta idea de autoempresarialidad que parte de un grupo de militantes de la Facultad de Sociología de la Universidad Complutense y que hoy en día cubre más de seis facultades y da trabajo a decenas de personas relacionadas con la universidad y el ámbito militante, aquel mismo que dio cobertura a los puestos a la hora de pelear cotidianamente su presencia en las facultades, pese a su «alegalidad». Son cuatro los compañeros y compañeras del colectivo que consiguen una renta a través de un trabajo autoorganizado en estos puestos, ganando un salario digno por pocas horas de trabajo e invirtiendo, así, la relación esencial de la precariedad: sueldos de miseria por muchas horas de trabajo y en unas condiciones detestables.

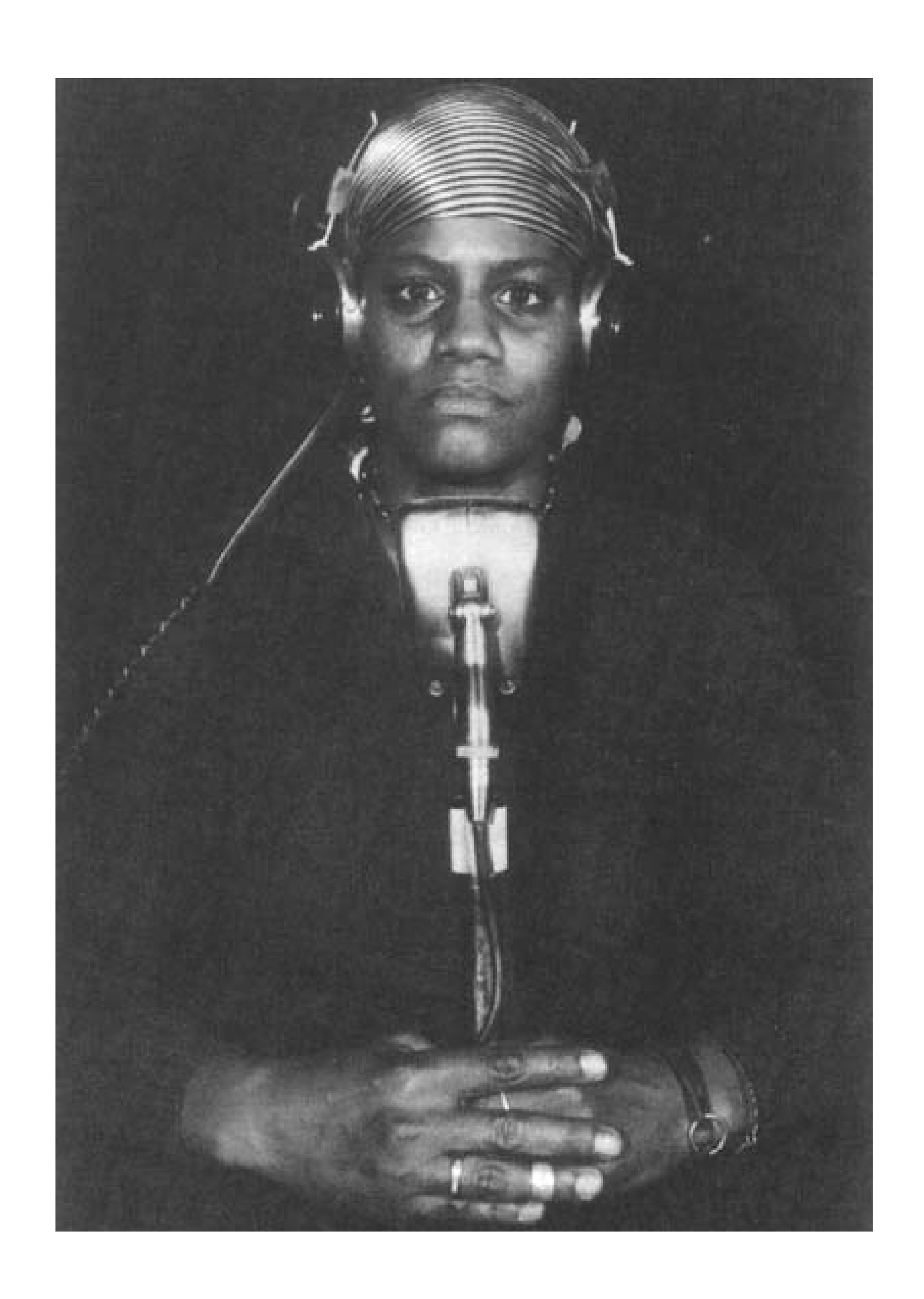
A duras penas, respondemos a los embates que nos lanza el mercado laboral y nuestro posicionamiento vital es, por definición, político. Escapamos del trabajo porque éste no nos ofrece nada, autoorganizamos ciertos yacimientos de renta en el trapecio de la independencia con respecto de nuestras familias, pero también tenemos un punto de equilibrio situado sobre la red de las rentas de nuestros padres y madres, en muchos casos, viviendo todavía en la casa familiar. Aquellos de nosotros que ya nos hemos independizado, nos agrupamos en casas de alquiler compartidas, en un contexto de «economía de guerra», intentando siempre generar pequeños fondos de previsión (ahorros) que nos ayuden cuando nuestras fuentes de ingresos se rompan (porque decidimos dejar el trabajo o nos despiden).

Los nuestros son, pues, esfuerzos de trapecista: flexibles, imprevisibles y escurridizos. Combatimos la precariedad inventando modos de adaptarnos al alambre sobre el que circulamos, un alambre tan escurridizo como es la renta que recibimos, tembloroso como nuestros tipos de contrato y azotado por los vientos de la reestructuración de los servicios públicos y estatales. Estamos

apostando fuerte, porque ahora, una vez que comenzamos a entender dónde estamos y (tras la puesta en común) sabemos algo más de los circuitos precarios en los que nos desenvolvemos. Por lo tanto, queremos ponernos a imaginar cuáles serán nuestras armas. Algunas y a las hemos encontrado, otras no. Entre ellas se encuentran las ideas de lanzar proyectos de investigación sobre la precariedad, recuperar el sindicalismo de base, producir proyectos de autoorganización del trabajo, diseñar herramientas que nos den pistas en el momento de avanzar propuestas de intervención que estén dirigidas a cortocircuitar las diversas lógicas de producción en las que nos insertamos, para que nunca más se haga una huelga general sin nosotras.

Colectivo Estrella,
Madrid, noviembre de 2003





Mamá, ¡quiero ser artista!

Apuntes sobre la situación de algunas trabajadoras en el sector de la producción de imágenes, aquí y ahora

La representación como comunicación y como (re)producción de realidad(es)

> *– Es mejor que hagas unas oposiciones, nena… con lo lista que tú eres… podrías sacarte cualquier carrera…No sé… puede que tengas vocación, pero también lo podrías hacer como hobby, ¿no?… Tú verás lo que haces…pero ¡te vas a morir de hambre!*

Ésta era (y sigue siendo), más o menos, la reacción de nuestras/os allegadas/os (especialmente si nacemos en el seno de una familia trabajadora, con una relación lejana o inexistente con cualquiera de los campos de la producción cultural) ante nuestra apuesta por un incierto futuro profesional.

Lo cierto es que, en las condiciones actuales de la producción de representación dentro del Estado español, practicamente en todas sus vertientes (especialmente en las más críticas y/o menos comerciales), algunas de sus oscuras expectativas se ven cumplidas. En lo que mamá se equivocaba, sin embargo, es en pensar que la inestabilidad, la desregularización y la escasez o falta de remuneración afectarían sólo a los trabajos «creativos», «poco serios», que no tenían/tienen siquiera en muchos casos la consideración social de «empleo» y que, además, aparecían/aparecen vinculados a formas de vida, cuando menos, «irregulares» y poco propicias para el ascenso social.

Aún así, nosotras perseveramos y tras un periodo de estudios más o menos ligados a la imagen o una formación autodidacta, nos encontramos inmersas en una labor sin horarios ni reconocimiento, muchas veces sin contrato, un «trabajo» que no se considera «empleo», una especie de «voluntariado indefinido» apoyado en una dudosa y ególatra concepción del talento, del que se espera que nos cansemos más o menos pronto.

En el mejor de los casos, podremos sobrellevar con enorme cansancio un pluriempleo forzoso que desdoble nuestro tiempo en «empleos asalariados» y en «lo que de verdad considero mi trabajo», y si además somos mujeres (y parafraseando al colectivo estadounidense *Guerrilla Girls*), podremos «tener la suerte» de elegir entre la maternidad o el tiempo para nosotras mismas y una carrera profesional absorbente, sin vacaciones ni pagas extra: un exámen continuo donde siempre estás empezando.

Si bien es cierto que todo el sector audiovisual (desde la publicidad o el diseño, hasta la producción de noticias o documentales en los *media*, desde el cine comercial hasta la elaboración de

imaginario dentro del ámbito del arte) comparte elementos comunes muy significativos, convendría hacer algunas distinciones entre sus diferentes aspectos, al tiempo que subrayar hasta qué punto la situación de las mujeres en los diversos campos de la representación sigue siendo conflictiva.

Por cuestiones de espacio, tras un breve análisis conjunto, centraré este breve escrito en mi experiencia más cercana, la precariedad y sus incidencias dentro del mundo de la creación artística. Un territorio definido por algunos sectores de la «institución arte» como un «espacio de libertad» lleno de posibilidades que, a poco que se conozca y analice, se presenta como uno de los terrenos laborales más anacrónicos, jerárquicos, sexistas y clasistas que todavía persisten. No en vano, como hubieran apuntado algunos marxistas de antaño o la siempre lúcida Teresa de Lauretis, la representación es un aparato privilegiado de generación/difusión de ideología que debe ser controlado en todos sus aspectos, desde la generación a los dispositivos de recepción.[1]

Elaborar imágenes es una actividad política, enmarcada de diversas formas en el sistema de producción, que genera plusvalías tanto en el terreno económico como en el terreno simbólico. Ya sea como transmisión de información, como marca o imagen de una mercancía o servicio, ya sea como representación del mundo o de la subjetividad del o de la artista, producir representación es un trabajo de acción comunicativa y simbólica donde los parámetros de clase, raza, género, opción sexual, etc… están activados al máximo nivel, por ello, comporta marcos de censura y autocensura importante y bien interiorizados por los/las que nos dedicamos a ello.

La representación no «refleja», sino que construye (nuestra posición en) el mundo y se levanta sobre códigos bien definidos: continuidad, coherencia, ordenación teleológica generada por convenciones temporales y espaciales (por ejemplo, las elipsis o el plano/contraplano), delimitación clara entre lo «ficticio» y lo «real», distribución dicotómica entre el observador-sujeto y el/la observada-objeto, oscurecimiento o negación de los mecanismos de construcción y de los marcos históricos de los conceptos y las formas visuales… Estamos destinadas a reproducir si no hacemos un esfuerzo por problematizar la mirada, por transitar los umbrales de lo definido como «visible», por cuestionar la simplificación y naturalización del orden visual legitimador como el único posible.

Construir imágenes se convierte, dentro de esta estructura, en una mera (re)presentación connivente (consciente o inconsciente) de significantes y significados tanto narrativos como simbólicos, los únicos que nos parecen posibles para ser «entendidas» y «aceptadas» por el público, los únicos admitidos por los circuitos establecidos (ya sean mediáticos o artísticos), los únicos que podemos, incluso, llegar a imaginar, gracias al persistente consumo y a la retroalimentación imperante de nuestra inmensa marea de mercancías audiovisuales, que provoca una infinita «variación homogénea» de cuerpos, actuaciones o soluciones narrativas siempre convergentes.

La representación generada por este marco aceptado está, en definitiva, condenada a (re)producir y (re)encarnar estereotipos y relatos, a elaborar productos enquistados y reificadores que instituyen la paralización, el embotamiento y la fascinación como herramientas, que aseguran la explotación y la objetualización visual, en vez de abrir una puerta a una posible reciprocidad, hacia una «representación participativa», como diría Martha Rosler,[2] que transite entre las fronteras del «ojo» y el «espejo», de lo activo y lo pasivo.

[1] Véase Lauretis, Teresa de, «La tecnología del género», en Lauretis, *Diferencias*, horas y Horas. Madrid, 2000.

[2] Véase Rosler, Martha, «Si vivieras aquí», en Blanco, P, Carrillo, J, Claramonte, J & Expósito, M (eds.), *Modos de hacer. Arte crítico, esfera pública y acción directa*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2001.

La reactivación de fórmulas y comportamientos reaccionarios o el intento de regeneración de las fronteras entre «alta» y «baja cultura» acaecida desde la década de 1980 en las propuestas visuales occidentales (desde el cine a la TV, desde la moda al videoarte) como forma de aislar o neutralizar posibles contestaciones al «ojo imperativo» (desde el arte o el audiovisual feminista hasta los análisis que superan las posiciones economicistas postmarxistas para profundizar en la crítica de la producción cultural como una mercancía interseccionada por los estándares genéricos, étnicos, de clase…), hablan de la enorme dificultad de pensarse fuera de lo «visible homologado» y sus redes de distribución y de la escasez de desafíos a la mirada unívoca, incluso en el aparentemente «experimental» mundo del arte.

Al propio miedo y a la imposibilidad traducida en autocensura, se une el silenciamiento en la recepción, merced a las estrechas relaciones entre la producción, la distribución y el consumo, un círculo de difícil acceso y más compleja ruptura, que hace casi impensable la presencia de construcciones visuales no reproductivas, excepto cuando actúan como pequeñas incursiones «políticamente correctas» destinadas a producir una plusvalía simbólica muy concreta (una ilusión de conflicto falaz o de pluralidad aparente, por ejemplo) o cuando están a punto de ser asimiladas y convenientemente desactivadas (un proceso constante) por los códigos hegemónicos.



Si bien es verdad que la influencia social de la televisión o del cine comercial no es comparable a la de las diferentes formas y soportes del arte, las condiciones de la denominada «manipulación de códigos visuales» tienen aspectos coincidentes. Tanto en el marco meramente comunicativo como en el creativo, las trabajadoras audiovisuales estamos sometidas a condiciones extremas de flexibilidad, saqueo afectivo, movilidad, inseguridad o competencia brutal propias de la producción inmaterial, al tiempo que, una total desregularización del tiempo de trabajo/tiempo de ocio y una completa confusión de los espacios de uno u otro ámbito (especialmente si realizamos en parte o completamente el trabajo en casa) se imponen en nuestros cuerpos y nuestras formas de vida.

Trabajamos siempre y en todas partes: en casa, en la oficina, en la productora o en la agencia. Pero, además, todas hemos aprendido a rentabilizar nuestras experiencias y a someter nuestras necesidades a los imperativos de una tarea que presenta el «añadido vocacional» (estás haciendo lo que quieres ¿no?) y por lo tanto requiere nuestra completa dedicación.

(Casi) todas hemos concluido que la mirada y las representación hegemónica del mundo es patriarcal y heteronormativa y, por lo tanto, que hablar desde una posición de género como una variable política supone un esfuerzo añadido, un esfuerzo estratégico que se suma al que ya hemos hecho al intentar camuflar nuestros ojos para conseguir producir imágenes dentro del orden visual hegemónico (y esto es igualmente válido en el campo de la enseñanza y el análisis de imágenes y dispositivos, donde como mínimo te tildarán de «falta de objetividad» si enseñas algunas de las aportaciones de la teoría feminista); además, algunas de nosotras hemos

aprendido que, lo que se presenta como natural, coherente y lógico, no es sino una composición clasista, donde se asume como normativo un marco visual arbitrario y jerárquico que no es sino un bagaje de difícil y costosa adquisición, especialmente si tu primera visita a una una pinacoteca la has hecho en la excursión de fin de curso del colegio.

Si bien, como ya apuntaba más arriba, construir imágenes en cualquier ámbito comparte estos y otros aspectos comunes, las condiciones de producción, el compromiso personal o la responsabilidad en la generación y difusión de las mismas es, obviamente, muy diferente cuando trabajas en el ámbito de la producción artística o en una grande o pequeña empresa de comunicación o diseño.

La elaboración de imágenes en el territorio comunicativo está regulada por los marcos del grupo empresarial en el que esas imágenes se emitan y su distribución forma parte de la generación de un relato institucional más amplio, al tiempo que está impregnada de la rapidez y la inmediatez propia de los *media* (dinamismo, levedad, novedad…): el imaginario mediático tiene una influencia y una difusión que no posee la imagen de la institución arte, pero también se olvida y se consume más rápidamente. Como «espejo» del mundo que las produce, confunde la realidad con su representación, para reafirmar los roles y las identidades homologadas produciendo la sensación de un sistema sin fisuras ni intersticios, trabado, contínuo y teleológico, donde «las cosas son así y así se las hemos contado».

Las trabajadoras de estos medios están abocadas a una negociación constante, tanto conceptual como formal, con el marco de producción y emisión y consigo mismas; saben que su capacidad de maniobra es pequeña pero significativa (sobre todo debido a su influencia social y a su capacidad de difusión, no hay que olvidarlo…). La importancia y dificultad fundamental de estas representaciones reside en su enorme impregnabilidad en los usos, estereotipos y corporeidades cotidianas.

Teniendo en cuenta este contexto, la responsabilidad de las trabajadoras de los medios respecto a la producción y distribución de esos productos es relativa: en sus productos, la censura y los límites de lo visible suelen estar impuestos previamente, como sucede en gran parte de las trabajadoras de la industria cultural comercial en general. La autocensura, aquí, se vive como interiorización de los mecanismos y rentabilidades empresariales. Sus condiciones laborales, si bien sufren el peso de una profesión «vocacional», suelen incluir una retribución pautada y una regulación estipulada, aunque las formas contractuales sean paulatinamente más débiles (contrato por obra, eternos contratos en prácticas, interminables horas de preparación, despidos improcedentes…) y más «performativas» (mayor puesta en juego de la imaginación, de la subjetividad y del cuerpo, especialmente en los medios audiovisuales…).

Como ya apuntábamos, la precariedad en sus diversas formas (la flexibilidad, la inestabilidad, la indeterminación de funciones, la (auto)explotación de las experiencias y emociones, la movilidad extrema, la escasez o inexistencia de salario…), definen a casi todos los trabajos en el terreno de la producción cultural y la comunición incluso los más ventajosos económicamente o los mejor situados en la jerarquía cultural: comisarios/as de exposiciones, directores/as de museos, grandes estrellas mediáticas…, excepto cuando entramos en el campo de un funcionariado de rotación paralizada o extremadamente ralentizada legislativamente, trabajadores fijos de RTVE o de museos institucionales, por ejemplo.

Pero ¿qué ocurre cuando la producción de imágenes no está dentro de la lógica de la empresa o no tiene una finalidad primordial de divulgación y/o entretenimiento, sino que se produce a partir de la «necesidad personal» o como «una forma de crítica hacia las estructuras de la realidad circundante»?, es decir, cuando dices en casa: «Mamá, ¡quiero ser artista!»… y no precisamente una folclórica, no…

Manual de superviviencia… o cómo se vive la precariedad en el glamuroso mundo del arte

Lo primero que piensa una persona cuando le explicas que eres artista es que no necesitas trabajar para vivir y, por lo tanto, que tu familia tiene mucho dinero o que alguien se encarga de proveer tus necesidades.

Cuando llegas al mundo del arte (y, en general, a cualquier profesión vinculada a la producción o transmisión de lo definido como «cultura») procedente de un grupo de lo que hasta hace unas décadas era la clase trabajadora, o simplemente eres ajena al medio o estas en desacuerdo con él, percibes enseguida tu «extranjería» en medio de su «endogamia», o si lo preferís, tu «discordancia» en medio de su «consenso»: debes reencarnar tus gestos y tus palabras, autocontrolar tu concepto de lo que es producir conocimiento y camuflar delicadamente el miedo generado por la inseguridad y el coste emocional de tu aventurera osadía.[3]

Y es que la primera carencia de los artistas, en un importante número de casos, es su inconsciencia como trabajadores, una idea acentuada por la construcción profundamente arraigada del demiurgo romántico, desclasado y saturniano, demasiado individualista para mirar a su alrededor, perpetuada y acentuada por el imaginario mediático hasta nuestros días.

La «institución arte» tradicional niega la condición de trabajador del artista y su capacidad de influencia y responsabilidad en la vida cotidiana, para esconder, así, las vinculaciones políticas de la representación: el arte, el «gran arte», se presenta como eterno e inalterable, des-histórico, distópico y trascendente y por lo tanto, ajeno a las condiciones materiales en las que se elabora.

Si bien cabría pensar que tras décadas de análisis materialistas, después de una aparente diversidad de tipologías de artistas y tras las más que probadas vinculaciones de las imágenes con el instrumental ideológico, el concepto de la elaboración de la representación fuera del marco empresarial comunicativo sufriría una transformación definitiva, ésta no se ha producido en profundidad. El arte se sigue pensando como un espacio no contaminado, de «autonomía absoluta»,[4] poblado de individuos sin sexo ni clase, que trascienden sus condiciones vitales para formalizar sus emociones, con un interés por el rendimiento económico muy secundario («todo por amor al arte») o abiertamente cínico («todo por la pasta»).

Tras la evidenciación de la influencia de los modelos económicos en la producción artística y la «repolitización» y el replanteamiento del papel social de las y los artistas durante la década de 1960 y 1970 y la década de 1980 se produce una importante reactivación de las jerarquías y los

---

3 A este respecto, es muy interesante el texto de Walkerdine, Valerie, «Sujeto a cambio sin previo aviso: la psicología, la posmodernidad y lo popular», en Curran, J., Morley, D. & Walkerdine, V. (eds.), *Estudios Culturales. Análisis, producción y consumo cultural de las políticas de identidad y el postmodernismo*, Paidós. Barcelona, 1998, donde la autora relata su propia experiencia y el desgaste emocional que supone su «viaje» desde los suburbios londinenses hasta llegar a convertirse en profesora titular de psicología en una prestigiosa universidad británica.

4 Para profundizar en la idea de «autonomía relativa» de las imágenes frente a la «autonomía absoluta» tradicional, así como en otros conceptos repetidos a lo largo de este escrito como «capital simbólico» o «institución arte», es muy útil la lectura de algunos libros del sociólogo francés Bourdieu, Pierre, especialmente *Las reglas del arte*, Anagrama, Barcelona, 1995 y *Razones prácticas*, Anagrama, Barcelona, 1999.

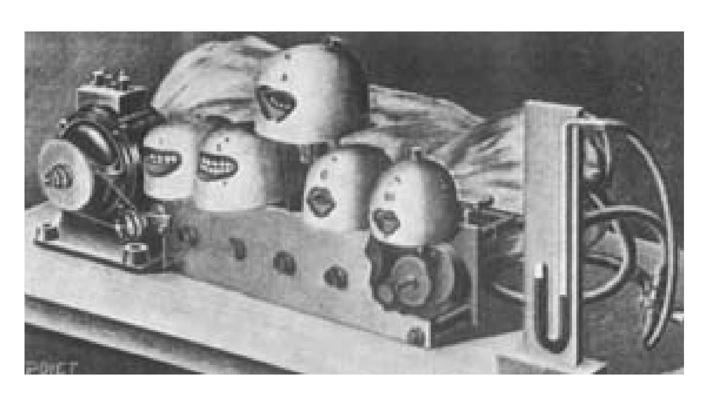
estereotipos más conservadores y, al menos en el estado español, no será hasta mediados de la década de 1990 cuando una nueva generación de artistas reanuden el análisis de la relación de las condiciones económicas e históricas de las imágenes; en especial, una generación de mujeres que retomamos algunos de los planteamientos feministas, para descubrir que nuestra posición en el mundo del arte sigue siendo completamente subalterna.

A las condiciones de precariedad propias de la industria cultural expuestas más arriba, las artistas debemos añadir la presión de un trabajo vocacional idealizado, en el que aplicamos el grado máximo de autoexplotación y que nos lleva a adoptar el trabajo como una forma de vida y nuestro propio cuerpo como un territorio más de nuestro «proyecto»: ningún esfuerzo es suficiente, nada es bastante por nuestra carrera (posponer o renunciar a la maternidad, no tener tiempo y/o espacio propio, no atender a nuestra familia, amigas/os o pareja, acumulando con ello una gran frustración que nace del choque entre nuestra educación para el cuidado y nuestro trabajo….). Nos convertimos en nuestra propia empresa y asumimos los límites de nuestras investigaciones sin explorar demasiado hasta qué punto responden a una censura autoimpuesta.

Si además, como apuntábamos al principio de este capítulo, no provienes de un medio que «entienda» y/o «comparta» tus decisiones, has de lidiar contra tu propia inseguridad, contra las opiniones y miedos que provocas en tus allegados, y contra la desprotección económica, teniendo que sobrellevar interminables jornadas laborales que produzcan rendimientos inmediatos para poder «permitirte el lujo» de hacer arte.

Una de las responsabilidades históricas de las personas como es articular visualmente su mundo y sus contradicciones, y generar imágenes divergentes que permitan pensar otras realidades posibles, se convierte en un esfuerzo doloroso y agotador, está, además, saboteado por un paradigma mediático grotesco de lo que es o debe ser una artista paradigma, en el que no te reconoces y que genera no pocos conflictos personales.

Si además eres una mujer consciente de la carga paralizante que los esteretipos genéricos dominantes dentro de la historografía transmiten (la «doliente» Frida Kahlo, la «hermosa» Tamara de Lempika, la «mágica» pero «loca» Eleonora Carrington….), y de la cosificación de las imágenes dentro del mercado del arte, las contradiciones se agudizan.



La producción cultural en general, pero especialmente la producción de imágenes «artísticas» esconde una oscura trastienda más allá del *glamour* de las inauguraciones y las emociones domesticadas, donde hablar de las muchas veces contradictorias fuentes de financiación sigue siendo «de mal gusto»: inexistencia o extrema escasez de honorarios, falta absoluta de contratos o formas de contratación irregulares (incluso entre artistas y galeristas, que se supone tienen una vinculación de medio o largo plazo), relaciones de clase que condicionan la entrada en ciertos circuitos, sexismo implícito y explícito (hay un gran número de mujeres en la producción cultural, pero, en la mayor parte de los casos, o bien incorporan modelos de ejercicio del poder patriarcales, o siguen actuando como «madres-cuidadoras» o como «gestoras desvalorizadas», sin suficiente «talento o

talante» para haberse convertido «en grandes artistas») y una ausencia casi completa de debate en cuanto a las condiciones materiales de la producción artística (irresponsabilidad o carencia de posición de las/los productores de representación dentro del sistema económico y político; (auto)explotación e instrumentalización de la imagen del/de la artista, convertida muchas veces en un fetiche; autoproducción de los proyectos en la mayor parte de los casos, incluso cuando se trabaja para instituciones; ausencia, casi siempre, de remuneración durante el proceso productivo a cambio de la inflación, aceptada, del objeto final, ahora ya más o menos único y postaurático…).[5]

Éstas son algunas de las situaciones que dibujan un panorama donde las y los artistas seguimos (muchas veces a nuestro pesar) alimentando la falaz imagen del «genio» autosuficiente, asumiendo ideas de «éxito» y «fracaso» absolutamente personales ancladas en los parámetros de la mistificación y el prejuicio del demiurgo, suscribiendo la idea romántica de que la representación no es una forma de acción política estratégica y por lo tanto coyuntural y profundamente vinculada a las condiciones históricas, sino una aportación subjetiva al mundo que pretende acceder al reconocimiento en forma de relato histórico institucional universalizador.[6]

Sin embargo, no todos los artistas comparten la necesidad de posicionarse dentro del marco de las relaciones de producción: evidenciar la precariedad, el sometimiento y la autocensura en la que trabajamos las generadoras de representación, denunciar la necesidad de desarrollar un imaginario fuera de las construcciones del individualismo cartesiano, así como hablar del enorme cansancio acumulado por el trabajo a tiempo completo, no parecen estar en la agenda, ni siquiera de las frustrantes asociaciones de artistas. Todo ello implicaría, por ejemplo, cuestionar en profundidad la propia idea de lo que es un/a artista, empezar a pensar la creatividad como una capacidad y un instrumento colectivo y, por último, pensar el arte como un trabajo político con un marco histórico bien definido, que no sólo no pretende la eternidad y la trascendencia, sino que las denuncia como parámetros represivos.

Por otra parte, cuando el capitalismo postindustrial se ha apropiado y ha rentabilizado las formas y presupuestos habituales de la producción artística (la imaginación, la dedicación, la puesta en juego de los elementos autobiográficos, de los terrenos de la emoción….) ¿tiene realmente sentido seguir considerando la apuesta de una producción audiovisual fuera de los *mass media*? ¿es oportuno pensarse como artista, especialmente si eres mujer?

Me gustaría responder coyunturalmente con una reflexión al hilo de un texto escrito no hace mucho, donde trataba de desbaratar la irritante mi(s)tificación del trabajo de Ana Mendieta y donde sostenía mis dudas respecto a la necesidad de una historia del arte feminista, apuntando, más bien, a los diversos feminismos como instrumentos de análisis político de las imágenes que ningún historiador o historiadora debería dejar de utilizar en mayor o menor medida, problematizando así los marcos mismos de elaboración de las narrativas históricas.

Desde este punto de vista, como feminista y como trabajadora dentro del ámbito de la producción audiovisual, creo que debemos seguir estando ahí, para generar (aún precariamente) otros ojos posibles (aunque no salgan nunca en la tele), diseñando estrategias siempre móviles (ya sabemos que la asimilación es permanente) y evidenciando las condiciones y los esfuerzos que han costado estas imágenes, pero también siendo conscientes de sus posibilidades de generar nuevas imágenes (en definitiva, de su capacidad de agencia política) para nosotras y para otras y otros.

---

5 Para profundizar en el panorama de las condiciones materiales del arte en el contexto del estado español es interesante el escrito de Expósito, Marcelo y Navarrete, Carmen (en el momento, además, del nacimiento de las asociaciones de artistas visuales), «La libertad (y los derechos), también en el arte, no es algo dado, sino una conquista, y colectiva», en Pérez, David (coord.), *Del arte impuro. Entre lo público y lo privado*, Generalitat Valenciana, Valencia, 1997.

6 Para una crítica a la reproducción de los estereotipos más reaccionarios del creador/a conviviendo con las nuevas «net-condiciones» de trabajo inmaterial y reticular, es muy interesante el artículo de Kuni, Verena, «Some Thoughts On The New Economy of Networking. Cyberfeminist Perspectives on "Immaterial Labour", "Invisible Work" and other Means to Make Carreer as Cultural Part Time Worker under Net_Conditions», en *Future is femail*, Old Boys Network, Hamburgo, 1998. Disponible también en: http://kuni.org/v/obn/vk_cfr_01.pdf

Y para explorar unas imágenes «otras», bien podríamos aprender de algunas experiencias anteriores e incluso retomar o reactualizar algunas de sus estrategias, articulando las formas de actuación en tres territorios interrelacionados entre sí, los que conforman el ciclo consumo, producción y distribución.[7]

Si en el ámbito del consumo tendríamos que hacer un esfuerzo (o una liberación) de reactivación de los mecanismos deconstructivos (tanto personales como colectivos) para escapar del adormecimiento provocado por la neo-sutura mediática (y no me refiero con ello a una vuelta al displacer radical de Laura Mulvey[8], sino, más bien, a una búsqueda de placer visual menos homogénea y menos edípicamente reglamentada y reduccionista), en el campo de la producción de imágenes, sería necesario continuar lo que Trinh T. Minh-ha llamaría un «proceso de negociación con los límites de lo visible» o, más bien, un asalto de estos límites y la instalación (temporal) en los intersticios, en los pliegues formados por lo «ob-scenae» (lo fuera de escena): desincronizar, desidealizar, desestetizar, repetir para contradecir la novedad devoradora a través de una cadencia de *haiku*, corporeizar las experiencias y, en definitiva, romper los relatos a través de la evidencia de la subjetividad y la discontinuidad. Todas estas se presentan como algunas herramientas fundamentales (y creo que todavía operativas) para oponer, a una mirada que se define como necesariamente objetualizadora y explotadora, una posibilidad de reciprocidad y reflexión, donde la(s) memoria(s) pueda aflorar como una interpelación, la generación de «cultura(s)» aparezca, cuando menos, como el resultado de un proceso conflictivo, lleno de divergencias y antagonismos y la(s) mirada(s) se defina(n) como el resultado de una serie de formas y significados históricamente influidos y, por lo tanto, mutables.

Con la llegada de las cámaras digitales y el relativo abaratamiento y facilidad de manejo de los programas de montaje, parece que el horizonte de la producción es mucho más accesible y controlable, que nuevos relatos e imágenes «pueden» ser construidos sin filtros. Pero no caigamos en el optimismo tecnológico-abstracto y no repitamos algunos errores históricos, como los explicados por Deirdre Boyle en su crítico texto sobre la guerrilla TV[9], y, sobre todo, no desatendamos lo que se convertirá en la parte más conflictiva del proceso: la distribución. Podemos generar autorrepresentación y construir contrainformación, pero ¿cómo llegar a que esos textos (visuales o escritos) se conviertan en flujo comunicativo?, es decir, ¿cómo acceder a los canales de difusión existentes? O, lo que parece más eficaz a medio/largo plazo, ¿cómo construir canales y dispositivos alternativos?.

Creo que las dificultades conceptuales más significativas a las que nos enfrentamos hoy en el marco de la construcción de imágenes son éstas: la evidencia de los límites de lo visible sobre los que trataba de reflexionar anteriormente (y la consecuente complejidad misma de «imaginar» otras representaciones fuera del orden visual homologado) y la elaboración de nuevas formas y canales de distribución, que no dependan, necesariamente, de las plataformas y redes ya existentes, con las que estamos abocadas a negociar la contextualización de nuestras producciones (al menos, de momento) si no queremos caer en una práctica artística y/o comunicativa onanista y autocomplaciente.

Si bien internet ha supuesto una herramienta y un espacio fundamental para el desarrollo alternativo de informaciones y relatos, el territorio de las imágenes dificilmente puede circular por ella en las condiciones actuales, especialmente en el espacio doméstico. Por otra parte, habría que

7 En este contexto de reactivación de algunas herramientas visuales y conceptuales del cine feminista como problematización de los marcos representacionales y sobre las condiciones de producción y recepción de las imágenes dentro del actual proceso de inmaterialización de las mercancías, se presenta el proyecto actualmente en desarrollo «tiempo real. Imágenes, palabras y prácticas políticas desde los cuerpos de la precariedad: apuntes para una teoría del discurso», enmarcado en la propuesta expositiva *Total work*, comisariada por Montse Romaní, en la que participamos Ursula Biemann y yo. Textos disponibles en la red en www.totalwork.geobodies.org

8 Me refiero aquí, naturalmente, al artículo de Mulvey, Laura, «Placer visual y cine narrativo», *Screen*, 1975 (traducido al castellano en *Episteme*, Valencia, 1988), revisado posteriormente por la propia autora en 1981 en un texto titulado «Afterthoughts on "Visual Pleasure and Narrative Cinema" inspired by "Duel in the Sun" », *Framework* 6, 15-16, 1981.

9 Boyle, Deirdre, «Un epílogo para la Guerrilla TV», *Acción Paralela*, nº 5, Madrid, enero 2000.

preguntarse si el tipo de recepción que queremos es siempre individual y privado y si la fórmula del público-usuario colectivo tiene que pasar por los actuales dispositivos de visualización. Tal vez las experiencias de pequeñas productoras/distribuidoras y las posibilidades de intercambio y/o distribución ensayadas por ellas (por ejemplo, por algunos colectivos que trabajaron/trabajan con arte, cine y vídeo de mujeres como *Women make Movies*, de Nueva York, o *Cinenova*, de Londres) puedan abrir campos de investigación al respecto.

Porque, como apuntaban hace ya algún tiempo TrabajoZero, creo que no debemos abandonar el espacio ocupado en una posible transformación de las miradas, por muy escaso que éste sea: producir conocimiento e imaginario propio es una necesidad, como una forma de acción transformadora sobre la realidad y como un modo de evidenciar los vínculos ideológicos, las opacidades y las arbitrariedades escondidas por la representación tradicional.[10]

María Ruido
Barcelona, octubre de 2003

10 Véase TrabajoZero: «Metodologías participativas y acción política». *Maldeojo*, nº 2, Madrid, abril 2001.

traficantes de sueños
http://traficantes.net>>editorial@traficantes.net

mapas

1. Virtuosismo y revolución
La acción política en la época del desencanto
Paolo Virno
I.S.B.N.: 84-932982-1-2, 154 pp., 9 euros.

2. Contrageografías de la globalización
Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos
Saskia Sassen
I.S.B.N.: 84-932982-0-4, 125 pp., 8,5 euros.

3 En el principio fue la línea de comandos
Neal Stephenson
I.S.B.N.: 84-932982-2-0, 158 pp., 9,5 euros.

4. El gobierno imposible
Trabajo y fronteras en las metrópolis de la abundancia
Emmanuel Rodríguez
I.S.B.N.: 84-932982-3-9, 188 pp., 9,5 euros.

5. La fábrica de la infelicidad
Nuevas formas de trabajo y movimiento global
Franco Berardi (Bifo)
I.S.B.N.: 84-932982-4-7, 188 pp., 10 euros.

6. Otras inapropiables
Feminismos desde las fronteras
bell hooks, Avtar Brah, Chela Sandoval, Gloria Anzaldúa...
I.S.B.N.: 84-932982-5-5, 192 pp., 10 euros.

7. Gramática de la multitud
Para un análisis de las formas de vida contemporáneas
Paolo Virno
I.S.B.N.: 84-932982-6-3, 142 pp., 10 euros.

8. Capitalismo cognitivo
Yann-Moulier Boutang et alli.

útiles

1. A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina
   Precarias a la deriva
   I.S.B.N.: 84-932982-9-8, 272 pp., 12 euros.

2. Hacer-encuesta-metropolitana
   Notas sobre investigación militante

movimiento

1. Colectividades y okupación rural
   Colectividad de Manzanares y colectivo malayerba

2. Estudiantes antiestudiantes
   Policía, prensa y poder. Movimiento estudiantil de 1986-1987 en Francia y España
   Colectivo Maldeojo (comp)
   ISBN: 84-931520-7-2. 264 pp., 9 euros

3. Okupación represión y movimientos sociales
   Asamblea d'okupes de Terrassa
   ISBN: 84-607-1557-4. 168 pp., 7.2 euros

4. Asambleas y reuniones
   Metodologías de autoorganización
   Ana Rosa Lorenzo Vila y Miguel Martínez
   ISBN: 84-607-3799-3. 102 pp., 6 euros

5. En legítima desobediencia
   Tres décadas de objeción, insumisión y antimilitarismo
   Movimiento de Objeción de conciencia (M.O.C)
   I.S.B.N.: 84-60742954. 350 pp., 10 euros.

6. Con la comida no se juega.
   Alternativas autogestionarias al capitalismo global
   desde la agroecología y el consumo
   Daniel López García y Jose Ángel López López
   I.S.B.N.: 84-932982-7-1, 246 pp., 12 euros.

fuera de colección

Labo 03.
Julien Charlon
I.S.B.N.: 84-932982-9-8, 144 pp., 22 euros.